

HISTORIA, SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA

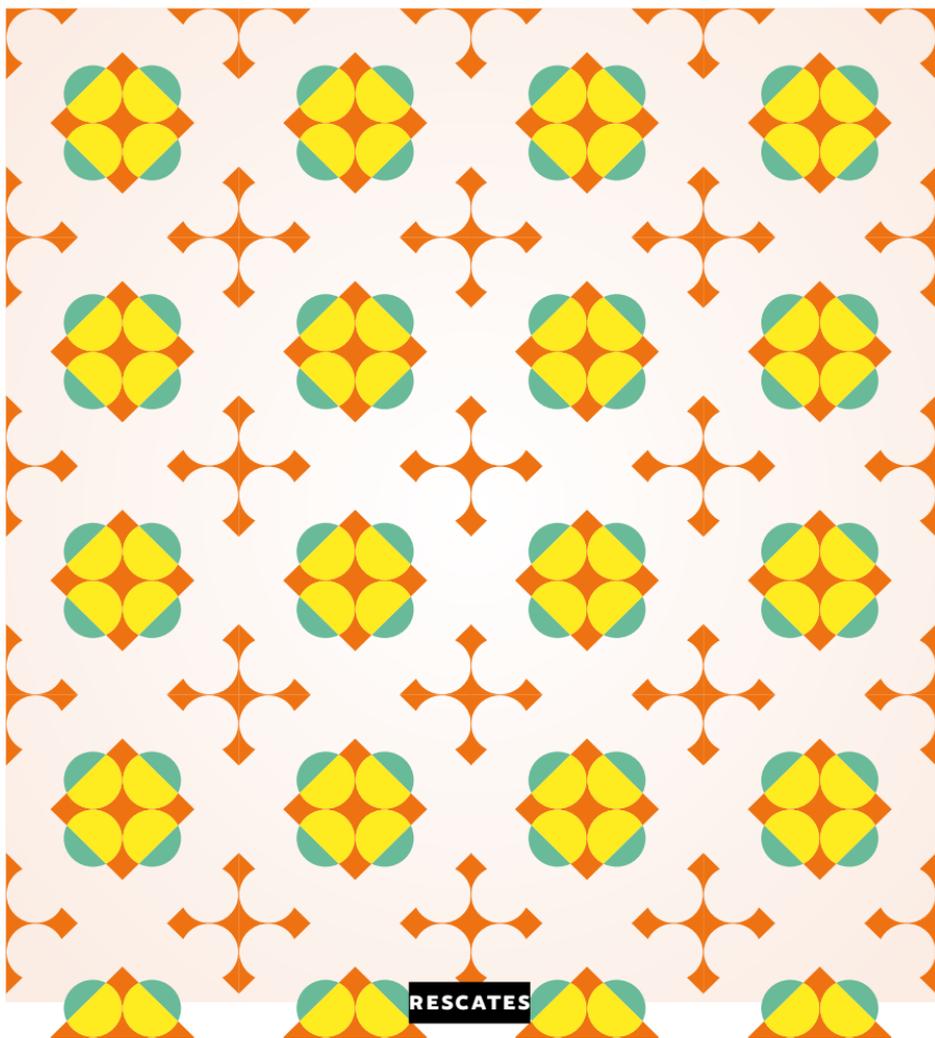
ENSAYOS DE SOCIOLOGÍA E HISTORIA DE LAS IDEAS



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

Universidad de la Pedagogía

Gonzalo Cataño



Historia, sociología y política

Ensayos de sociología
e historia de las ideas

Cataño, Gonzalo

Historia, sociología y política. Ensayos de sociología e historias de las ideas / Gonzalo Cataño.

- Segunda Edición. - Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2023

260 páginas.

Incluye: Bibliografía

ISBN impreso: 978-628-7651-12-8

ISBN PDF: 978-628-7651-10-4

ISBN ePub: 978-628-7651-11-1

1. Sociología - Historia - Colombia. 2. Ciencias Sociales - Pedagogía. 3. Política y Gobierno.
4. Ética Social. 5. Ideas - Pedagogía. 6. Ciencias Sociales - Calidad de la Enseñanza. 7. Historia
- Investigaciones. I. Tit.

309.861 21.ed.

Historia, sociología y política. Ensayos de sociología e historia de las ideas

Segunda edición

Autor:

Gonzalo Cataño

© Universidad Pedagógica Nacional

ISBN impreso: 978-628-7651-12-8

ISBN PDF: 978-628-7651-10-4

ISBN ePub: 978-628-7651-11-1

Primera edición: 1999

Segunda edición: 2023

Universidad Pedagógica Nacional

Adolfo León Atehortúa Cruz

Rector (e)

Yeimy Cárdenas Palermo

Vicerrectora Académica

Mireya González Lara

Vicerrectora de Gestión Universitaria

Yaneth Romero Coca

Vicerrectora Administrativa y Financiera

Gina Paola Zambrano Ramírez

Secretaria General

Fecha de aprobación: 06-09-2021

Preparación editorial

Grupo Interno de Trabajo Editorial

Universidad Pedagógica Nacional

Carrera 16 A n.º 79-08

editorial.upn.edu.co

Teléfono: (57-601) 594 1894, ext. 190

Bogotá, Colombia

Alba Lucía Bernal Cerquera

Coordinación

Nicolás Sepúlveda Perdomo

Corrección de estilo

Fredy Johan Espitia Ballesteros

Diagramación

Mauricio Esteban Suárez Barrera

Diseño de cubierta

Bogotá, 2023

Xxxxxxxx

Impresión

Hecho el depósito legal que ordena la Ley 44 de 1993 y decreto reglamentario 460 de 1995.



Esta publicación puede ser distribuida, copiada y exhibida por terceros si se mencionan los créditos correspondientes. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.

Historia, sociología y política

Ensayos de sociología
e historia de las ideas

Gonzalo Cataño

—Segunda edición—



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

Educadora de educadores

A la memoria de
Santiago Cataño Molina
(1959-1993)
y al florecimiento de su hijo póstumo
Santiago Cataño Rivera

Contenido

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN	9
PREFACIO	11
SOCIOLOGÍA E HISTORIA	17
DIEGO MENDOZA: ENTRE LA HISTORIA Y LA SOCIOLOGÍA	19
UNA VIDA	19
UNA OBRA	51
JAIME JARAMILLO URIBE: DE LA SOCIOLOGÍA A LA HISTORIA	80
LA BOGOTÁ DE CAMILO TORRES	97
CRITICA SOCIAL Y POLÍTICA	107
MODERNIDAD SIN REVOLUCIÓN: LAS MUDANZAS DE LUIS LÓPEZ DE MESA	109
UN LIBRO	109
DIAGNÓSTICO DE NUESTRO TIEMPO: LA MODERNIDAD	110
REFORMAS O REVOLUCIÓN	114
MODERNISMO REACCIONARIO	119
CODA	123
GERARDO MOLINA: UNA ÉTICA DE LA RESPONSABILIDAD	124
GERARDO MOLINA: LAS CONDICIONES SOCIALES DE LA LIBERTAD	136
PERFILES INTELECTUALES	159
NICOLÁS PINZÓN W.	161
EL FILÓSOFO RAFAEL CARRILLO	178

INTERCAMBIOS INTELECTUALES	207
TOCQUEVILLE Y SU AMIGO MILL	209
UN LIBRO	209
LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA	212
¿UNA DISENSIÓN?	218
CODA	223
DURKHEIM HISTORIADOR DE LA SOCIOLOGÍA	226
DURKHEIM, PEDAGOGÍA Y EDUCACIÓN	234
UNA MIRADA A LA OBRA DE ROBERT K. MERTON	240
ESTRUCTURA DE OPORTUNIDAD: UN ATISBO MERTONIANO	252
NOTICIA BIBLIOGRÁFICA	258
SOBRE EL AUTOR	260

Prólogo a la segunda edición

Han pasado veinticinco años desde que *Historia sociología y política* salió a la calle, y cerca de treinta de la redacción de los trabajos reunidos en sus páginas. El autor los ha vuelto a leer y ha hecho una fugaz labor de depuración formal, pero el contenido continua siendo el mismo. Actualizar bibliografías y enfoques sería hacer otro volumen, deseo que no está en la mente de los editores de la colección Rescates de la Universidad Pedagógica Nacional. La colección quiere salvar trabajos del pasado que considera relevantes para nuestros días.

Las segundas ediciones traen alegría a los autores y provecho a los lectores. Los primeros sienten que han escrito una obra de interés y los segundos advierten que disponen, sin afanes, de un texto que había desaparecido del mercado. El volumen trae una vez más trece ensayos de historia intelectual. Examina pensadores nacionales y extranjeros —sociólogos, historiadores, filósofos y educadores— que han dejado huella en el país y continúan siendo fuente de inspiración. Quiérase o no, lo que lo que hacemos en la actualidad es desarrollo, no exento de crítica —de exhortación, duda y reparo— de lo que floreció en el pasado. Se asimilan sus enseñanzas, se desechan sus negligencias y se adicionan sus innovaciones.

La historia de las ideas, muy descuidada en el pasado, en la actualidad es un campo fructífero de investigación. Analistas de diversas disciplinas se han volcado con entusiasmo sobre los

pensadores del pasado para evaluar sus contribuciones. Los han estudiado como expresión de los problemas de su tiempo, pero también —y muy especialmente— como ejemplo de asimilación de la cultura occidental con aplicaciones propias que han enriquecido el legado que inicialmente les dio vida.

Al revisar la prosa de los ensayos, el autor encuentra que en general su lenguaje es claro y sosegado. Capta con serenidad los temas objeto de estudio, evita el fárrago y se aparta de la jerga, esa vieja y reiterada costumbre de trenzar voces con ímpetu conceptual por fuera de su significado real. Las ideas son entes complejos; si no se las aborda con plasticidad se deslíen en la mente del analista. Se empobrecen al condensarlas con brusquedad, palidecen y pierden sus límites al ampliarlas sin control. El autor hubiera deseado, sin embargo, que la prosa fuera más suelta y los giros más delicados para asir con mayor soltura unos idearios que se resisten a todo intento de compendio, reducción y síntesis.

Quiero, por último, subrayar —y agradecer— la generosidad de la Universidad Pedagógica Nacional por divulgar unos trabajos que se escribieron cuando el autor era miembro activo de su cuerpo docente. Es de esperar que este pródigo *rescate* anime la investigación en el fascinante campo de la historia intelectual, solar donde nos encontramos con pensadores que indagan un mismo problema con enfoques y conclusiones diferentes, todos ellos persuasivos y de utilidad. Algunos son, por supuesto, incompatibles y de difícil convergencia si no de imposible conciliación. Esto hace que el expositor deba cuidarse, hasta donde sea posible, de que sean los mismos creadores quienes hablen y se expliquen con libertad. Es el acto de tratar al autor por el autor, esto es, como si él mismo estuviese departiendo con los lectores de sus obras. Sabemos, además, que la historia de las ideas es clave para aquellos que trabajan en el mudable y controvertido ramo de la pedagogía, la parcela de la educación que se interesa por la calidad de la enseñanza y por los objetivos formativos de las nuevas generaciones.

Prefacio

El presente volumen reúne un conjunto de ensayos de historia intelectual, un área especial del estudio de las ideas. En sus páginas se examinan sociólogos, historiadores, filósofos, analistas políticos y poetas-educadores. No obstante la aparente diversidad, el centro de interés gira alrededor de un tema dominante, las ciencias sociales, especialmente en lo que respecta a la historia y la sociología, dos disciplinas estrechamente asociadas desde los comienzos mismos de la reflexión social nacional. Cabe recordar que los pensadores colombianos de mayor vocación sociológica se interesaron siempre por la historia, y que los investigadores del pasado que buscaban superar la crónica y el relato fácil y divertido que competía con la literatura —la «historia galante» de Eduard Fueter¹—, se acercaron una y otra vez al legado de Comte en busca de explicaciones generales sobre el desarrollo de la sociedad. Esta inclinación analítica surgió en la segunda mitad del siglo XIX y se afirmó aún más a lo largo del siglo XX, con acentuaciones diversas según las escuelas de pensamiento sociológico, que en su momento les sirvieron de inspiración y apoyo. En un principio fueron las múltiples vertientes positivistas, después las marxistas y las derivadas de la sociología comprensiva alemana

1 Eduard Fueter, *Historia de la historiografía moderna* (Buenos Aires: Nova, 1953), vol. I, p. 364.

ganaron la atención de los analistas para organizar sus datos y orientar sus explicaciones de los procesos sociales.

A pesar del carácter discursivo de estos ensayos, de su naturaleza fluida y abierta, la organización interna de la mayoría de ellos está orientada por un marco de referencia sociológico. En todos ellos se ha puesto especial énfasis en los «ambientes», en los contextos sociales e intelectuales que rodean la actividad de un pensador. El investigador de la historia intelectual debe atender tanto a las fuerzas políticas, sociales y culturales, como a las tradiciones de pensamiento que nutren la obra de un escritor. En medio de este delicado examen, se deben registrar la filiación de las ideas —¿de dónde provienen?, ¿de dónde han sido tomadas?— y los cambios que sufren cuando se las traslada y aplica a nuevos escenarios. Toda recepción tiende a ser selectiva y su arribo a un contexto diferente modifica su contenido y alcance.

No se deben olvidar, igualmente, los contextos institucionales y los círculos sociales dentro de los cuales se desarrollan las ideas. Ellos constituyen las mediaciones entre las demandas más amplias de la sociedad y las experiencias cotidianas de los intelectuales. No es lo mismo enseñar y hacer sociología en un gran departamento de Ciencias Sociales, con revistas especializadas y facilidades para la investigación, que hacerlo de manera marginal en una facultad de Derecho junto al desempeño de roles políticos o el ejercicio de la profesión de abogado. Estos mundos restringidos radicalmente distintos dejan su huella en los enfoques, en los temas y en las estrategias mismas del conocimiento. A los entornos institucionales están unidos los círculos sociales, el grupo de personas que interactúan con un erudito y que estiman, valoran y alientan sus realizaciones. Pueden tomar la imagen de los colaboradores inmediatos o de los grupos de referencia más alejados y algo difusos como la generación, aquel agregado de individuos que, por nacimiento y afinidades educativas e influjos sociales y culturales similares, sienten y reaccionan de manera semejante ante los problemas de la sociedad. El conocimiento de estos entornos humanos e institucionales nos permite alcanzar

un sentido más profundo de las intenciones de un autor y de los móviles que lo condujeron a subrayar determinados temas con menoscabo y olvido de otros. De allí que mientras más sabemos acerca del contexto en que se desenvuelve la obra de un pensador, más segura será la comprensión que alcancemos de sus escritos y más preparados estaremos para abordar la evaluación crítica de sus contribuciones.²

Lo anterior no significa la exclusión de otras perspectivas para la historia de las ideas. Los trabajos psicoanalíticos, que han dado lugar a la psichistoria, se han mostrado muy útiles para el estudio de los círculos familiares, la personalidad y las motivaciones tanto de científicos sociales como de las grandes figuras de las ciencias naturales.³ Lo mismo sucede con las investigaciones que subrayan los aspectos internos de la obra de un escritor o de una tradición de pensamiento. Allí la mirada está puesta en la reconstrucción de los textos: en su origen, en el significado de los conceptos, en su encadenamiento lógico y en sus limitaciones o eventuales contradicciones. En estas disquisiciones, los aspectos externos, los determinantes sociales y culturales, se dejan en suspenso o apenas se los menciona, a pesar de que el analista los tiene siempre a su lado para ordenar la temática o controlar la evolución de un autor. Los ensayos sobre Émile Durkheim y

2 Para un marco de referencia dirigido a promover la historia sociológica del pensamiento social, ver Robert K. Merton, *Teoría y estructura sociales* (México: Fondo de Cultura Económica, 1980), p. 18. Una realización concreta de las sugerencias mertonianas, se encuentra en Lewis A. Coser, *Masters of Sociological Thought* (New York: Harcourt, 1977). La noción de círculo social, de estirpe simmeliana, proviene del olvidado libro de Florian Znaniecki, *El papel social del intelectual* (México: Fondo de Cultura Económica, 1944), p. 31.

3 Ver por ejemplo Arthur Mitzman, *La jaula de hierro: una interpretación histórica de Max Weber* (Madrid: Alianza, 1976), Bernard Lacroix, *Durkheim y lo político* (México: Fondo de Cultura Económica, 1984), y el sugestivo trabajo de Bruce Mazlish, «James Mill y los utilitaristas», publicado en el volumen colectivo a cargo de D. A. Rustow, *Filósofos y estadistas* (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1976), pp. 571-601. Un empleo de los resultados de Mitzman para aclarar ciertos pasajes de la vida y obra de Weber, se encuentra en nuestro ensayo «Nueva lectura de Max Weber», incluido en *La sociología en Colombia* (Bogotá: Plaza & Janés, 1986), pp. 77-113.

Robert K. Merton en el presente volumen, dejan ver un tímido esfuerzo en esta dirección.⁴

Algunos trabajos ofrecen una documentación primaria no explorada hasta el momento e intentan organizar por primera vez la dirección y alcance de la obra de un escritor. Es el caso de aquellos referidos a Diego Mendoza, Nicolás Pinzón W. y Rafael Carrillo. En los ensayos de la segunda parte, «Crítica social y política», se llama la atención, igualmente, sobre la necesidad de rescatar los pensadores que fijaron su mirada en el análisis del poder y la organización del Estado. Si en la actualidad los estudios políticos constituyen la vanguardia de la investigación social nacional, sus cultivadores parecen ignorar las reflexiones del pasado en relación con las formas de gobierno, el papel de los partidos, las fuentes del consenso y la tolerancia, la naturaleza de la violencia o las consideraciones más amplias sobre la igualdad, la democracia y la libertad. Todos estos temas tienen una tradición nacional por lánguida que ella sea, y no tenemos necesariamente que estar de acuerdo con López de Mesa o Gerardo Molina para aprender de sus observaciones acerca de la sociedad colombiana.

4 El maestro de la crítica interna de nuestros días, que algunos prefieren llamar «método analítico» es, sin duda, el jurista, senador e historiador de la filosofía política Norberto Bobbio. Sus numerosos textos han alcanzado una amplia difusión en castellano como para citarlos en esta sucinta nota. En sociología, la perspectiva analítica posee una tradición suficientemente consolidada. Solo mencionaremos tres obras de reconocida autoridad: Talcott Parsons, *Estructura de la acción social* (Madrid: Guadarrama, 1968), Raymond Aron, *Las etapas del pensamiento sociológico* (Buenos Aires: Siglo XX, 1970) y Anthony Giddens, *El capitalismo y la moderna teoría social* (Barcelona: Labor, 1977). Para el caso de América Latina, la tesis doctoral de Juan F. Marzal, *Cambio social en América Latina: crítica de algunas interpretaciones dominantes en las ciencias sociales* (Buenos Aires: Solar/Hachette, 1967) y el libro colectivo de Aldo Solari *et al.*, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina* (México: Siglo XXI, 1976) son de especial interés. En nuestro medio, el filósofo Danilo Cruz Vélez es quizá el ejemplo más acabado del enfoque analítico. Entre sus variados trabajos caracterizados por el rigor y finura de la exégesis, se destacan dos títulos: *Filósofa sin supuestos* (Buenos Aires: Sudamericana, 1970) y *El mito del rey filósofo* (Bogotá: Planeta, 1989).

Los ensayos de la última parte, «Intercambios intelectuales», exigen una explicación adicional. Además de historia intelectual, esta sección refleja el persistente interés del autor por las contribuciones europeas y norteamericanas. Ante las habituales demandas de algunos pensadores latinoamericanos por erigir una ciencia «propia», particular y autónoma, cabe recordar una vez más que la ciencia social es una contribución occidental. Podemos discutir sus conceptos, sus enfoques y sus aproximaciones, pero su estrategia de conocimiento, el diálogo controlado entre teoría y datos, un producto de la primera mitad del siglo XIX europeo, se ha mostrado hasta el momento más eficaz que otras provenientes del ímpetu de la intuición y el olfato o de una supuesta sabiduría del «pueblo». No cabe duda de que lo mejor de las ciencias sociales colombianas en particular y de las latinoamericanas en general, ha sido el fruto de un diálogo creativo con autores, escuelas y corrientes occidentales. Lo mismo ocurre cuando los países del mundo desarrollado se han apropiado de las contribuciones latinoamericanas de mayor alcance para el avance del saber.⁵ Como lo apuntó Camilo Torres en una ocasión, dado que la dinámica y la estructura sociales tienen modalidades particulares según las culturas, solo cabe «hablar de una sociología latinoamericana en cuanto tiene por objeto el análisis y la interpretación de [las] situaciones típicas de nuestras regiones y en cuanto tiene que adaptar métodos y teorías a estos problemas y situaciones específicas». Lo demás pertenece a la sociología general centrada en los problemas de método y en el examen crítico de las regularidades del comportamiento social, campos en los cuales han trabajado

5 Y no se crea que en el pasado los analistas latinoamericanos se acercaron siempre con reverencia a los enfoques europeos. Con sorna, si no devastadora ironía, López de Mesa escribió que cuando «el europeo 'estudia' lo que es extraño a su país, tiene que inventar sutiles esquemas (mentalidad prelógica, conciencia mística, misteriosos procesos de identificación, etc.) para poderlo entender un poco». Luis López de Mesa, *La civilización contemporánea* (París: Agencia Mundial de Librería, 1926), p. 189.

y continuarán trabajando tanto los estudiosos de América Latina como los eruditos de Europa y Norteamérica.⁶

En conjunto, los materiales de *Historia, sociología y política* constituyen un registro del desarrollo de las ciencias sociales en Colombia que aún está por escribirse. La dificultad de esta historia reside en la ausencia de trabajos de calidad sobre los pensadores individuales, en la carencia de ediciones críticas de sus obras y en la falta de estudios culturales más amplios. Mientras este laborioso trabajo tiene lugar, una aproximación inicial a algunas figuras, libros y tradiciones, bien puede cumplir una función de animación y de primera organización de fuentes, hipótesis y puntos de partida para una sociología del pensamiento social colombiano.

El autor desea, finalmente, agradecer a varios amigos y colegas que leyeron la totalidad de los ensayos o algunos de ellos. Los profesores Fernando Cubides de la Universidad Nacional, Carlos Gutiérrez de la Universidad de Los Andes y Tomás Vásquez de la Universidad Pedagógica Nacional. Todos ellos hicieron valiosas sugerencias dirigidas a evitar barbaries de contenido y forma. Como en otras ocasiones, he tenido la oportunidad de contar con la ayuda desinteresada de Inés E. Castaño y de Libardo González, quienes con dedicación y especial cuidado expulsaron errores, imprecisiones y fealdades de la prosa de un analista que con frecuencia se resiste a la exposición directa y clara de su asunto. Una deuda de otro tipo me une a los historiadores Jaime Jaramillo Uribe y Marco Palacios. Su aliento contribuyó a superar las vacilaciones de un sociólogo que cada vez se acerca más a la explicación históricamente orientada de la producción intelectual.

6 Camilo Torres, *Cristianismo y revolución* (México: Era, 1970), p. 161.

SOCIOLOGÍA E HISTORIA

Diego Mendoza: entre la historia y la sociología

Una vida

En las exequias de Diego Mendoza, un notable jurista apuntó: «con su desaparición, queda casi extinguida la última vanguardia de los viejos radicales».¹ Mendoza había nacido en 1857 en una familia de clase alta de provincia vinculada con la política y la cultura. Su padre era un abogado de éxito en Boyacá y dueño de una próspera hacienda a pocas horas de Tunja. Su madre era hermana de Santiago Pérez, presidente de la República entre 1874 y 1876, y del versátil Felipe Pérez que escribió tantos libros y de tan diversos temas como los puestos que ocupó a lo largo de su agitada vida. Fue periodista, educador, militar, político, geógrafo, historiador, poeta y novelista. El hogar de los Mendoza-Pérez, de diez hijos, albergaba en su seno las dos facciones políticas de la época. El padre era conservador y la madre liberal, escisión que se reprodujo sin mayores tensiones en las inclinaciones de los dos vástagos que descollaron en la vida pública: Diego y Francisco. Este último, el mayor, se hizo conservador y Diego, siguiendo el ejemplo de los Pérez, liberal.

1 Discurso de Carlos Lozano y Lozano en los funerales de Diego Mendoza, *El Tiempo*, Bogotá, junio 16 de 1933, p. 8.

Francisco, quince años mayor, pertenecía a la generación de Miguel Antonio Caro y de sus tíos Santiago y Felipe Pérez. Se formó en Tunja y desde muy joven comenzó a participar con éxito en la política conservadora de su Estado. Primero fue rector del prestigioso Colegio de Boyacá, fundado por el general Santander, y después secretario de Hacienda e inspector general de Instrucción Pública. Su ecuanimidad, su entrega a los intereses de Boyacá y sus dotes de negociador con los liberales y con las facciones conservadoras de su convulsionada región, lo llevaron a ocupar las más altas posiciones político-administrativas. Logró ganarse el favor de los líderes de la Regeneración y de los presidentes que siguieron a la administración de Caro. Fue gobernador de Boyacá en varias ocasiones, dos por encargo y otras dos en propiedad, fue delegatario a la Constituyente de 1886, Consejero de Estado, Tesorero General de la República y Ministro de Gobierno y del Tesoro de José Manuel Marroquín. En 1904 se retiró de la política para organizar su hacienda personal. Tenía 62 años y de su matrimonio habían crecido siete hijas que era necesario atender. Sin cortar las relaciones con sus amigos de Boyacá, dedicó sus últimos años al ejercicio del derecho en Bogotá y a la administración de su finca de Samacá.²

La economía de la familia Mendoza-Pérez sufrió serios quebrantos durante los años de la guerra civil de 1861, la de Mosquera contra Ospina Rodríguez. Cuando Diego contaba con 4 años de edad, la antigua, espaciosa y bien abastecida casa, que había pertenecido a Gonzalo Suárez Rendón, el fundador de Tunja, fue expropiada sumariamente por las tropas federalistas, y sus dueños fueron forzados a abandonarla para convertirla en cuartel. Quince meses estuvo en manos ajenas la heredad paterna y cuando la familia logró recuperarla apenas era habitable. Habían desaparecido

2 Información básica sobre Francisco Mendoza Pérez se encuentra en dos trabajos de A. J. Galvis Noyes: «Francisco Mendoza Pérez: selección de escritos e índice documental» (Tunja: Convenio Banco de la República - Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1985), y «Francisco Mendoza Pérez» en *Biografía de los constituyentes de 1886* (Bogotá, 1986), tomo I, pp. 97-244.

las puertas y ventanas de la mansión, lo mismo que los muebles, la biblioteca, los arneses, monturas y demás enseres del hogar. En el juicio de indemnización y restitución de sus pertenencias, el padre declaró: «estaba medianamente acomodado y entre las gentes de la ciudad era tenido por rico, pero todo lo he perdido a consecuencia de la repentina ocupación de mi casa».¹ Y, como lo recordará su hijo años más tarde, los militares en campaña «toman lo que necesiten donde lo encuentren, sin que se preocupen del perjuicio que inflijan a los dueños de los artículos alimenticios o de los animales, carros u otros vehículos de transporte».² A partir de aquel quebranto económico ya no fue fácil continuar con la educación de los diez hijos que habían conocido la prosperidad y la holgura.

La formación de Diego Mendoza tuvo lugar en plena era radical. Hizo su enseñanza primaria y secundaria en Tunja y en 1875 se trasladó a Bogotá para emprender los estudios superiores en la Universidad Nacional. Su tío, Santiago Pérez, era el presidente de la República desde el año anterior y, una vez terminado su período presidencial de dos años, pasó a la rectoría de la universidad donde se encontraba su sobrino. En un comienzo Diego se matriculó en la Facultad de Ciencias Naturales que preparaba a los estudiantes de ingeniería y medicina, y allí fue alumno de Francisco Bayón en Botánica, de Nicolás Sáenz en Zoología y de Liborio Zerda en Física Médica (rama de la medicina que explora y rehabilita el movimiento y la capacidad funcional del cuerpo). Esta elección parece haber estado asociada con las ayudas ofrecidas por los Estados soberanos a las carreras técnicas, pero una vez que las becas se extendieron a los estudios jurídicos, se trasladó a la escuela de Derecho donde, junto a otros trece compañeros, obtuvo el grado de doctor en 1880 con la calificación de *sobresaliente*.

1 A. J. Galvis Noyes, «Francisco Mendoza Pérez», pp. 101-102. El mismo Mendoza escribió en el libro dedicado a su tío Felipe Pérez: «la guerra civil de 1861 a 1863 había assolado especialmente a Boyacá». Diego Mendoza, «Felipe Pérez como hacendista», en Enrique Pérez, *Vida de Felipe Pérez* (Bogotá, 1911), p. 156.

2 Diego Mendoza Pérez, *Evolución de la sociedad colombiana: ensayos escogidos*, compilados por G. Cataño (Bogotá, 1994), p. 130.

A finales de aquel año recibió el diploma de manos del presidente Rafael Núñez, quien felicitó el talento y los logros académicos de los graduados. En su discurso, Núñez subrayó la importancia de la sociología y la necesidad de introducir su enseñanza en los claustros universitarios. Esta nueva ciencia, afirmó, «define, demuestra y explica las leyes predominantes del movimiento social; leyes anteriores y superiores a las que dictan las Asambleas y los gobiernos».³

2

Una vez alcanzado el grado de doctor en Derecho, Mendoza regresó a Tunja. Allí vivió diez años ocupado en labores periodísticas y en tareas administrativas relacionadas con la supervisión y dirección del Colegio de Boyacá. A estas labores unió el ejercicio del Derecho junto a Bernardo D. Gutiérrez, un influyente abogado y dirigente liberal de Boyacá cuyo bufete era el centro de reunión de «las altas personalidades de la ciudad».⁴ En el Colegio de Boyacá tuvo oportunidad de recibir al joven Carlos Arturo Torres de Santa Rosa de Viterbo, quien «hizo sus primeros estudios bajo la dirección de Diego Mendoza».⁵ Estos años, los mismos de la afirmación de su hermano Francisco en la política conservadora de Boyacá, estuvieron acompañados de un severo autodidactismo en los campos de la historia, la economía y el derecho internacional, con algunos rodeos en los terrenos de la filología, la traducción y el estudio de

3 Rafael Núñez, *La reforma política en Colombia* (Bogotá, 1945), tomo II, p. 419 (los subrayados son nuestros). Entre sus compañeros de grado se encontraba Nicolás Pinzón Warlostén, el fundador de la Universidad Externado. En aquel mismo año terminaba sus estudios de Derecho el antioqueño Rafael Uribe Uribe en el Colegio del Rosario, dirigido por el radical Gil Colunge, con el que Mendoza había de tener más de un encuentro en el futuro.

4 Isidoro Laverde Amaya, *Bibliografía colombiana* (Bogotá, 1895), pp. 246–247, y Diego Mendoza, «Bernardo D. Gutiérrez», *La Linterna*, Tunja, mayo 31 de 1918.

5 B. Sanín Cano, *Letras colombianas* (México, 1944), p. 169. Torres se trasladó después a Bogotá para estudiar en el Externado de Pinzón Warlostén, donde se graduó de abogado en 1891 con la tesis *Estudio sobre las sanciones civiles*.

idiomas. Siendo rector del Colegio de Boyacá publicó su primer libro, *Vocabulario gramatical*, un útil glosario de los términos de la gramática castellana. Con soltura y dominio del tema, el novel autor explica en sus páginas los vocablos de obligado conocimiento de todos aquellos que se interesen en el uso adecuado de la lengua, ramo de la educación «que a nadie es dado desconocer y que es prenda en quien lo posee de cultura antes social que literaria». ⁶ La obra quería llenar un vacío en la enseñanza y sus orientaciones buscaban superar los rígidos patrones de las cartillas que circulaban por las escuelas y colegios de la región. Sabía que la ortografía, los acentos y la pronunciación cambiaban con frecuencia y que el uso y la labor cotidiana de periodistas y escritores impulsan el idioma en múltiples direcciones. Sus esfuerzos como traductor se expresaron en la versión castellana de *El ahorro* de Samuel Smiles, el célebre moralista inglés de sentido práctico y carácter estimulante muy leído en los medios colombianos de la época. ⁷

Durante su estadía en Boyacá, Mendoza no descuidó sus contactos con Bogotá. Enviaba colaboraciones para *El Relator* de su tío Felipe Pérez y en sus habituales visitas no olvidaba frecuentar las librerías, los «colegios invisibles» de la capital. Estas casas comerciales eran verdaderas instituciones culturales, centros de reunión y de tertulia donde confluían los profesores, los escritores, los políticos y los periodistas de la ciudad. Allí se discutían los sucesos del momento, la política, las novedades bibliográficas, las posturas intelectuales y las noticias del extranjero. Eran puntos de encuentro, círculos de educación no formal donde se multiplicaban los contactos personales y se fundaban amistades que después revertían en la política y en los destinos ocupacionales. Entre ellas descollaban la Librería Americana de Miguel Antonio Caro, la

6 Diego Mendoza, *Vocabulario gramatical* (Tunja, 1884), p. i.

7 La traducción se publicó por entregas en los *Anales de Instrucción Pública* de Bogotá entre 1883 y 1888. En 1889 apareció como libro bajo el sello de la Librería Colombiana con un prólogo de Salvador Camacho Roldán. Años después fue adoptado como texto de estudio en varios colegios del país. Ver *La Crónica*, Bogotá, mayo 6 de 1897.

Torres Caicedo de José Joaquín Pérez, la Librería Colombiana de Camacho Roldán y de Joaquín Emilio Tamayo, padre del futuro historiador Joaquín Tamayo, y más tarde la librería Nueva de Jorge Roa, donde anidó la Biblioteca Popular, la primera colección de grandes tiradas de libros nacionales y extranjeros publicados en Colombia. La de Caro hacía énfasis en los clásicos, la de Pérez en los autores de la América española, la de Camacho y Tamayo en el pensamiento moderno y la de Roa en la literatura contemporánea. La librería Colombiana, que llevaba en su sello la insignia goethiana «¡Luz, más luz!», familiarizó a su clientela con las obras de Comte, Spencer, Buckle, Foustel de Coulanges, Thierry, Michelet y Mignet. «Sin ella —recuerda uno de los compañeros de generación de Mendoza— habríamos sabido tarde que las ciencias históricas habían comenzado a renovarse al influjo de la historia documentada y con el auxilio de todas las disciplinas anexas: la etnografía, la filología, el folklore, la historia de las religiones y la historia de las artes». Sin la Colombiana, agrega, «quizá no hubieran completado su excelente formación en ciencias políticas Nicolás Pinzón Warlostén, Roberto Ancizar, José Camacho Carrizosa, Carlos Arturo Torres y Diego Mendoza».⁸

Mendoza regresó a Bogotá a comienzos de 1891 con ocasión de la muerte de su tío Felipe Pérez, y ahora exhibía «conocimientos maduros en historia, economía política y derecho internacional».⁹ Junto a su tío el expresidente Santiago Pérez y su primo Raúl Pérez Lleras, hijo de don Felipe, se encargó de la dirección de *El Relator*, en cuyas páginas sería un crítico acerado de la Regeneración, a la cual llama «reinado de la mediocridad» y «madre estéril para la producción de hombres honrados».¹⁰ Esta vinculación con el periódico más prestigioso del radicalismo, lo hizo conocer en todo el país y lo afirmó como uno de los líderes más representativo del

8 Laureano García Ortiz, *Conversando...* (Bogotá, 1966), pp. 290 y 291.

9 E. Rodríguez Triana, «D. Diego Mendoza», artículo reproducido en la segunda edición del *Vocabulario gramatical* (Bogotá, 1987), p. liii. Este texto de Rodríguez Triana, un alumno de Mendoza en la Universidad Republicana, fue redactado hacia 1909.

10 Diego Mendoza, «Felipe Pérez como hacendista», pp. 163 y 168.

liberalismo fin de siglo. Una vez en la capital se unió a la recién creada Universidad Republicana, y paralelo a las labores periodísticas y docentes abrió su gabinete de abogado, del cual parece haber derivado sus ingresos. En la Republicana, de la cual será rector, selló su amistad con las figuras más conspicuas de la generación radical, algunas de las cuales había conocido durante sus años de estudiante: Salvador Camacho Roldán, Francisco Eustaquio Alvarez, Juan Manuel Rudas, Luis Antonio Robles, Aníbal Galindo, Teodoro Valenzuela, José Ignacio Escobar y Nicolás Esguerra.

Los noventa fueron años difíciles para el liberalismo. Los gobiernos de la Regeneración, los de Núñez, Holguín y Caro, caracterizados por el exclusivismo y el autoritarismo, hostigaron al partido liberal y a sus dirigentes. Los liberales apenas tenían representación en el Congreso y su dirección se debatía entre la insurrección armada y una línea pacífica cada vez más débil representada por los patriarcas del radicalismo que ahora rondaban la ancianidad. Para cubrir las jornadas electorales de 1896, las fuerzas liberales fundaron *El Republicano* y entregaron su dirección a tres «jóvenes» promisorios que ya se afirmaban en la vida política y cultural: Rafael Uribe Uribe, Diego Mendoza y su antiguo discípulo Carlos Arturo Torres, quien a los 29 años ya había publicado dos textos, su tesis de grado sobre las sanciones civiles y un drama histórico, *Lope de Aguirre*. Pero el genio de Uribe Uribe, más voluntad que transacción, no encajó en el trabajo compartido y a los pocos días abandonó la dirección del periódico. De allí surgió una honda enemistad con Mendoza, dos hombres «que no se quisieron ni se soportaron nunca».¹¹ Aquella hostilidad alcanzó situaciones límites cuando algunos días después Uribe Uribe retó a duelo a Mendoza a causa de una hoja injuriosa difundida en *El Republicano*.¹²

11 Eduardo Rodríguez Piñeres, *Diez años de política liberal: 1892-1902* (Bogotá, 1942). pp. 32-33.

12 El hecho no tuvo, sin embargo, mayores consecuencias. Cuando fue notificado por los padrinos de Uribe Uribe, Mendoza dio satisfacciones públicas al ofendido en

Estas diferencias volvieron a surgir a finales de la década del noventa con ocasión del estallido de la guerra de los Mil Días. Mendoza se sumó al ala pacifista del liberalismo y firmó lo que los revolucionarios del 99 llamaron «el telegrama mortal», la resolución del Directorio Liberal de Bogotá que desautorizaba a los alzados en armas, e instaba a los liberales de todo el país a la conservación de la paz pública. A diferencia de Uribe Uribe y de sus seguidores, Mendoza era ajeno a la violencia. Era un intelectual y un profesor, un docente «que creía más en la pluma que en el rifle y en la cátedra que en el campamento»; un maestro que había estado al frente de un importante colegio de provincia y que por temperamento, relaciones familiares y amistad con los venerables de la era radical, «prefería los sistemas de la evolución a los huracanes de la revolución».¹³

Pero los noventa no fueron solamente años de luchas políticas. Fueron también los días de su afirmación intelectual y académica. Entre 1896 y 1899 se desempeñó como rector de la Universidad Republicana, que junto al Externado, fundado en 1886, constituyó el esfuerzo más acabado del liberalismo por tener presencia en la educación superior. Publicó, además, ensayos de alguna extensión en los periódicos y revistas más prestigiosos de la época sobre literatura, economía, sociología, historia y derecho internacional. En noviembre 1897, cumplidos los cuarenta años, pronunció su famosa conferencia *Ensayo sobre la evolución de la propiedad en Colombia*, su trabajo sociológico más representativo que lo llevó a la presidencia de la Sociedad Colombiana de Jurisprudencia, cargo en el cual le habían precedido Nicolás Esguerra y el francés Edmundo Champeau (1866-1918), el primer tratadista del derecho civil colombiano. En el texto sobre la propiedad criticó la historia centrada en la política y en las acciones de los grandes hombres, y postuló la necesidad

las columnas del mismo periódico. Ver Rafael Serrano Camargo, *El general Uribe* (Bogotá, 1976), p. 96.

13 L. E. Nieto Caballero, *Escritos escogidos* (Bogotá, 1984), tomo v, p. 438.

de emprender investigaciones sobre los procesos sociales y económicos de la vida nacional. Y durante los difíciles años de la guerra de los Mil Días, redactó su primer trabajo de derecho internacional, *El canal interoceánico y los tratados*, calificado por uno de sus contemporáneos como «el esfuerzo más notable y metódico» de la época sobre la situación jurídica de Panamá.¹⁴

3

Con la llegada de Rafael Reyes a la presidencia de la República, se abrieron las posibilidades de participación de los liberales en el poder. Mendoza y Uribe Uribe habían sido elegidos al Congreso por el liberalismo y, al poco tiempo, fueron invitados por el presidente a ocupar cargos diplomáticos. Uribe Uribe fue enviado al Brasil y Mendoza a Washington con el objeto de procurar el arreglo de las «cuestiones pendientes» entre Colombia y Estados Unidos. Reyes, consciente del poder de Norte América y de su importancia económica para el comercio colombiano, deseaba solucionar por la vía más rápida el diferendo con Washington a raíz de la independencia de Panamá. Mendoza era un excelente candidato para llenar estas funciones: su conocimiento del inglés y sus estudios de historia diplomática y de derecho internacional lo presentaban como la persona más indicada para emprender las negociaciones con el «coloso del Norte» sin menoscabo del honor nacional. El 30 de mayo de 1905 presentó sus credenciales ante el presidente Theodore Roosevelt. La misión era delicada, pero nadie sospechaba que habría de convertirse en «un lecho de espinas» para Mendoza, lecho que habría de marcarlo por el resto de sus días.

Siguiendo las instrucciones de Bogotá, Mendoza se puso a la obra. El punto inicial era recordar las cuestiones pendientes relacionadas con el tratado de 1848 donde se estipulaba que Estados

14 Arturo Quijano, «Elogio de Diego Mendoza», *Anuario de la Academia Colombiana de Jurisprudencia*, I, Bogotá, 1933, pp. 271.

Unidos se obligaba a garantizar la «perfecta neutralidad del istmo», así como «los derechos de soberanía y propiedad que la Nueva Granada tiene y posee sobre dicho territorio». Mientras promovía estas discusiones, el pragmático Reyes, lleno de afanes, envió al señor Enrique Cortés —antiguo Ministro de Relaciones Exteriores—, en calidad de agente confidencial a Panamá, para adelantar algunos arreglos y continuar después a Washington como asistente de Mendoza. Cuando llegó a la capital norteamericana llevaba nuevas órdenes que ya habían sido anunciadas a Mendoza en un cable procedente de Bogotá. Su texto decía: «Instrucciones [de] Cortés prevalecen sobre las de Mendoza. Cúmplanlas. Respeten [compromisos] adquiridos Cortés con Panamá. Si alguno de ustedes créese impedido cumplirlas, continúe el otro negociación».¹⁵

Las nuevas instrucciones, relacionadas posiblemente con cuestiones de límites e indemnizaciones, dejaba desarmado al embajador Mendoza, quien en ese momento luchaba por dejar claro en el concierto internacional la intromisión de Estados Unidos en la separación de Panamá, «pues aunque es cierto que nosotros no tenemos cañones para sustentar nuestros derechos, tenemos una cosa que vale muchísimo más: la justicia y somos en este campo invencibles».¹⁶ Era evidente que Mendoza no compartía la nueva visión de Reyes. Difícilmente podía continuar en el cargo y, en junio de 1906, fue removido de la embajada y reemplazado por el «agente confidencial» Enrique Cortés.¹⁷

Entre tanto, el ambiente en el país estaba bastante agitado. La opinión era negativa a cualquier tipo de arreglo con Estados Unidos y el istmo era considerado por la mayoría de los colombianos como un departamento más de Colombia. Mendoza se sintió en la obligación de aclarar su pensamiento y en carta pública firmada en Nueva York el 2 de julio de 1906, citó el mencionado

15 Cablegrama citado por Diego Mendoza en una carta pública (Nueva York, julio 2 de 1906).

16 *Ibidem*.

17 E. Taylor Parks, *Colombia and the United States: 1765-1934* (New York, 1970), p. 431.

cablegrama y criticó con dureza el nuevo rumbo del presidente en materia internacional. La misiva tuvo gran efecto en los medios políticos, y Reyes, con el objeto de neutralizar su impacto, logró que el Consejo de Ministros lo declarase traidor a la Patria el 10 de agosto de 1906, por haber difundido documentos confidenciales considerados secretos por el cuerpo diplomático. Moviéndose con rapidez, el presidente hizo que el 17 de agosto el ministro de Guerra expidiera una resolución «en cumplimiento de las disposiciones legales sobre policía y conservación del orden público», en la cual se citaba al señor Diego Mendoza Pérez a que compareciera ante el gobierno de Bogotá. Debía responder por los cargos señalados por el Consejo de Ministros, «entendido que si no se presentare voluntariamente dentro del término de sesenta días, se pedirá su extradición por conducto del Ministerio de Relaciones Exteriores». A esto se sumó la edición oficial del libro *La honra nacional y el ex-ministro Mendoza Pérez*, que transcribía más de un centenar de telegramas dirigidos al ministro de Relaciones Exteriores apoyando las decisiones del gobierno sobre la «traición» de Mendoza. Una muestra de ellos sugiere el tenor del libro y el estilo de la contraofensiva de Reyes:

«Por su perfidia y villano proceder —manifestaban unos vecinos de la Unión, Nariño— pedimos que se le declare traidor y se le castigue severamente».

«No hay pena suficiente en nuestro Código Penal —escribía un notable de Pasto—, para castigar la deslealtad de un ministro diplomático que traiciona a su patria».

«Caiga la execración —decía un cable proveniente de Buenaventura— sobre los malos hijos de la patria, la cual se salvará a despecho de bastardas ambiciones».

«Hacemos pública manifestación de protesta contra los traidores —expresaban unos vecinos de Palmira— y damos voto aplauso gobierno por castigo que habéis impuesto colocándolo en picota ignominiosa».

«Protesto enérgicamente —decía un vecino de Tuluá— contra infame villanía del ex-ministro Mendoza Pérez».

»Traición a la patria es el más nefando de los crímenes», manifestó un habitante del Socorro.

Y con igual cólera y aludiendo a unos comentarios atribuidos a Uribe Uribe, varios habitantes de un caserío no identificado expresaban: «Conducta de Mendoza Pérez merece reprobación de todo colombiano. Patriotismo resentido profundamente aprueba autorizada expresión del General Uribe Uribe: “lujo de inhabilidad por parte de ex-ministro Mendoza Pérez para tratar tan graves asuntos Estados Unidos”»,¹⁸

Ante esta lucha desigual, la maquinaria del Estado arrasando con el honor de un ciudadano, Mendoza se negó a regresar al país y desde Nueva York escribió nuevas cartas contra Reyes a quien llamó «dictador». Si ayer lo había servido y apoyado, ahora sería uno de sus críticos más mordaces, hecho que fue aprovechado por su compañero de generación, el implacable y poco amistoso Vargas Vila para escribir con sorna: «Diego Mendoza Pérez, ex-ministro de Reyes en Washington, se ha hecho a última hora su adversario».¹⁹

Aquellos fueron días de dolor y ostracismo para Mendoza. Su nombre aparecía diariamente en los periódicos del Quinquenio como el ejemplo de horror e infamia nacionales. Su hermano mayor se había retirado dos años antes con honores de la administración pública y ahora su primera oportunidad de servicio parecía terminar en un rotundo fracaso. Su prestigio intelectual y político, ganado con tanta dificultad, se esfumaba en medio del escándalo y del hostigamiento general de sus compatriotas.

18 República de Colombia, *La honra nacional y el ex-ministro Mendoza Pérez* (Bogotá?, 1906), *passim*. El texto completo de la resolución del Ministro de Guerra se encuentra en la «Introducción» de Jaime Bernal Leongómez a la edición facsimilar del *Vocabulario gramatical* (Bogotá, 1987), pp. xxix-xxx.

19 José María Vargas Vila, *Los césares de la decadencia* (París, 1907), p. 149. Con su tono característico, describía a Reyes como «el perfil del disimulo, [que] incapaz de amar ningún partido los ha adulado a todos».

Mendoza permanecerá cuatro años en el exilio. Después de una estadía de diez meses en Nueva York se fue a España y se radicó en Madrid, donde vivió hasta principios de 1910. Fueron años de intensa actividad intelectual en los cuales publicó dos libros sobre problemas sociales, un volumen sobre la expedición botánica de Mutis acompañado de numerosos documentos inéditos del sabio Caldas, y la traducción de una obra del hispanista inglés James Fitzmaurice-Kelly, un amigo muy cercano de su primo Santiago Pérez Triana, hijo del expresidente Santiago Pérez. La traducción venía precedida de una nota introductoria de Fitzmaurice-Kelly, que festejaba la «habilidad, celo e infatigable paciencia» de su ilustre traductor, y de un prólogo de Rufino José Cuervo, donde el austero gramático, tan esquivo con la lisonja, elogia el trabajo de Mendoza.²⁰ Los libros sobre problemas sociales, que sumaban 716 páginas, eran «obras de propaganda de ideales y de vulgarización», dirigidas a difundir en el país las innovaciones europeas y norteamericanas en los campos de la educación y de la lucha contra el consumo de bebidas alcohólicas. Impresionan por la modernidad de los temas tratados, por la riqueza de la información y por la amplitud de la literatura consultada, inglesa y francesa especialmente.²¹ Ambos trabajos contaron con la colaboración permanente de su esposa y prima hermana, la infatigable María Pérez Lleras, con quien se había casado a finales de siglo.²²

20 Jaime Fitzmaurice-Kelly, *Lecciones de literatura española* (Madrid, 1910). B. Sanín Cano, otro compañero de generación de Mendoza, trasladará al castellano años más tarde dos libros más de Fitzmaurice-Kelly: *Miguel de Cervantes Saavedra* (Madrid, 1917) y *Manual de historia de la literatura española* (Buenos Aires, 1926). Sanín se hizo amigo del hispanista inglés a través de Santiago Pérez Triana en el Londres de los años diez, y cuando Fitzmaurice-Kelly se retiró de la Universidad de Liverpool en 1919, recomendó a Sanín para sucederle en la cátedra; pero este no aceptó a causa de sus compromisos en Londres. Ver B. Sanín Cano, *De mi vida y otras vidas* (Bogotá, 1949), p. 104.

21 Diego Mendoza, *Apuntaciones sobre instrucción pública* (Valencia, 1908) y *Memoria sobre el alcoholismo* (Madrid, 1909).

22 A María se debe el segundo capítulo de las *Apuntaciones sobre instrucción pública* dedicado a las salas de asilo (los orfanatos). Por los mismos años, María tradujo

Madrid fue para Mendoza una arcadia intelectual. Hizo contactos académicos, asistió a las sesiones de las academias de Historia y de la Lengua, conoció a renombrados intelectuales ibéricos como Marcelino Menéndez y Pelayo y Francisco Giner de los Ríos y trabajó amistad con los directivos del Jardín Botánico que le facilitaron la documentación para su volumen sobre Mutis y Caldas. De su trabajo en el Jardín y de una visita al archivo de Sevilla logró reunir además un buen número de documentos sobre el período colonial que después usaría en sus variados ensayos históricos. Y con la publicación de su obra titulada, la *Expedición Botánica de José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada* de 1909, se le abrieron las puertas de los reconocimientos. Los historiadores lo hicieron miembro de la Academia de Historia de Madrid y los científicos lo llevaron a la Sociedad de Ciencias Naturales, ocasión que le hizo recordar sus tempranos estudios en la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional. Y lo que es tal vez más honroso, en 1911 Federico Gredilla, el director del Jardín Botánico, le dedicó su *Biografía de José Celestino Mutis*, cuya organización y escritura debía mucho a los materiales aportados por la «célebre obra de uno de los colombianos más instruidos, el correctísimo don Diego Mendoza». ²³

y editó un volumen sobre educación femenina, *La Misión social de la mujer* (Valencia, 1910?), que resume los informes de un congreso internacional de enseñanza doméstica celebrado en Friburgo (Suiza) en 1909. Este libro debe considerarse un complemento y extensión del capítulo XII de las *Apuntaciones* dedicado a la instrucción de las jóvenes. María Pérez Lleras era hija de Susana Lleras Triana y de Felipe Pérez. Susana Lleras Triana era a su vez hija de Lorenzo María Lleras, «el abuelo», y de Liboria Triana, hermana del célebre naturalista José Jerónimo Triana. El vínculo con su prima hermana unió a Mendoza con la familia Triana, de gran renombre tanto en las letras como en las ciencias de fines del siglo XIX y comienzos del XX, y con la familia Lleras, de conocidos logros intelectuales y políticos. Todo esto hace de Diego Mendoza un ejemplo típico de los matrimonios endogámicos en la dirigencia liberal de la era radical, patrón que llevó a algunos liberales a asumir una actitud de dueños «naturales» del partido, y de «oligarquías» cerradas –con tendencia hereditaria– en los campos de la cultura, los negocios y el ejercicio profesional. Ver Helen Delpar, *Rojos contra azules* (Bogotá, 1994), pp. 115–17.

- 23 A. Federico Gredilla, *Biografía de José Celestino Mutis con la relación de su viaje y estudios practicados en el Nuevo Reino de Granada reunidos y anotados por A. F. Gredilla* (Madrid, 1911).

Entre tanto su situación «penal» en Colombia empezó a cambiar. Ante la oposición y las continuas críticas al gobierno, Rafael Reyes decretó a finales de 1908 un indulto a «cuatro ciudadanos que sufren penas por delitos políticos: Diego Mendoza, Santiago Pérez Triana, José María Vargas Vila y Juan B. Pérez Soto». Como era de esperar, Mendoza se negó a aceptar que alguna vez hubiera sido traidor a la patria y en su «Diario» del exilio escribió: «el gobierno actual de Colombia tiene el deber de devolverme la honra que ha querido arrebatarme». No le confirió ninguna legitimidad al mencionado decreto a pesar de que venía respaldado por las firmas de los ministros liberales Nemesio Camacho y B. Sanín Cano.²⁴ Ante esta decisión, Nicolás Esguerra junto a los generales Benjamín Herrera y Uribe Uribe promovieron con éxito en el Senado y en la Cámara de Representantes una declaración donde se ratificaba «que el señor doctor Diego Mendoza Pérez ha servido lealmente a la patria en todos sus actos públicos y declara que documentos posteriores a la ilegal resolución ejecutiva del 10 de agosto de 1906 han venido a comprobar que su conducta como ministro de Colombia en Washington fue patriótica y correcta».²⁵ A esto se sumó la renuncia de Reyes a la Presidencia y la prontitud fugitiva con la cual abandonó el país la noche del 14 de junio de 1909.

Ahora las condiciones del regreso estaban dadas: el «dictador» se había ido y sus bienes más preciados —la dignidad, el honor y la probidad— le habían sido restituidos por la máxima instancia política de la nación. En enero de 1910, Mendoza y su esposa emprendieron viajes por Europa antes de regresar al país. Visitaron Barcelona, Marsella, Génova y Pisa, para luego pasar a Florencia y Roma. A continuación se dirigieron a Milán, Lausana y París, donde

24 Ver J. Bernal Leongómez, «Introducción», pp. xxxiii-xxxix, donde se reproduce el texto del decreto. El mencionado «Diario» se refiere a unas hojas que con el título de «Segundo cuaderno de mi diario» contenía los registros mendocinos del exilio. El cuaderno fue consultado por J. Bernal Leongómez en el archivo personal del historiador Guillermo Hernández de Alba. Desafortunadamente, a la muerte de don Guillermo en 1989, los herederos vendieron indiscriminadamente sus papeles y en la actualidad se lo considera perdido.

25 J. Bernal Leongómez, *op cit.*, p. xlv.

permanecieron cerca de un mes. Allí la pareja debió visitar al filósofo Rufino José Cuervo, un amigo a distancia que ahora cumplía 28 años de residencia en Francia. A finales de mayo se embarcaron para Sur América y en julio llegaron a Puerto Colombia, de donde pasaron a Barranquilla para remontar el Magdalena hacia Bogotá.

4

Después de una permanencia de cinco años en el exterior, Mendoza volvía al país cumplidos los 53 años de edad. Su deseo era continuar los trabajos iniciados en España donde había conocido los aplausos de la comunidad intelectual. A la serie de problemas sociales deseaba agregar un libro más sobre las reformas penitenciarias y otro sobre los derechos y las obligaciones de los extranjeros en Colombia. «Una vez regrese al país —apuntó en su «Diario»— me dedicaré a escribir llevando una vida estrictamente privada». ²⁶ Pero este deseo no habría de cumplirse. Todavía en Europa, los amigos del Republicanismo, la coalición de liberales y conservadores que había apurado la caída de Reyes y llevado a la presidencia al antioqueño Carlos E. Restrepo, habían postulado su nombre a la Asamblea Nacional Constituyente de 1910 con Carlos Arturo Torres como suplente. ²⁷ Ambos declinaron la postulación, pero cuando Mendoza llegó a Bogotá no logró evadirse de los ruegos de sus seguidores y, al poco tiempo, era candidato republicano a la Cámara. Se sintió incómodo, pero las demandas y las angustias económicas del momento lo llevaron a aceptar la postulación. Su nombre estaba asociado a las viejas luchas del partido liberal y no era fácil negarse a las solicitudes de los que habían promovido su inocencia en el Congreso. No escapó a su destino: desde 1910 hasta 1918 sería elegido por una u otra coalición liberal a la Cámara de Representantes.

²⁶ *Ibid.*, p. l.

²⁷ *La Civilización*, Bogotá, abril 1 de 1910.

Al regresar al país, se vinculó de nuevo a la Universidad Republicana y estrechó sus relaciones con la Academia Nacional de Historia, de la cual era miembro de número desde 1903. En su órgano oficial, el *Boletín de Historia y Antigüedades*, continuó la publicación de sus trabajos sobre historia diplomática y difundió varios documentos traídos de los archivos españoles. Y jamás olvidó el asunto panameño. En 1911 presentó una proposición en la Academia para condenar la publicación de un mapa escolar que había dejado por fuera el territorio de Panamá. A su juicio, el país no había reconocido aún la existencia del istmo como entidad independiente, razón por la cual continuaba «siendo un Departamento de la República de Colombia».²⁸ En reconocimiento a sus contribuciones historiográficas, y como una extensión más de sus logros españoles, la Academia lo llevó a la presidencia de la corporación a finales de 1911. Dos años después publicó el *Manual de instrucción cívica* para la enseñanza primaria, disciplina que tiene por objeto la socialización política de los futuros ciudadanos. Allí hizo profesión de fe democrática al explicar a su juvenil auditorio los fundamentos del Estado de derecho.²⁹ Todas estas actividades le ayudan a soportar sin mayores laceraciones sus obligaciones políticas con el gobierno de Carlos E. Restrepo, que después de un entusiasmo inicial de convivencia liberal-conservadora, no logró consolidar el partido republicano que lo había llevado al poder.

En 1913 tuvo otro encuentro con Uribe Uribe, el cual enfriaría aún más su precaria amistad. El espectro de su labor en Estados Unidos volvía a entrar en escena. En carta pública difundida por *El Tiempo* lo instó a severas explicaciones:

28 *Boletín de Historia y Antigüedades*, n.º 73, junio de 1911, pp. 20-21.

29 Diego Mendoza, *Manual de instrucción cívica* (Bogotá, 1913). Este texto, que lleva el sello de su mejor prosa, es una extensión, y aplicación al caso colombiano, del marco de referencia expuesto en el capítulo ix de las *Apuntaciones* dedicado a la «Instrucción cívica». En muchos aspectos recuerda *El manual del ciudadano* de su tío Santiago Pérez, un texto cívico redactado bajo el espíritu de la constitución de 1863. Ver Santiago Pérez, *El manual del ciudadano* (Bogotá, 1874). Reeditado por la Universidad Externado de Colombia (Bogotá, 2000) y por la Universidad Autónoma Latinoamericana (Medellín, 2019).

Señor General Uribe: Un amigo me llama la atención en este momento a un artículo de *El Liberal* en que usted parece afirmar que yo publiqué las instrucciones que recibí del Ministerio de Relaciones Exteriores, y a las cuales debía ajustar mi conducta como ministro en Washington, y que yo violé dichas instrucciones.

Ruego a usted como hombre de honor que al pie de esta carta precise su pensamiento. Si usted cree que yo publiqué mis instrucciones, sírvase decirme en dónde y cuándo; y si usted cree que yo violé mis instrucciones, sírvase decirme en qué consistió la violación.³⁰

Uribe Uribe precisó su pensamiento al pie de la misiva y allí mismo ofreció satisfacciones a su airado interlocutor. Mendoza era muy sensible a cualquier comentario sobre su desempeño en Estados Unidos y respondía con dureza a toda alusión al respecto, rasgo que contribuyó a extender su reputación de «hosco, severo y dogmático».³¹ Este distanciamiento cobró nuevos impulsos durante las elecciones presidenciales de 1914, cuando Uribe Uribe apoyó la candidatura conservadora de José Vicente Concha contra la decisión del patricio liberal Nicolás Esguerra, avalada por Benjamín Herrera, Mendoza y los republicanos. Concha salió elegido por enorme mayoría y Uribe Uribe estaba llamado a ser uno de los hombres más influyentes del régimen, pero el 15 de octubre de 1914, cuando se dirigía al Senado, dos artesanos asestaron sobre su cabeza sendos hachazos, que en pocos minutos acabaron con la vida y los logros políticos del esforzado líder liberal.

La muerte de Uribe Uribe dejó a sus seguidores sin un jefe visible, y al año siguiente el presidente Concha reestructuró su gabinete llamando a Mendoza al Ministerio de Hacienda y al general Benjamín Herrera al de Agricultura y Comercio.³² Mendoza conocía al presidente, su compañero de generación, desde los

30 *El Tiempo*, Bogotá, abril 19 de 1913.

31 L. E. Nieto Caballero. *Escritos escogidos*, tomo v, p. 439.

32 Jorge Orlando Melo, «De Carlos E. Restrepo a Marco Fidel Suárez», en *Nueva historia de Colombia* (Bogotá, 1989), tomo I, p. 233.

años ochenta del siglo pasado, cuando el joven Concha, todavía estudiante, era uno de los dependientes de Caro en la Librería Americana. Años después Concha se hizo a la Librería y a finales del decenio de 1890 militó en el grupo de los «históricos», la fracción conservadora dirigida por Carlos Martínez Silva que buscaba un acercamiento con los liberales. Mendoza participó en varias reuniones con este grupo y allí tuvo oportunidad de acercarse a Concha, quien gozaba de las simpatías de los liberales por su defensa en el congreso de las reformas electorales, la libertad de prensa y la vigilancia de los gastos públicos.³³ Concha tenía, además, experiencia en asuntos internacionales. Igual que Mendoza había sido embajador en Estados Unidos y compartía sus temores respecto de las negociaciones con la «estrella polar». Todo ello parecía indicar que entre ambos había más de una afinidad que solo esperaba el momento adecuado de manifestarse.

Mendoza asumió el Ministerio el 15 de septiembre de 1915 y estará al frente de él hasta el 6 de julio de 1916. Durante estos diez meses se entregó con febril dedicación a las tareas de su nuevo cargo: organizó la dispersa jurisprudencia en materia de aduanas hasta lograr una codificación de fácil manejo; diseñó correctivos para el control del fraude aduanero y nombró personas de reconocida honestidad en los puertos de Buenaventura, Cartagena y Santa Marta; puso especial cuidado en los transportes, en la explotación de las esmeraldas y en la situación de las salinas y, como pocos, promovió la descentralización fiscal para que los departamentos manejaran sus recursos y atendieran sus propias necesidades. La Cámara de Comercio de Bogotá, el gremio más sensible a las políticas de dicho Ministerio, felicitó su nombramiento y apuntó que esperaba del nuevo funcionario el estudio y resolución acertada de los problemas que afectaban la vida fiscal del país, «toda vez que la renta de aduanas, recaudada del comercio importador, es

33 L. García Ortiz, *Conversando...*, pp. 281 y 189-190; y L. E. Nieto Caballero, *Escritos escogidos*, tomo I, p. 83.

la base principal del sistema tributario de la Nación». ³⁴ Eran los años difíciles de la primera guerra mundial, y Europa, el principal comprador de los productos suramericanos, cerraba sus puertas al comercio internacional.

Al renunciar por «divergencias de opinión» con el presidente, Mendoza dejó un minucioso registro de sus realizaciones. Publicó una *Compilación de las disposiciones legales y ejecutivas vigentes sobre aduanas*, presentó un persuasivo *Informe al Congreso de 1916*, su Memoria de Hacienda, y difundió un conjunto de *Documentos* —cartas, decretos, estadísticas, informes técnicos y proyectos— que resumen las labores de las diversas oficinas del Ministerio. ³⁵ La devoción y cuidado con la cual redactó su *Informe* recuerdan las mejores memorias de Hacienda del siglo XIX. Constituye un libro personal y único lejos de la prosa amorfa y vaga de los mensajes oficiales burocráticamente orientados de los ministros al Congreso. El texto venía acompañado de autorizados conceptos de varios especialistas que habían colaborado en el desarrollo de sus tareas: el ingeniero Ricardo Lleras Codazzi, el geólogo alemán Robert Scheibe y el abogado e internacionalista Antonio José Restrepo. El exigente Armando Solano no vaciló en calificar la Memoria de «magistral», de texto singular donde «se advierte la pluma del publicista y se oye la voz del profesor». ³⁶

Poco antes de asumir la cartera de Hacienda, Mendoza había pronunciado un aplaudido discurso en la Cámara de Representantes, que en muchos aspectos resumía su ideario político. En la exposición, que lleva el significativo título de *Habeas Corpus*, defendió el Estado de derecho y el campo de las libertades individuales.

34 *El Tiempo*, Bogotá, octubre 17 de 1915.

35 *Compilación de las disposiciones legales y ejecutivas vigentes sobre aduanas, arreglada por el Ministerio de Hacienda de la República de Colombia* (Bogotá, 1916). La Memoria de hacienda llevaba por título, *Informe del Ministro de Hacienda al Congreso de 1916* (Bogotá, 1916), e iba acompañada de un segundo tomo de archivos: *Informe del Ministro de Hacienda al Congreso de 1916: documentos* (Bogotá, 1916).

36 Armando Solano, «La Memoria de Hacienda», *El Gráfico*, n.º 294, junio 24 de 1916, p. 345.

Como buen profesor de derecho se preguntó: ¿Qué es un gobierno constitucional? A lo que respondió: cuatro son los rasgos que distinguen un gobierno constitucional de otro que no lo es. 1) la existencia de un documento de definición de los derechos y garantías de los ciudadanos; 2) la fijación de un ejecutivo sometido a las leyes; 3) la existencia de un derecho superior de representación; y 4) el establecimiento de tribunales independientes. En apariencia Colombia llenaba estas demandas, pero en la Carta había un serio obstáculo: las atribuciones presidenciales consignadas en el artículo 28. Este apartado de la Constitución permitía al ejecutivo aprehender y retener sin cortapisa a las personas contra las cuales hubiera indicios graves de perturbación de la paz pública. En su forma actual —declaró— el artículo 28 contradice el espíritu de las libertades modernas, el *habeas corpus*, esto es, el derecho de todo ciudadano preso a comparecer inmediatamente ante un juez para que se le dictamine su situación. Era necesario fijar, por tanto, los límites del poder y de las facultades del ejecutivo en relación con la libertad de los ciudadanos. Y esto solo podía lograrse mediante un saludable equilibrio entre los poderes legislativo, ejecutivo y judicial; entre los que hacen las leyes, los que las ejecutan y los que juzgan los criminales o las diferencias entre particulares. En su exposición fue interpelado por un colega de la Cámara, quien afirmó «que ningún presidente de la República se ha extralimitado al hacer uso de la facultad que le concede el artículo 28 de la Constitución». Mendoza replicó con fuerza y recordó un caso ejemplar: el de su tío Santiago Pérez. El expresidente —puntualizó— «fue detenido por el presidente Caro, reducido a prisión y enviado a morir al destierro». Si esto le había ocurrido a una persona de su investidura, ¿qué no podría sucederle a un ciudadano corriente? Y concluyó: «el señor Caro se llevó a la tumba el secreto de su injusticia y el doctor Pérez se llevó a la tumba la amargura de su destierro».³⁷

37 Diego Mendoza, «Habeas Corpus», *El Espectador*, Bogotá, septiembre 14 de 1915 (texto del discurso pronunciado en la Cámara de Representantes el 9 de septiembre de 1915).

5

Cuando Mendoza entregó el Ministerio se acercaba a los sesenta años. Atrás quedaba una vida de logros académicos, de éxitos y fracasos políticos, de estigmas y de reparaciones, que si bien le habían devuelto la honra, también le habían dejado un sentimiento de desazón, desdicha y dolor nada fáciles de superar. Se había formado en los años jubilosos del radicalismo y cuando fue el momento de comenzar a participar en la vida nacional, los liberales perdieron el poder y comenzó el imperio de la Regeneración y de la hegemonía conservadora que se extendió hasta 1930. Durante el último decenio del siglo XIX fue un testigo excepcional de la afirmación y ascenso de sus compañeros de generación del partido conservador. Los Suárez, Restrepo, Concha, Ospina y Abadía Méndez, la mayoría de ellos menores que él, saltaban con holgura de la administración pública al Congreso y de este a los ministerios o a los puestos diplomáticos para después integrar la lista de los presidentes de la República. Entre tanto sus colegas del partido liberal, en franca desventaja y con esfuerzos sin límite, se debatían entre las armas y las actitudes heroicas de minoría vencida.

Además, otro grupo estaba emergiendo con fuerza en la escena política: la generación del centenario. Nacidos la mayoría de ellos en la década del ochenta del siglo XIX, estaban ocupando en forma callada y efectiva los puestos de la generación de Mendoza en la administración pública, en la cultura y en los negocios. Muchos de ellos eran sus amigos personales: Enrique Olaya Herrera, los hermanos Eduardo y Enrique Santos (Calibán), Armando Solano, Ricardo Hinestrosa Daza, los hermanos Luis Eduardo y Agustín Nieto Caballero, Luis Cano, Laureano Gómez, Miguel Jiménez López, Tomás Rueda Vargas y Luis López de Mesa. Olaya Herrera había sido su discípulo en la Universidad Republicana en la cátedra de Economía política, y su tesis de grado sobre *La liberación condicional*, había contado con el examen y la calificación positiva de Mendoza, quien la exaltó y pidió que

se difundiera en los medios jurídicos.³⁸ Mendoza era además un colaborador asiduo de los periódicos y revistas de los centenaristas: *El Tiempo* de Eduardo Santos, *El Espectador* de Luis Cano, *La Patria* de Armando Solano, *La Linterna* de Enrique Santos y *Cultura* de Luis López de Mesa y Agustín Nieto Caballero. A ellos y ellas sumaría las páginas de *Universidad* del joven Germán Arciniegas.

Estos hechos lo condujeron a nuevas decisiones, quizá modestas pero al final más perdurables. Una vez libre de las tareas administrativas en el ministerio, regresó a las labores de escritor. Ahora deseaba discutir dos temas de importancia nacional: la penetración imperialista en América Latina a través de empresas de gran tamaño como la Standar Oil Company, y la irrupción de un nuevo actor en la vida nacional: la clase obrera. Al primer asunto ya había consagrado varios artículos en *El Tiempo* bajo el título de «La conquista de los trópicos» y al segundo sólo ideas muy generales. El hecho real era que el país se estaba transformando. El capital extranjero estaba llegando por las vías del comercio, el crédito y la industria con consecuencias de todo orden. El trabajador aislado disminuía y la aglomeración obrera en fábricas movidas por motores mecánicos se expandía con rapidez. Y junto a ello surgían las organizaciones obreras, las nuevas ideologías —el socialismo— y las formas de lucha no conocidas en el pasado: la huelga y la manifestación callejera.³⁹

A pesar de que todavía ocupaba un escaño en la Cámara de Representantes, sabe que la política le ha ofrecido ya lo que era posible alcanzar para personas de su edad. Ahora empezaba a mirar con franco desgano las luchas partidistas y apenas participaba en las actividades del Congreso, conducta que no pasó inadvertida a los observadores más cercanos, no obstante que hicieran esfuerzos por justificarla:

38 Enrique Olaya Herrera, *La liberación condicional* (Bogotá, 1904), p. 5.

39 Diego Mendoza, «Proyecto sobre huelgas», *El Espectador*, Bogotá, agosto 13 de 1919; y «Cuestiones obreras», *El Espectador*, Bogotá, enero 20 de 1920. Este último ensayo puede consultarse ahora en D. Mendoza Pérez, *Evolución de la sociedad colombiana*, pp. 281-283.

Hace dos años —escribía Armando Solano en 1918— que soy compañero [de Mendoza] en la Cámara, a la cual concurre desde que regresó al país, y solamente lo he oído hablar cuatro veces, acaso seis, pero más no. Las personas que lo eligieron, fundadas en sus antecedentes de probidad y en su fama de ciencia y de virtudes, es posible que no están del todo contentas con él. Si sabe tanto y es tan honrado, ¿por qué no pronuncia discursos? Tal es el criterio de las masas analfabetas. Por lo cual mucho me temo que la credencial del doctor Diego Mendoza no sea renovada, a pesar de que no encuentro una figura parlamentaria de hoy que inspire mayor respeto ni que solicite con mejores títulos la admiración de los espíritus serenos, ilustrados y patriotas.⁴⁰

Junto a su interés por los problemas sociales del momento, a los cuales hay que sumar sus reflexiones sobre la inmigración japonesa y la participación en la polémica sobre «la degeneración de la raza» promovida por su amigo Miguel Jiménez López en 1920, renació un viejo amor: la historia de la cultura. Ahora quería escribir un libro sobre «El desarrollo intelectual de Colombia», que veía como una extensión de su volumen ibérico sobre Mutis y Caldas. Escribiría sobre la reforma de Moreno y Escandón, sobre los colegios de finales de la Colonia, sobre los planes de estudio que siguieron a la Independencia, sobre la escuela lancasteriana y sobre el legado científico de la Expedición Botánica. Este trabajo de gran aliento, de cerca de quince ensayos, comenzará en las páginas de la revista *Cultura* de López de Mesa y Nieto Caballero, para luego pasar a los pliegos de *Universidad* de Germán Arciniegas. En conjunto sitúan a Mendoza como un precursor autorizado de la historia de la educación y de la ciencia en Colombia.

40 Maître Renard [Armando Solano], «Diego Mendoza», *El Espectador*, Bogotá, septiembre 24 de 1918. El mismo Mendoza había apuntado al comienzo de su festejado discurso sobre el *Habeas Corpus*, que «ha sido regla de conducta mía desde que se iniciaron las labores de esta Cámara, no hacer uso del derecho de hablar sino en determinadas ocasiones, y circunscribir mi trabajo legislativo a la labor silenciosa de las muy importantes comisiones que, con otros representantes, tengo a mi estudio». *El Espectador*, Bogotá, septiembre 14 de 1915.

6

Este regreso a los temas de la educación y de la cultura se traduciría en un interés práctico que ocuparía sus últimos años y afirmaríala su memoria en el mundo universitario: la reapertura del Externado. Desde 1912, Mendoza venía participando en los esfuerzos por crear una «Universidad Libre», laica y de libre examen que congregara «los adelantos modernos».⁴¹ El proyecto contó desde un principio con múltiples dificultades y su apertura se fue posponiendo indefinidamente a pesar de la simpatía que siempre tuvo en los sectores ilustrados del partido liberal. Pero la ocasión vino a cristalizarse en 1918 por el lado más inesperado. Ante una severa crisis ideológica, administrativa y económica de la Universidad Republicana, la universidad que dirigió a finales del siglo XIX, estudiantes y profesores, con «el concurso entusiasta de un grupo de eminentes ciudadanos», le pidieron que reabriera el Externado y asumiera su rectoría.⁴² Uno de los actores de aquellas jornadas recordó 68 años después los acontecimientos:

Para 1918 existía la Universidad Republicana bajo la dirección del ingeniero, doctor Eugenio J. Gómez [...] Por circunstancias políticas, el doctor Gómez no ocultó sus simpatías por el gobierno que dirigía el insigne gramático y clásico escritor Marco Fidel Suárez. Esa conducta suscitó una inconformidad indomeñable en el estudiantado del que hicimos parte, que pronto reventaría en una abierta oposición que provocó la formación de un comité encargado de entenderse

41 *Revista Nacional de Colombia*, n.º 41, dic. 27 de 1913, pp. 221-222. El proyecto contó con la airada crítica de Marco Fidel Suárez, quien llamó a sus promotores «corifeos de la moral laica», personas que han querido desligar la moral de la religión y esta última de la educación. Para Suárez la separación educación-religión conducía al relajamiento de la sociedad. M. F. Suárez, *Obras* (Bogotá.1958), tomo I, p. 1402.

42 A. F. Alvarez Rojas y L. A. Velásquez Fandiño, «La Universidad Republicana: interregno liberal, 1890-1919» (Tesis de Magister, Universidad Pedagógica Nacional, 1986), p. 122. Entre los «eminentes ciudadanos» se encontraban Olaya Herrera, Eduardo Santos, Luis E. Nieto Caballero, Armando Solano, Nemesio Camacho, Tomás O. Eastman, Lucas Caballero, Antonio José Iregui y Ricardo Hinestrosa Daza.

con el señor general Benjamín Herrera, que era el jefe indiscutible del liberalismo.

Hicimos parte de esa comisión y recordamos que con Adán Uribe Restrepo, Uribe Márquez y otros, ya desaparecidos, nos entrevistamos en el Hotel Franklyn, calle 12 con carrera séptima, con el distinguido militar, que nos recibió muy amablemente, deseoso de saber lo que ocurría en la Universidad Republicana. Explicamos el objeto de nuestra misión, le hablamos de la conveniencia de reabrir el viejo Externado que había patrocinado tan valerosamente el doctor Pinzón Warlostén y que veríamos con mucha complacencia que al frente de aquel instituto de tan gloriosa fama, quedara bajo el rectorado del doctor Diego Mendoza Pérez, respetabilísima figura nacional y emparentado con la casa de los doctores Santiago y Felipe Pérez, o de nuestro querido e ilustrado profesor, doctor Ricardo Hinestrosa Daza.

El general oyó con benevolencia y atención las exposiciones que le hicimos y nos ofreció que con el mayor agrado respaldaría la justicia de nuestro propósito frente al rector de la Universidad Republicana. Este, y no otro, fue el origen de la nueva aparición del Externado de Colombia.⁴³

El Externado era un viejo instituto de educación secundaria y profesional para estudiantes externos, creado por su compañero de estudios Nicolás Pinzón Warlostén en 1886, que había cerrado sus puertas nueve años más tarde con ocasión de la muerte prematura del joven fundador y propietario. En los pocos años de funcionamiento había logrado formar un selecto grupo de egresados que después alcanzaría un liderazgo en la política, la cultura y el mundo profesional. Por sus salones habían pasado Lucas Caballero, Tomás Eastman, Carlos Arturo Torres, Nemesio Camacho, Ignacio V. Espinosa, Ricardo Hinestrosa Daza y Enrique Pérez Lleras, hijo de Felipe Pérez. El Externado había contado, además, con

43 Alirio Gómez Picón, «Los radicales en las aulas», *El Tiempo, Lecturas Dominicales*, Bogotá, marzo 16 de 1986.

la rectoría del expresidente Santiago Pérez y la labor docente de figuras como Salvador Camacho Roldán, Aníbal Galindo, Juan David Herrera, Juan Félix de León, José Ignacio Escobar, Felipe Zapata, Teodoro Valenzuela y Juan Manuel Rudas.⁴⁴ Todo esto hacía de aquel instituto uno de los ejemplos más conspicuos de la tradición docente del Partido Liberal y uno de los símbolos más ponderados de la educación laica fin de siglo.

Mendoza se puso a la obra y en pocos meses logró organizar con éxito los estudios de Derecho y Ciencias Políticas. Con entusiasmo volvió a centrar su atención en un terreno que le era familiar. A la enseñanza primaria había dedicado su trabajo de supervisor en Boyacá, buena parte de las *Apuntaciones sobre instrucción pública* y su *Manual de instrucción cívica*; a la secundaria su rectoría en el Colegio de Boyacá, varios artículos periodísticos y el *Vocabulario gramatical*; y a la superior su extensa labor en la Universidad Republicana como rector y profesor. Desde un comienzo promovió en el Externado sus deseos de renovación y cambio. Quería que las relaciones entre profesores y estudiantes estuvieran regidas por un sentimiento de confraternidad movido «por los estímulos del honor». A sus aulas podían asistir como oyentes alumnos de otros establecimientos y, siguiendo el ejemplo de los programas de extensión universitaria de la Universidad de Cambridge, promovería la divulgación científica mediante conferencias públicas abiertas a la comunidad. Y contra la inveterada costumbre de la mayoría de los estudiantes de escribir las tesis de grado sobre «temas exóticos», el Externado encauzaría el trabajo de los alumnos hacia asuntos de interés nacional. Esta sería la forma de crear y normalizar la ciencia en Colombia, país donde numerosos asuntos permanecen «envueltos en nubes de misterio» o sobre los cuales «apenas se tienen vislumbres». Y para crear un clima de abnegación y entrega en la institución, tanto su rector como sus profesores trabajarían gratuitamente, generosidad que le impondría, de

44 *La Nación*, Bogotá, enero 12 de 1886.

manera espontánea a sus alumnos, «el deber incondicional de la consagración completa a los estudios».⁴⁵

Los años pasaron y el Externado comenzó a conferir de nuevo el título de doctor en Derecho. En 1919 se graduaron dos, al año siguiente uno, en 1922 nueve y entre 1923 y 1924 diecisiete. Entre estos últimos se encontraban el ensayista C. A. Torres Pinzón, hijo de Carlos Arturo Torres, el geógrafo e historiador Alirio Gómez Cortés Picón, el político de izquierda Moisés Prieto y el jurista Milcíades Cortés.⁴⁶ Los egresados de los primeros años habían comenzado sus estudios en la Universidad Republicana. Pero con ocasión de la fundación de la tan esperada Universidad Libre por parte del general Benjamín Herrera y sus asociados, surgió en los medios directivos del Externado una tendencia integracionista orientada a concentrar los esfuerzos de renovación universitaria en una sola institución de inclinación liberal. Los estudiantes del Externado se opusieron, y con el apoyo de varios profesores y de connotados juristas de la ciudad, le pidieron a Mendoza que reasumiera sus funciones y reanudara las labores académicas, pues «en vista de nuestra decisión de concurrir como alumnos el año entrante y los siguientes al Externado, rogamos a usted se sirva reasumir las funciones de rector, y aceptar nuevamente la cátedra de Derecho Internacional Privado. [Con esto] usted sabrá prestar un valiosísimo apoyo a la juventud estudiosa de Colombia».⁴⁷

A pesar de los éxitos académicos, los veinte y comienzos de los treinta fueron años de aflicción. Con dolor Mendoza vio cómo iban desapareciendo los representantes más notables de su generación: el aguerrido Benjamín Herrera, el multifacético Tomás O. Eastman, el educador Simón Araújo, los poetas Diego Uribe y Julio Flórez, el

45 Ver D. Mendoza Pérez, *Evolución de la sociedad colombiana*, pp. 365–66. Aludiendo a este rasgo altruista, Otero Muñoz recordó que «a ejemplo de los hombres más eminentes de Europa, [Mendoza] dictaba sus lecciones más como amigo de los jóvenes que como profesor asalariado». Gustavo Otero Muñoz, *Nombres y ciudades* (Bogotá, 1948), p. 538.

46 *Externado*, vol. II, n.º 1, Bogotá, noviembre de 1935, p. 29.

47 *El Tiempo*, Bogotá, diciembre 2 y diciembre 23 de 1923.

pintor Ricardo Acevedo Bernal, el panfletista José María Vargas Vila, el diplomático y ensayista Antonio José Restrepo, el matemático Julio Garavito, los botánicos Santiago Cortés y Carlos Cuervo Márquez, y los políticos conservadores Suárez, Ospina, Concha, Ramón González Valencia y Jorge Roa, con quienes tuvo tantos roces como acercamientos. Ya en el decenio de los diez se habían ido Carlos Arturo Torres, Uribe Uribe, su primo Santiago Pérez Triana, el geógrafo Vergara y Velasco y el médico Juan Evangelista Manrique que tantos servicios había prestado al Partido Liberal. «Una generación se va y otra generación llega». Ahora eran los tiempos de la generación del centenario cuyos miembros estaban a un paso del palacio presidencial con su alumno Enrique Olaya Herrera a la cabeza.

Con los años Mendoza había logrado hacerse a una biblioteca personal de gran tamaño. Los que la conocieron apuntan que bien podría acercarse a los diez mil volúmenes. El expresidente Carlos Lleras Restrepo, que la frecuentó y tiempo después recibió en donación una parte valiosa de su fondo, la describió al recordar el incendio de su casa en 1952:

Revolviendo en estos días los papeles que tenía en mi oficina he encontrado un inventario completo de todos los muebles y enseres de mi casa y una lista de los libros de la biblioteca [...] Repaso ahora, con melancolía, los títulos y los autores. He podido reponer un número apreciable; pero no la mayor parte, porque es empeño costoso y muchos no se encuentran ya en las librerías. Lo mismo me ha sucedido con los que estaban en la estantería de la gran mansarda. Entre estos los mil volúmenes que meses antes me [había regalado] doña María, la viuda de don Diego Mendoza Pérez, quien tenía un remoto parentesco conmigo.

Tiempo atrás me había llamado doña María a su casa y me dijo: «Carlos, escoja usted mil libros de la biblioteca de Diego; se los regalo porque aquí vienen alumnos del Externado a pedir en préstamo obras de mucho interés y se les olvida devolverlas». Puede suponerse con cuánta alegría acepté el maravilloso regalo. En la tarde de los sábados de cada semana fui, durante varios meses, a la casa de doña

María y escogí cuidadosamente uno a uno, los mil libros. No fue tarea fácil porque toda la rica biblioteca de don Diego estaba cubierta de polvo y yo volvía a mi casa en cada ocasión con la cara irreconocible y un comienzo de catarro. Derecho internacional, sociología, economía, historia representaban la mayor parte de la biblioteca y [eso fue] lo que yo escogí. Y algo irremplazable: el archivo personal de don Aquileo Parra, empastado en ocho volúmenes.⁴⁸

Los últimos años de Mendoza estuvieron dedicados a sus escritos y a las labores docentes. Las clases giraron, inicialmente, alrededor de los temas jurídicos, pero en 1927 abandonó el derecho por las de Sociología, cátedra que había estado en manos del jurista César Julio Rodríguez y de su amigo Lucas Caballero, el padre del futuro novelista Eduardo Caballero Calderón, estudiante por aquellos días del Externado. En el desempeño de estas tareas desplegó sus especiales dotes de pedagogo y de abnegación y benevolencia subrayadas una y otra vez por sus estudiantes, colegas y amigos del Externado. Su «inmensa vanidad», su «soberbia olímpica» y su «espíritu dogmático y autoritario» —tan censurados en el pasado— eran ahora rasgos que ya muy pocos recordaban.⁴⁹ Pare-

48 Carlos Lleras Restrepo, *Crónica de mi propia vida* (Bogotá: Círculo de Lectores, s. f.), tomo xi, pp. 430–431. Mendoza había publicado en 1917 unas pocas muestras del archivo de Parra en la revista *Cultura*. Los documentos llegaron a sus manos por cláusula testamentaria del mismo Parra, que lo había encargado, junto a Laureano García Ortiz, de completar el recuento de su vida, recuento que jamás se hizo. Ver Aquileo Parra, *Memorias, 1825–1875* (Bogotá: Imprenta de La Luz, 1912), p. 3. Como lo anota Lleras Restrepo, los papeles empastados se perdieron en el desastre de su hogar, pero se salvaron los que estaban en poder de García Ortiz, que ahora reposan en la Biblioteca Luis Ángel Arango.

A la muerte de María Pérez Lleras la biblioteca de Mendoza se dispersó y algunos volúmenes llegaron, inclusive, a las librerías de viejo. El escritor nariñense Ignacio Rodríguez Guerrero, propietario en su tiempo de una de las bibliotecas personales más grandes del país, apuntó en un reportaje que algunos de sus libros pertenecieron a hombres ilustres como B. Sanín Cano, César Conto, Santiago Pérez y Diego Mendoza, «y fueron adquiridos, por feliz circunstancia, en librerías de viejo». I. Rodríguez Guerrero, *Libros colombianos raros y curiosos* (Bogotá, 1977), tomo 1, p. 19.

49 Ver los artículos ya citados de Armando Solano, «La Memoria de Hacienda» y «Diego Mendoza».

cía haber alcanzado la paz y el equilibrio interiores que siempre le habían negado la lucha política, la administración pública y las controversias periodísticas.

En junio de 1930 Mendoza y sus amigos aplaudieron el triunfo de Enrique Olaya Herrera. La hegemonía conservadora, que parecía asistida por la Providencia, quedó atrás. En 1932 se sintió enfermo y se recluyó en su casa. Desde allí siguió atento al desenvolvimiento del Externado, cada vez más atendido por su amigo Ricardo Hinestrosa Daza. Murió apaciblemente en Bogotá en la madrugada del 14 de junio de 1933 a los 76 años. Al momento el presidente Olaya Herrera dictó un decreto de honores en el cual se honraba la memoria de un

ciudadano cuyas altas prendas morales e intelectuales estuvieron al servicio de la República en los cargos de ministro del Despacho Ejecutivo en Hacienda, de ministro Plenipotenciario y enviado extraordinario en los Estados Unidos de Norte América y de Consejero de Estado, y como miembro de la Cámara de Representantes donde colaboró de modo eficaz [...] Sus exequias serán costeadas por el Tesoro Público y la bandera nacional en señal de duelo se izará a media asta y por tres días en el Capitolio, en el Palacio de San Carlos y en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional.⁵⁰

Le sobrevivió su esposa María Pérez Lleras, de gran presencia en la época por sus traducciones y obras de beneficencia. «No hay obra de caridad pública ni bibliografía de la mujer colombiana donde no culmine el nombre de doña María Pérez Lleras de Mendoza Pérez», apuntó Arturo Quijano en las exequias de Diego Mendoza⁵¹ El matrimonio Mendoza-Pérez no dejó descendencia y la familia tendió a multiplicarse por el lado de las numerosas hijas de su hermano Francisco, muerto en 1921.

50 Enrique Ortega Ricaurte, *Bibliografía académica: 1902-1952* (Bogotá, 1953), pp. 335-336.

51 Arturo Quijano, «Elogio de Diego Mendoza», *Anuario de la Academia Colombiana de Jurisprudencia*, I, Bogotá, 1933, p. 271.

Una obra

Introducción

Diego Mendoza «fue uno de los miembros más robustos de su generación», afirmó el historiador Otero Muñoz. «Escribió en periódicos no menos de mil quinientos artículos [...] y su fama traspasó hace muchos años los límites de la patria», apuntó don Joaquín Ospina en su conocido *Diccionario biográfico*.⁵² Ambas valoraciones suenan extrañas a los lectores de hoy en día, a quienes el nombre de Mendoza apenas inspira la vaga imagen de un periodista, político y educador con aficiones a la historia y a la sociología. Si bien fue muy popular en su época, en nuestros días solo parece haber quedado en la mente de sus alumnos del Externado, que terminaron por reducir su legado a las acciones ejemplares del educador que intentó afirmar en el corazón de sus estudiantes las tornadizas nociones de lealtad, honestidad y responsabilidad.

Este olvido está asociado a diversos factores. En primer lugar, no pocos de sus escritos han envejecido y el enfoque y tratamiento de sus temas preferidos —la propiedad rural, las relaciones internacionales y la historia de la educación, la ciencia y la cultura—, han cambiado considerablemente en los últimos años. En segundo lugar, su lenguaje, su actitud valorativamente orientada y el afán formativo de sus investigaciones, lo conducen a la aburrida y fastidiosa amonestación pedagógica. En sus trabajos históricos no escapó a la prédica y a la exaltación ejemplar y moralizante de las figuras del pasado, rasgos que lo unen al estilo dominante de la historiografía de la Academia Colombiana de Historia, de la cual fue presidente. No cabe duda de que su escritura es clara, suelta y a veces amena, pero —con algunas excepciones— es demasiado lineal, simple y falta de brío. «Escritor de prosa castiza cargada de noble sentido», lo llamó con generosidad B. Sanín Cano.⁵³

52 Gustavo Otero Muñoz, *Nombres y ciudades* (Bogotá, 1948), p. 537, y Joaquín Ospina, *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia* (Bogotá, 1937), tomo II, p. 749.

53 B. Sanín Cano, *Letras colombianas* (México, 1944), p. 169. Los énfasis son nuestros.

A todo esto se suma la dispersión de su obra. La mayoría de sus libros no han conocido la segunda edición y sus numerosos artículos y ensayos se encuentran diseminados en revistas y periódicos de difícil acceso, aún para los investigadores más dedicados. El mismo Mendoza era consciente de esta situación, y al final de su vida se dio a la tarea de organizar sus escritos en varios volúmenes bajo la discreta divisa, «Astillas de mi taller». Comenzó con los estudios jurídicos: con *El canal interoceánico* de 1901 y con *Cuestiones internacionales*, una compilación de ensayos sobre temas de derecho internacional. A estos tomos debían seguir otros con sus «Estudios de historia diplomática», sus ensayos sobre «El desarrollo intelectual de Colombia», sus bocetos de las grandes figuras de la época radical —la «Colombia vieja»—, y sus cursos de Sociología y de Derecho Internacional Privado dictados en el Externado. Pero no logró llevar a feliz término ninguno de estos proyectos. Después de dar a luz los títulos iniciales de las «Astillas», se sintió enfermo y posiblemente no contó con los recursos necesarios para cubrir los gastos de los volúmenes siguientes. De todos ellos solo las Conferencias de sociología conocieron la imprenta. Fueron publicadas póstumamente por Ricardo Hinestrosa Daza, su heredero en la dirección del Externado.⁵⁴

La obra de Mendoza ocupa, sin embargo, un lugar significativo en la evolución de las ideas nacionales. A medida que se ha vuelto sobre sus escritos, los analistas han encontrado en ellos notables esfuerzos por impulsar nuevos enfoques de las ciencias humanas. En una reciente edición de su libro juvenil, el *Vocabulario gramatical*, se exalta la modernidad del tratamiento de la gramática. La consideraba no solo el arte de hablar y escribir «correctamente» una lengua, sino también como el análisis de las formas del lenguaje. Mientras que la primera acepción, la más difundida, conduce a una actitud meramente prescriptiva, la segunda encierra

54 Para un inventario de la bibliografía de Mendoza, ver D. Mendoza Pérez, *Evolución de la sociedad colombiana* (Bogotá, 1994), pp. 57-76.

una postura dirigida a subrayar el estudio objetivo, funcional, del habla por parte de un pueblo. Es la visión sociológica.⁵⁵

Este mismo impulso se encuentra en sus estudios sociales. Mendoza y sus compañeros de generación, como Carlos Arturo Torres, José Camacho Carrizosa y F. J. Vergara y Velasco, introdujeron en Colombia el «concepto moderno de historia», esto es, la perspectiva historiográfica caracterizada por el empleo riguroso del método y del instrumental científico en la investigación del pasado. Siguiendo la huella de los historiadores europeos del momento, buscaron reemplazar los detalles convencionales, la narrativa sin control fáctico, la biografía y el culto a los héroes, por exposiciones comprensivas de las fuerzas calladas que informan el desarrollo de los pueblos. A diferencia de los historiadores tradicionales tan proclives a la crónica, a la leyenda y al relato fácil y agradable, querían estudiar, con la ayuda de la sociología, los «cambios silenciosos» que orientan la evolución de las sociedades.

El concepto moderno de historia

En lucha desigual contra la reacción tradicional-católica de los intelectuales de la Regeneración, encabezados por Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suarez y monseñor Rafael María Carrasquilla, Mendoza y sus asociados prolongaron la herencia positivista de la generación de los hermanos José María y Miguel Samper, de Salvador Camacho Roldán, Aníbal Galindo y Rafael Núñez. A partir de la recepción de algunas obras de historiadores franceses y españoles de la segunda mitad del siglo XIX, y de la lectura directa o indirecta, resúmenes y exposiciones secundarias, de autores tan diversos como Auguste Comte, Hyppolite Taine, Foutel de Coulanges, John Stuart Mill, Henry T. Buckle, Herbert Spencer, Benjamin Kidd y Ludwig Gumplowicz, hicieron suya la idea de que la sociedad era un organismo en permanente evolución que solo podía ser aprehendida mediante la historia. Y contra lo que apuntaban los

55 J. Bernal Leongómez, «Introducción» a la edición facsimilar del *Vocabulario gramatical* (Bogotá, 1987), p. civ y ss.

defensores de la Providencia, de la voluntad divina y de la libertad individual sin cortapisas, la sociedad no estaba constituida por sujetos independientes y dueños de su destino. Por el contrario, se hallan sometidos a fuerzas que modulaban sus conductas y constreñían y orientaban el conjunto de sus vidas. Descubrir y hacer evidentes estas fuerzas era la tarea central del investigador, objetivo que solo podía alcanzarse mediante un riguroso escrutinio de los hechos y de las fuentes consignadas en los archivos históricos. Quizá fue José Camacho Carrizosa quien resumió con mayor claridad la dirección de este afán renovador:

A nuestro modo de entender, el rumbo que han tomado los estudios históricos se aleja bastante de lo que se ha llamado la escuela del Renacimiento, que consideraba la historia como la exposición de los resultados alcanzados por el hombre en el libre ejercicio de su soberana voluntad. Al presente, sin desconocer la influencia que ciertas personalidades geniales puedan haber ejercido en su época, se investigan las leyes inmutables que gobiernan la conducta de los hombres, leyes que comprenden en su acción a todos los componentes del grupo social. Es evidente [...] que la gran labor de reconstrucción de nuestro pasado está por hacerse, y que no es obra que pueda llevarse a cabo sin la previa acumulación de un gran número de materiales, que sólo [puede obtenerse] con el tiempo y el desarrollo intelectual.⁵⁶

En esta labor de depuración y síntesis el historiador cuenta, ahora, con la colaboración de una nueva ciencia, la sociología, disciplina que tiene por objeto sistematizar los hallazgos de los diversos campos interesados en el estudio del hombre.

56 José Camacho Carrizosa, «Hombres y partidos», *Repertorio Colombiano*, vol. xiv, n.º 4, octubre 1 de 1896, pp. 265-266 (los énfasis son nuestros). Una síntesis de este agudo ensayo, publicado por entregas en el *Repertorio Colombiano*, puede consultarse en José y Guillermo Camacho Carrizosa, *Artículos varios* (Bogotá, 1937).

La historia —apuntó Vergara y Velasco— hace revivir los acontecimientos; las ciencias sociales los explican. En la historia correctamente escrita tomará el sociólogo los materiales para edificar sus teorías, las que una vez reconocidas [como] buenas en la piedra de toque de la contradicción, suministrarán a su turno útiles directivas a los políticos, es decir, a los conductores de los pueblos. Por tales razones, el historiador no puede ignorar los progresos de la sociología.⁵⁷

La sociología se nutría del trabajo de los historiadores y, al desplegar su capacidad de explicación y síntesis, unía el oficio de Heródoto con la ciencia. Con ello hacía que la erudición acumulada no se perdiera en el vacío y en el mero goce de los lectores de libros de relatos. Además, al ofrecer experiencias que podían contribuir a esclarecer las dificultades del presente, resultaba de gran utilidad para resolver los problemas de la humanidad. Desarrollaba la capacidad de juzgar, y en medio de esta tarea, impulsaba «el amor al progreso sin odios ni desprecio por el pasado».⁵⁸

Esto no debería llevar a pensar, sin embargo, que la historia tenía la capacidad de legitimar o justificar determinada doctrina política. La investigación histórica solo podía ofrecer un espíritu crítico, una exposición general del desenvolvimiento de las naciones y un sentido de relación recíproca entre los diferentes órdenes del organismo social. El uso utilitario de estos resultados era un arte, una habilidad personal del hombre de Estado que no se desprendía mecánicamente de las conclusiones de una monografía, sino de la comprensión inteligente de las tensiones que acompañaron las contiendas del pasado. El político, «ora reducirá un concepto venido a menos con el tiempo, ora dará a un fenómeno antes subordinado una importancia que no tuvo en el pasado, y en esto hará arte y no ciencia». En pocas palabras, los responsables de las decisiones solo podrán realizar la máxima comtiana, «saber para prever», si

57 F. J. Vergara y Velasco, *Capítulos de una historia civil y militar de Colombia, segunda serie* (Bogotá, 1906), p. viii.

58 *Ibid.*

están atentos a las complejidades del desarrollo social. «La política puede prever —concluye Vergara y Velasco— en tanto que no ignore su correlación con el orden económico, social y religioso, porque es el conocimiento del conjunto de tales fenómenos la luz que alumbrará el próximo desarrollo de las instituciones en busca de un nivel que está de acuerdo con las exigencias del medio y del tiempo en que vivimos». ⁵⁹

Mendoza abordó estas discusiones con énfasis propios. En su trabajo inicial en el campo de las ciencias sociales, la aplaudida conferencia sobre la *Evolución de la propiedad en Colombia* de 1897, anunció la necesidad de renovar los estudios históricos y sociológicos. ⁶⁰ Al revisar la labor de los historiadores nacionales, encontró que el criterio dominante giraba alrededor de los sucesos políticos sin consideración de los hechos sociales. Esta elección —observó— los había llevado a olvidar que la política era solo un componente de la vida colectiva, y en cuanto tal, un efecto y no una causa del desarrollo de los pueblos. Las nuevas corrientes historiográficas, aquellas que se apartan de «la doctrina que pone por encima de las naciones a los respectivos jefes», habían comenzado a mostrar que los grandes hechos históricos no se comprenden si no se conoce «la posición y estado que en cada momento tuvo el pueblo, es decir, la masa de la nación no privilegiada y trabajadora». El feudalismo no se entiende cabalmente si antes no se observa la situación del labrador y el siervo. Lo mismo ocurre con la civilización egipcia. No tendremos de ella un conocimiento exacto si nos limitamos a considerar sus monumentales construcciones funerarias y religiosas sin estudiar «la manera como han sido levantadas por un pueblo miserable encorvado bajo el látigo de los capataces». ⁶¹

59 *Ibid.* El énfasis es nuestro.

60 Reproducida *in extenso* en D. Mendoza Pérez, *Evolución de la sociedad colombiana*, pp. 83-147.

61 *Ibid.*, pp. 85-87.

Pero, como ya lo había apuntado su amigo Camacho Carri- zosa, esta nueva forma de mirar la historia no implicaba de ninguna manera desconocer el valor y la función de las grandes personalidades en la vida de una nación. Ignorarlo llevaría a los analistas a un error semejante al de aquéllos que solo fijan la atención en la política. El historiador de nuestro tiempo debe hacer un esfuerzo por unir las múltiples caras de los sucesos en un todo coherente y sistemático, ya que en sentido estricto no hay historias particulares. «Cuando se trata, por ejemplo, del sistema tributario de un pueblo o de la biografía de un personaje que ha ejercido influjo sobre la suerte de su país, lo que en realidad se delinea es toda la historia desde un punto de vista especial».⁶² De allí que las imputaciones causales sean siempre un asunto difícil que solo se alcanza mediante la observación de las relaciones establecidas por los diversos órdenes sociales. A excepción de Dios ningún acontecimiento lleva en sí mismo su explicación. De la misma forma que no es claro cuál de los canales de las raíces de un árbol lleva a las ramas lo mejor de su savia vital, en las disciplinas históricas las explicaciones remiten a dinámicas encontradas de enojosa separación. En el mundo social, lo político, lo jurídico y lo económico presentan relaciones de mutua dependencia que el investigador debe desentrañar a fin de ilustrar el «punto de vista especial» que ha elegido como objeto de estudio.

Con este arsenal epistemológico, que anuncia las grandes querellas metodológicas de las ciencias sociales de fines del siglo xix y comienzos del xx, Mendoza y sus compañeros de generación intentaron sacudir los estilos dominantes de la historiografía nacional. Sus fuentes inmediatas eran *De l'histoire considerée comme science* (1894) de Paul Lacombe, la popular *Introduction aux études historiques* (1898) de Charles V. Langlois y Charles C. Seignobos, pero –ante todo– *La enseñanza de la historia* (1895) de Rafael Altamira, el texto que difundió en España y en los países de habla castellana el nuevo concepto de historia. Estos volúmenes resumían

62 *Ibid.*, p. 86. El énfasis es nuestro.

con claridad los métodos, las técnicas de investigación y las discusiones sobre el campo, el objeto y las relaciones de la historia con las demás ciencias sociales. El colombiano más comprometido con la divulgación de este legado positivista fue el historiador, geógrafo y militar F. J. Vergara y Velasco, quien, además de exponer las ideas asociadas con el concepto moderno de historia y de publicar varias investigaciones sobre la Colonia y la Independencia, caracterizadas por su rigor fáctico, tradujo numerosos materiales franceses que exponían el contenido y alcance de la «historia considerada como ciencia».⁶³

El ensayo sobre la propiedad

Pero si estas eran las exigencias de la «nueva historia», ¿qué hizo Mendoza por ilustrarlas? La conferencia sobre *La evolución de la propiedad en Colombia* indica su logro más acabado en esta dirección. Como lo sugiere el título de aliento spenceriano, Mendoza

63 En 1906 publicó Vergara el citado ensayo sobre el «Concepto moderno de la historia» elaborado a partir de extractos y refundiciones de varios autores. Entre los nombres citados se encuentran los historiadores Langlois y Seignobos y los sociólogos J. A. Novicow, Maxim Kovalevsky, Gabriel Tarde y Émile Durkheim (hasta donde tenemos noticia constituye el primer registro por parte de un colombiano del autor de *Las reglas del método sociológico*). Ver F. J. Vergara y Velasco, *Capítulos de una historia...*, p. vii. De la infatigable labor pedagógica de Vergara, debe subrayarse su traducción del opúsculo de Gabriel Monod, *La Historia* (Bogotá: Imprenta Moderna, s. f.) y su versión compendiada de la *Introducción a los estudios históricos* de Langlois y Seignobos con aplicaciones al caso colombiano [F. J. Vergara y Velasco, *Tratado de metodología y crítica histórica y elementos de cronología colombiana* (Bogotá, 1907)]. El extremo cuidado y respeto de Vergara por las fuentes, expresado en su libro *1818, guerra de Independencia*, publicado bajo los auspicios de las librerías Americana de J. V. Concha y Nueva de Jorge Roa en 1897, llevó a su amigo Marco Fidel Suárez, el crítico más acerado del positivismo, a calificarlo de «eremita de la ciencia». Ver M. F. Suárez, *Obras* (Bogotá, 1958), vol. I, p. 644.

Vergara era conservador, y para evitar cualquier dificultad con las oficinas encargadas de la vigilancia y control de la enseñanza primaria y secundaria, en la introducción a su texto de historia patria creyó necesario apaciguar su positivismo escribiendo que «en manos del discípulo [de nuestros días] no debe ponerse texto que no esté concebido de acuerdo con el espíritu moderno, y con el ideal cristiano, democrático y republicano». Vergara y Velasco, *Novísimo texto de historia de Colombia* (Bogotá, 1910), p. 5. Para una información amplia sobre Vergara, ver el libro de su hijo Julio C. Vergara y Velasco, *Don Antonio de Vergara Azcárate y sus descendientes* (Madrid, 1952), vol. II, pp. 151-247.

quería mostrar las transformaciones de una institución a través de un largo periodo. Orientado por una idea muy cara al pensamiento liberal, la propiedad es la base de la libertad humana, una manifestación del individualismo posesivo, de la cual deriva su hipótesis de trabajo que formula con sorprendente claridad, «a medida que la tierra queda sometida al imperio de la apropiación individual y permanente, la libertad va creciendo», estudia cinco corrientes del desenvolvimiento de la posesión en el país: la encomienda, la disolución de los resguardos, la adjudicación de tierras baldías, la expropiación y la desamortización de bienes de manos muertas.

Para Mendoza la característica central de estas corrientes es la afirmación creciente de un proceso de individualización. Desde la Colonia hasta nuestros días múltiples fuerzas de orden económico, social e ideológico, con sus respectivas formulaciones jurídicas, confluyeron en la afirmación del propietario individual y en la correlativa decadencia de la propiedad comunal. Al mirar hacia atrás se observan cuatro siglos de luchas, acciones, marchas y contramarchas dirigidas a demoler las trabas que obstaculizaban la libre circulación de los predios. Paulatinamente fueron cayendo las normas que protegían los extensos dominios y las propiedades de asociaciones religiosas que amparaban la inmovilización de la tierra y entorpecían la explotación de ricos y extensos dominios rurales. Lo mismo ocurrió con las expropiaciones, la abolición de los resguardos y la adjudicación de tierras baldías. Muchos de estos desarrollos conocieron las guerras civiles, las disputas locales y los conflictos regionales, pero –como apunta Mendoza con visible realismo– «el progreso no tiene escrúpulos: camina destruyendo, y la historia prueba que todas las instituciones humanas han principiado por la violencia».⁶⁴

¿Qué factores impulsaron este irresistible proceso? Ante todo la superioridad de la posesión individual para llevar a cabo las tareas de la vida. A ella están asociadas la innovación y el adelanto de la

64 D. Mendoza Pérez, *Evolución de la sociedad colombiana...*, p. 137.

existencia humana. Quien posee un fundo lo administra racionalmente, y quien carece de él y lo explota mediante el arriendo, apenas procura su mejora. Los peones y los siervos son personas pasivas, carentes de iniciativa y ajenas a toda autonomía de la voluntad. El propietario individual, por el contrario, se siente dueño de sí mismo, de sus juicios y de sus opiniones. Goza de independencia de carácter, defiende su hogar con tesón y siempre estará atento a combatir toda manifestación de tiranía. Por esto la democracia que se funda en la propiedad es más sana y vigorosa que aquella que solo se asienta en una abstracta declaración de principios.

Este proceso, que a primera vista podría parecer una singularidad colombiana, es en realidad la manifestación de una ley universal que conocieron en su momento las naciones civilizadas como Francia, Inglaterra y Estados Unidos.

La propiedad, que es el hecho social y económico más esencial para la vida, se individualiza uniformemente en todas las latitudes de la tierra; así, no debe sorprendernos que todo lo que contraría esta ley desaparezca, aun sacrificando otros hechos en apariencia naturales [...] La propiedad del suelo se transforma individualizándose; los que no han visto el proceso de esta evolución, y solo consideran las razones lógicas que los instrumentos de los cambios exhiben para justificarlos, claman al cielo con todas las buenas razones de las doctrinas creadas para comprender el implacable curso de la vida; pero los que se alzan a la contemplación de los hechos en sí comprenden que, medidas como las que examinamos, no son otra cosa sino el término de una evolución inexorable.⁶⁵

65 *Ibid.*, p. 144 (los énfasis son nuestros). Para Mendoza, el *individualismo* se manifiesta no solamente en el orden de la propiedad, sino también en los órdenes políticos y sociales. Aunque no lo define con claridad, su uso alude a la conquista de la libertad en la esfera privada y a la afirmación de la persona humana como una entidad nueva y autónoma en el escenario social. Mientras que en el pasado el sujeto estaba unido a la vida comunal y se encontraba gobernado por autoridades despóticas, en la sociedad moderna ha surgido con una fuerza inusitada en la defensa de sus propios derechos. La irrupción del individualismo fue también uno de los temas centrales de «Hombres y partidos» de Camacho Carrizosa, donde

Con esta investigación Mendoza daba vida a su programa histórico-sociológico. Describía hechos, los ordenaba en una secuencia de largo alcance y los elevaba a generalizaciones de carácter universal que le ofrecían la posibilidad de enunciar una ley. Sus datos, tomados en buena parte de la legislación, no se reducían a describir las actuaciones de los gobernantes o de las grandes personalidades; su objetivo era mostrar la suerte de «la masa trabajadora de la nación». Su análisis era por lo demás muy sensible a las complejidades del análisis causal, que en su caso lo remitían a las relaciones de mutuo intercambio entre el orden jurídico y el orden económico. El derecho se ajustaba a las demandas del progreso material y en no pocas ocasiones se convertía en la vanguardia de los mismos cambios. Las normas actuales de la herencia, por ejemplo, contribuían a democratizar la propiedad al favorecer la división de los grandes dominios que en su momento solo tenían por lindero el horizonte. Pero quizá lo más significativo era que a través de la elección de un segmento de la realidad la propiedad lograba arrojar luz sobre el conjunto de la dinámica de la sociedad colombiana.

En su investigación había también un campo aplicado. Mendoza sabía que el curso de la individualización apenas estaba en marcha en el país. Las fuerzas del pasado se resistían a una democratización de la propiedad y muchas reformas no habían dado los resultados esperados. En algunas regiones la repartición de los

escribió que «el desarrollo del individualismo y la lucha de grupos es lo que ha conducido al reconocimiento del derecho y a la ampliación de la libertad». Ver José y Guillermo Camacho Carrizosa, *op. cit.*, p. 126. 126.

Ambos escritores le hacían eco a las premisas de la libertad positiva, al postulado que afirma el deseo del hombre de ser su propio amo, de ser autónomo y no depender material y espiritualmente de otros; de ser un sujeto y no un objeto —una cosa— manejada por fuerzas externas. Isaiah Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad* (Madrid: Alianza, 1988), pp. 201-202. La idea había sido anunciada, mas no desarrollada en sus consecuencias, por Schopenhauer en su escrito *Sobre la libertad de la voluntad*, presentado al concurso promovido por la Real Sociedad Noruega de las Ciencias de la ciudad de Tronthein en 1839 para responder a la pregunta, ¿Puede demostrarse la libertad de la voluntad humana a partir de la «autoconciencia»? Ver Arthur Schopenhauer, *La libertad* (Buenos Aires: Tor, sf), p. 5.

resguardos y la libre enajenación de los bienes de manos muertas había dado lugar a una concentración aún mayor de la propiedad. Era por lo tanto obligación de los responsables de la política social hacer los correctivos necesarios para encaminar el proceso en la dirección adecuada. La urgencia de estos cambios encontraba su asiento en los rasgos dominantes de la sociedad colombiana. De allí la conclusión y advertencia final de la conferencia:

Lo único que en realidad poseemos es la independencia material de España, más su sangre de ideas y de instituciones fundamentales corre aún por nuestras venas. No podemos, por lo mismo, decir que seamos un pueblo libre. En la base de nuestra pirámide social hay grandes masas de hombres por cuya mente no ha pasado todavía el sople de las ideas, y cuyos brazos no han conquistado tampoco el derecho de propiedad, sin la cual la roca de la libertad carece de la única base firme contra el tiempo y la muerte.⁶⁶

Historiografía académica

Mendoza no volvió a publicar un trabajo de la hondura y amplitud analíticas de la *Evolución de la propiedad en Colombia*. Sus posteriores investigaciones históricas solo cumplieron con una de las facetas del proyecto positivista: la reunión de datos. Siguiendo la huella de sus colegas de la Academia Colombiana de Historia, fundada en 1902, —que solo hicieron eco al moderno concepto de historia en lo relacionado con la búsqueda, organización, compilación y lectura de fuentes—, llenó centenares de páginas con documentos recogidos en los archivos públicos y privados. Su producto más completo en esta dirección fue la *Expedición Botánica*

66 *Ibid.*, p. 146. Esta perspectiva era contraria a la tradición socialista que luchaba por la socialización de los medios de producción como requisito de la libertad y la igualdad social. Al comentar años después las reformas de la revolución rusa, Mendoza indicó que el Estado de los soviéticos había ordenado la supresión de la propiedad privada: «Todas las tierras se declararon propiedad nacional y se dispuso que fueran entregadas a los trabajadores sin ninguna clase de indemnización. Esto es cambio de pobres». Ver D. Mendoza Pérez, *Sociología* (Bogotá, 1984), p. 265.

de José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada y Memorias inéditas de Francisco José de Caldas, publicado en Madrid en 1909.

En realidad el volumen incluía dos libros: una biografía de Mutis y una edición de los trabajos científicos de Caldas. El primero ocupaba 150 páginas y el segundo 254. La biografía se basaba en los textos de Mutis guardados en el Jardín Botánico de Madrid que Mendoza cita *in extenso* a lo largo de todo el trabajo. Allí el autor apenas interviene; solo las fuentes hablan. A partir de extensas y repetidas glosas de los escritos del sabio gaditano, Mendoza expone el ciclo vital del fundador de la Expedición Botánica: sus estudios en Madrid, su llegada a América, sus viajes por la Nueva Granada, sus angustias y sus fatigas. Desde un comienzo el lector se siente agotado y a veces piensa que está leyendo una antología de las cartas de Mutis y no una biografía propiamente dicha. Al dejar que los documentos hablaran por sí mismos, Mendoza quería guardar la más estricta asepsia valorativa, y a diferencia de los anteriores estudios sobre el ilustre botánico —más literatura que ciencia— deseaba fijar los hechos y precisar acontecimientos, sitios, fechas y personajes. No cabe duda que con ello ofreció una biografía «exacta», objetiva y empírica que ningún erudito de nuestros días puede ignorar, pero al momento se echa de menos un marco de referencia que integre las labores de Mutis con el medio social y económico de los últimos años del período colonial.⁶⁷ Con esto Mendoza olvidaba una de las exigencias que él mismo había hecho a los historiadores de su tiempo: vincular el tema de investigación con los demás órdenes sociales a fin de lograr una imagen coherente del pasado.⁶⁸

67 Si bien el libro de Mendoza fue el primero en hacer uso de una rica documentación, no debe olvidarse que ya lo había antecedido un trabajo «moderno» sobre la Expedición Botánica, que por barreras de idioma él no parece haber conocido: los *Sudamerikanische Studien* de Hermann Schumacher dedicados a Mutis, Caldas y Codazzi publicados en Berlín en 1884.

68 Estas exigencias las tenía además muy frescas. En el capítulo XXI de su primer libro en el exilio español, las *Apuntaciones de instrucción pública*, Mendoza recordó los textos de historia de Colombia y encontró que los más populares, los de J. M. Quijano Otero y de J. J. Borda, eran libros narrativos, bien escritos, pero «sin animación

Su edición de los textos de Caldas hacía parte de un práctica historiográfica muy popular en la época. Con el objeto de divulgar fuentes que facilitaran el trabajo de los futuros investigadores y «rescataran del olvido» las obras y los hechos de las figuras más prestantes de la nacionalidad, numerosos analistas se dieron a la tarea de organizar archivos y recopilar documentos. Mendoza hizo eco a este afán y con paciencia benedictina se dio a la tarea de copiar y editar los trabajos de uno de los colaboradores más sobresalientes de la Expedición Botánica. El volumen, publicado durante su exilio español, estaba dirigido a «ofrecer desde playas extranjeras» una modesta contribución a las celebraciones del primer centenario de la Independencia. La labor debió ser ardua, pero como es típico en la ciencia, su trabajo se vio superado al poco tiempo por una edición más profesional de los escritos de Caldas emprendida por su colega de la Academia, el historiador de origen antioqueño Eduardo Posada.⁶⁹

Los demás trabajos de Mendoza en la ciencia de Clío —sus estudios de historia diplomática y sus ensayos sobre el desarrollo intelectual de Colombia, que jamás recogió en libro— están marcados por la «modalidad académica» de hacer historia:

y filosofía» y completamente ajenos a los criterios modernos. Ante ello le sugería a la Academia de Historia que abriera un concurso «para redactar un texto sereno e imparcial en que se diera la preferencia no a la historia política, sino a la evolución social y económica de nuestro país». Ver Diego Mendoza, *Apuntaciones de instrucción pública* (Valencia, 1908), pp. 436-437 [El mencionado capítulo puede consultarse ahora en D. Mendoza Pérez, *Evolución de la sociedad colombiana*, pp. 369-801]. El concurso se llevó a cabo en 1910 con ocasión de las fiestas del centenario de la Independencia, pero la obra ganadora, la *Historia de Colombia* de sus amigos Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, que manifestaba cierto interés por los procesos silenciosos de Thomas Macaulay, aquellos que sobrecogen la sociedad mayor, no se desprendía del todo de la historia política y del carácter apologético y ejemplar de la historia.

69 Ver *Obras de Caldas* (Bogotá, 1917) y *Cartas de Caldas* (Bogotá, 1917), «recopiladas y publicadas por Eduardo Posada». La labor de Posada se vio a su vez superada años más tarde por la edición de las *Obras completas de F. J. de Caldas* publicadas por la Universidad Nacional en 1966 y por la edición de las *Cartas de Caldas* auspiciada por la Academia Colombiana de Ciencias en 1978. No debe olvidarse, sin embargo, que todos estos esfuerzos editoriales se vieron facilitados por el trabajo pionero de Mendoza en la España de 1908 y 1909.

uso piadoso de la documentación, citas in extenso unidas por rápidas y ocasionales intervenciones del autor, organización lineal —cronológica— de la información, reverencia del pasado, ausencia de un marco de referencia que sitúe el tema elegido en el conjunto de la organización social, y exaltación de figuras y acontecimientos para explotar su carácter ejemplar y moralizante. A estos rasgos se suman las condiciones del trabajo intelectual de su tiempo. La historia era una faena marginal y de aficionados que los miembros de su generación creían poder sostener con algún decoro mediante visitas ocasionales a los archivos y la dedicación de algunas horas a la biblioteca familiar. Esto se desarrollaba al lado de las múltiples y demandantes actividades de las cuales los «historiadores» derivaban su *modus vivendi*: la política, los negocios, el periodismo, la docencia, el desempeño profesional. A ello se unía la callada exigencia de los medios en los cuales solían difundir sus escritos: los diarios y revistas de énfasis literario dirigidas al gran público nada o poco tolerantes con los rigores de la ciencia y los fastidios de la erudición. Esto explica que algunos de los textos históricos de Mendoza apenas superen la escritura y la modalidad del artículo periodístico.⁷⁰

Mendoza era consciente de estas dificultades. En un artículo redactado en Nueva York en 1907 y publicado algunos años después, anotó que «las condiciones políticas bajo las cuales hemos vivido nos han impuesto labores en apariencia contrarias a la alta cultura del espíritu».⁷¹ En los países nuevos como Colombia, no era en las academias, sino en la magistratura, la tribuna y el periodismo donde se habían consumido las capacidades y los pensadores más vigorosos. Pero ahora estaban surgiendo nuevas posibilidades para dirigir la cultura en la dirección adecuada. Con el amanecer del siglo xx el país avanzaba hacia una organización

70 Una exposición del patrón intelectual de los «académicos» se encuentra en dos textos de J. O. Melo: *Sobre historia y política* (Medellín, 1979), pp. 29-33 e *Historiografía colombiana* (Medellín, 1996), pp. 85 y ss.

71 Diego Mendoza, «Periodismo y literatura», *El Gráfico*, Bogotá, febrero 8 de 1912, pp. 7-8.

social más compleja expresada en «la división del trabajo de manos y cerebros». Se fundaban academias científicas y profesionales y las universidades comenzaban a desarrollarse. El periodismo no debería ser entonces la vía de los jóvenes con vocación intelectual, a no ser que su aspiración fuera el éxito fácil y efímero del «diarismo». Y con un tono de insatisfacción que dejaba ver el pesar y la amargura de haber dedicado demasiado tiempo y esfuerzo a los periódicos, escribió:

Digo, pues, con toda la energía que la experiencia de la vida da a mis palabras, y con todo el peso de mi conocimiento de las facetas honorables del periodismo, no trabajáis ¡oh jóvenes! en el periódico diario, a menos que la literatura fugitiva satisfaga vuestra ambición.⁷²

Los problemas sociales

A pesar de esta apremiante advertencia, en la extensa labor periodística de Mendoza es donde se encuentra lo mejor de su producción intelectual relacionada con los problemas sociales. Desde finales del siglo XIX hasta 1920, su pluma registró las controversias y las dificultades de su tiempo: las tensiones internacionales, el trabajo infantil, el alcoholismo, los conflictos obreros, las reformas educativas, la penetración imperialista en América Latina, la inmigración japonesa, la decadencia de la raza y la «degeneración» del pueblo colombiano. En el tratamiento de estos asuntos tuvo siempre una aproximación sociológica muy cercana a la tradición anglosajona de los *social problems*, esto es, el planteo y búsqueda de soluciones y alternativas a las cuestiones inquietantes del momento visualizadas como amenaza para la estabilidad de la sociedad.

Para el caso de la «cuestión obrera», por ejemplo, Mendoza recordó a sus lectores que la inversión extranjera y las transformaciones de la industria y del comercio estaban promoviendo

⁷² *Ibidem*.

cambios considerables en la estructura de la sociedad. El trabajo asalariado de la mujer y de los menores de edad, que en el pasado era excepcional, se ha multiplicado sensiblemente en nuestros días. Ambos grupos laboran en circunstancias que desintegran la familia, hasta el punto de que en muchos casos «no existe normal y regularmente la vida del hogar». Algunos piensan –escribió con agudeza–, «que en Colombia no hay problema obrero, que todo anda aquí por el mejor camino y que el Código Civil ha dicho en la materia la última palabra». «No compartimos esta opinión», señaló de manera terminante.⁷³ Si se desea afrontar las transformaciones económicas y sociales de nuestro tiempo, es necesario adecuar la esfera jurídica a las nuevas demandas, pues las relaciones entre capitalistas y obreros no encuentran ya un lugar adecuado en los viejos estuches de la codificación del siglo XIX. Se está asistiendo al nacimiento del trabajador aislado carente de propiedad que contrata en situaciones de desventaja con los dueños de enormes y poderosos establecimientos fabriles. Este proceso, apenas conocido en el pasado, reclama urgentes ajustes a fin de evitar las confrontaciones y los conflictos obrero-patronales que por todas partes acechan la convivencia y la estabilidad sociales.

El mismo enfoque sociológico orientó su participación en la famosa polémica de 1920 sobre la «degeneración» de la raza. La discusión se originó en la publicación de la memoria *Nuestras razas decaen*, del médico y educador boyacense Miguel Jiménez López, donde a partir de una extraña mezcla de factores biológicos y sociales, sostenía que la nación estaba atravesando por un proceso de degradación colectiva.⁷⁴ En su respuesta, Mendoza se

73 Diego Mendoza, «Cuestiones obreras», *El Espectador*, Bogotá, enero 20 de 1920.

74 M. Jiménez López, *Nuestras razas decaen: el deber actual de la ciencia* (Bogotá, 1920). Registros de esta polémica se encuentran en Humberto Rosselli, *Historia de la psiquiatría en Colombia* (Bogotá, 1968), tomo I, pp. 290-98; Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia: 1915-1934* (Bogotá, 1974), pp. 40-46; y Aline Helg, «Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina», *Estudios Sociales*, n.º 4, marzo de 1989, pp. 37-54. Los materiales centrales de la controversia fueron compilados por Luis López de Mesa en *Los problemas de la raza en Colombia* (Bogotá, 1920).

preguntó: a) ¿existe en el país un estado de degeneración? b) ¿la capacidad vital y productora de nuestros progenitores ha sufrido una regresión en el curso de nuestra historia? y c) ¿desde el punto de vista estrictamente biológico, el país retrocede? A estos interrogantes Jiménez López había respondido afirmativamente. A su juicio, la evolución de la población criolla mostraba claros signos de decadencia física y psíquica al confrontarla con la generación de la Independencia de un siglo atrás. Las deficiencias físicas se manifestaban en signos anatómicos, fisiológicos y patológicos, y las psíquicas en falta de creatividad, en el retroceso moral del país, en la inestabilidad social de la nación y en el aumento del suicidio, la criminalidad y la locura. Las causas de estos procesos regresivos se encontraban en la miseria de la población: en la alimentación deficiente, en la infección, suciedad y descuido de la higiene, en las endemias tropicales, lo mismo que en el alcoholismo y la propagación de enfermedades como la sífilis y la tuberculosis.

En respuesta a Jiménez López, Mendoza alegó que solo haría observaciones de carácter interrogativo, ya que «los problemas sociológicos son naturalmente complejos» y las investigaciones sobre el delicado asunto de las razas son todavía limitadas e insuficientes.⁷⁵ Se preguntó: ¿serán estas dos inferioridades, la física y la psíquica, efecto de deficiencias estrictamente raciales o producto de determinadas condiciones sociales?, ¿las carencias físicas desaparecen cuando las poblaciones se igualan en alimentación y alojamiento?, ¿las dificultades mentales cesan cuando se transmite a los pueblos la educación y la cultura? Citando al sociólogo norteamericano Edward A. Ross, señaló que los fenómenos de la herencia y los grandes contrastes de las razas solo adquieren significado cuando se conocen las experiencias históricas que han modelado el temperamento de un pueblo. Para el caso de Colombia habría que remitirse en forma obligada a los

75 «¿Decaen nuestras razas?» *El Espectador*, Bogotá, abril 8 de 1920 (reproducido en D. Mendoza Pérez, *Evolución de la sociedad colombiana*, pp. 295-303).

tiempos coloniales a fin de precisar las condiciones que asistieron al desenvolvimiento de la población nativa. En esta búsqueda Mendoza halló que la estratificación de la sociedad colonial se convirtió en un mecanismo de explotación, abandono y miseria de los indios. En la cúspide se encontraban los blancos y debajo de ellos las «castas o descendencias mezcladas»: los mestizos, los mulatos, los zambos, los indios y los negros. Aparte de la población negra siempre pequeña, los indios llevaron siempre la peor suerte. Fueron diezmados y sometidos a situaciones de extrema pobreza hasta reducirlos a muchos de ellos al límite de la existencia. Ello dio lugar a un modo de vida indígena de escasez y de restricciones materiales que con los años era de esperar que hubiera tenido consecuencias en su conformación física y psíquica. La República heredó estos problemas y al final fue poco lo que hizo por mejorarlos.

Mendoza estuvo de acuerdo con Jiménez López acerca de la situación de miseria y extrema pobreza del pueblo, pero —a diferencia de él— no creía que la población nacional fuera hoy inferior a la de la Independencia, pues el período republicano dejó a los indios y a los campesinos pobres casi en el mismo estado en el cual los había dejado el dominio español. Esta verdad, que puede remediarse por medio de programas educativos y de seguridad social, no debe llevarnos a pensar, sin embargo, que el país va en retroceso. Contra el pesimismo del médico boyacense, Mendoza escribió que a pesar de las dificultades, «no sería un optimismo irracional creer que nos hemos movido hacia adelante, con lentitud si se quiere, pero con paso firme hacia el progreso». La Colombia de hoy no es la de ayer. Notables adelantos se han logrado no solo en el terreno de la literatura y del pensamiento, sino también en el más significativo de la política y de la organización de la vida democrática. Estos avances han sido en parte obra de la imitación y de la asimilación, los procesos mediante los cuales los individuos, los grupos y las sociedades se apropian de las contribuciones de otras culturas. Siguiendo el

ejemplo de las naciones más adelantadas, el país ha alcanzado en estos y otros campos resultados quizá modestos pero no por ello menos significativos.⁷⁶

Es claro que Mendoza se negaba a explicar la situación de atraso y miseria de la población colombiana con categorías biológicas. Las más evidentes y palpables carencias físicas eran fenómenos socialmente determinados y, en cuanto tales, superables a través de políticas de fomento mediante la educación, la higiene y la salud. Y en cuanto a la cultura, el campo más susceptible a la «degeneración psíquica y moral», su mejor control era el diálogo creativo con el mundo occidental, tradición de cual provienen y hacen parte los colombianos a pesar de su pobreza material y de la penuria de sus realizaciones espirituales.

El curso de sociología

Estos usos y aplicaciones dispersas de la sociología a los problemas de su tiempo van a alcanzar un ordenamiento final en el curso de sociología dictado en el Externado a partir de 1927. Allí buscará organizar en un *corpus* sistemático las lecturas, ideas, conceptos y perspectivas analíticas que hasta el momento había utilizado sin mayores desarrollos teóricos en sus numerosos ensayos y artículos difundidos en periódicos y revistas.

Como se anotó, el curso fue publicado póstumamente por Hinestrosa Daza en 1936 bajo el título de *Conferencias de sociología*.⁷⁷ Desafortunadamente, en sus notas introductorias el editor no aporta noticia alguna sobre la situación en la cual se encontraban los papeles de Mendoza en el momento de la publicación del volumen. Tal como ha llegado a nuestros días, el curso consta de 15 capítulos precedidos de una introducción. Pero su organización interna no está exenta de contrariedades. Los capítulos están llenos

76 Mendoza discutió con alguna amplitud los conceptos de imitación y asimilación en su *Sociología*, pp. 89-92 y 130.

77 Ver la revista *Externado*, vol. II, n.ºs 3-6, julio-agosto de 1936, pp. 233-483. A partir de esta edición la Universidad Externado de Colombia ha hecho dos reimpressiones del curso, una en 1962 y otra en 1984, con el título más general y amplio de *Sociología*.

de enumeraciones, de títulos y subtítulos que entorpecen la lectura, y en algunos de ellos se encuentran repeticiones, clasificaciones *ex nihilo* y frases y párrafos sueltos que aluden a temáticas extrañas a los asuntos objeto de discusión. A ello se adiciona la inclusión de dos ensayos sobre la sociedad colonial ajenos al contenido del curso.⁷⁸ Es evidente que Hinestrosa Daza organizó las conferencias a partir de los manuscritos y papeles sueltos de Mendoza, muchos de los cuales eran solo unas guías muy generales dirigidas a orientar las exposiciones en el salón de clase. Si el editor hubiera confrontado estos ligeros esbozos con los cuadernos de apuntes de los estudiantes de la época, las guías hubieran adquirido sin duda una forma más acabada y sistemática. Además, Hinestrosa Daza no parece haber tenido noticia de que el mismo Mendoza había revisado y publicado en vida algunos capítulos de sus conferencias.⁷⁹

No obstante las dificultades anotadas, los lectores de hoy en día debemos estar agradecidos con Hinestrosa Daza por haber salvado unos apuntes de gran interés para la historia de las ideas. A pesar de lo esquivo de su contenido y del estilo telegráfico de la redacción, los borradores sugieren un notable empeño por registrar los logros más recientes de la ciencia de Comte. Las clases están escritas en frases compactas siguiendo la técnica del *syllabus* anglosajón, de la exposición sintética de las materias de un curso universitario. En esto Mendoza parece haber seguido el ejemplo de la popular *Sociología inductiva: syllabus de métodos, análisis y clasificaciones y leyes provisionalmente formuladas* de Franklin H. Giddings, libro que ofreció a su generación un esquema del

78 Los capítulos 9 y 10: «Los grupos culturales de la Colonia» y «La mujer en la Colonia». Por su temática, estos ensayos pertenecen al proyectado libro sobre el desarrollo intelectual de Colombia y fueron publicados originalmente por Mendoza en la revista *Universidad* en 1927 y 1928.

79 Se trata de las conferencias sobre la familia, la ciudad, la asociación humana, los grupos sociales y las «cuestiones rurales». Todas ellas aparecieron de nuevo en *Universidad* entre 1928 y 1929.

contenido de la sociología y de las leyes —generalizaciones— más corrientes de la vida social.⁸⁰

A diferencia de los manuales de la época, dedicados en su mayoría a exponer, enfrentar y refutar las limitaciones de las diversas escuelas y «doctrinas» sociológicas, como ocurre con las clases del presbítero José Alejandro Bermúdez dictadas por aquellos años en la Universidad Nacional, las conferencias de Mendoza se centran en la discusión de los conceptos y de los enfoques teóricos.⁸¹ Su curso no está volcado sobre la historia de la sociología, el pensamiento de las grandes figuras del pasado, sino sobre la sistemática de la sociología, las estrategias teóricas y metodológicas que orientan la investigación social del momento. En la recepción de estos avances no partió de la tradición europea, sino de la experiencia más reciente y altiva que se estaba afirmando en los Estados Unidos. Sus autores preferidos son los pioneros de la sociología norteamericana: William G. Sumner, Lester F. Ward, Albion W. Small, Franklin H. Giddings, Edward A. Ross, Charles H. Cooley, Charles A. Ellwood, George E. Vincent, Edward C. Hayes y Emory S. Bogardus, lo mismo que Robert E. Park y Ernest W. Burgess, cuyos nombres no cita pero están presentes en el texto.⁸² Todos ellos fueron sus contemporáneos a distancia y escribieron manuales de sociología. Los europeos apenas aparecen y no más allá de meras alusiones. Autores como Émile Durkheim, Georg

80 Publicado en Madrid por la editorial La España Moderna (s. f.). El mismo patrón expositivo fue seguido en sus capítulos del «Programa sintético de Derecho Internacional Privado del Externado» publicados en la *Revista de la Academia de Jurisprudencia* en 1925 y 1926.

81 José Alejandro Bermúdez, «Conferencias de sociología» publicadas en los *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional*, n.º 13, septiembre de 1931. El texto de Bermúdez, unos «apuntes» como él mismo los llamó, estaban dirigidos a difundir el pensamiento social de la Iglesia y a refutar los «errores» de las teorías positivistas que creen «que la sociedad lo domina todo». Sus páginas dejan ver, sin embargo, una buena información en lo que respecta a la sociología francesa de comienzos de siglo.

82 Es claro que tenía a mano la notable *Introduction to the science of sociology* (Chicago: The University of Chicago Press, 1921) de Park y Burgess, del cual extrajo el vocabulario sociológico que registra en el curso.

Simmel, Gumpowicz y Gabriel Tarde, solo aparecen una vez en las páginas de sus apuntes y generalmente encadenados a las discusiones desarrolladas por los sociólogos americanos.

Mendoza comienza su texto definiendo el objeto de la sociología como el estudio del origen, la estructura y el desarrollo de la asociación humana. Sus temas favoritos son los problemas sociales, los valores, las instituciones, las relaciones de los grupos y las actitudes de los individuos que los integran. La sociología trabaja con los métodos positivos heredados de las ciencias naturales y su elemento son los hechos sociales, esto es, los rasgos comunes a los miembros de un grupo. Si bien los hombres no son idénticos, las creencias, las opiniones, los sentimientos, el idioma, los símbolos y las prácticas religiosas, producen en ellos un fondo común que tiende a igualarlos y a inducirlos a actuar en una misma dirección. Los hechos sociales son uniformidades de pensamiento y de vida, hábitos colectivos que conducen a unificaciones en la conducta de los grupos humanos. Este interés por las regularidades distingue al sociólogo del trabajo de otras disciplinas como la psicología y la historia, más interesadas en el estudio detallado de las singularidades del acontecer humano.⁸³

Como era usual en la época, Mendoza dividía la sociología en pura y aplicada. La primera establecía los principios generales de la sociología y la segunda aludía a su empleo en los campos específicos del análisis social. Esta diferenciación daba lugar a las especialidades y al trabajo empírico en cada una de ellas. Así, la sociología rural, rama que estudia los modos de vida aldeanos, es

83 De todos los hechos sociales mencionados, al que más atención puso fue al idioma. En las Conferencias subrayó las peculiaridades de la lengua según los medios sociales, y en su ensayo «Oración por la lengua materna», *Universidad*, n.º 87 y 88 de 1928 (reproducido en D. Mendoza Pérez, *Evolución de la sociedad colombiana*, pp. 381-92), exaltó la importancia del idioma en la formación de la nacionalidad y en la transmisión de la herencia social. Estos desarrollos eran una prolongación de las ideas seminales de Cuervo consignadas en las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Su discusión de los hechos sociales, de estirpe durkheimiana, provenía de la concisa *Introduction à la sociologie* de René Maunier, uno de los pocos manuales franceses citados por Mendoza.

un campo aplicado que toma su aliento en los conceptos y en las teorías desarrolladas por la sociología general. Los que trabajan en esta área deben reunir datos y todo tipo de información sobre la población campesina relacionada con las formas de asociación, los sistemas de explotación, la tenencia de la tierra, las instituciones educativas y religiosas, la producción y los mercados agrícolas. Lo mismo sucede con los demás campos del análisis sociológico como la educación, la ciudad y la familia.⁸⁴

La actualidad de las Conferencias de Mendoza proviene de los temas tratados en sus páginas y de las formas de abordarlos, temas y enfoques que todavía hacen parte del pensamiento sociológico contemporáneo. Hasta donde tenemos noticia, Mendoza fue el primero en difundir en nuestro medio la teoría de los grupos sociales y las contribuciones de Cooley asociadas con las nociones de grupo primario y secundario. Lo mismo ocurre con su presentación del campo de la psicología social y de la sociología rural, o con su discusión de la evolución cultural, la ecología y el proceso de urbanización. Estos dos últimos temas los desarrolló siguiendo los ensayos del texto clásico de la sociología urbana de la Universidad de Chicago, *La ciudad* de Park y Burgess publicada en 1925, dos años antes de comenzar a ofrecer su curso en el Externado.⁸⁵ Estas lecturas llamaron su atención sobre el «alma de la ciudad» de Spengler, el capítulo de *La decadencia de Occidente* dedicado a contraponer los estados mentales del hombre rústico y del hombre de la ciudad, exposición que ocupa un lugar destacado en su presentación de la vida urbana.

84 Ver Diego Mendoza, «Conferencias de sociología: cuestiones rurales», *Universidad*, n.º 97, septiembre 1 de 1928. Esta conferencia dedicada a la sociología rural no aparece en el volumen editado por Hinestrosa Daza.

85 Sobre todo del ensayo de Roderick D. McKenzie, «The Ecological Approach to the Study of the Human Community», del cual Mendoza se sirve en su sección sobre la ecología humana. Ver Park y Burgess, *The City* (Chicago: Chicago University Press, 1925), cap. III. La noción «ecología humana» apareció por primera vez en la citada *Introduction to the Science of Sociology* de Park y Burgess.

Para Mendoza la ciudad es una institución moderna que domina la vida de nuestros días. En ella surgieron las nociones de libertad y democracia que hoy tenemos como algo natural e imperecedero. «En las ciudades-estado de la antigüedad —escribe— nació la democracia y en las medievales se luchó contra el absolutismo de los monarcas cuando los habitantes rurales estaban esclavizados por el régimen feudal». Además, muchas revoluciones políticas de nuestro tiempo han surgido en sus dominios, y la realización de las opciones individuales ha encontrado en ellas las condiciones más adecuadas para su desarrollo. A diferencia del campo donde la sanción social es más intensa —donde la vida comunal está marcada por un contacto de hombre a hombre y donde la tradición y el conservadurismo gobiernan la vida de sus moradores—, el clima social de la ciudad es el reino de las relaciones informales y de los contactos secundarios. En ellas impera el dinero, la movilidad y las conductas racionales, y dada la fluidez del transporte y de las comunicaciones, sus habitantes cambian de oficio y se mueven de un lugar a otro sin mayores obstáculos. Todo esto ha dado lugar a la supremacía «irresistible» de la ciudad, pero también a nuevos problemas apenas conocidos en el pasado: la delincuencia juvenil, el alcoholismo, el divorcio, la prostitución y la desintegración familiar. Ya no existen los eficaces controles personales de la comunidad rural, y los inquietos pobladores de la gran ciudad se ven unidos a débiles y abstractas orientaciones provenientes del derecho positivo o de las múltiples asociaciones secundarias de carácter especializado que solo comprometen a aspectos muy reducidos de su personalidad.⁸⁶

86 Este interés por los problemas urbanos lo compartía con su amigo López de Mesa, quien por la misma época escribió con amplitud sobre el impacto de las grandes ciudades en la configuración de la cultura moderna. Ver Luis López de Mesa, *La civilización contemporánea* (París, 1926), cap. I.

La claridad con la cual define e ilustra algunos conceptos sugiere el grado de familiaridad y asimilación del nuevo vocabulario sociológico. Es el caso de las nociones de cultura, socialización y control social. Haciendo suyas las contribuciones de «la escuela nueva de Antropología», posiblemente se refería a la obra de Franz Boas y de Alfred Kroeber, definía la cultura como el rasgo distintivo de los grupos humanos que incluye todos los elementos materiales y espirituales heredados. No son hechos culturales —afirmó— el nacimiento, el crecimiento o la muerte, pero sí la representación que de ellos se hace un pueblo. Lo mismo ocurre con la raza, el medio físico y la alimentación. La cultura es una creación humana, un producto de la vida colectiva que comparten los miembros de una sociedad. Ello explica que medios geográficos idénticos presenten culturas diferentes. El proceso de socialización aludía al nacimiento y desarrollo del espíritu social en el individuo. Era un fenómeno de disciplina, y en cuanto tal, uno de los fundamentos del control social. Esto último podía lograrse mediante el uso de la violencia, de la fuerza física, pero sobre todo, y en forma más duradera, a través de «mecanismos simbólicos» como las costumbres, las creencias, las ilusiones, las ceremonias, el lenguaje, el arte y la opinión pública, es decir, por medio de las *presiones sociales*.

Un vacío en el curso de Mendoza es la falta de una reflexión sobre los métodos y las técnicas de investigación. A pesar de su familiaridad con los manuales de lengua inglesa, en sus conferencias no aparece registro alguno de los avances de la investigación social empírica, una de las contribuciones más festejadas de la sociología norteamericana de aquellos años. No menciona las técnicas de recolección y análisis de datos tan populares en Estados Unidos: la observación, la encuesta, el trabajo de campo, los estudios de caso, el uso intensivo de los censos y de las estadísticas periódicas, el formulario, la entrevista, los documentos personales, etc. Hay, sin embargo, indicios indirectos que sugieren que estas técnicas no le eran extrañas. En los trabajos que pedía a sus alumnos de sociología, les sugería estudiar a través de estadísticas, documentos y observaciones personales los problemas de sus regiones. Estas

demandas hacían parte de las innovaciones pedagógicas que se había propuesto al abrir el Externado: superar los temas exóticos y crear en la mente de los jóvenes un espíritu de investigación y una inclinación especial por los problemas nacionales.⁸⁷

Palabras finales

Las conferencias de sociología cierran el itinerario intelectual de Mendoza. Culminan una pasión analítica que comenzó con los estudios del lenguaje y después pasó a la investigación histórico-sociológica acompañada de la crítica social y política. Este impulso sostenido lo coloca en un lugar destacado en el desarrollo de la reflexión sociológica nacional. Su obra llena el vacío que va de la generación de Salvador Camacho Roldán a la de pensadores como Luis López de Mesa y Alejandro López. Este período de la cultura nacional, uno de los menos estudiados en el país, que parte de 1890 y llega hasta 1930, es a su vez el período de la afirmación científica de la sociología en Europa y en Estados Unidos. Mendoza nació en la década del cincuenta del siglo XIX, la misma de Durkheim, Simmel, Small y Giddings, y como todos ellos, era algo mayor que Park, Ross y Cooley nacidos en el decenio siguiente. A varios de ellos los leyó directamente y a otros los conoció a través de citas y exposiciones secundarias.

Mendoza fue una figura solitaria en esta empresa. Sus amigos más cercanos interesados en la sociología, José Camacho Carriosa y Carlos Arturo Torres, murieron tempranamente, y Tomás Eastman, el profesor de sociología de la Universidad Republicana en 1912, uno de los mayores conocedores de Spencer según sus contemporáneos, nunca publicó sus conferencias.⁸⁸ En 1909 el

87 Un ejemplo de este esfuerzo se encuentra en los *Anales del Externado de Colombia* de 1930, donde el mismo Mendoza promovió la publicación de cuatro monografías de sus estudiantes de sociología sobre los problemas rurales de los Departamentos de Bolívar, Cundinamarca, Magdalena y Nariño.

88 «El más diáfano intérprete del pensamiento spenceriano en Colombia», lo llamó Luis López de Mesa en la *Introducción a la historia de la cultura en Colombia* (Bogotá, 1930), p. 153.

mismo Torres había apuntado que fuera del ensayo sobre la propiedad de Mendoza, de un trabajo inédito de Antonio José Iregui y de una conferencia de Camacho Carrizosa, nada de importancia se había escrito por aquellos años en materia de sociología.⁸⁹

Pero Mendoza no enseñaba sociología solamente en el curso que llevaba este nombre. En sus demás cátedras, en las de Economía Política y en las de Derecho Internacional Privado, las perspectivas sociológicas estaban siempre presentes. Su alumno Eduardo Caballero Calderón presentó en este último curso un extenso trabajo sobre el origen del derecho basado en textos de Spencer, Tarde, Durkheim, Simmel, Bouglé, Worms, Le Bon y Gumplowicz, que Mendoza se encargó de difundir en los *Anales del Externado*.⁹⁰ Lo mismo ocurría en sus clases de Economía Política (Hacienda Pública), sobre las cuales un antiguo alumno de la

89 C. A. Torres, *Idola Fori* (Tunja, 1969), p. 274. La primera edición de *Idola Fori* data de 1909. En los años siguientes, en el decenio 1915-1925, hubo sin embargo cierta fascinación por la sociología en los medios no académicos. En estos escenarios se le atribuyeron a la ciencia de la sociedad los más diversos usos y aplicaciones prácticas. Así, en 1915 el jesuita Jesús María Fernández publicó *La acción social católica en Colombia: manual de sociología práctica* (Bogotá: Arboleda & Valencia), obra que buscaba promover un conjunto de estrategias para «la implantación eficaz y permanente de los ideales y principios cristianos en la sociedad». Para el padre Fernández, la sociología —una disciplina versada en la lógica interna de las instituciones— contribuía a organizar los grupos y las asociaciones encargadas de impulsar los programas sociales de la Iglesia. Dos años después, en 1917, el señor Luis Manuel Hernández difundía en Bogotá la *Revista Sociológica*, una publicación amarillista de salvación moral «destinada a tratar asuntos trascendentales relativos a la familia, a la sociedad y a la patria» (la entrega del 6 de agosto estaba dedicada, por ejemplo, a los estragos de la sífilis en el pueblo colombiano). Allí la sociología parecía cumplir un papel de reconstrucción social y espiritual de la nación. Este mismo ímpetu utilitario aparecía en un periódico anarquista de Barranquilla de finales de 1925, *Vía Libre: Semanario de Sociología y Combate*, donde el vocablo acuñado por Comte llenaba una función crítica dirigida a promover la conciencia de clase en los medios obreros. Era una disciplina de muchas caras: la Iglesia la usaba para catequizar, los moralistas para la reconstrucción social y los ácratas para la asonada, el motín y la revuelta.

90 E. Caballero Calderón, «La noción de derecho y la norma social», en *Anales del Externado de Colombia*, n.ºs 1 y 2 de 1929 y 1930. En este caso debe tenerse en cuenta, sin embargo, que el joven Caballero Calderón contaba con el consejo y la biblioteca de su padre, el general Lucas Caballero, uno de los profesores de sociología del Externado.

Universidad Republicana se sintió en la obligación de manifestar, que aquellos que «en los bancos universitarios tuvimos el honor de asistir a la cátedra de Economía Política regentada por Diego Mendoza, bien podemos saber cuál es su alta competencia especial, lo sólido de su criterio, lo variado e intenso de sus conocimientos en el ramo de la sociología. No considera él la ciencia hacendística como algo absoluto, asentado en principios siempre inmutables, sino, antes bien al contrario, como algo relativo, contingente, por influir en él el factor *hombre*».⁹¹

Su aproximación inicial a una historia sociológicamente orientada muestra la contemporaneidad de su diálogo con las vanguardias de la ciencia social europea *fin-de-siècle*. Y su exposición y estudio del instrumental analítico de la ciencia de la sociedad derivadas de la experiencia norteamericana, manifiesta un señalado interés por hacerse a los temas y enfoques más sugestivos de comienzos de siglo. Ello es suficiente para señalar que a pesar de sus estrecheces teóricas y de sus ausencias empíricas, su nombre ocupa un lugar destacado en la renovación de los estudios históricos decimonónicos y en los inicios de la recepción de la sociología moderna en Colombia. Muchos de estos esfuerzos tuvieron que esperar, sin embargo, treinta años para lograr su normalización, ya que solo a finales de la década del cincuenta surgieron en el país los primeros departamentos de sociología. Estas instituciones universitarias, encargadas de la enseñanza de los fundamentos analíticos y empíricos de la ciencia de Comte, lucharán por hacer del sociólogo un profesional con habilidades en la investigación y el manejo de teorías siguiendo la experiencia europea y norteamericana, logros cuya fusión dieron lugar a lo mejor de la sociología científica del siglo xx.

91 Artículo de E. Rodríguez Triana escrito con ocasión del nombramiento de Mendoza como Ministro de Hacienda en 1915. Ver Diego Mendoza, *Vocabulario gramatical* (Bogotá, 1987), p. xiii.

Jaime Jaramillo Uribe: de la sociología a la historia

La carrera intelectual de Jaime Jaramillo Uribe afrontó en un comienzo varias alternativas. En un principio se interesó por la sociología y después de algunas dudas se acercó a la historia en medio de una gran atracción por la filosofía. Junto a estas búsquedas fue construyendo una síntesis muy propia que lo llevó a afirmar una historiografía analítica basada en las contribuciones de las ciencias sociales. En sus mejores escritos lo narrativo es un mero instrumento para ilustrar una tesis o un marco de referencia hurtado de la economía, la geografía o la antropología. Esta vocación analítica cobró un impulso inicial en sus tempranas lecturas sociológicas donde halló que toda investigación que no está orientada por una teoría adecuada resulta en una compilación de datos de escaso valor explicativo.

1

En una entrevista concedida a la *Hispanic American Historical Review* en 1984, Jaramillo apuntó: «en realidad en un comienzo pensé dedicarme a la sociología».¹ Este interés inicial provenía

1 J. Jaramillo Uribe, *De la sociología a la historia*, compilación de G. Cataño (Santafé de Bogotá: Uniandes, 1994), p. 310.

de sus inclinaciones juveniles y de la educación recibida en la Escuela Normal Superior. A mediados de la década del treinta, cuando avanzaba en su enseñanza secundaria, se sintió atraído por el pensamiento socialista y la historia del movimiento obrero. Por aquellos años hizo abundantes lecturas sobre la revolución rusa y las luchas populares de la Europa del siglo XIX. Leyó textos de Lenin, Trotski, Bujarin, Plejanov, Engels y Marx y conoció algunos escritos del argentino Aníbal Ponce y del peruano José Carlos Mariátegui. Por la misma época entró en contacto con miembros de los círculos de Bogotá interesados en el marxismo como Gerardo Molina, Luis E. Nieto Arteta y Antonio García. Estas relaciones se vieron favorecidas por su amistad con la educadora y cuentista infantil María Eastman (1901-1947), su profesora de literatura española en la Escuela Normal de Varones de Bogotá donde Jaramillo cursaba sus estudios de bachillerato. La señora Eastman había participado en la política de Antioquia, llegando inclusive a ocupar la Secretaría de Educación del Departamento, y a mediados de los años treinta se había casado con Gerardo Molina, el activo parlamentario de izquierda de la República Liberal.

A este temprano interés por la tradición socialista, se unieron sus estudios de ciencias sociales en la Escuela Normal Superior. Allí recibió clases de varios profesores alemanes llegados a Colombia con ocasión de la segunda guerra mundial. Todos ellos, Rudolf Hommes y Gerhart Mazur especialmente, se habían formado en un clima afín al historicismo alemán y a las contribuciones de Wilhelm Dilthey, Georg Simmel, Werner Sombart, Ferdinand Tönnies y los hermanos Max y Alfred Weber. La familiaridad con este legado, desarrollado en buena parte a través de un intenso debate con la obra de Marx, alertó a Jaramillo de caer en una actitud devota y en una aplicación mecánica de los postulados marxistas al análisis social.

Sus logros académicos y sus primeras publicaciones, una serie de inteligentes reseñas bibliográficas aparecidas a comienzos de los años cuarenta, hicieron que al terminar sus estudios universitarios en 1942 fuera nombrado profesor de Sociología en

la misma Escuela Normal Superior. La cátedra había sido ocupada en el pasado por figuras como Germán Arciniegas y Luis E. Nieto Arteta. Siguiendo de cerca las introducciones a la sociología que circulaban en español por aquellos días —la del francés Armand Cuvillier, la del austríaco Adolf Menzel y la del inglés venido de tierras lituanas Morris Ginsberg—,² Jaramillo orientó sus clases hacia la discusión de los conceptos, los métodos y los acentos teóricos de la ciencia de Comte. Centró su atención en la dinámica social, los grupos, la estratificación y la morfología social, un campo de la sociología durkheimiana muy emparentado con la geografía, y que hoy tiende a confundirse con la demografía, que alude al volumen, densidad y distribución de la población. Aquella inclinación analítica lo apartó desde un principio de los tradicionales cursos de sociología ofrecidos en las Facultades de Derecho, cuyos énfasis eran la historia enciclopédica del pensamiento social y el recuento de las populares querellas entre las «doctrinas» sociológicas.

El joven Jaramillo nutría su cátedra a partir de un severo y controlado autodidactismo, que en su época se vio favorecido por las traducciones del alemán, inglés y francés promovidas por la Revista de Occidente de Ortega y Gasset, por la sección de Sociología del Fondo de Cultura Económica de México animada por José Medina Echavarría y por la biblioteca sociológica de la editorial Losada de Buenos Aires orientada por Francisco Ayala. Este callado aprendizaje se vio enriquecido por el seminario dirigido por Medina Echavarría a finales de 1945 en la Universidad Nacional sobre los primeros capítulos de *Economía y sociedad* de Max Weber, clases que Jaramillo siguió con dedicación e interés y que después serían de gran utilidad en sus trabajos de investigación.

2 A. Cuvillier, *Introducción a la sociología* (México: Editorial América, 1938); A. Menzel, *Introducción a la sociología* (México: Fondo de Cultura Económica, 1940) y M. Ginsberg, *Manual de sociología* (Buenos Aires: Losada, 1942).

Jaramillo estuvo al frente de la cátedra de sociología de la Escuela Normal Superior hasta 1945, y al año siguiente recibió una beca para estudiar en Francia. Llegó a París poco antes de cumplir sus 29 años y allí permanecería hasta comienzos de 1948. Una vez en la Sorbona, se matriculó en los cursos de sociología de Georges Davy uno de los pocos colaboradores de Durkheim todavía activos, y en los de Georges Gurvitch que por entonces afirmaba su liderazgo en la sociología francesa. Estos cursos no llenaron, sin embargo, sus expectativas. Encontró que la sociología francesa era demasiado teórica, «filosófica», y con pocas excepciones, muy orientada hacia la historia y la etnología de bufete. «Sociólogos de tertulia» los llamó con sorna López de Mesa.³ El legado del último Durkheim, el de *Las formas elementales de la vida religiosa*, y su prolongación en los trabajos de su sobrino Marcel Mauss dominaban el escenario universitario. Las contribuciones alemanas eran poco conocidas y los desarrollos de la sociología norteamericana, que Jaramillo ya había empezado a estudiar en Bogotá, apenas se mencionaban. Además, ahora podía observar de cerca que su familiar Cuvillier, nombrado por aquellos años en la Sorbona, era ante todo un historiador de las ideas ajeno a la investigación social empírica.

En París, Jaramillo se acercó igualmente al Instituto de Ciencias Políticas, donde se ofrecían cursos de historia. Allí asistió a las exposiciones de Ernest Labrousse sobre la situación de Francia antes de la Revolución y a las conferencias de Pierre Renouvin, Charles Morazé y Edmond Vermeil sobre historia de Francia y de Europa. A diferencia de los sociólogos, estos profesores cultivaban una disciplina viva que había asimilado lo mejor de las ciencias sociales y de las técnicas de investigación asociadas con el uso de archivos y de fuentes primarias. Las lecciones de Labrousse lo acercaron a la escuela de los *Annales* y a sus mejores productos: la cuantificación, la integración de las ciencias sociales, la historia

3 Luis López de Mesa, *Introducción a la historia de la cultura en Colombia* (Bogotá: s.n., 1930), p. 135.

comparada, el enfoque sintético y la introducción de la geografía en el escrutinio del pasado. Esto último no le era extraño. En sus clases de geografía en la Escuela Normal Superior con el catalán Pablo Vila, formado en el espíritu de la escuela de Vidal de la Blache, uno de los autores más queridos por los miembros de los *Annales*, había aprendido que las relaciones del hombre con el medio eran de mutua dependencia. El suelo, el clima y la morfología eran posibilidades que los grupos y las comunidades humanas definían y aprovechaban de distinta manera. La experiencia mostraba que sociedades con culturas diferentes florecían en ambientes físicos similares. Además, en los esfuerzos integradores de los miembros de los *Annales*, la historia surgía como la ciencia social *par excellence*, como la síntesis más acabada de las múltiples perspectivas que estudian al hombre en sociedad. «Al final opté por la historia —recordó en la mencionada entrevista— por la certidumbre de que es la ciencia de síntesis por excelencia y la que podía brindar un mayor conocimiento de la realidad social».⁴

A pesar de los nuevos descubrimientos, al regresar a Colombia poco antes del 9 de abril de 1948, Jaramillo todavía tendía a definirse como sociólogo. Una vez en Bogotá, trabajó por unos meses en calidad de auxiliar de investigación del recién creado Instituto de Economía de la Universidad Nacional bajo la dirección de Antonio García, y estando allí le fue ofrecida la cátedra de Sociología en la Facultad de Derecho. Esta era una excelente oportunidad para desplegar los conocimientos adquiridos en Europa. Jaramillo orientó su curso en tres direcciones: el conflicto, los grupos y las instituciones sociales. Sus autores preferidos fueron Simmel, Weber, Leopold von Wiese y Gurvitch. Los dos primeros por su delimitación del campo de la sociología y su insistencia en las tensiones sociales, y los otros por su teoría de las agrupaciones humanas. De allí surgió el tema de su ensayo de 1948, «El estudio de las formas sociales microscópicas en la sociología contemporánea», donde expuso las contribuciones más recientes

4 J. Jaramillo Uribe, *De la sociología a la historia*, p. 310.

sobre la teoría de los grupos pequeños.⁵ Integrando las posturas simmelianas y weberianas, definió el campo de la sociología como el estudio de las formas sociales, como el análisis de los marcos que trazan las relaciones interpersonales que se derivan de la acción de individuos dirigidos consciente o inconscientemente hacia los demás. Con entusiasmo registró que la sociología del siglo xx había abandonado, al fin, la ambición enciclopédica de los fundadores decimonónicos. Ahora dejaba atrás el afán de establecer el gran compendio del hombre y, con estrategias teóricas y metodológicas precisas, se abría al mundo de la investigación de los hechos sociales concretos.

Pero su trabajo en la Universidad Nacional solo duró algo más de un año, y en 1950 debió vincularse a una entidad pública ajena al mundo académico: la Revisoría de Institutos Oficiales de Crédito. La oportunidad fue percibida inicialmente como un mero refugio ocupacional, pero con el tiempo se tradujo en una experiencia positiva. Hasta el momento había trabajado en instituciones educativas cuyas demandas tienden a ser difusas y el ejercicio de las obligaciones dependen más de la iniciativa y creatividad personales. En la Revisoría, por el contrario, las tareas estaban fijadas de antemano y los productos esperados eran puntuales y no permitían mayores dilaciones. Debía visitar las empresas que recibían créditos públicos y escribir informes detallados acerca de su desenvolvimiento. En el desarrollo de estas labores se vio involucrado en la organización y análisis de datos cuantitativos, experiencia que le facilitaría la redacción de su tesis de grado sobre la industria nacional basada en el censo industrial de 1945, que presentó en 1951 para optar el título de doctor en Derecho en la Universidad Libre.⁶

5 Recogido en *Ibid.*, pp. 23-40.

6 El Derecho, una de las profesiones liberales más valoradas de la época, era una vieja aspiración de Jaramillo. Poco después de finalizar la licenciatura en la Normal, inició sus estudios jurídicos, que interrumpió varias veces y solo vino a culminar nueve años después. Salvo un intento fugaz de ejercerlo en 1952, el aprendizaje en el campo del derecho se sumó a su acervo intelectual con usos callados en sus investigaciones sobre la organización del Estado y las controversias jurídicas en torno a la esclavitud.

Jaramillo permaneció en la Revisoría hasta finales de 1951, cuando su amigo Cayetano Betancur, ahora decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, lo invitó a hacerse cargo de las cátedras de Historia Moderna de Europa y de Historia de la Pedagogía. El primer curso partía del Renacimiento y llegaba hasta la Revolución Francesa; lo que seguía era historia contemporánea. El segundo, una extensión de sus experiencias normalistas, alcanzó una amplia audiencia y años después lo dio a la publicidad con el título de *Historia de la pedagogía como historia de la cultura* (1970). Guiado por Dilthey, quería mostrar, «a la luz del método de las modernas ciencias de la cultura», los grandes momentos de la enseñanza desde los griegos hasta los albores del siglo xx. Su dedicatoria advertía antiguas y bien enraizadas gratitudes: «A mis maestros y condiscípulos de la antigua Escuela Normal Superior de Bogotá».

El regreso a la Universidad Nacional en 1952 fue el comienzo de una prolongada y fructuosa carrera académica. Esta casa sería el asiento institucional de su futuro trabajo intelectual y allí escribiría sus libros y ensayos más representativos. En su seno impulsaría, además, las reformas administrativo-académicas que más tarde lo ratificarían como el inspirador y promotor de los nuevos estudios históricos en Colombia.

2

La llegada a la Facultad de Filosofía y Letras no fue, por lo demás, un hecho fortuito. Desde finales de los años cuarenta el joven Jaramillo también se había sentido atraído por la filosofía. En 1945 la Universidad Nacional había creado el Instituto de Filosofía y sus principales inspiradores —Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez, Cayetano Betancur, Nieto Arteta y Abel Naranjo Villegas— eran a la vez sus amigos. Todos ellos lo consideraban un compañero de ruta y lo animaban a leer y discutir problemas filosóficos, hecho que lo llevó a estudiar con avidez los clásicos de la filosofía alemana y francesa, y a seguir con atención las traducciones de los

filósofos contemporáneos difundidas por las editoriales españolas y latinoamericanas.

Esta nueva adhesión intelectual dificultó, por algún tiempo, su definición profesional, hasta el punto que todavía en 1958 una publicación universitaria lo describía como un colaborador asiduo de «revistas nacionales y extranjeras con ensayos sobre historia de las ideas, sociología y filosofía».⁷ Mientras que sus lecturas sociológicas y filosóficas parecían alejarlo de la historia, sus demandas docentes lo acercaban a la ciencia de Clío. La elección final no fue fácil, y como lo reflejan algunas publicaciones de los años cincuenta, terminó en una amalgama histórico-filosófica con un fondo sociológico bastante diluido. Enseñaba Historia Moderna e Historia de la Pedagogía, pero el clima dominante de la Facultad acabó por marcar la dirección de sus primeros trabajos. Buena parte de las reseñas que publicó durante el decenio de los cincuenta eran sobre textos filosóficos, y los ensayos más perspicaces de aquellos años aludían al desarrollo de la filosofía en Colombia. Solo a finales de la década y después de una estadía de dos años en Hamburgo como profesor visitante, se libera de los afanes de Platón y Aristóteles y comienza un énfasis historiográfico independiente con la sociología como una ciencia auxiliar de comprensión y síntesis.

En medio de estas ambigüedades escribió *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, obra que afirmó, definitivamente, su estatus de historiador. Según sus propias palabras, el volumen estaba listo en mayo de 1956, pero solo se publicó en 1964 cuando se acercaba a los 47 años. Es un libro de historia, pero sus lecturas filosóficas y sociológicas están presentes en los pies de página. Mediante «un esfuerzo de comprensión interpretativa», examina las imágenes sociales y las soluciones dadas por los pensadores colombianos a los problemas nacionales del siglo XIX. Estudia las controversias sobre la herencia española, las ideas acerca de la organización del Estado y las contiendas filosóficas: la escolástica,

7 Revista de la Universidad de Los Andes, n.º 1, marzo de 1958, p. 174.

el utilitarismo y el positivismo. A lo largo de sus páginas demuestra un conocimiento amplio del pensamiento occidental y se mueve con soltura en las delicadas y a veces borrosas controversias de los intelectuales colombianos. Su prosa es transparente, equilibrada, siempre ajustada al tema y lo suficientemente compleja como para asir los difíciles matices de su objeto de estudio.⁸ Hoy en día se le considera un clásico en el campo, y sus continuadores, siempre escasos, no han logrado alcanzar la amplitud de miras y la sugestión de sus análisis particulares.

Una vez terminado el libro sobre el siglo XIX, Jaramillo comenzó a interesarse por una visión más rica y compleja de la historia cultural. Ahora quería ir más allá de la esfera intelectual, de los pensadores y de sus obras, para encarar los estilos de vida, esto es, las actividades y las formas características de actuar, pensar y sentir de individuos y grupos que ocupan posiciones diferentes en la estructura social. Un texto de transición hacia esta nueva modalidad historiográfica fue su *Historia de Pereira* de 1962, algunos ensayos sobre la conciencia moderna compilados en su significativo volumen *Entre la historia y la filosofía*. La realización de este proyecto estuvo asociado no solo a un nuevo marco de referencia, sino también a un intenso trabajo de archivo y de consulta de fuentes primarias. Sus productos más conspicuos fueron los cuatro estudios que conforman los *Ensayos sobre historia social colombiana* de 1969. Aquí los temas eran la demografía indígena, la diferenciación social en la Colonia, las relaciones entre esclavos y señores y las luchas ideológicas que acompañaron la abolición de la esclavitud. Son trabajos empíricos de sociología histórica orientados por una preocupación analítica donde aparecen con claridad los frutos de sus antiguas lecturas. Una nota de la cubierta del libro resumía con fidelidad la dirección de aquel nuevo esfuerzo teórico:

8 Jorge Orlando Melo, *Historiografía colombiana: realidades y perspectivas* (Medellín: Colección Autores Antioqueños, 1996), p. 102.

El autor, formado en la escuela de la historia social que iniciaron a comienzos de la presente centuria Max Weber en Alemania y Marc Bloch en Francia, combina en [estos] trabajos los métodos y categorías de la economía, la sociología y la historia en busca de una síntesis comprensiva del proceso histórico de la nación.⁹

A estos ensayos los asiste, además, un esfuerzo intelectual que Jaramillo califica de «historia por dentro», es decir, el anhelo de revivir el espíritu —la atmósfera— de una sociedad a fin de comprender su tejido interno: sus hábitos, sus expectativas, sus estilos de vida. Es una estrategia para reconstruir in vivo la conciencia de clase, los intereses y las aspiraciones a su juicio estas de grupos en conflicto. Dos libros europeos llenaron, a su juicio, estas demandas: *El burgués* de Werner Sombart y *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII* de Bernhard Groethuysen (a los cuales debemos agregar *Casa-grande y Senzala* de Gilberto Freyre, esa penetrante y colorida reconstrucción de la formación de la sociedad brasileña que tanto influyó en sus investigaciones sobre esclavos y señores en la Nueva Granada). Con estos ejemplos quería rescatar y conferir vida a los actores de carne y hueso de la acción histórica, siempre en peligro de perderse en las generalizaciones macro de la historia analítica.

3

El decenio de los sesenta fue igualmente el comienzo de la profesionalización de los estudios históricos en el país. En 1963 Jaramillo funda la «Sección de Historia de Colombia y América» en la Facultad de Filosofía y Letras, y al momento logra atraer la atención de un grupo de talentosos estudiantes de filosofía hacia la nueva disciplina. Algunos de sus alumnos de aquellos años —Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Margarita

9 J. Jaramillo Uribe, *Ensayos sobre historia social colombiana* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1969).

González, Jorge Palacio y Hermes Tovar— ahondarán en temas de historia económica y social y contribuirán en forma decisiva a afirmar el trabajo de archivo con metodologías orientadas por marcos de referencia tomadas de la economía, la sociología y la antropología. Varios de ellos integrarán la vanguardia de la investigación histórica en la década siguiente, corriente que junto a los aportes de otros jóvenes investigadores formados algunos de ellos en el exterior, dio lugar a la llamada «nueva historia de Colombia», esto es, al intento de renovación temática del pasado a la luz de las contribuciones más recientes de las ciencias sociales.

El éxito de esta labor formativa no provenía solamente de la amplitud y riqueza del legado europeo que Jaramillo divulgaba en sus clases. A diferencia de la mayoría de los profesores universitarios de la época, su labor no se reducía a la actividad docente y a la difusión de las bondades de la investigación. Era un profesor comprometido con las complejidades del oficio y con sus libros y ensayos mostraba que la investigación de calidad era posible en nuestro medio. La fundación del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* en 1963, el órgano difusor de su proyecto, vino a ratificar los esfuerzos docentes y por muchos años fue la insignia de la transformación historiográfica nacional.

Dos años después de su fundación, la «Sección» se convirtió en Departamento de Historia y bajo la orientación espiritual de Jaramillo se organizó un *pensum* donde el estudio de las ciencias sociales, las disciplinas auxiliares, ocupó un lugar destacado en la formación de los nuevos historiadores. Allí plasmó su intención renovadora y en silencio le fue creando una molesta competencia a los patrones intelectuales de la «benemérita» Academia Colombiana de Historia fundada en 1902. Ahora la historia lineal, narrativa, anecdótica y solemne, basada en la reverencia al pasado y en la exaltación de los héroes y de las virtudes nacionales, era cada vez más un asunto del pasado y el mejor ejemplo de lo que no debía hacerse.

Jaramillo se retiró de la Universidad Nacional en 1970 cuando apenas cumplía 53 años. Tenía la posibilidad de jubilarse y le fue ofrecida la decanatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Los Andes. Desde entonces esta institución fue su escenario académico, solo interrumpido por esporádicas invitaciones de universidades extranjeras o por el desempeño de cargos públicos y administrativos como la Embajada de Colombia en Alemania y la dirección del CERLALC, una oficina de la Unesco con asiento en Bogotá dedicada al fomento de libro en América Latina y el Caribe. El trabajo en Los Andes se orientó, en un principio, a completar estudios esbozados en la Universidad Nacional y a organizar una investigación de gran aliento sobre la economía, la sociedad y la cultura del Virreinato (1740-1810).

El libro sobre el período de los virreyes nunca progresó, pero sus materiales dieron vida a una serie de agudos ensayos sobre la Colonia y la sociedad y la cultura decimonónicas. Buena parte de ellos se encuentra en dos compilaciones bajo su dirección: *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos* (1977) y *Ensayos de historia social II* (1989).¹⁰ En conjunto constituyen una buena muestra del acento ensayístico de Jaramillo y de la elegancia de su escritura. En ellos se sintió libre de las ataduras académicas del oficio y por su carácter provisional de boceto y proyecto, dio rienda suelta a lo mejor de su prosa caracterizada siempre por la claridad de la exposición, el control de la frase y la economía analítica del párrafo.

10 Jaramillo no ha sido, por lo demás, el mejor editor de su propia obra. En *La personalidad histórica de Colombia* incluyó tres trabajos de los cinco que componen *Entre la historia y la filosofía*. Esta decisión terminó por inmolarse un libro que tenía ya ganada una vida propia entre los lectores. Algo similar ocurrió con el segundo tomo de sus *Ensayos de historia social*. El primer volumen de 1969 poseía, como lo indica la carátula de la edición príncipe, una unidad de «método y de tema». Son trabajos empíricos de gran rigor analítico orientados por un objetivo común: inaugurar el campo de la historia social y de la cultura en el país. El segundo volumen es, por el contrario, un conjunto de ensayos de ocasión que cubren una diversidad de materias no siempre relacionados con los trabajos de 1969. Así, en lugar de sumar dos nuevos títulos a su bibliografía, Jaramillo terminó haciendo una irónica adición de dos igual a cero.

Esta sensibilidad artística ha hecho que algunos de sus trabajos figuren en las antologías del ensayo colombiano. A su juicio, la historia es todavía un campo de las humanidades que depende de los recursos del idioma para expresar sus resultados. Como el poeta y el novelista, con los cuales tiene más de una afinidad, el historiador debe luchar una y otra vez con su tema y con su lenguaje. Con el primero para salvar la consistencia lógica del objeto de estudio y con el segundo para alcanzar una obra estéticamente aceptable, pues quien no logre organizar su tema de investigación difícilmente podrá expresar sus hallazgos con lucidez. Haciendo suyas unas palabras que atribuía a Pascal, pero que en realidad eran de Boileau con desarrollos en Buffon, siempre ha subrayado que lo que se piensa bien se expresa bien; que la fealdad es producto de la confusión, pues donde hay claridad y orden la belleza surge como algo natural. No cabe duda que se debe estar en guardia ante los desbordes literarios del relato histórico, pero no por ello se debe creer que los procesos intelectuales de la disciplina —la organización de los datos y el despliegue de los recursos analíticos— son básicamente contrarios a todo esfuerzo estético.¹¹

De la lección anterior surge otro rasgo muy característico de los trabajos de Jaramillo: su habilidad para plantear un problema de investigación y su destreza para descubrir y aislar los elementos constitutivos del asunto en cuestión. Con su visión sintética, con sus preguntas y sus formas de interrogar, aprendidas quizá en los textos de *Pruebas judiciales* leídos en sus años de estudiante de Derecho, se adentra con seguridad en la diversidad de motivos,

11 Este equilibrio no es, sin embargo, fácil de guardar. Al respecto, Jaramillo recuerda una anécdota asociada con Gilberto Freyre. Estando en Alemania fue invitado a un homenaje al prestigioso investigador de Recife, quien aprovechó la ocasión para referirse a su método de trabajo. Freyre señaló que la historia y la antropología debían escribirse a dos manos: con la izquierda lo que hay en ellas de arte y con la derecha lo que hay de ciencia. Al terminar la exposición, Jaramillo preguntó a su compañero de mesa, el sociólogo Fernando Enrique Cardoso, después Presidente del Brasil, sobre las conclusiones de su compatriota, y este apuntó: «en Gilberto siempre ha habido demasiada mano izquierda». Ver J. Jaramillo Uribe, *Ensayos de historia social II* (Bogotá: Tercer Mundo, 1989), p. 206.

causas y aspiraciones que tejen los procesos sociales y culturales. Esto proviene de la claridad de sus conceptos, de la pericia analítica aprendida en la teoría social y, sobre todo, de la familiaridad con las obras de los grandes historiadores de los siglos XIX y XX. En los textos de estos últimos encontró los modelos de la disciplina y los patrones del historiador como científico y como artesano. Uno de ellos, el belga Henri Pirenne, fue el más revelador en sus años formativos. En sus libros halló la lucidez del relato analítico y la clarividencia de la descripción unida al marco de referencia. Además, junto a Pirenne tomó conciencia de que el rigor de la información y la elegancia de la exposición son fruto de un mismo esfuerzo intelectual.

4

Los últimos años de Jaramillo estuvieron dedicados, igualmente, a reflexionar sobre la historia como campo especial de conocimiento. En el pasado rehuyó el asunto. Como buen investigador sabía que las querellas metodológicas son propensas a la esterilidad. Sin embargo, siempre las tuvo presentes. «Una de mis grandes satisfacciones consiste en haber iniciado una renovación en la historiografía nacional llamando la atención sobre la historia social y de la cultura y sobre la necesidad de tener una rigurosa preparación científica para escribir historia».¹²

Jaramillo ha sido uno de los pocos historiadores colombianos que ha tenido una concepción clara de la historia, un conocimiento de su desarrollo, de sus métodos, de sus relaciones con las demás ciencias sociales, de sus limitaciones y de sus tensiones como arte y como ciencia. Este interés le viene de un conocimiento de los clásicos de la disciplina, de un diálogo crítico con lo mejor de la filosofía de la historia —Hegel, Dilthey, Croce, Collingwood y Popper— y de una lectura abierta de los textos metodológicos más representativos del oficio: de la *Apologie de l'histoire ou métier*

12 J. Jaramillo Uribe, *De la sociología a la historia*, p. 306.

de l'histoire de Bloch, del *What is History?* de Carr y de la legendaria *Introduction aux études historiques* de Langlois y Seignobos.

Para Jaramillo la historia es una disciplina social animada por el espíritu científico. Trabaja con marcos de referencia (con teorías), observa hechos, establece nexos entre ellos y postula explicaciones (relaciones de causalidad). Es una ciencia fáctica —de realidades— y su método no es radicalmente diferente al seguido por las disciplinas que estudian el mundo físico y natural. A su juicio, la función del historiador consiste en generalizaciones que permitan encontrar el sentido y la explicación de los procesos históricos de una nación, una sociedad o una época determinada. Como el biólogo y el físico, su trabajo está orientado por teorías que lo sitúan en el mundo infinito de lo real y le permiten aislar y relacionar fenómenos a fin de lograr una comprensión significativa de los hechos. Si se dejan de lado estas demandas, el relato histórico está en peligro de caer en la crónica estéril o en el mero registro de acontecimientos sin brío analítico.

Tras el ejemplo de Pirenne y de los demás cultores de la historia analítica, sus investigaciones están motivadas por el esfuerzo de ofrecer un relato esquemático del pasado dirigido a establecer procesos y estructuras claramente delineadas. Esto le permite guardar la fisonomía científica de la disciplina y le abre las posibilidades de hacerse a las contribuciones de las demás ciencias sociales. De allí su expresión favorita de «ensayos de sociología histórica» para caracterizar sus propios trabajos. En esta dirección su postura epistemológica podría caracterizarse como la de un positivista blando que parte de la unificación de las ciencias sin olvidar las dificultades que le son propias a cada una de ellas. Para Jaramillo las diferencias entre las ciencias de la naturaleza y de la cultura no radica tanto en la lógica interna que las asiste, como lo defendió la tradición alemana fundada por Dilthey-Windelband-Rickert, sino en el nivel de exactitud de sus generalizaciones. Las diferencias son allí de grado y no de fundamento. Mientras que en las ciencias de la naturaleza hay una vocación por el cálculo, la exactitud y la medida, en las

ciencias sociales es mucho más apropiado hablar de explicaciones plausibles, de tendencias y de probabilidades. Ello no quiere decir, sin embargo, que la historia sea una cuestión de opiniones, de puntos de vista relativos y que cualquier explicación es permisible según la imaginación o las intenciones de sus cultivadores. Por provisionales que sean sus resultados, ellos solo pueden lograrse mediante una búsqueda controlada de los hechos, no obstante que la intuición del investigador, el «olfato», haya desempeñado un papel importante en la indagación. Lo mismo ocurre con las generalizaciones. Como el estudioso de la naturaleza, el analista social también está interesado en las uniformidades, pues si la vida social no tuviese ciertas regularidades, ciertos actos repetibles, sería imposible. Los historiadores de nuestros días investigan los casos particulares con la finalidad de observar en ellos las manifestaciones universales de la experiencia humana o —como lo apuntó Carr—, no buscan subrayar lo único, sino lo que hay de general en lo único.¹³

Pero si todo esto es verdad, una conciencia de la fragilidad de las ciencias sociales debe llevar a los historiadores a ser modestos con sus conclusiones. El conocimiento histórico, como el conocimiento científico en general, es un saber abierto, siempre inacabado y en constante cambio. Los archivos son inagotables y nuevos enfoques, nuevas hipótesis y nuevos hechos conduce a nuevas síntesis. Por tanto, quien se dedique a la historia debe tener presente que sus resultados envejecerán, que sus contribuciones actuales serán controvertidas a la luz de nuevos problemas y que en el mejor de los casos serán integradas a síntesis más comprensivas. Si el investigador de hoy desarrolla su trabajo a partir de una asimilación crítica del legado de la disciplina, no hay razón para esperar que en el futuro cercano la nueva generación de investigadores se comporte de manera diferente con su propia obra. «En la ciencia —escribió Max Weber al final de su vida— todos sabemos que lo que hemos producido habrá quedado anticuado

13 E.H.Carr, *¿Qué es la historia?* (Barcelona: Ariel, 1991), pp. 115-116.

dentro de diez, veinte o cincuenta años». Este es el destino de la ciencia y todo aquel que se dedica a ella deberá ser consciente del sino trágico que acompaña sus desvelos.¹⁴

5

La obra de Jaramillo se compone de ocho libros, la mayoría de ellos compilaciones de sus múltiples ensayos, de medio centenar de reseñas bibliográficas y de no menos de una veintena de artículos diseminados en periódicos y revistas académicas. A ello se debe sumar una antología de sus propios textos *Travesías por la historia* (1997), una *Antología del pensamiento político colombiano* (1970), la organización y dirección del *Manual de historia de Colombia* (1978-80), algunas ediciones de documentos publicados en el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, la dirección de varias revistas universitarias y una extensa labor académica en el salón de clase. Sus campos de investigación preferidos fueron la historia de las ideas y la historia social y de la cultura, y sus períodos predilectos la Colonia y el siglo XIX. Su medio de expresión favorito fue el ensayo, género en el cual escribió trabajos de calidad científica y literaria. Todo ello configura un *corpus* de elegancia y responsabilidad intelectuales que lo afirman como una de las figuras más notables de la historiografía nacional del siglo XX.

14 Max Weber, *El político y el científico* (Madrid: Alianza, 1967), p. 197.

La Bogotá de Camilo Torres

1

Desde su muerte en febrero de 1966 en las montañas de Santander, la imagen de Camilo Torres ha estado ligada a la lucha guerrillera y al compromiso político. Su figura de sacerdote-guerrillero recorrió el mundo y sus textos de crítica social fueron traducidos a los principales idiomas occidentales. Su corta actividad política y su todavía más breve experiencia en la acción directa, han sido objeto de varias biografías y de numerosos ensayos dirigidos a exaltar su fervor por la causa de los humildes y sus batallas contra una Iglesia que se ha unido a las fuerzas más conservadoras de la sociedad colombiana. Esto tendió a opacar sus tareas docentes y sus labores de investigador social, dos papeles que no parecían tener importancia ante la amplitud de su empresa heroica. Sus trabajos sobre la violencia, el inconformismo estudiantil, la pobreza urbana, el contenido y alcance de la sociología y el impacto de los medios de comunicación de masas en los medios rurales, han sido dejados de lado aun por los especialistas y los historiadores de las ciencias sociales.¹

1 Los variados libros y artículos sobre la figura de Camilo no deben llevar, sin embargo, a pensar que su semblanza está suficientemente establecida. Por el contrario, su nombre todavía hace parte del mito y la ficción. El difundido *Diccionario Oxford de literatura española e hispanoamericana* (Barcelona, 1984), la edición inglesa data de 1978, registra –por ejemplo– la siguiente entrada: «*Torres, Camilo* (1929-1966):

Esta situación exige volver sobre su obra. Contra lo que generalmente se cree, una reflexión académica sobre sus logros intelectuales no debe llevarnos, forzosamente, a disminuir el perfil del luchador político. Un examen de sus textos contribuiría, por el contrario, a enriquecer los fundamentos de su acción, ya que a través de sus investigaciones sociológicas comenzó a familiarizarse con las estructuras sociales de los medios urbanos y rurales que tanto luchó por transformar. De ellas extrajo conclusiones que a continuación nutrieron sus conferencias y sus populares *Mensajes* dirigidos a las organizaciones políticas, a las agrupaciones profesionales y a los diversos sectores de la opinión que buscó sumar al movimiento el Frente Unido bajo su dirección.

Este rescate del investigador debe empezar por la difusión misma de su obra. Hasta el momento no se dispone de una buena compilación de sus trabajos sociológicos y algunos de ellos esperan aún la mano redentora del editor comprensivo. Este es el caso de su estudio sobre la ciudad de Bogotá presentado a la Universidad Católica de Lovaina en 1958 para obtener su licenciatura en Ciencias Políticas y Sociales, *la mémoire de licence*, que sólo ahora se publica en forma completa en español.² Redactado originalmente en francés con el título *Approche statistique de la réalité socio-economique de la ville de Bogotá*, ha permanecido ignorado por cerca de treinta años en los estantes de la biblioteca de la universidad belga donde el autor adelantó sus estudios de sociología.³

Seudónimo usado por un revolucionario colombiano, sacerdote católico, asesinado por tropas del gobierno en lucha contrainsurgente el 15 de febrero de 1966. Eligió el nombre del libertador Torres y corrió su misma suerte». Como se sabe, desde pequeño Camilo Torres se llamó Camilo Torres, y nunca—que sepamos—tributó una especial admiración por su homónimo el payanés Camilo Torres (1766-1816), autor del famoso *Memorial de agravios* y uno de los hombres de la Independencia, mas no un libertador.

- 2 Camilo Torres, *La proletarización de Bogotá* (Bogotá: Cerec - Asociación Colombiana de Sociología, 1987). Trad. de R. Sierra Mejía.
- 3 Camilo estudió en Europa entre 1954 y 1958. Después pasó a los Estados Unidos por unos meses para regresar al país a principios de 1959, próximo a cumplir los treinta años. Había ingresado al Seminario Conciliar de Bogotá a mediados de 1947, donde siete años después alcanzó el diaconado y la ordenación sacerdotal.

2

Como lo anuncia el original francés, el trabajo de Lovaina era una aproximación cuantitativa a algunas dimensiones socioeconómicas de Bogotá. Los datos provenían de los censos y de las cifras reunidas por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). Comienza con un boceto histórico de la ciudad, su fundación y establecimiento, para pasar luego al contenido central de su asunto. Recuerda que las facilidades originadas en la geografía y en los recursos del entorno, fueron los elementos dominantes del surgimiento y desarrollo de la capital durante los primeros años del descubrimiento y conquista. El medio ofrecía un clima benigno y una concentración de mano de obra indígena para las labores del campo. Atendiendo las sugerencias del ensayo del sociólogo sueco Gideon Sjoberg sobre la ciudad preindustrial, que años después dio lugar a su notable libro *The preindustrial city*,⁴ describe los rasgos que acompañaron el desenvolvimiento de la antigua Santa Fe de Bogotá en la época colonial, que se extendieron al siglo XIX: escasa actividad manufacturera, limitada especialización y división del trabajo, crecimiento lento de la población, marcada diferenciación social, ausencia de movilidad y énfasis en los lazos de parentesco en la vida cotidiana y en el ejercicio de las funciones directivas.

Estos rasgos comenzaron a cambiar cuando el crecimiento de la población y los asentamientos industriales fueron ganando terreno. Y aquí comienza el trabajo de Camilo centrado en la primera mitad de la década de 1950, los años más cercanos a la elaboración y entrega de la tesis. A principios de siglo la ciudad

Noticias sobre la vida de Camilo se encuentran en Walter J. Broderick, *Camilo Torres, el cura guerrillero* (México, 1977) y en Camilo Torres, *Cristianismo y revolución* (México, 1977), pp. 25-57, la mejor compilación de sus escritos hasta el momento. En los últimos años la bibliografía sobre Camilo no ha cesado de aumentar. En medio de ella sobresale el documentado libro de Orlando Villanueva Martínez, *Camilo, acción y utopía* (Bogotá: Universidad Nacional, 1995), que ofrece una bibliografía sobre Camilo y un inventario de sus escritos tanto publicados como inéditos.

4 Trad. cast. *La ciudad preindustrial* (Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1974).

tenía un poco más de 100.000 habitantes y para 1959 se estimaba que había alcanzado el millón. La disminución de la mortalidad por los avances de la medicina y de la seguridad social, sumados a los crecientes procesos de migración rural-urbana, alteraron el escenario del antiguo centro político, cultural y religioso que había permanecido sin mayores variaciones desde los tiempos coloniales. Y si bien nunca alcanzó el tamaño de otras capitales de América Latina como Río de Janeiro, Buenos Aires y Ciudad de México, era evidente que había dejado atrás a Cali, Barranquilla y Medellín para afirmarse como la primera ciudad de Colombia.

Este proceso de urbanización no fue ajeno al de la expansión industrial. Camilo muestra que si en 1945 el 15% de la mano de obra de las fábricas del país se encontraba en Bogotá, ocho años después alcanzaba el 21%, esto es, la quinta parte de la población industrial de la nación rondaba la capital. La producción se diversificó y al lado de la vieja manufactura de tipo artesanal, comenzó a expandirse la tecnología moderna vinculada a los textiles, a los alimentos, el calzado y los derivados del petróleo. Los establecimientos de más de veinte obreros se multiplicaron y la ciudad se fue adecuando a las demandas de una población en crecimiento.

Como era de esperar, esta dinámica llevó a una redefinición de la estratificación social. Camilo consagró el capítulo IV de su *Memoria* al estudio de los niveles de vida de la clase obrera y de los sectores medios sin mencionar, paradójicamente, los grupos altos vinculados al comercio, la industria y el capital financiero. Por razones de conveniencia estadística definió la clase obrera como aquellos conglomerados que ejercen una actividad predominantemente manual, y la clase media como el segmento de la población activa volcada sobre las tareas intelectuales. Ayudado de los escasos datos proporcionados por el DANE y por entidades internacionales como la OIT (Organización Internacional del trabajo) y la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura), encontró que entre 1943 y 1955 la capacidad de compra de los salarios de la clase obrera disminuyó notablemente ante el alza del costo de la vida. Ello condujo a una alimentación

deficiente y a fuertes restricciones en el vestuario y la vivienda, hechos que llevaron al autor a calificar las condiciones de los trabajadores bogotanos de aquel período como «especialmente malas». A la clase media parecer haberle ido mejor. Presentó una mayor capacidad de consumo y una ventaja en los servicios y en los renglones de alojamiento, vestido y alimentación.

Para completar su descripción, adicionó información sobre la vivienda y los servicios educativos, culturales y religiosos ofrecidos por la capital. En relación con el primer asunto, halló que el crecimiento de la población era sin duda mayor que las disponibilidades habitacionales, pero también se apresuró a apuntar que una escasez domiciliaria podía coexistir con una demanda insatisfecha, pues el problema de la vivienda «es más fácilmente aplazable que el de la nutrición e incluso que el del vestido». Sobre el sector terciario y los servicios, el terreno privilegiado de la clase media, Bogotá —como todo centro político y administrativo— ocupaba el primer puesto en el escenario nacional, lugar que se veía fortalecido por las facilidades educativas. Sin embargo, al hablar de los servicios, Camilo parecía referirse más a los niveles inferiores del sector terciario —peluqueros, sirvientes y empleados de hoteles, restaurantes y salas de recreación— que al estrato de funcionarios del Estado, de oficinistas del mundo privado o de los profesionales que ejercían su oficio de manera independiente.

En lo que respecta a la dimensión cultural, el liderazgo de la capital era incuestionable. Bogotá ostentaba la mayor cifra de establecimientos de enseñanza primaria, secundaria y universitaria, así como el mayor número de bibliotecas, espectáculos, periódicos y programas de radio y televisión. Era además el núcleo de la administración religiosa del país y el centro de las políticas formativas de una Iglesia que pretendía tener en su seno a la totalidad de la población.

Como buen sacerdote, Camilo no se olvidó de revelar el número de parroquias, el promedio de feligreses y las funciones catequísticas de los clérigos. Conocía la importancia socializadora de

la Iglesia y la necesidad de amoldarse a las nuevas condiciones de los medios urbanos. Como las demás urbes del mundo Occidental, sabía que Bogotá no estaba exenta de comportamientos dramáticos asociados con el motín, la sedición y el estallido revolucionario. «Después del levantamiento popular del 9 de abril de 1948 –escribió– el arzobispo de Bogotá vio la urgencia de aumentar el número de parroquias, sobre todo en los barrios obreros». Con ello dejaba ver la inquietud de una institución que aspiraba a tutelar y retener la fe de buena parte de sus moradores. Los problemas cada vez más complejos de las grandes ciudades ponían en cuestión su papel directivo. Tenía conciencia de que el tejido social era allí más laxo y que el gobierno de las voluntades se hacía cada vez más difícil. Eran medios de aglomeración y muchedumbre, entornos donde nuevos afanes y codicias unidas a naciescentes fuerzas políticas tendían a ganar el corazón de sus moradores por fuera de los tradicionales patrones religiosos.

3

Este era el contenido de la *Mémoire* presentada por Camilo Torres a la Universidad de Lovaina en 1958. Tenía 29 años; no era joven para alcanzar un pregrado en sociología, pero tampoco viejo para negarse a un título extranjero. El cuerpo de la tesis puede parecer fatigante a los lectores de nuestros días, y las 27 tablas estadísticas con los 26 gráficos que las ilustran, resultan sin duda excesivos ante los resultados alcanzados. Es un ejercicio puramente descriptivo y exploratorio, y, como la mayoría de los estudios sociográficos, se limita a presentar el material histórico, demográfico y estadístico sin mayores análisis de relevancia teórica. El texto sigue de cerca las cifras y los porcentajes, y las explicaciones se muestran siempre temerosas de ir más allá de los datos. Además, como exigencia de grado, no está exenta del ritualismo académico de la presentación de conceptos, bibliografías y marcos teóricos que no encuentran una ubicación adecuada en el conjunto del trabajo. La profusión de libros, artículos y enfoques

citados cumple la función de revisión de la literatura y muestra, ante los miembros del jurado, que el graduando está enterado de los diversos tratamientos ligados con su tema⁵

El mismo Camilo era consciente de estas limitaciones. En varias ocasiones recordó a los lectores que su estudio era apenas una aproximación estadística a la realidad socioeconómica de Bogotá, ya que sólo empleaba «métodos indirectos de investigación», esto es, datos en cuya recolección el investigador no había participado. Estimaba que la *Memoria* debería considerarse más como una fuente de hipótesis, que como un aporte substancial a los problemas sociales de la ciudad. Creía que de ella podían derivarse numerosos interrogantes para ser contestados por la «investigación directa». Con este objetivo, en 1962 redactó una propuesta dirigida a examinar la asimilación de migrantes en los medios urbanos, tema que pensaba usar para su tesis de doctorado en Lovaina, que al final no se llevó a cabo. Haciendo suyas las experiencias del antropólogo Oscar Lewis, quería estudiar en detalle la experiencia de diez familias de origen campesino residentes en Bogotá. Pensaba que la simple mirada cuantitativa no bastaba, y que aspectos como la patología social, la inadaptación y las tensiones urbanas solo se podían captar en toda su complejidad y riqueza de matices si se los abordaba por medio de un estudio cualitativo que permitiera un conocimiento directo de los modos de vida de los migrantes. Las estadísticas indicaban el rumbo de los procesos más generales, pero nada o muy poco de sus contenidos internos y del clima ofrecido por las experiencias personales concretas.⁶

5 Por sus pies de página rondan nombres como los de Maclver, Parsons, Ogburn, Maunier, Sauvy, Kluckhohn, Linton, Park, Wirth, Kinsey Davis, T. H. Marshall y Colin Clark, sin olvidar los de Weber, Simmel y Sorokin, nombres todos que sugieren una considerable amplitud de lecturas y una atendible información del espectro sociológico del momento. Se debe recordar que Camilo leía sin dificultad en alemán, francés e inglés.

6 El texto de la propuesta se puede consultar en Camilo Torres, *La proletarianización de Bogotá*, ed. cit., pp. 165-69. El libro de Lewis que servía de ejemplo era el conocido *Five Families* (New York, 1959), traducido al español como *Antropología de la pobreza* (México, 1961), que exploraba las experiencias de cinco familias migrantes a la

A pesar de las carencias de teoría y método de la *Memoria*, muchas de las cuales reflejan la precariedad de la formación sociológica ofrecida por la Universidad de Lovaina durante los años cincuenta, el texto de Camilo posee un gran significado: inaugura los estudios modernos sobre la ciudad en Colombia. Ante la retórica sin freno de los comentaristas de la vida urbana, Camilo optó por una descripción controlada del pasado de la capital y un examen factual de sus desarrollos más recientes. Es verdad que la Bogotá del decenio de 1950 ha quedado atrás. La ciudad del millón de habitantes ha superado ahora los seis millones y sus niveles de pobreza y de proletarización se han multiplicado. Sus sectores medios se expandieron y su clase alta, que Camilo no estudió, ha alcanzado un mayor refinamiento directivo y una modernización de sus explotaciones económicas. La industrialización creció y la violencia urbana, los movimientos sociales, las tensiones y los conflictos políticos, temas que no fueron examinados en la tesis, ocupan hoy un lugar destacado en la vida cotidiana de los bogotanos. A ello se suma una expansión de los servicios educativos y una agudización de los problemas de empleo y vivienda de no fácil solución. A pesar de estos cambios de gran magnitud, los estudiosos de la urbanización tendrán que volver sus ojos sobre la discreta monografía del padre Torres. Con ella se inició la aplicación en nuestro medio del legado teórico de la sociología urbana desarrollado por Georg Simmel, Robert E. Park, Louis Wirth y Gideon Sjoberg. Y si bien Camilo los cita con timidez, conocía las contribuciones de varios de ellos a través de la comprensiva *Sociología urbana* del austríaco asentado en Estados Unidos, Egon E. Bergel.⁷

ciudad de México. Las familias de Camilo provenían del municipio de Subachoque estudiado por la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional en 1962. Ver el informe mimeografiado *Factores sociales que inciden en el desarrollo económico de la hoya del río Subachoque* (Bogotá, 1963).

7 Este libro fue, por lo demás, el texto guía en sus clases de Sociología Urbana en la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia entre 1960 y 1962. Publicado en los Estados Unidos en 1955, fue traducido al castellano por la Editorial Bibliográfica de Buenos Aires en 1959.

No obstante las penurias, Camilo tenía en gran estima su tesis. En 1961 tradujo una sección del primer capítulo para sus estudiantes de la Universidad Nacional de Colombia, y en abril del mismo año empleó la totalidad del capítulo cuarto como ponencia al VI Congreso Latinoamericano de Sociología reunido en Caracas. Estos usos y su propio desarrollo teórico fueron cambiando su apreciación de los resultados de 1958. Mientras que en la fecha de la entrega de la tesis hablaba del nivel de vida de la clase obrera y de las estrecheces de la alimentación y el vestido, categorías muy cercanas a los procedimientos estadísticos, tres años después veía sus datos como la expresión de un fenómeno más general y amplio: la proletarización. En la Introducción que escribió para presentar su ponencia de Caracas, lo definió «como el proceso por el cual una gran proporción de asalariados pierde todo otro medio de subsistencia distinto del de su propia fuerza de trabajo». Esto lo llevaba a observar de manera distinta la evolución socioeconómica del país. Ya no era un desarrollo dirigido a modernizar una región atrasada, sino el florecimiento de una nueva estructura donde la propiedad privada y la concentración capitalista de los medios de producción regían la vida social. Ahora estaba más cerca de la tradición marxista, y la conceptualización descriptiva de los años anteriores comenzaba a ser reemplazada por un marco de referencia más dinámico que portaba un marcado acento crítico. Su monografía no volvería a llamarse «Aproximación estadística a la realidad socioeconómica de la ciudad de Bogotá», el título que conocieron sus profesores de Lovaina, sino simplemente *La proletarización de Bogotá*, una divisa más cercana a la lucha política y a los programas de transformación social.⁸

8 Este fue el título con el cual Camilo publicó el capítulo IV en la serie Monografías Sociológicas de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia poco después del congreso de Caracas. Sus conclusiones fueron continuadas, con resultados más optimistas, por Miguel Urrutia en el trabajo, «Los salarios reales en Bogotá: una continuación al estudio del padre Camilo Torres», incluido en el volumen colectivo, *Empleo y desempleo en Colombia* (Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes, 1968), pp. 191-210.

Estos cambios anuncian una nueva etapa en la reflexión sociológica de Camilo, caracterizado por un esfuerzo analítico dirigido a integrar los múltiples elementos de la realidad social. Las estadísticas sin control son dejadas de lado y su atención se centra ahora en aspectos cualitativos como la violencia y las transformaciones socioculturales del agro, las fuentes del inconformismo estudiantil, la desintegración social, la migración a las ciudades y la reforma urbana. Las cifras, los porcentajes y las observaciones personales van a estar ahora al servicio de una perspectiva analítica que intenta conferir sentido y alcance a los procesos sociales. Y es aquí donde su vocación transformadora buscó servirse de los resultados de la sociología, la ciencia que estudia las maneras como los hombres y las mujeres organizan y cambian sus condiciones de existencia. Pero su vida fue tan corta, que apenas logró vislumbrar la riqueza de un proyecto sociológico que se enriquecía con la integración de la tradición marxista al saber adquirido en la Universidad de Lovaina.

CRÍTICA SOCIAL Y POLÍTICA

Modernidad sin revolución: las mudanzas de Luis López de Mesa

Un libro

En un boceto autobiográfico redactado en tercera persona, Luis López de Mesa escribió: «[en 1916] viaja a los Estados Unidos, se matricula en Harvard, y a su regreso inicia en Colombia los estudios de psicología experimental [...] Luego permanece algunos años en Europa, Inglaterra y Francia sobre todo, con dilatadas excursiones por Alemania, España, Italia [y] Grecia [...] En París edita entonces *La civilización contemporánea*, comienzo de la serie de estudios sociológicos que tanto habrían de preocupar después su atención».¹

El mencionado libro salió a la luz en 1926 bajo el sello de la Agencia Mundial de Librería de la capital francesa.² En sus páginas se ofrecía a los colombianos un balance de la crisis que asediaba al mundo «civilizado». Eran los tiempos de la Norteamérica de Woodrow Wilson y de la Europa de posguerra, esto es, los años del primer gobierno laborista en Inglaterra, de la frágil República

1 Luis López de Mesa, «Pequeña autobiografía», en Vicente Pérez Silva, *La autobiografía en Colombia* (Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 1996), p. 73.

2 Luis López de Mesa, *La civilización contemporánea* (París: Agencia Mundial de Librería, 1926).

de Weimar en Alemania, del ascenso de Mussolini en Italia, de la dictadura de Primo de Rivera en España, de la proclamación de la República griega y de la afirmación de los bolcheviques en la exótica y lejana Rusia. Las secuelas de la primera guerra mundial parecían gobernar el Viejo Mundo y sus tensiones sin término brindaban un ejemplo poco alagador y francamente desconcertante a los demás países que intentaban seguir su patrón de bienestar y desarrollo.

La civilización contemporánea no era obra de juventud. Cuando el volumen salió a la calle López de Mesa tenía 42 años y ya había publicado varios textos científicos, una serie de meditaciones bajo el título de *Apólogos* y un discutido ensayo sobre la raza. Al libro lo expoleaba una prosa huidiza, alucinante, ampulosa, donde el literato competía airoso con el sociólogo. Allí la digresión era asunto corriente y el autor se dejaba llevar por las florituras del lenguaje y por el empleo de arcaísmos que obligaban al lector a volver una y otra vez sobre el diccionario. «Hombre de estilo confuso pero de ideas claras» lo llamó generosamente Gerardo Molina.³ A lo largo de los capítulos no se citaba fuente alguna y su contenido parecía el fruto de una inspiración repentina, de una súbita iluminación cerebral que buscaba apresuradamente la letra impresa para fijar su mensaje.

Diagnóstico de nuestro tiempo: la modernidad

El objetivo de *La civilización contemporánea* era la descripción de la crisis de los «pueblos cultos» y el diseño de estrategias para mitigar su influencia en los países de la América española. López de Mesa halló que la cultura Occidental estaba en apuros y que el siglo xx desplegaba «instituciones, costumbres y tendencias en vía de revaluación». Estamos marcados –señaló– por el signo de la modernidad, por la inquietud y el cambio permanentes. A diferencia

3 Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia* (Bogotá: Tercer Mundo, 1977), vol. III, p. 314.

del mundo antiguo que avanzaba con prodigiosa lentitud de repetición en repetición, el espíritu de los tiempos actuales se halla sujeto a un movimiento acelerado. Todo es efímero y nada logra fijarse para orientar la conducta. Los modos de vida, las instituciones, las ideologías y las formas de conocimiento han perdido estabilidad y armonía. Los valores máspreciados se han hecho móviles e inasibles y los principios que anteriormente conferían sentido a la existencia hoy son fuente de discusiones sin término. Se ha perdido, asimismo, la fe en la idea de progreso y la confianza en las nociones de ascenso y mejora de la naturaleza humana que en el pasado nutrían la acción de grupos enteros. A ello se suma la angustia que agita el ánimo de los pensadores ante el colapso del racionalismo y la quiebra de la ciencia orientada por el ayer dominante esquema de la mecánica clásica. Todo es flujo e incertidumbre, indeterminación y turbulencia.

En la esfera política ocurre algo semejante. Los partidos han abandonado la bandera de los principios eternos, aquellos que hacían «hervir la sangre de los pueblos para incendiar el mundo». Ahora los guía un pragmatismo y un escepticismo respecto de las grandes empresas. Lejos han quedado las ideas liberales que desencadenaron los dolorosos y fecundos procesos de los cuales surgió la democracia y sus compañeras de viaje, la tolerancia, la libertad y la igualdad. Ante aquellas luchas heroicas, la política se ha refugiado en una acción técnica, en una labor «severa y fría», carente de alma, donde el fervor de los ideales «se rinde ante los cuadros estadísticos, las leyes de la economía política y la balanza del comercio». El individuo ha conocido la soledad y se ha hecho distante y poco comunicativo: mera unidad «matemáticamente cotizante en una compañía de seguros». Al lado de estas transformaciones ha ido cobrando fuerza un ente social apenas conocido en el pasado: la tecnocracia. Hija de la universidad, «su madre legítima y fecunda», se ha volcado con admirable eficacia sobre la industria y la administración del Estado, arrasando consigo a las aristocracias guerreras, clerical, cortesana y del mundo de los negocios. Su autoridad reside en el conocimiento especializado y en

la capacidad de aplicarlo a los más diversos campos de la actividad humana. Y dado que la elección de sus miembros se afina en un terreno neutral, en el saber hacer, en la habilidad técnica, su poder trasciende los tipos de organización política y social del mundo moderno. Se la ve señoreando el capitalismo como el socialismo, hasta el punto que «al enfrentarse socialismo y capitalismo se debilitarán mutuamente y ganará en fuerza la tecnocracia».

Estos cambios venían acompañados de mutaciones igualmente significativas en los entornos de las naciones cultas. El campo ha dejado de ser el núcleo de su existencia; ahora Europa y Estados Unidos viven bajo el imperio de la metrópoli. Desde los años de la revolución industrial las grandes urbes se han apoderado del hombre, hasta el punto de observar países que tienen ya urbanizada la tercera parte de su población. El mundo rural se ha hecho pura naturaleza: mera fuente de bienes económicos y asiento de lo fijo e inmutable. La ciudad, por el contrario, es el reino de la novedad y de la variedad; el emplazamiento de la comodidad, la seguridad y la sociabilidad. Es el foco de las relaciones personales, de la posibilidad de acceder a los servicios de educación, salud y trabajo, el hábitat de la independencia de la persona. Por eso «ni los más pobres quieren abandonarla». Sus instituciones y sus medios de comunicación de masas —las bibliotecas, los museos, el cinematógrafo los periódicos— han democratizado la cultura y tras ella los estilos de vida. La imprenta aceleró las habilidades de la lectura y la escritura, y los museos entregaron a las muchedumbres los bienes que ayer atesoraban los palacios de los gobernantes y las mansiones de las clases privilegiadas. Además, los consumos masivos, la semejanza del vestido y la uniformidad en la apariencia, las maneras y el trato, han nivelado la población y remozado la sensación de libertad e igualdad de oportunidades.

Pero si la ciudad es la fascinación de los tiempos contemporáneos, su entorno no está exento de sombras. Ante el tradicional señorío del campo, la metrópoli exhorta la relajación y el desorden mental; abriga la desconfianza y las conductas mezquinas

y egoístas; constituye el marco y cultivo de «esa falta de pudor moral que caracteriza al hombre moderno». Su atmósfera es la del «encarcelamiento sensorial», la del ahogo, el hastío y el aire viciado. En sus calzadas el obrero está uncido a «la esclavitud de la buhardilla y a la oscuridad y estrechez irritantes de la callejuela cavernosa». El crecimiento exagerado de algunas de ellas las ha hecho humanamente imposibles hasta convertirlas en temerarios medios de descomposición y en fuente corrosiva de las nociones de orden y control sociales. No en vano la esencia espiritual de su población es la de ser «escépticas en opiniones y creencias».

La dinámica de las grandes urbes condensa, por tanto, las tensiones de nuestro tiempo, tensiones que López de Mesa llamó la crisis de la civilización. Aquí civilización era sociedad abierta más avance tecnológico y cultura de desarraigo. Sus rasgos se manifiestan con especial vigor en la evolución de la institución familiar, el núcleo socializador por excelencia. El hombre ha perdido allí su ancestral hegemonía y la mujer ha comenzado a ganar terreno en la esfera laboral, política y cultural. Ha conocido el divorcio y la posibilidad de establecer nuevas relaciones afines a sus sueños y a su realización personal. El matrimonio ha dejado de ser la única senda para la pasión y la vida sexual de los adultos, y una de sus antiguas y más apreciadas funciones, la educación de los hijos, ha pasado a manos de escuelas y colegios sufragados por el Estado o por la iniciativa privada.⁴ La vida conyugal ha perdido el monopolio de la querencia, de la regulación de aquella efusión que ayer tendía a identificarse con la procreación, y nuevos vínculos han surgido para substituir el tedio de la existencia rutinizada del enlace matrimonial. La tolerancia política y religiosa se ha unido ahora a la tolerancia sexual. Estos cambios han traído una emancipación de

4 Estos cambios planteaban nuevos problemas de orden psicológico y moral. «Si tomáramos el máximo de modernidad —razonó López de Mesa— un niño criado por el ama, llevado al jardín de infancia a los tres años, luego a la escuela pública, al liceo y a la universidad o al taller, se comprende que su formación sentimental sea un poco fría, además de uniforme, con un tipo común, anodino, quizá, para el bien y para el mal».

la vida personal y una autonomía de la voluntad en las relaciones de intimidad. No solo se ha agrietado el camino entre los sexos, también se ha dado mayor libertad a la erótica entre individuos del mismo sexo. Como en la antigua Lesbos, algunas mujeres «se estiman unas a otras», y como en la Grecia clásica, algunos hombres, «anarquistas del mundo moral», consideran la heterosexualidad «como artículo de consumo inferior». En ambos casos el amor ha superado los tradicionales marcos hogareños y ha comenzado a buscar su feliz realización en el «intercambio de gratas emociones sin consecuencias para la generación». La concepción ha pasado a segundo plano y el deleite y la fruición se toman la vieja heredad del apego, la recreación y el afecto.

De esta manera, la civilización contemporánea, aquella «ines- tabilidad de la vida que nos lleva de un punto a otro», ha arrasado con todo lo que hallaba en derredor. Se está asistiendo a una época «maltusiana y libidinosa», a una cultura «que va rompiendo los lazos de la moralidad tradicional sin darse ninguna nueva orientación ética». Las normas ayer consideradas eternas e imperecederas han perdido credibilidad y en su lugar se ha creado un malestar con dinámicas extrañas a las nociones de prudencia, equilibrio y moderación. «El peligro de nuestros días —concluye López de Mesa con inquietud— es el de la disolución de la personalidad en mero movimiento, el reemplazo de la meditación por la agitación».

¿Qué ofrecer ante a tal situación? Es claro que había que diseñar estrategias para proteger a las nuevas generaciones del «confuso turbión de hirviente actualidad» que nos viene de las naciones cultas.

Reformas o revolución

El interés de López de Mesa no se dirigía a solucionar las dificultades de Francia, Inglaterra o Estados Unidos durante los años que siguieron a la primera guerra mundial. La atención estaba puesta en las experiencias de las naciones cultas, pero el afán se dirigía a otro lugar. El propósito de sus meditaciones eran los

extravíos de la modernidad en América Latina y, en particular, en Colombia, país «que no tiene problemas de castas y permite el triunfo del mérito sin oligarquías ni esquiveces sociales». Y aunque dicho país no ocupaba más de diez páginas de las 246 de *La civilización contemporánea*, el lector descubre que todo el volumen fue redactado pensando en la suerte de aquella joven nación del subcontinente sudamericano que apenas llevaba un siglo de vida independiente.⁵

El programa de López de Mesa estaba lejos de sugerir una actitud revolucionaria. Por el contrario, anhelaba llevar los avances de la civilización contemporánea a los países latinoamericanos, evitando las tragedias de los cambios bruscos, ya que «la historia nos [ha enseñado] que después de producir diez o veinte millones de mártires, cada revolución se resuelve en dos o tres pequeñas verdades». Quería incidir en el curso de la historia de los pueblos de América sin la ilusión de las reformas instantáneas. Su mente acariciaba las mutaciones lentas, las transformaciones que guardan el ritmo de la evolución social; aquellas que se toman una o varias generaciones. «¿Para qué destruir el sistema actual de un solo golpe y darnos la pena de resolver a hachazos en nuestra pobre cabeza lo que las generaciones futuras irán resolviendo más hábilmente que nosotros?» Además, pretender destruir las instituciones asentadas por años mediante el asalto belicoso, es pura y franca insensatez. Una derrota de la embestida revolucionaria sería asunto grave; se cazaría a los alzados como a perdices. Y lo sería aún más si sus promotores triunfan, pues las «cosas no se improvisan de la noche a la mañana». El ejemplo que más le gustaba invocar para ilustrar su estrategia era la caída de la «dictadura antipática» de Rafael Reyes el 13 de marzo de 1909,

5 Este aparente descuido fue llenado cuatro años más tarde con la publicación de la *Introducción a la historia de la cultura en Colombia* (Bogotá: s.n., 1930), donde expuso con mayor amplitud las ideas y estrategias sugeridas en *La civilización contemporánea*.

día, mes y año en los que estalló «una revolución con absoluto predominio de la acción moral sin una gota de sangre».⁶

¿Cómo promover el cambio? ¿Cómo corregir las instituciones que impiden el progreso? Por medio de la persuasión, advierte López de Mesa. A una convicción personal habrá que añadir otra hasta lograr la conciencia social de los problemas que se quieren resolver. El día en que se dejen de lado las reservas ante los males que aquejan la sociedad, «habremos adquirido la energía espiritual necesaria para su revocación sin grave trastorno, sin la enconía detestable del odio ni el espectáculo cruel e inútil del dolor humano». Esta persuasión no sería una labor cara a cara, bien se podría adelantar a través de la prensa, el parlamento, la universidad y el cinematógrafo, el novedoso arte que, a su juicio, más había suscitado el instinto de imitación en el ciudadano de la era moderna.

Para entrar de lleno a la civilización contemporánea, los países latinoamericanos en general y Colombia en particular, deberán desarrollar sus riquezas, fusionar sus razas y asimilar la técnica Occidental. Los elementos de esta triple estrategia estaban íntimamente unidos. Para explotar las riquezas se debía contar con una población instruida favorable a la innovación y el cambio, hecho que se vería facilitado con una migración europea a tierras americanas. La noción de raza nunca fue un concepto claro en López de Mesa, como tampoco lo ha sido en los demás pensadores que lo han utilizado para explicar la conducta humana. De todas formas, con ella aludía, indistintamente y sin mayor rigor analítico, a grupos que comparten un mismo origen étnico y unos particulares modos de vida con sus respectivas creencias y procedencias: blancos, negros, indígenas y sus múltiples mixturas.

Nuestro autor puso especial cuidado en el aprovechamiento de la técnica moderna para el progreso. Como en Europa y en Estados Unidos, los países de América Latina debían desarrollar la industria, modernizar la explotación del campo, multiplicar las

6 L. López de Mesa, *Introducción a la historia...*, pp. 96 y 99.

comunicaciones y expandir sus sistemas educativos. Atendiendo el ejemplo de las «grandes» naciones, debían promover la formación de una tecnocracia, de un grupo de expertos que aborden los diversos asuntos de la sociedad, y no solo en los campos útiles y aplicados de los asuntos materiales, sino también y muy especialmente en las esferas del gobierno y de la ejecución de programas de fomento. Asimilando «la disciplina racional que han creado las ciencias», estos técnicos guiarían al pueblo en su misión histórica hacia una sociedad más justa. Y la frialdad connatural a su función, se vería mitigada por el fervor de su mandato. Su labor capaz e idónea le ahorrará tiempo, espacio y fuerza a los latinoamericanos, y les permitirá vivir y pensar mejor «para ensanchar los ideales del espíritu y subir, en sagrado clímax, hacia una humanidad conjuntamente más armónica y vigorosa». Además, su origen democrático, el talento ajeno al privilegio heredado, evitará el regreso a las dictaduras y nos salvará del peligro de «lanzarnos al despotismo de la masa amorfa» predicada por el socialismo.

¡Jamás se había escuchado en el país tal exaltación de las bondades de la tecnocracia en la dirección omnímoda de los destinos de la sociedad! Y si todavía se abrigan dudas sobre el empobrecimiento espiritual avivado por su presencia, López de Mesa le recordó a los lectores que los países latinoamericanos se encontraban en una situación privilegiada. Eran pueblos tributarios de las experiencias de Oriente y de Occidente, de dos tradiciones de asombrosa fuerza que se complementan. En ellos hay mucha «cultura europea e ideales europeos al lado de una tendencia a la ensoñación Oriental». El Viejo Mundo, América del Norte y la remota Asia circulan por sus venas. ¿Por qué no unir, por ejemplo, la acción y efectividad occidentales con la meditación equilibrio orientales? Las primeras mitigarían las segundas, y estas pondrían en su lugar la bajeza de una competencia sin freno y la ruindad del éxito material absoluto pregonado por las naciones civilizadas. En este proceso de asimilación desecharíamos el enfermizo frenesí de los países ricos y el despotismo y miseria de China, India y Arabia. En el programa no aparecía África, continente de tanta presencia

en las Américas. A López de Mesa no le gustaban los negros (ni los judíos); los consideraba pueblos y culturas inferiores.

A pesar de que López de Mesa quería salvaguardar el alma de los pueblos latinoamericanos —sus tradiciones, idealismo y capacidad de ensoñación— tenía en poca estima las capacidades de la población nativa. A su juicio, buena parte de ella carece del sentido de industria, previsión y trabajo especializado, los requisitos de todo programa de creación de riqueza. Para llenar estos vacíos sugirió abrir las puertas a la inmigración, pero no de pueblos «bárbaros», sino de comunidades cultas y experimentadas. Soñó con plantar en suelo americano escandinavos, franceses, ingleses y alemanes. Estos agentes de cambio se encargarían de difundir el conocimiento y la prosperidad, y de corregir los defectos de nuestro carácter asociados con la improvisación, el diletantismo y la superficialidad. Lo que más necesitaba el Nuevo Mundo era ciencia y espíritu sajón, los ingredientes básicos para regular la ruinosa imaginación del habitante del trópico.

Las dificultades del cambio no provenían solamente de problemas de mentalidad y de escasez de recursos humanos con habilidades técnicas. También había agentes organizados que obstaculizaban el progreso. La Iglesia era uno de ellos. Un clero politizado como el colombiano, adherido al partido conservador y muy dado a coartar el desarrollo autónomo del saber, frenaba las transformaciones educativas y ponía a las nuevas generaciones en franca inferioridad ante la juventud de los demás pueblos. Esta pertinaz barrera podía llegar inclusive a causar situaciones explosivas nada fáciles de prever y de controlar. Al impedir los cambios y abusar del poder sacro en la población, contribuía a que las fuerzas cayeran «en manos de gentes incapaces [...] y demagógicamente revolucionarias en la acción». Es lo que ocurrió con la oposición de la Iglesia a las reformas educativas de los años setenta del siglo XIX, que resultó en la destrucción de escuelas y en el extrañamiento de las maestras de sus lugares de trabajo. A un mal que se buscaba remediar, la erradicación del analfabetismo, se unió otro de mayor tamaño que anunciaba el erial, la desolación y la barbarie. En esta

lucha infuctuosa contra el progreso el gran perdedor no serán los representantes efímeros de un clero tardo y romo que se resistía a los cambios y a las demandas de la vida moderna, sino la Iglesia toda como institución y fundamento del tejido social.

Modernismo reaccionario

Como se desprende de lo anterior, las meditaciones de López de Mesa ofrecían un retrato de la dinámica de la sociedad moderna durante las primeras décadas del siglo xx. Con agudeza no exentas de lirismo, describió los rasgos esenciales de las sociedades salidas de la Primera Guerra Mundial y las tensiones sociopsicológicas que acompañaban la vida de sus moradores. Y si por aquellos años la mayoría de los países latinoamericanos estaban lejos de las agonías de la vida europea, las contrariedades del Viejo Mundo anunciaban el futuro de América Latina. Es verdad que la mayoría de las ciudades de la región eran todavía pequeñas y poco desarrolladas, pero algunas de ellas ya dejaban ver los gérmenes de la industrialización y la urbanización. El campo comenzaba a perder su ancestral poder y su población se dirigía a las capitales para respirar el aire enrarecido pero socialmente más libre de sus arrabales.

La perspectiva de López de Mesa es un buen ejemplo de lo que algunos analistas han llamado «modernismo reaccionario», el deseo de cambiar la sociedad sin subvertir la estratificación social, las estructuras de poder y los valores más preciados de la tradición.⁷ Quería persuadir a sociedades tradicionales, agrícolas y tecnológicamente atrasadas a tomar la vía de las sociedades urbanas e industriales cuidándose de salvar las formas de autoridad establecidas. Esperaba expandir la educación, difundir la ciencia y sus aplicaciones, abrir las fábricas y multiplicar los obreros especializados sin mayores alteraciones y sacudimientos sociales. Quería cambiar perpetuando. Tenía conciencia de que el cambio

7 Jeffrey Herf, *El modernismo reaccionario* (México: Fondo de Cultura Económica, 1990).

era un hecho inminente, y que aquellos que buscaran dilatarlo se verían arrasados por su furor. Pensaba que se debía movilizar a la población, pero sin traumatismos; sin desgarramientos de las consabidas «revoluciones disolventes». Sospechaba que un aplazamiento indefinido de los cambios requeridos sería fatal para la preservación de valores, grupos e instituciones claves del orden social. La masa amorfa asentada en el número había empezado a tomar conciencia de su peso y buscaba, bajo el signo del tropel, una presencia en la dirección de la sociedad. «El poeta del superhombre —escribió aludiendo a Nietzsche— no previó que los esclavos pudieran, a su vez, proclamar una nueva aristocracia, que viniese del número o de la fuerza y no del genio». Y, sin ocultar sus temores, concluyó: en nuestro tiempo «los débiles mentales quisieran, también, ser superhombres y, no pudiendo conducirse en acción, se hacen agitadores e inmorales». Contra todo esto se debía buscar una «democracia culta, antidemagógica y antidictatorial», pero una democracia que surja de «la selección del mérito».

La Colombia de los años veinte estaba lejos de esta aspiración. Su silueta estaba asociada a la pobreza y el atraso. Era una nación rural que vivía en condiciones precarias de salud y educación. En embriaguez de cifras describió la situación con trazos únicos. Al tornar la mirada sobre los recursos humanos, la «riqueza mental» del país, apuntó que el 70 % de la población colombiana era analfabeta y que del 30 % restante, la mitad no contaba dado el aislamiento intelectual de la mujer. Y si a lo que quedaba, que ya era poco, se sustraían los efectivos del partido de oposición, el liberal, excluido del poder, que bien podía contar con una segunda mitad de los recursos disponibles, se comprendía que la *intelligentsia* que alcanzaba a participar en la dirección espiritual de la nación era muy reducida. Eran los años de la hegemonía conservadora en los que un partido con la ayuda manifiesta de la Iglesia, dirigía el país a voluntad. Los liberales eran espectadores. Ante esto, el reducido grupo directivo no parecía darse cuenta de que el país estaba cambiando y que el mundo rural comenzaba a mirar la ciudad como fuente de seguridad, comodidad y

oportunidades laborales y educativas. Y aunque en el texto no se mencionaban expresamente los conflictos de clase, por parte alguna veía «oligarquías y esquiveces sociales», López de Mesa sabía que la incipiente clase obrera comenzaba a familiarizarse con la huelga y que las tensiones entre campesinos y terratenientes se multiplicaban, que los trabajadores de las empresas extranjeras del petróleo y del banano se organizaban, y que sus dirigentes hablaban cada vez más un lenguaje tomado del socialismo y de las experiencias de las revoluciones europeas.

El diseño modernizante de López de Mesa recuerda la organización patriarcal de la familia extensa. Quería cambiar el país mediante la persuasión y la buena voluntad de los actores lejos de cualquier disensión que recordara las iras francesas de 1789 o los asaltos rusos de 1917 con sus bestiales guerras civiles. Como el patriarca que dirige sin mayores discordias la unidad doméstica integrada por sus hijos, sus sirvientes y las esposas de sus vástagos con su respectiva descendencia, el programa de López de Mesa venía desde arriba, de los grupos ilustrados que «comprendían» la situación y buscaban el bien de la comunidad sin consultarla. Su visión de la sociedad ideal era la de un grupo orgánico unido por tradiciones, modos de ser y formas de autoridad enraizadas en el pasado y no de una asociación compuesta por intereses en lucha con negociaciones permanentes. Para lograrlo había que educar al pueblo para frenar la insurgencia de los partidos extremistas que «proclaman un nuevo *avatar* humano, un regreso a la vida elemental de la tribu, sin nacionalidad ni propiedad, con la implacable tiranía de la masa común».⁸

8 Aunque el socialismo y su versión rusa eran los principales «enemigos» del momento, López de Mesa no se hacía muchas ilusiones sobre el futuro de este *avatar*. Sabía que en asuntos de utopía y de diseños de organización política todo era perecedero y que a los tiempos de euforia seguían los de crisis. Ayer la idea de democracia recibía todos los aplausos y hoy, en los años veinte del siglo xx, se encontraba en apuros. «Es posible –escribió con pesimismo y aire de profeta afincado en la experiencia– que la psicología de los pueblos se adapte poco a poco a una actividad tan diferente de la nuestra como es la que presupone un verdadero régimen socialista». Pero –pensaba– «dentro de cincuenta años habremos

Esta organización patriarcal se expresaba en sus reformas penales y en las correcciones a las que se deberían someter los delincuentes. Los criminales de López de Mesa son hombres decentes y de buena voluntad que parecen haber transgredido las normas sin premeditación y ominosa intención. Para nuestro autor, «el castigo, es decir, el sufrimiento que la prisión acarrea al delincuente es un sufrimiento del cual no se saca provecho alguno y, por lo tanto, necia y fría crueldad». El énfasis de la pena debía centrarse en la reparación, en la restauración del daño causado. Así, por ejemplo, quien haya traicionado a la patria no pagaría su falta con multa o presidio: «lo más proporcionado a su delito sería el destierro perpetuo». El que haya defraudado a una mujer en su honor, asumirá las consecuencias de su conducta, pues «en nada se compensa una mujer deshonrada con los cinco años de prisión del seductor». Quizá debería casarse con ella. Y todavía más, «el que haya hurtado quedará en libertad condicional mientras restituye, o trabajará bajo vigilancia en el taller de la penitenciaría, si no lo quiere hacer libremente». Igual cosa sucederá con el homicida, a quien se le dará la «oportunidad de subsanar el desorden económico que el occiso haya dejado en su familia».

El clima paternal, idílico y majestuoso del delincuente de López de Mesa, sus «pillos honrados»,⁹ recuerda al condenado de Kafka *En la colonia penitenciaria*, aquel hombre que «tenía un aspecto tan caninamente sumiso, que al parecer hubieran podido permitirle correr en libertad por los riscos circundantes, para llamarle con un simple silbido cuando llegara el momento de su ejecución».

recorrido todos los ensayos de socialismo posibles y estaremos preocupados con la "crisis" del socialismo, como hoy lo estamos con la crisis de esta democracia que nos ha costado un buen mar de sangre».

9 Shakesperare, *Timón de Atenas*, i, i, 185.

Coda

En síntesis, el programa de reforma de López de Mesa estaba asistido por un conservadurismo que buscaba «una rectificación política ordenada, consciente y eficaz». ¹⁰ Difundía una democracia restringida, meritocrática, temerosa del ascenso de las masas y de la afirmación sofocante del número que a su juicio anunciaba la tiranía de la mayoría. Recelaba de las tensiones sociales y de los cambios bruscos asociados con «los sacrificios estériles de [toda] resistencia armada». ¹¹ Este fue, por lo demás, el ideario dominante de su generación, la del Centenario, que tanto festejó en sus escritos por su ecuanimidad y mesura, generación que a su vez se había inspirado en la apaciguada administración republicana de Carlos E. Restrepo (1910-14), régimen que a su juicio perduraba «en la memoria de los colombianos como un valor paradigmático de elevadas intenciones». ¹²

Esta generación llegaría a la presidencia de la República con Olaya Herrera, antiguo colaborador de Restrepo y diligente funcionario de la hegemonía conservadora. Olaya era un hombre de transición, de «concentración nacional», que abriría una nueva etapa en la evolución política del país después de cincuenta años de gobierno conservador. Su estilo, muy emparentado con el acuerdo y la transacción, presentaba muchas afinidades con las ideas difundidas en *La civilización contemporánea* por el «muy fino, muy pulido, muy discreto y muy enjundioso» Luis López de Mesa. ¹³

10 L. López de Mesa, *Introducción a la historia...*, p. 115.

11 *Ibid.*, pp. 94 y 102.

12 *Ibid.*, p. 103.

13 Encomio de Alcides Arguedas en *La danza de las sombras* (Barcelona: López Robert Impresores, 1934), primera parte, p. 249. El conocido historiador, novelista y diplomático boliviano había conocido a López de Mesa en París, y luego fueron asiduos contertulios en la Bogotá de 1929 y 1930, los años en los que Arguedas se desempeñaba como embajador en Colombia.

Gerardo Molina: una ética de la responsabilidad¹

Quiero, ante todo, agradecer la invitación cursada por las directivas de la Universidad Libre para abrir las sesiones de la cátedra Gerardo Molina dedicada a los nexos entre *Ética y derecho*. No hay tema más urgente en nuestro tiempo que el relacionado con la observancia y aplicación responsables de las normas que rigen los vínculos de los hombres y mujeres entre sí, y de ellos y ellas con los organismos del poder público. El imperio de los usos y costumbres ha cedido terreno ante los ordenamientos formales. Por todas partes encontramos estatutos, reglamentos y códigos que establecen la conducta esperada y socialmente aceptada. Si ayer el derecho era fuente de libertad, un arma contra el despotismo y la arrogancia del poder, hoy es visto por no pocos analistas como un marco de sometimiento y negación de la afirmación y creatividad individuales. Todo parece estar reglamentado en nuestros días; la vida pública y la vida privada. Los variados expositores de esta cátedra —juristas, filósofos, sociólogos, historiadores y educadores— abordarán sin duda estos temas y ofrecerán respuestas en busca del ansiado equilibrio entre el interés general y el interés individual.

1 Palabras pronunciadas en la inauguración de la Cátedra Gerardo Molina de la Universidad Libre (Bogotá, agosto de 1996).

Pero las directivas de la Universidad Libre no me han invitado a hablar de los fines del derecho ni de las bases morales que deben acompañar a los ordenamientos jurídicos. Mi tarea es mucho más modesta. El señor rector, doctor Fernando D’Jannón, me ha pedido, por el contrario, hacer un bosquejo de Gerardo Molina, el rector *magnificus* cuyo nombre lleva la cátedra que hoy inauguramos. Creo que no hay profesor, egresado y estudiante de la Universidad Libre que no lleve en su corazón algún recuerdo de este insigne orientador académico. Para muchos de nosotros su nombre anuncia una conducta ejemplar que nos gustaría fuera más difundida e imitada en la Colombia fin de siglo, en la de un país asistido por profundas tensiones y apurados cambios en las esferas de la economía, la cultura y la política.

1

El legado de Gerardo Molina se puede resumir en tres direcciones no siempre fáciles de armonizar. Fue un hombre de la política, un profesor universitario y un investigador social. A lo largo de su vida activa intentó cubrir las demandas particulares de cada uno de estos papeles, y siempre estuvo atento a los peligros que acechan el ejercicio de uno y de otro. Conoció los dilemas de la política y del ejercicio académico. Sabía que la política era el escenario de la oportunidad, la convicción y la persuasión, el reino de los valores y del deber ser. Allí la ciencia puede ayudar ofreciendo datos y descripción de experiencias, pero seguirla de cerca puede llegar a limitar la intuición y la agilidad y vivacidad de las decisiones del momento. Otra cosa ocurría con el mundo universitario. Las labores docentes e investigadoras obedecen a patrones distintos, si no francamente opuestos. La difusión del saber y la obtención de nuevos conocimientos se rigen por lo que es y no por los deseos y aspiraciones del analista. Allí la política es un objeto de estudio, no un ejercicio para organizar las voluntades de profesores y estudiantes. ¿Hasta qué punto Molina fue capaz de sostener un equilibrio entre estos papeles asistidos por lógicas encontradas?

Molina nació en Gómez Plata, una pequeña población del noroeste antioqueño en 1906, y murió en Bogotá en la mañana del 29 de marzo de 1991 poco antes de cumplir sus 85 años. Era el hijo menor de una extensa familia de clase media rural con algunas inclinaciones por la educación. Su hermano mayor, Juan C. Molina (1892-1958), 14 años mayor que Gerardo, se convirtió en su orientador escolar. Juan C., nacido en Santa Rosa de Osos, se hizo abogado por los años veinte y pasaría a los anales jurídicos nacionales como uno de los más notables especialistas en legislación minera, materia sobre la cual escribió el manual más acreditado de su tiempo: el *Tratado teórico y práctico de derecho minero colombiano*. El joven Molina hizo sus estudios primarios en Gómez Plata y luego pasó a Medellín para emprender la secundaria. Siguiendo los pasos de su hermano mayor, se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia, pero a poco de iniciar la carrera se vio involucrado en un movimiento estudiantil contra la educación confesional. El clima arcaico de la institución y los reiterados enfados con sus directivas, lo motivaron a trasladarse a la Universidad Nacional en Bogotá, donde alcanzó el grado de doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales en 1933.

Molina pertenece, por tanto, a aquella generación que surgió a la vida nacional en los años treinta y se afirmó en la década siguiente. Sus compañeros de generación fueron los políticos liberales Alberto Lleras Camargo, Carlos Lleras Restrepo y Alfonso López Michelsen, los historiadores y analistas sociales Luis Ospina Vásquez, Guillermo Hernández Rodríguez, Luis E. Nieto Arteta y Antonio García, y los escritores Germán Arciniegas, Eduardo Caballero Calderón, Aurelio Arturo y Jorge Zalamea. Todos ellos nacieron durante los primeros años del siglo xx y su formación estuvo a cargo de la apaciguada generación del Centenario, el grupo que alcanzó un marcado estatus directivo en la política, la cultura y los negocios en los últimos años de la hegemonía conservadora.

Molina comenzó su actividad política a edad temprana. Estando de vacaciones en su pueblo natal, en enero de 1930, festejó el paso del candidato Enrique Olaya Herrera por la localidad

de Porcecito, una estación del célebre Ferrocarril de Antioquia. Allí pronunció un efusivo discurso ante el futuro presidente de Colombia, que Eduardo Santos, miembro de la comitiva, publicó días después en las páginas editoriales de *El Tiempo*. Esta feliz incursión lo acercó a los medios más influyentes del partido liberal y le abrió las puertas de provechosos vínculos con los grupos que habrían de dominar el escenario político de los treinta. En 1933 llegó a la Cámara de Representante por la circunscripción electoral de Medellín como suplente de B. Sanín Cano —uno de sus ídolos intelectuales—, y cuando Sanín fue nombrado embajador en la Argentina, el joven Molina, de 27 años, ocupó la curul. Algo similar ocurrió en 1935, cuando su nombre fue escogido para acompañar al senador Abel Botero, quien una vez elegido cedió al suplente el ejercicio del cargo. Esta segunda oportunidad, que aprovechó al máximo, lo llevó a participar en los debates que acompañaron la innovadora administración de Alfonso López Pumarejo. Allí contribuyó a la redacción de la legislación obrera, a las discusiones sobre reforma universitaria y al estudio de los temas constitucionales de mayores consecuencias sociales del momento. En su labor parlamentaria puso especial énfasis en la protección al obrero, en la democratización del gobierno universitario y en la función social de la propiedad.

Estos fueron igualmente los años de su interés por las ideas socialistas, el marco de referencia de su vida. A diferencia de la belicosa izquierda de su tiempo, muy cercana al marxismo y a la experiencia estalinista de la Unión Soviética, el joven Molina optó por otras tradiciones europeas caracterizadas por un respeto al juego democrático. Desde un principio luchó por la pluralidad de partidos, por la organización sindical de obreros y campesinos y por las elecciones y defensa de las instituciones parlamentarias. El reformismo del laborismo inglés y el espíritu de transacción de Jean Jaurès —a quien llamaba «mi maestro en socialismo»— nutrieron su pensamiento político y el espíritu de sus demandas. Su actividad se distinguió siempre por la búsqueda de lo posible junto a una especial sensibilidad por el ahorro de sufrimientos.

Luchó por transformaciones sociales controladas que evitaran la violencia, el dolor humano y el hundimiento de las libertades.

Durante la segunda administración del presidente López Pumarejo, muy dado a rodearse de jóvenes intrépidos, Molina fue nombrado rector de la Universidad Nacional. Tenía 37 años y estaría al frente del *alma mater* por cuatro años, de 1944 a 1948. Su gestión dejaría una huella en la educación superior de la cual todavía somos deudores. Al comenzar sus tareas encontró que la universidad colombiana se regía por una división tripartita heredada del siglo XIX; tres facultades, tres profesiones: Ingeniería, Medicina y Derecho. Pero el país había cambiado, el conocimiento se había transformado y nuevas ciencias y oficios surgían en el escenario internacional. Era claro que la vieja organización académica no respondía a las demandas del momento. Halló que en la universidad más importante del país no había lugar para el estudio de las matemáticas, las ciencias naturales, las humanidades y las ciencias sociales, disciplinas todas que tenían un puesto bien ganado en las instituciones de vanguardia del mundo occidental. Molina rompió con esta asfixiante estructura y abrió nuevas especialidades. Creó Institutos de filosofía, economía y psicología, que al poco tiempo se transformaron en Facultades con alguna inclinación por la investigación, un rasgo extraño en la universidad colombiana de aquellos años. A estos cambios sumó otros no menos significativos. Sentó las bases para la profesión académica. Los catedráticos, los profesionales en ejercicio que destinaban algunas horas a la semana para atender una asignatura, generalmente por razones de prestigio, comenzaron a ser reemplazados por docentes de tiempo completo. Fundó además una revista y un centro editorial, con los cuales quería divulgar la producción intelectual de los profesores y las investigaciones promovidas por los Institutos.

2

Cuando Molina finalizó el período rectoral, la situación del país era muy distinta a la de 1944. El partido liberal había perdido las elecciones y ahora la presidencia estaba en manos de los conservadores. Además, pocos días antes de la entrega de su cargo al rector siguiente, al médico y sociólogo Luis López de Mesa, otro antioqueño, la capital se había amotinado con ocasión del asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán. Molina participó en las jornadas del 9 de abril del 48 para ayudar —según sus propias palabras— «a la causa popular», y a finales del mismo año se fue a Francia para escapar del acoso conservador. Su nombre estaba estigmatizado y las posibilidades de un ejercicio profesional seguro eran limitadas. Permaneció en París cinco años dedicados al estudio de la teoría política y a la observación de los tropiezos que acompañaron la reconstrucción de la Europa de posguerra, a los ahogos que siguieron al armisticio, que dieron lugar a la Guerra Fría.

Al regresar al país a comienzos de 1954, el insigne rector era un hombre diferente. En sus maletas traía los borradores de *Proceso y destino de la libertad*, libro que la Universidad Libre llevó a la imprenta en 1955. En el pasado había publicado numerosos trabajos periodísticos y no pocos informes oficiales, pero nada de sabor académico, salvo algunos ligeros apuntes extraídos de sus «Conferencias» de derecho público y de derecho laboral. Solo con *Proceso y destino* entró Molina a la historia del pensamiento social colombiano, y a una edad tardía si la comparamos con la de sus compañeros de generación más cercanos. Recordemos que para aquella época Luis E. Nieto Arteta, siete años menor que Molina, ya había publicado *Economía y cultura en la historia de Colombia* y numerosos ensayos de filosofía del derecho. Lo mismo ocurría con Antonio García, quien tenía en su haber la celebrada *Geografía económica de Caldas* y varios trabajos de economía y de crítica social y política, o con Guillermo Hernández Rodríguez, cuyo libro

De los chibchas a la Colonia y a la República, uno de los clásicos de la renovación de los estudios históricos nacionales junto al de Nieto Arteta, llevaba ya varios años en el mercado. Si Molina hubiese muerto a la edad de su amigo Nieto Arteta, a los 43 años, no estaríamos hablando de él en este momento, pues sólo muy cerca de su 50 aniversario se decidió por investigaciones de largo aliento. Antes de su texto de teoría política era conocido como un político de izquierda y como un profesor y exitoso administrador universitario, pero no propiamente como un intelectual.

Proceso y destino estudiaba el desenvolvimiento de la libertad en Occidente desde la Revolución Francesa hasta la caída del nazismo en 1945. A continuación, ofrecía un balance de la suerte –«destino»– de la libertad en la posguerra. Es el libro más significativo de teoría política salido de su generación, y si Nieto Arteta y Ospina Vásquez inauguraron los estudios de historia económica en nuestro medio, Molina inició en nuestro país el campo de la reflexión política con marcos de referencia que todavía se emplean para el análisis del poder.

Durante la segunda mitad de la década del cincuenta, las actividades de Molina giraron alrededor de la docencia universitaria y del ejercicio profesional. En 1955 fue nombrado rector de la Universidad Libre, pero su nombre encontró tantas resistencias en los sectores conservadores de la capital, en los jerarcas de la Iglesia especialmente, que al cabo de unos meses dejó el cargo para evitar confrontaciones que pudieran lesionar el nombre de la institución. Por aquellos días, «en representación de todos los preladados de Colombia», *Su Excelencia* el Cardenal Arzobispo Crisanto Luque escribió una carta abierta a los miembros del Consejo Directivo de la Universidad, donde les comunicaba que «contraerían una gravísima responsabilidad ante Dios, ante la Iglesia, ante la Patria y ante la juventud misma, si no tomaban las providencias conducentes a dejar sin efecto el nombramiento del doctor Gerardo Molina». Como en el Medellín de los años veinte, de nuevo las presiones del más crudo confesionalismo volvían a aparecer en su vida hostigando sus labores académicas.

Pero en 1960, cuando el Frente Nacional avanzaba sobre su segundo año y las inquinas eclesiásticas se habían apaciguado, las directivas de la Universidad de Benjamín Herrera lo llamaron por segunda vez a la rectoría de La Libre. Molina estaría al frente del cargo por cuatro años, y aunque no sabemos mucho de sus programas y de sus realizaciones, aquí hay tema para una buena tesis de grado, no ignoramos que durante su gestión la institución creció considerablemente. Siguiendo la experiencia adquirida en la Universidad Nacional, diversificó la enseñanza limitada por aquellos días a la formación de abogados. Abrió la Facultad de Educación para formar, según sus propias palabras, «los profesores modernos que el país requiere». Allí promovió especialidades en humanidades (filología e idiomas), en ciencias sociales (economía, geografía e historia) y en ciencias naturales (física, biología y química). Llevó la Universidad a otras ciudades, impulsó las publicaciones para estimular el trabajo de los profesores y abrió la carrera docente para llenar los vacíos de una instrucción basada exclusivamente en catedráticos. Manifestó interés, además, en la creación de un Instituto de Ciencias Políticas para entrenar los grupos directivos del país por fuera de «la improvisación, el favoritismo y las dinastías de apellidos». En Francia había frecuentado las aulas de la afamada Escuela de Ciencias Políticas de París, la institución encargada de formar los analistas del poder, los funcionarios públicos y los cuadros directivos del Estado francés. La idea no cuajó, no contó con los recursos materiales y humanos necesarios para impulsar el programa, pero la propuesta sugiere el talante innovador y la voluntad de cambio que impulsaba su gestión académica. Los estudios políticos tendrían que esperar cerca de veinte años para encontrar un lugar estable en la educación superior colombiana.

Después de la regencia de la Libre, Molina tornó de nuevo a sus investigaciones histórico-políticas. Si *Proceso y destino de la libertad* había sido una reflexión acerca de la experiencia europea, ahora deseaba examinar la experiencia colombiana. Para ello se embarcó en una ambiciosa investigación que se tradujo en los tres volúmenes de *Las ideas liberales en Colombia*, su contribución más

duradera en el campo de los estudios históricos. El libro cubre un período de algo más de cien años: parte de 1849 y llega hasta comienzos del Frente Nacional. En sus páginas estudia las obras de los pensadores más representativos, los programas del partido liberal, las realizaciones de los gobiernos más inclinados hacia el cambio y las grandes controversias sobre la dirección del Estado. Festeja los hitos de sabor popular y fustiga la defensa de los intereses de las clases altas. Tiene los mejores ojos para los movimientos sociales, para las reivindicaciones obreras y campesinas y para la defensa de las reformas sociales y económicas tomadas de las canteras socialistas. Su documentación es variada sin olvidar las fuentes primarias estampadas en los periódicos. Hoy en día es el mejor registro que tenemos de la aventura liberal en Colombia, no obstante que muchas de sus apreciaciones exigen un tratamiento más riguroso y sin duda menos efusivo.

3

Molina publicó el último tomo de *Las ideas liberales* en 1977, poco después de cumplir los 71 años. Todos podrían pensar que al llegar a esta cima gerontocrática su ciclo intelectual y político estaba por concluir. Sin embargo, para sorpresa de sus admiradores y quizá de él mismo, nuevos retos estaban por llegar. Su actividad intelectual se multiplicó. En 1981 sacó el difundido *Breviario de ideas políticas*, en 1987 *Las ideas socialistas en Colombia*, dos años después una edición ampliada de *Proceso y destino de la libertad*, y a continuación se embarcó en un estudio sobre *La formación del Estado en Colombia*. Pero esto no fue todo. En 1982 su nombre fue escogido por una coalición de los grupos de izquierda para la Presidencia de la República. Aceptó la postulación, y a los pocos días los colombianos vieron con asombro y admiración cómo el Néstor de la izquierda nacional salía a las plazas públicas analizando los problemas sociales y económicos del país. Molina tenía claro que la edad era un privilegio y, como tal, fuente de renovadas obligaciones hacia los demás y consigo mismo.

En pocos meses recorrió las capitales de los Departamentos hablando de la violencia, el desempleo, la salud, la educación y el socialismo democrático. En sus cuatro discursos televisados, que condensan el pensamiento político de sus últimos años, se presentó a la nación como un maestro de educación política. Con serenidad, pero no por ello con menos énfasis, discutió los problemas del atraso económico, de la desigualdad social, la democracia, el ejército y la nación. Analizó los rasgos de la democracia restringida y el papel de las fuerzas armadas en un entorno minado por profundas tensiones sociales y políticas. En su intervención sobre el ejército, para muchos la más aguda, afirmó categóricamente que según el mandato constitucional el establecimiento militar tenía como función salvaguardar la seguridad de la *nación* —«la totalidad de la población instalada en un territorio con sus instituciones, sus costumbres y sus aspiraciones»—, y no los intereses de un grupo social determinado. Pero en los últimos años —añadió— las fuerzas armadas se habían convertido en un instrumento de persecución de un grupo de colombianos contra otro sin atención alguna a los derechos humanos; esto es, en el foco de una guerra civil. Y para que este proceso no alcanzara mayores proporciones, pedía con energía una solución política a los conflictos en curso. Insistir en la solución militar contra los alzados en armas era un error; el movimiento guerrillero crecía y el ejército se mostraba incapaz de contener sus desplazamientos. Hoy [1996] continuamos en este callejón sin salida y nunca las palabras de Molina parecen ser más actuales: mesa de negociación o lacerantes conflictos armados sin rumbo.

En lo que respecta a la democracia, Molina no fue menos enfático en sus charlas televisadas. A su juicio, ella sólo adquiere realidad cuando se rompe con el subdesarrollo y se superan el analfabetismo y la desigualdad social. Para alcanzar estos fines, divulgó un socialismo democrático, una organización de la sociedad sensible a la expresión de los intereses no sólo de las clases obreras y campesinas, sino también de los sectores medios y de aquellos grupos que rebasan la noción de clase: la mujer

y la juventud. Todos ellos deben participar en la dirección de la sociedad y esta debe permanecer abierta a sus demandas. Su socialismo era, por lo demás, ajeno a la violencia y a la autoridad férrea de estirpe leninista. Ya en su libro sobre la libertad y en su *Breviario de ideas políticas* había promovido extensos alegatos contra las nociones de dictadura del proletariado y de partido único como vanguardia de la clase obrera. Su postura crítica no ofrece mayores resistencias en los medios revolucionarios de hoy en día, sobre todo cuando se ha asistido a la caída de la experiencia soviética, pero en los años inmediatamente anteriores era considerado una «traición», una felonía contra la izquierda y los reclamos de los movimientos populares. Molina intentaba mostrar que si el socialismo es liberación, desde un comienzo la idea de participación debía nutrir el tejido de la nueva sociedad.

A todo esto sumaba una conciencia del costo de las transformaciones sociales. Si tras el cambio se quería alcanzar la felicidad, definida esta como el bienestar de la población, debía evitarse una carnicería de hombres y mujeres en el proceso revolucionario. Lo asistía una ética de la responsabilidad, aquel deber que pide al hombre de acción el examen de las consecuencias de las decisiones tomadas. Si la función del político es actuar en representación de los otros, si su proceder arrastra consigo la suerte de los demás, debe estar atento a los apuros entre medios y fines, entre los costos y las ventajas que se pretenden alcanzar. Aquellos que se olvidan de esta inquietud colmada de incertidumbres, no deben asombrarse si tras el deseo de superar una adversidad, unen otras que terminan haciendo del proceso revolucionario un holocausto y no propiamente el camino para alcanzar la felicidad.

Aquí reside uno de los grandes retos de la ética de nuestro tiempo. Las nociones de lo bueno y lo malo, de lo legítimo y deseable, se han diluido en medio de declaraciones encontradas nada fáciles de aislar y menos todavía de armonizar. Entre tanto, la violencia, la presencia de la fuerza en la vida cotidiana, ha

comenzado a ganar terreno y a ignorar el derecho y las normas originadas en el consenso. Este fue quizá el desafío de las directivas de la Universidad Libre cuando decidieron consagrar la primera entrega de la cátedra Gerardo Molina al tema de las relaciones entre *Ética y derecho*.

Gerardo Molina: las condiciones sociales de la libertad

En esa época yo dije que la libertad era sinónima de cambios sociales profundos.

Gerardo Molina

El presente ensayo estudia el contenido y alcance de una de las obras más significativas, y olvidadas, del pensamiento político colombiano: *Proceso y destino de la libertad* de Gerardo Molina. El libro salió a la calle en octubre de 1955 y a los pocos años era una rareza bibliográfica. Era un volumen académico y comprometido, analítico y aplicado que buscaba difundir una novedosa perspectiva de la libertad con reflexiones para el caso de Colombia. Presentaba la evolución de las libertades en Europa, su *proceso*, y la suerte de la libertad en los años de posguerra, su *destino*. El autor aprovechaba, además, la ocasión para exponer los fines del «socialismo democrático» y discutir los retos y estrategias que esta modalidad de la izquierda Occidental debería afrontar en países pobres como Colombia.

1

Los años cincuenta fueron tiempos de profundos malestares políticos. La década comenzó con una quiebra de la democracia que solo vendría a restablecerse en 1958 con la llegada del Frente

Nacional. El gobierno de Laureano Gómez, autoritario, poco amigo de la conciliación y muy inclinado a la ideología católica y a los aires franquistas, intensificó la violencia rural y restringió la participación animada por los gobiernos liberales de los años treinta y cuarenta. Las movilizaciones de Gaitán, el ascendiente popular de su reciente campaña presidencial y los sucesos del 9 de abril de 1948, el *bogotazo*, estaban todavía muy frescos en la mente de los dirigentes conservadores. El sistema político no parecía tener la elasticidad para aceptar en su seno a nuevos actores sociales y responder a las crecientes demandas de los sectores populares. No hubo acuerdo entre los partidos, el régimen de Gómez comenzó a alejarse del Estado de derecho, y el parlamento y la justicia perdieron sus funciones en medio de la intimidación y el uso permanente de la fuerza. Un observador extranjero resumió el clima de aquellos años en un tono sombrío:

Como si se tratara de una maldición, una violencia aterradora arrasó el país. Las libertades civiles murieron y los partidos de oposición fueron silenciados: bandas de campesinos libraron batallas campales con el ejército y la policía; refugiados aterrorizados invadieron por miles las ciudades despoblando el campo; las cárceles se llenaron de presos políticos. Finalmente, cuando los colombianos no podían resistir más, llegó el ejército para acabar con la *danse macabre*.¹

Al frente del ejército venía el general Gustavo Rojas Pinilla, quien mediante un golpe de Estado incruento y los aplausos de liberales y conservadores, se tomó el gobierno en junio de 1953. La administración de Gómez se hizo insufrible y su gestión fue perdiendo el apoyo de los industriales y de los dirigentes de su propio partido. En un principio Rojas contó con el entusiasmo nacional y las ovaciones de los periódicos, pero una vez que

1 Vernon L. Fluharty, *La danza de los millones; régimen militar y revolución social en Colombia, 1930-1956* (Bogotá: El Ancora Editores, 1981), pp. 9-10. La edición norteamericana databa de 1957.

manifestó deseos de permanecer en el poder más allá de lo pactado, las fuerzas políticas le retiraron su ayuda. Con ello vino la censura a la prensa y el régimen militar comenzó a perder legitimidad en las clases medias y en los grupos dirigentes. Durante los cuatro años del «jefe supremo», no hubo elecciones, parlamento ni actividad política institucional. Sus actos estuvieron avalados por una Asamblea Nacional Constituyente convocada por el gobierno anterior que buscaba introducir modificaciones en la Constitución. Esta Asamblea se arrogó las funciones legislativas del Congreso y a poco se constituyó en la fuente de legalidad de las acciones del gobierno militar. Rojas cayó en 1957 motejado de «dictador» y al momento los partidos liberal y conservador pusieron en marcha un programa dirigido a restablecer la paz y la concordia nacional que desembocó en los dieciséis años del Frente Nacional.

Estas luchas promovieron numerosas reflexiones políticas. Como en ninguna época anterior de la cultura nacional, los años cincuenta fueron generosos en libros y ensayos sobre el Estado, los partidos, la violencia, la libertad, la dictadura y la democracia. Algunos tenían pretensiones teóricas, otros eran de carácter testimonial, y otros más, volvían sobre el pasado para legitimar opciones políticas y aupar programas de reconstrucción social. A la mayoría los asistía un impulso polémico promovido por los conflictos de partido y los debates sobre el manejo del Estado. Varios de ellos provenían de la izquierda, otros de los sectores liberales y algunos de las moradas conservadoras. Unos ejemplos ilustran estas posturas. Al comienzo de la década, en 1951, Antonio García publicó *La democracia en la teoría y en la práctica*, libro que desarrollaba una noción integral de democracia dirigida a superar las limitaciones de las versiones comunista, liberal y cristiana. A este volumen de anhelos teóricos, le siguió en 1952, en inglés y en español, *Entre la libertad y el miedo*, una difundida crónica de Germán Arciniegas sobre las dictaduras latinoamericanas en cuyas páginas describían los regímenes de «corte neofascista»

de Ospina Pérez y Laureano Gómez. Ambos esfuerzos fueron continuados a mediados de la década por cuatro obras de distinta factura, dos de ellas salidos de los cenáculos liberales y otros tantos de las canteras socialistas: *Cuestiones colombianas* de Alfonso López Michelsen, *De la República a la dictadura* de Carlos Lleras Restrepo, *Gaitán y el problema de la revolución colombiana* del mencionado Antonio García y *Proceso y destino de la libertad* de Gerardo Molina. Los dos primeros evaluaban la caída del Partido Liberal y el ascenso de los conservadores, el tercero analizaba las lecciones de la experiencia de Jorge Eliécer Gaitán y el cuarto examinaba un «tema insondable eternamente recommenzado»: la libertad. En este clima de exploración y análisis de la política no podía faltar un título sociológico, pretensión que fue llenada por la de *Sociología política Colombia* de Eduardo Santa, un ligero y descuidado recuento de las luchas partidistas que llevaba un entusiasta prólogo del infatigable Antonio García. En el mismo año, 1955, cabe recordarlo, se difundió en Caracas la extensa, variada y rica crónica de la insurgencia campesina de Casanare, *Las guerrillas del Llano* de Eduardo Franco Isaza. Dos años después las páginas de la revista *Mito* divulgaron el agudo ensayo de Darío Mesa, «Treinta años de historia de Colombia», que ofrecía un balance de la reciente evolución política del país. Este trabajo se vio reforzado por la primera contribución de la ciencia política norteamericana sobre Colombia, la citada *Danza de los millones* de Vernon L. Fluharty, libro que estudiaba con detenimiento y esperanza el régimen militar de Rojas Pinilla. La década finalizó con dos obras de posiciones encontradas a pesar del título de «revolución» que ostentaban sus portadas: *La revolución en América* del hijo de Laureano Gómez, Álvaro Gómez Hurtado, y *La revolución invisible* del poeta Jorge Gaitán Durán. El primero, publicado en Barcelona en 1958, era un llamado a la tradición como requisito de la madurez y la estabilidad políticas de los pueblos, y el segundo, una defensa del cambio como condición de la modernización del país.

2

De estos títulos, el de Gerardo Molina portaba un rasgo especial. A diferencia de ellos, *Proceso y destino de la libertad* ofrecía una saludable distancia ante las querellas de partido. Era un intento, con algunos esfuerzos teóricos, de estudiar la evolución de la libertad en Europa desde la Revolución Francesa hasta la segunda posguerra. Su prosa era clara, elegante, rica en matices y ajena a toda exageración y énfasis amargo. El autor no parecía criticar, solo ilustrar y orientar; aun las instituciones más odiosas surgían en su pluma como susceptibles de cambio y mejora. Se alejaba de las posiciones extremas, y algunos lectores podrían inclusive encontrarlo irritante por su sentido del equilibrio, pero ante los conflictos de la década del cincuenta, su mirada contenida era quizá el instrumento más adecuado para el examen de materias tan disputadas como la libertad, la igualdad y la democracia. Todo ello le confería a sus páginas un tono de objetividad, mesura y ponderación que, como se sabe, fueron también los rasgos más característicos de la personalidad de Molina. Nunca el laudo de Buffon —«el estilo es el hombre»— parecía haber alcanzado su mejor ejemplificación. En Molina el clima de exposición, la tonalidad de pensamiento y la forma de vida fueron elementos afines, esto es, el resultado de un proyecto donde la prudencia, el decoro y la búsqueda de lo posible estuvieron gobernados por el mismo ímpetu.²

Proceso y destino fue el producto de una larga estadía del autor en Francia. Molina había abandonado el país a finales de 1948, y solo regresaría a Colombia en enero de 1954, cuando el gobierno de

2 Su participación en el bogotazo, cuando todavía ocupaba la rectoría de la Universidad Nacional, no fue una excepción a esta pauta de conducta. En aquella ocasión —apuntó años después— «ayudé a la causa popular en el sentido, no de una revolución social, que no la hubo [y que] no estuvo en la mente de nadie [...] En realidad, el 9 de abril, en el aspecto político y social, solo buscaba el cambio de gobierno: reemplazar a Ospina Pérez por un presidente liberal, que en ese momento debería ser Darío Echandía». Ver la entrevista con José F. Cataño, «Gerardo Molina: una vida al servicio de la patria», en *Revista Universidad de Antioquia*, n.º 224, Medellín, abril-junio de 1991, p. 16.

Rojas Pinilla todavía gozaba del apoyo de liberales y conservadores. Se había ido a Europa para «escapar de la opresión que había en el país en esa época de dominación conservadora que se fue agravando a partir del 48 con las dictaduras de Ospina Pérez, Laureano Gómez y Urdaneta Arbeláez».³ En París se familiarizó con una amplia literatura sobre problemas sociales y pudo seguir las clases de renombrados profesores de derecho público como los sociólogos Maurice Duverger y François Goguel, el historiador de las ideas políticas Jean-Jacques Chevallier, el constitucionalista de origen ruso Boris Mirkine-Guetzevitch y los tratadistas de la democracia Georges Burdeau y Georges Vedel. La mayoría de ellos provenían de las ciencias jurídicas y sus reflexiones sobre el campo de la política estaban muy unidas a los estudios constitucionales. *Proceso y destino* debía mucho a las enseñanzas de estos profesores: «en muchas partes [del libro] —escribió Molina— es difícil separar nuestro pensamiento del suyo, y a veces aparecerán como propias expresiones que en rigor corresponden a ellos. Es lo que ocurre siempre en las relaciones entre profesor y discípulo».⁴

La motivación de *Proceso y destino* provenía de la experiencia del último año de gobierno de Ospina Pérez y de las hazañas coercitivas de la administración de Laureano Gómez. Por primera vez en muchos años, desde la caída del general Rafael Reyes en 1909, los colombianos no advertían con suficiente claridad los peligros de la pérdida de la seguridad y la libertad personales. Molina seguía de cerca los acontecimientos del país: su exilio europeo era físico, no espiritual. En su periódico mensual *Colombia Libre: de la resistencia a la democracia*, impreso en París entre 1950 y 1951, registraba los sucesos colombianos con particular vivacidad. Por todas partes encontraba abusos, limitaciones a la democracia y acciones del ejecutivo contra el Estado de derecho. La justicia era una

3 «Conversación con Gerardo Molina», en Darío Acevedo C., *Gerardo Molina: el intelectual, el político* (Medellín: Frente Acción Política y Educativa, 1986), p. 187.

4 Gerardo Molina, *Proceso y destino de la libertad* (Bogotá: Biblioteca de la Universidad Libre, 1955), p. 7. (Las posteriores referencias a esta obra se indicarán directamente en el texto).

mera extensión del aparato de gobierno, y el Congreso, clausurado por Ospina en 1949 «por haber perturbado el orden público», había sido renovado dos años después con nombres escogidos por el propio presidente Gómez. Todo tenía el sabor de una dictadura oculta en un manto constitucional. Se hacía necesario, por tanto, volver una vez más sobre los fundamentos de la libertad y las instituciones que la amparaban: revivir sus fines, sus logros, y sobre todo, explorar las formas de alcanzarla o de recuperarla una vez que se había perdido. En el prólogo a *Proceso y destino*, describió la situación del país con palabras muy similares a las del norteamericano Fluharty:

[Desde 1949] los cuerpos de representación fueron abolidos, subyugada la prensa, suspendidas las garantías sindicales, quebrantada la autonomía de la inteligencia, intervenida la justicia. La pena de muerte, borrada de los estatutos, fue decretada contra el real o supuesto enemigo político; más de la mitad de los colombianos fueron proscritos dentro de su propia patria (p. 4).⁵

Pero Francia no fue solo un lugar de exilio y reflexión de la situación colombiana. También fue una experiencia política de primer orden. Allí Molina observó la reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial, las tensiones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, la Guerra Fría, y las luchas de los grupos de izquierda contra los retoños fascistas. En medio de estos combates estudió las críticas a la experiencia soviética y fue testigo de las movilizaciones de los partidos socialistas, de las organizaciones sindicales y de los grupos académicos contra el

5 Paradójicamente, en todo el libro no se menciona el nombre de Rojas Pinilla. Cuando el volumen se conoció en octubre de 1955, el gobierno militar llevaba más de dos años en el poder y ya comenzaba a tomar cuerpo la oposición que lo conduciría final mente a su caída. Solo en una nota de pie de página redactada en un lenguaje huidizo, Molina aludió a unas objeciones del «Presidente de Colombia» a la prensa, llamando la atención sobre sus eventuales peligros para la libertad de expresión (pp. 101-102). En la segunda edición de *Proceso y destino* de 1989, Molina suprimió esta nota.

renacimiento de la extrema derecha. Aprendió que la libertad y sus compañeras de viaje, la igualdad y la democracia, no estaban en el seno de los pueblos; por el contrario, eran fruto de dilatados forcejeos de sectores enteros de la sociedad. «Me pareció entonces –señaló años después– que era un deber informarles a mis compatriotas, al regresar al país, que el Occidente había salido, gracias a sus luchas y a sus sacrificios, de la noche lóbrega del fascismo, y que ahora no se aceptaba otra forma de organización que no fuera la basada en el respeto a la persona».⁶

3

Proceso y destino examina las condiciones jurídicas, sociales y económicas de la libertad en el mundo moderno. Para cumplir su objetivo se adentra a un período relativamente amplio de la historia contemporánea: el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Es la sección que da vida a la parte inicial del título, al *proceso* de la libertad. Molina explora allí el legado de la Revolución Francesa, las luchas por el sufragio universal durante la segunda mitad del siglo XIX, las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, la experiencia soviética, el fascismo y las lecciones de la segunda conflagración mundial. A lo largo de estos capítulos el autor no ofrece una definición precisa de la noción de libertad, pero de su uso y contexto se deriva que por ella entendía la ausencia de limitaciones que impiden la realización plena del hombre. Y teniendo como punto focal la situación de los países subdesarrollados, la identificó con la posibilidad real de satisfacer las necesidades fundamentales de la mayoría de la población. Molina no entendía cómo podían ser libres un hombre y una mujer analfabetos, desempleados, sin techo y sin posibilidades de acceder a los tribunales para la defensa de sus derechos. De la tradición socialista había aprendido que libertad significa el poder de asegurarse la comida, el alojamiento

6 Gerardo Molina, *Proceso y destino de la libertad*, seg. ed. aumentada (Bogotá: Tercer Mundo, 1989), p. 13.

y el vestido, las condiciones mínimas para que los individuos puedan desarrollar sus iniciativas. El bienestar social es su fundamento, sin él toda discusión sobre la libertad es retórica vacía. En los medios del laborismo inglés se recordaban las palabras de los Webb: libertad significa, «poder del individuo de asegurarse el alimento, el alojamiento y el vestido suficientes».⁷ De allí que no fuera casualidad que tiempo después insistiera: «en esa época yo dije que la libertad era sinónima de cambios sociales profundos».⁸

Este es el marco de referencia que nutre las páginas de *Proceso y destino*. Los ciento cincuenta años que van de la Revolución Francesa a la Segunda Guerra Mundial fueron vistos por Molina como un impulso que parte de la exhortación de las libertades formales y llega a la toma de conciencia de las condiciones que hacen posible su efectiva realización. Aquel proceso no fue resultado de un desarrollo lineal; estuvo, por el contrario, acompañado de avances y retrocesos, de éxitos y fracasos, de revoluciones y restauraciones, que hacen del libro una historia de las luchas políticas de Occidente. La declaración de los derechos del hombre de 1789 estableció la seguridad del individuo contra los abusos de poder y los desmanes del Ejecutivo, pero dejó de lado la participación de los ciudadanos en el gobierno. Este vacío promovería los fieros combates por el sufragio universal que terminaron por unir la libertad con la discusión de la democracia.

Las luchas por la participación planteó nuevas dificultades: la búsqueda de la igualdad en un mundo social y económicamente estratificado. Con ironía Molina recuerda los temores de tres notables pensadores de la primera mitad del siglo XIX ante la irrupción de las masas en la escena política. Los miedos de Royer-Collard por «la soberanía inmoral del número», los recelos de Benjamin Constant por el imperio de las «masas que reclaman el derecho de sujetar la

7 Alegato de Sidney y Beatrice Webb citado por Felix Oppenheim en su entrada sobre la libertad en el *Diccionario de política*, dirigido por N. Bobbio y N. Matteucci (México: Siglo XXI, 1982), vol. II, p. 945.

8 Ver la entrevista citada con José F. Cataño, p. 17.

minoría a la mayoría» y las alarmas de Alexis de Tocqueville ante las muchedumbres niveladoras apostadas en el pórtico de la democracia. Estos fueron también los años que asistieron al nacimiento de las ideas socialistas y de los movimientos obreros, cuya presencia en las revoluciones de 1848 espantó a los demócratas de la época. Ellas constituyeron la primera afirmación de la libertad como problema social, como una aspiración que solo llega a feliz término si se une a transformaciones significativas en la sociedad. A partir de aquellas movilizaciones y de la comuna de París de 1871, la *question sociale* ocupó un lugar cada vez más relevante en la legislación de los países europeos. La defensa de la familia y del trabajo se grabó en las constituciones y la esfera jurídica en su conjunto empezó a consagrar como derechos lo que ayer eran meras demandas de los grupos negativamente privilegiados

Una vez que el sufragio universal cobró fuerza en Occidente, surgieron también las instituciones y los mecanismos que le sirvieron de expresión: las elecciones y los parlamentos. Aquí Molina estudia la época dorada de las Cámaras y las Asambleas, los años del derecho de oposición y de la libertad de prensa, lo mismo que el surgimiento de la opinión pública como entidad decisoria. Haciendo suyas las contribuciones de la investigación social empírica francesa de los años cuarenta, de las encuestas de opinión de los sociólogos Alfred Sauvy y Jean Stoetzel, muestra cómo los medios de comunicación de masas democratizaron la información a la vez que la restringieron mediante la manipulación de los mensajes. A este asunto dedicó uno de los capítulos más agudos de *Proceso y destino*, tratamiento que anuncia el poder aún mayor de la propaganda y de los *mass media* en la sociedad de finales del siglo xx. La libertad se vio constreñida cuando la prensa cayó en manos de grandes empresas monopólicas y cuando la opinión, su ánimo y sus expectativas, la controlaban unos pocos.

La primera guerra mundial enriqueció la percepción de la libertad con dos nuevas experiencias: la Revolución Rusa y la independencia de los pueblos y de las minorías étnicas del centro de Europa. Las nacionalidades oprimidas por el imperio

austro-húngaro surgieron a la vida política acompañadas de constituciones democráticas que enlazaban la liberación nacional con la idea de liberación social. De estos dos sucesos la Revolución de Octubre fue la de mayores consecuencias. Ahora el socialismo dejaba de ser un problema teórico para convertirse en un hecho real, y la noción de libertad como satisfacción de las necesidades fundamentales parecía encontrar finalmente el camino de su efectiva realización. Pero estos avances y los logros del siglo XIX, chocaron con un obstáculo inesperado: el fascismo. Mussolini en Italia y Hitler en Alemania encabezaron con éxito y desconcertante apoyo popular, regímenes militaristas, jerárquicos y antiliberales, ajenos a los parlamentos y al juego de los partidos. Se hicieron al aparato del Estado mediante el juego de la democracia, y una vez en el poder, clausuraron las cámaras, la prensa y las organizaciones políticas. En pocas palabras, las libertades, una vez ganadas, se podían perder y echar atrás hasta desaparecer.

4

Con el fascismo y su versión alemana, el nazismo, finaliza el estudio de la evolución de la libertad en Occidente. Ahora Molina se pregunta por su suerte, por sus circunstancias favorables y adversas, por su *destino*. Ha terminado el holocausto de Hitler y Europa se halla atrapada en la Guerra Fría, en los enjambres de ese sofocante enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética que dominó la política internacional del decenio de los cincuenta. Son los años de Molina en Francia. El armamentismo, la bomba de hidrógeno y el espectro de una tercera guerra mundial, constituían el centro de la tensión internacional. «Lo que le ha dado a la Guerra Fría un poder tan grande de peligro para la paz universal —escribió— es el hecho de que cada bloque siente que el adversario está ahí, en el interior, a diferencia de otras épocas, cuando se sabía que el oponente estaba más allá de los límites territoriales» (p. 166). En medio de esta guerra no declarada llegaron las depuraciones, muy familiares en el orbe soviético y

nada extrañas en Estados Unidos. En este último alcanzaron el paroxismo con las prácticas acusatorias del senador de Wisconsin, Joseph R. McCarthy, cuyo apellido enriqueció el lenguaje político con un deprimente adjetivo que todavía se escucha cuando alguien es señalado de subversivo a partir de meras sospechas. Por el lado de la Unión Soviética y de sus satélites, se afirmó la cortina de hierro, muy eficaz como estrategia de aislamiento y control de la información. En síntesis, el miedo asfixió las relaciones entre los países y las libertades individuales se vieron constreñidas por las prioridades de seguridad nacional con funestas consecuencias para el pensamiento y la cultura.

Esto llevó a primer plano la discusión, no exenta de paradojas, de la defensa de la libertad. ¿Coerción y libertad son elementos irreductibles y universalmente antitéticos? ¿Es posible salvar la libertad sin reducir las garantías de la oposición? ¿Puede haber libertad para los enemigos de la libertad? Los hombres de 1789 —recuerda Molina— limitaron la acción de los agentes del *ancien régime* a fin de organizar la democracia liberal, y Napoleón no transigió con los príncipes europeos que se negaban a aceptar el mensaje de la Revolución Francesa en sus dominios. Molina abordó con especial celo la cuestión de la defensa de las libertades. Tenía muy claro que ellas «no pueden existir si no se reduce el campo de acción de quienes las niegan» (p. 133). La Europa de posguerra y la Colombia de los cincuenta lo empujaban a conferir prioridad al asunto. El temor a un renacimiento de las prácticas fascistas rondaba la conciencia de los pensadores liberales, y toda manifestación de autoritarismo, bien sea bajo la forma de falangismo, racismo, macartismo o nacionalismo ciego, era objeto de la más acerada crítica por parte de los analistas sociales. Con su irrefrenable optimismo, exhortó a los sectores progresistas a luchar por una legislación que pusiera cortapisas a los enemigos de la libertad, ya que «el pueblo, no obstante su sabiduría natural, puede ser desviado de su ruta por una prédica insistente» de los medios de comunicación de masas (p. 132). Por aquellos días la propaganda desenfundada contra el «comunismo» ahogaba todo

intento de renovación social y estigmatizaba los movimientos que pugnaban por una sociedad más justa.

El ataque al autoritarismo lo llevó a polemizar con aquellos que identificaban fascismo con comunismo. A su juicio, al sistema soviético, «aunque se le formulen, como ocurre con nosotros, objeciones considerables» (p. 154), lo asiste una idea de democracia y una fe en el ser humano. Ninguno de estos principios se encuentra en la ideología nazi, ideario que niega la hermandad humana, el secular acuerdo de que los hombres y las mujeres poseen los mismos derechos independientemente de la raza y el color. Contra este exagerado nihilismo, creía que la visión comunista ofrecía, de todas maneras, una actitud positiva sobre el destino de la humanidad en medio de un impulso libertario vinculado con la igualdad social. Esto era lo que hacía de los países socialistas uno de los representantes de las dos versiones de la democracia en el mundo moderno.

¿Cuáles eran aquellas versiones? Algunos tendían a calificarlas de «oriental» y «occidental» y otros de comunista y capitalista, pero Molina se mostró siempre más inclinado a hablar de la democracia socialista y de la democracia liberal. Esto le permitía señalar sus afinidades, pues ambas provenían «del mismo manantial clásico» (p. 188). Para Molina el socialismo y el comunismo no eran productos asiáticos, sino extensiones del pensamiento liberal de los siglos xvii y xviii. En su perspectiva la revolución de 1917 era la coronación de lo que había quedado inconcluso en la Revolución Francesa: la abolición de la propiedad privada como condición de la igualdad social. Ello explica que el régimen soviético hiciera hincapié desde un comienzo en los derechos sociales, en las estrategias dirigidas a resolver las dificultades asociadas con la salud, el trabajo y la educación. Tenía al frente una sociedad atrasada, campesina y analfabeta que apenas conocía la vida urbana y el desarrollo industrial. Para cubrir aquellas demandas, sumadas a los peligros del enemigo externo, la agresión permanente de los países capitalistas, Rusia pospuso indefinidamente los derechos políticos, con la esperanza de que la evolución del sistema permitiera

ensancharlos en el futuro. Todo esto resultó, sin embargo, en un Estado asfixiante, autoritario y planificador, encarnado en un partido único erigido como representante de la clase obrera y de la sociedad en su conjunto. La democracia liberal, por el contrario, partió de los derechos políticos, de la defensa del individuo frente al Estado y de la ampliación de la participación expresada en una pluralidad de partidos en franca lucha por el poder. A diferencia de los países socialistas, aquí las dimensiones sociales fueron dejadas de lado, y su solución fue entregada a las fuerzas económicas y a las bondades de una legislación dirigida a limitar las perversidades del mercado.

Molina criticó con severidad las limitaciones de la experiencia soviética. Encontraba un poder inmenso del Partido Comunista en los destinos de la sociedad, completamente extraño al marxismo. «Marx concibió siempre las relaciones entre el partido y la masa en una forma muy liberal y flexible, sin imposiciones del primero sobre la segunda» (p. 205). Pero con Lenin y Stalin había triunfado la tesis de que el partido debía dirigir al pueblo y convertirse en su representante. Ahora volvía a cobrar fuerza la paradoja tocquevilliana sobre la suerte de la libertad en el socialismo, que Molina recuerda a sus lectores: «democracia y socialismo —había dicho Tocqueville— están ligados apenas por una palabra, la igualdad; pero notad la diferencia: la democracia quiere la igualdad dentro de la libertad y el socialismo la quiere dentro de la servidumbre» (p. 191). En una cárcel todos son idénticos excepto unos pocos, los carceleros; allí los más, los iguales, obedecen. Siguiendo a Isaac Deutscher, Molina alababa los avances materiales de la Unión Soviética, pero censuraba la magra situación de las libertades; quería ver en la antigua tierra de los zares canales políticos flexibles que permitieran la afirmación sindical, la agitación cultural y la opinión de las minorías étnicas. Pensaba, además, que era positivo que existieran varios partidos, dado que «siempre habrá diferencias de situación y de status entre los hombres [no obstante que] hayan desaparecido las de la clase» (p. 206).

Es aquí, sin embargo, donde surgen las dificultades del marco de referencia del libro de Molina. Reducir la libertad a las condiciones materiales que impiden la igualdad, deja de lado otras dimensiones igualmente significativas. Allí las tradiciones políticas desempeñan un papel considerable y no menos importante que las económicas. Las culturas políticas incluyen todo un complejo de hábitos y costumbres, de actitudes y creencias que guían la conducta de la población respecto de sus sistemas políticos. La nivelación económica sin los respectivos acompañamientos institucionales en la participación, bien poco puede hacer por las libertades. Estados en los cuales el autoritarismo ha tenido un peso considerable, la libertad y su ejercicio no es fácil de naturalizar en la mente de la población. América Latina invirtió todo el siglo XIX y parte del XX en la afirmación de las prácticas democráticas, y aun después de casi dos siglos de independencia y de desarrollo económico, muchos observadores dudan de su fortaleza como forma natural de gobierno.

La experiencia de los países socialistas constituye una réplica, con sus propias acentuaciones, de este patrón general. Ellos surgieron en medios atrasados donde la opresión y los usos totalitarios del poder fueron la pauta históricamente dominante.

Es por completo fantástico imaginar —escribió el poeta, novelista y máximo historiador del pensamiento socialista G. D. H. Cole—, que la revolución pudo haber triunfado, en Rusia o en cualquier otro país de Europa oriental y de Asia, por los métodos de una democracia liberal de la cual ninguna tradición existía en estas sociedades, como tampoco existía ninguna base para crearla. Igualmente absurdo sería pensar que al día siguiente de la Revolución Rusa pudo haberse establecido un régimen democrático-liberal del tipo Occidental.⁹

9 G. D. H. Cole, «El nuevo revisionismo», en C. Wright Mills, *Los marxistas* (México: Era, 1964), p. 400.

Después del asalto revolucionario, de la toma del poder, un partido —o grupos reducidos de la sociedad muy proclives al despotismo ilustrado— se dieron a la tarea de impulsar, mediante prácticas autoritarias, un conjunto de reformas económicas fundamentales. Mediante el férreo control político querían transformar sociedades «primitivas» en sociedades «modernas». En aquellos experimentos los procesos de participación fueron mirados como un «estorbo», como un impedimento que retardaba la velocidad de los cambios. Aquí el advenimiento de la libertad fue considerado un producto natural y espontáneo del desarrollo económico. Pero como este último se toma años, décadas y fracciones completas de una centuria, el reino de la felicidad se fue convirtiendo en un asunto lejano y siempre difícil de determinar. Una, dos y más generaciones se vieron sacrificadas en pos de un ideal que nunca se alcanzaba a pesar del énfasis puesto en su inminente arribo por los profetas armados que entre tanto pedían sacrificios ilimitados a sus pueblos.¹⁰

10 La postergación indefinida del objetivo revolucionario y de los sacrificios de generaciones enteras en pos de un ideal, ha dado lugar a numerosas reflexiones en la teoría política contemporánea. Isaiah Berlin, quien ha meditado una y otra vez sobre el asunto, ha mostrado con especial agudeza el carácter trágico de los llamados a soportar grandes padecimientos en el presente para conseguir la felicidad en el futuro. Los portadores de estas profecías, recuerda Berlin, no titubean en afirmar que miles de hombres inocentes quizá tuvieran que morir para que millones pudieran ser felices mañana. Ante esto ha vuelto sobre las palabras de Alexandr Herzen: «una meta infinitamente remota no es una meta, es sólo un engaño». Ver I. Berlin, *Árbol que crece torcido* (México: Vuelta, 1992), pp. 30-32.

El tema ha dado lugar, por lo demás, a varias recreaciones tragicómicas en los medios ilustrados. He aquí una que delata con vigor el carácter ilusorio de las metas distantes. Cuenta la tradición que una vez Nikita Jrushchov visitó un koljoz y dijo a un campesino: «Camarada, veo el comunismo en el horizonte». «¿Qué es el horizonte camarada?» preguntó el campesino. «¡Estúpido! consulta el diccionario», respondió Jrushchov. Cuando el Primer Secretario estaba de regreso a Moscú, el campesino se dirigió a la escuela de la aldea y pidió al maestro que le ayudara con el pesado libro de la lengua rusa. El maestro abrió el volumen y leyó en voz alta: «Horizonte: línea imaginaria que separa el ciclo de la tierra y que se aleja a medida que avanzamos».

Molina se daba cuenta de estas dificultades, pero su temor a caer en el formalismo jurídico lo llevó a subrayar los fundamentos económicos de la libertad. Como buen heredero de la tradición socialista, la emancipación humana tenía forzosamente que pasar por la emancipación material. Para resolver aquellas contrariedades puso especial cuidado en los cambios integrales, esto es, los que velan por la libertad a medida que se impulsan las mudanzas de la estructura social. De allí partió el núcleo del «socialismo democrático» que deseaba difundir entre los colombianos, socialismo que buscaba la socialización paulatina de los medios de producción sin limitar la participación de los grupos en la dirección de la sociedad. A ello dedicó las últimas páginas de *Proceso y destino*.

5

Molina termina su libro con una «contribución al estudio de la libertad en Colombia». Desde el punto de vista fáctico, es la parte más débil de *Proceso y destino*. Aquí el autor vacila, aborda un asunto y al momento lo abandona sin lograr que la reflexión tome un camino definido. Si bien la prosa conserva la claridad y riqueza de vocabulario de los capítulos anteriores, la expresión se hace ahora más discursiva que explicativa, más retórica que analítica. Allí el analista social pierde terreno ante el periodista y el agitador político. Era evidente que carecía del soporte bibliográfico de las primeras secciones y no encontraba antecedentes en los cuales pudiera apoyarse. La documentación sobre el país era pobre y la cuestión de las libertades exigía una investigación primaria que él no estaba en condiciones de emprender. No había trabajos sobre historia política ni estudios confiables sobre los partidos, los movimientos sociales, el derecho, la legislación y la formación del Estado, un tema que el mismo Molina habría de abordar en el futuro, pero que no logró llevar a feliz término.¹¹

11 Publicado póstumamente bajo el título, *La formación del Estado en Colombia* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia y Corporación Gerardo Molina, 1994).

Además, las indagaciones constitucionales existentes apenas superaban la exégesis del comentario y la glosa de las numerosas cartas políticas que habían acompañado al país desde los lejanos años de la Independencia. No es extraño, entonces, que en la nueva edición de 1989 de *Proceso y destino*, Molina hubiera reemplazado estas páginas por dos extensos capítulos sobre la reciente historia política de Colombia.

No obstante las dificultades, esta sección tiene un doble interés para los estudiosos del pensamiento de Molina. Allí vuelve una vez más sobre la idea de las condiciones sociales y económicas de la libertad y ofrece la primera exposición organizada de su programa socialista. Respecto del primer punto, revela cómo el país presenta una enorme distancia entre la realidad circundante y los textos legales. Colombia es un Estado liberal en medio de una sociedad con marcadas diferencias sociales; una nación con una superestructura jurídico-democrática asentada en una infraestructura jerárquica y profundamente estratificada. Entre un obrero metalúrgico de Bogotá y el peón de una hacienda de Cundinamarca —le recuerda a sus lectores— existe la misma diferencia que hay entre un londinense y un campesino de Indonesia. Las leyes de protección y ayuda existen, pero no tocan a la población, y «una organización tan exigente como la democracia no puede funcionar sobre una plataforma socavada por la enfermedad, el hambre y el analfabetismo» (p. 246).

Respecto del programa socialista para Colombia, Molina recoge aquí las conclusiones de su libro y expone la estrategia dirigida a minar los obstáculos estructurales de la libertad. Si se quiere acoplar el derecho con la realidad circundante, hay que comenzar por transformar esta última. La democracia y la libertad solo han podido resistir a los frecuentes asedios de sus enemigos en aquellos países que han alcanzado el bienestar económico. Para organizar sus ideas, Molina se acerca a una tradición intelectual y política poco conocida en la izquierda nacional, el laborismo inglés, que le sirve de soporte para tomar distancia ante el socialismo revolucionario y su versión rusa, el marxismo-leninismo. Molina

sabía que aquel guión separaba más cosas de las que intentaba unir. De los socialistas británicos había aprendido el valor de luchar por objetivos limitados y viables a corto plazo: la nacionalización de los servicios públicos, la redistribución de los ingresos mediante impuestos crecientes, el empleo del sufragio como mecanismo educativo y la participación en los cuerpos legislativos para exigir ayudas del Estado. A su juicio, una política socialista que no muestre resultados concretos está llamada al fracaso. A esto sumó un rechazo de la violencia y una defensa del ideario liberal que se tradujo en la impugnación de las nociones de dictadura del proletariado y de partido único como supuesto representante de los intereses de la clase obrera.¹²

Estos fueron los puntos de partida del programa socialista que deseaba difundir entre los colombianos, y que en líneas generales continuaron siendo los mismos hasta el final de sus días. ¿Qué estrategia debía seguirse? En países como Colombia —indicó— el capitalismo tenía todavía una larga vida y mucho por hacer. Más que hablar allí de una socialización inmediata de los medios de producción, lo más apropiado sería emprender un movimiento pausado en dirección al socialismo. Se debían evitar a toda costa los conflictos y los enfrentamientos entre la población. Los tres sectores claves de la vida económica —el público, el industrial y el agrario— debían trabajar juntos y a medida que fuera creciendo la industria, el Estado participaría en la gestión empresarial mediante el sistema de economía mixta. Con ello se lograría una creciente influencia del gobierno en los destinos de la nación y el país se iría transformando gradualmente en una economía socializada. Sería un error táctico que los socialistas concentraran su atención en las nacionalizaciones más allá de los servicios públicos.

12 En *Proceso y destino* Molina no diferenció con claridad el comunismo del socialismo, pero en su segundo libro de aliento teórico, el *Breviario de ideas políticas*, se extendió con detalle sobre el asunto. Allí subrayó seis diferencias esenciales que surgen de un clima más respetuoso de las libertades en el socialismo en contraste con la severa actitud doctrinaria, centralista y planificadora del comunismo. Ver Gerardo Molina, *Breviario de ideas políticas* (Bogotá: Tercer Mundo, 1981), cap. vi.

Esto crearía enormes resistencias en la sociedad y al final no sería un asunto prioritario, pues el Estado posee los medios —créditos, control de precios y disposiciones de comercio exterior— para fijar las exigencias del momento. Más que la destrucción de la propiedad privada, la actitud más inteligente de los socialistas sería la de promover una buena legislación social y hacer que la economía funcionara con eficacia.

Dado que el sector agrario era el dominante, las energías debían trasladarse a la realización de una reforma agraria. Se entregaría la tierra a los trabajadores, pero su socialización vendría después. Por ahora «es necesario que el campesino satisfaga su ancestral obsesión de poseerla» (p. 271). Todo agricultor comprometido con las actividades productivas debe ser respetado, aunque sea rico. Sería necio destruir la producción existente cuando el objetivo central de los socialistas es el aumento de la riqueza nacional. En la esfera internacional, se debía luchar por la defensa de los recursos naturales y de los productos exportables. Antes que la liberación de las clases trabajadoras, los países del Tercer Mundo deben luchar por su liberación como naciones trabajadoras. Esta sería una bandera mucho más efectiva que «el clásico trapo anti-imperialista desacreditado por la propaganda del comunismo a fuerza de agitarlo en todo instante» (pp. 270-271).

En lo relacionado con la libertad la actitud de Molina fue tajante. Encontraba inaceptable la ferocidad de la doctrina comunista. Uno de los deberes de los socialistas era colaborar con la tarea de hacer que los comunistas se apropiaran de las ideas liberales, pues ellas constituyen uno de los legados más preciados de la cultura Occidental. No debía olvidarse que el socialismo es un hijo directo del liberalismo y el camino más holgado para lograr el propósito de la realización humana anunciado por los pensadores de los siglos xvii y xviii. Era verdad que varios aspectos del liberalismo habían fracasado, pero su espíritu asociado con las nociones de equidad, independencia y participación no habían perdido vigencia. Además, lo que el socialismo rechaza del liberalismo lo supera y perfecciona pródigamente. A su juicio, al liberalismo tendrán que

volver una y otra vez las ideologías progresistas y los movimientos comprometidos con la emancipación del hombre. Una actitud crítica contra el legado autoritario de Lenin y Stalin no debería, sin embargo, llevar a los socialistas a hacer coro contra la Unión Soviética; aquello sería una actitud antidemocrática y poco revolucionaria. Una oposición cerril al comunismo en los claustros de la izquierda sería un homenaje «que la virtud le rinde al vicio» (p. 273). Molina era un crítico del comunismo, no un anticomunista.

Esta defensa no frenó su actitud ante las prácticas antidemocráticas de la tradición leninista. En una entrevista de los años ochenta volvió sobre ellas con inusitada claridad. Allí resumió sus puntos de vista y estableció con vigor el deslinde con la nociones de dictadura del proletariado y partido único, tan caras a los comunistas nativos:

No acepto la tesis leninista de la dictadura del proletariado. Es un error hablar de dictadura en un país de tradiciones democráticas como [Colombia] y menos del proletariado que [entre nosotros] es una minoría [...]. Creo que en Colombia puede o debe tomarse el poder una alianza de clases populares, no solo de obreros, sino de campesinos, trabajadores intelectuales, clase media. Yo le doy mucha importancia a la clase media: técnicos, artistas [...] Tampoco acepto del leninismo la noción de partido único. Yo creo que cuando triunfe, que tendrá que triunfar la revolución en Colombia, debe haber varios partidos. Esta es una sociedad muy pluralista que es difícil que se exprese toda a través de un solo partido; tiene que haber uno o varios que critiquen o que expresen sus derechos. También le doy mucha importancia al concepto de libertad y democracia que el leninismo despreció durante largo tiempo, llamándolas libertades burguesas, una cosa de poca entidad. Yo no creo que las libertades sean burguesas, [constituyen por el contrario] una conquista de la civilización y deben seguir rigiendo aun cuando desaparezca la burguesía como clase principal.¹³

13 Darío Acevedo C., *op. cit.*, p. 197.

Aquellos eran los fundamentos del socialismo democrático que Molina había estudiado en Europa y quería difundir entre los colombianos. Era un pensamiento realista en busca de objetivos alcanzables. Sabía que mientras más grandes y amplios fueran los propósitos de cambio, más dilatados y difíciles serían los caminos para conseguirlos. El Estado socialista no surgiría de una sola y violenta convulsión, sino de pasos graduales, de etapas acompañadas de cambios fragmentarios en la legislación y en la administración de las cosas. Era claro que el énfasis debía mucho a la herencia fabiana del socialismo británico, aprendida en la atenta lectura de los libros del polifacético G. D. H. Cole, de Sidney y Beatrice Weeb y de R. H. S. Crossman. Pero sobre todo, de su admirado Harold Laski, cuyos libros tanto le habían ayudado a precisar las ideas liberales y a encontrar las vías menos traumáticas para el logro de una sociedad más justa.¹⁴

Molina tuvo siempre en gran aprecio las páginas de *Proceso y destino*; sabía que era un texto académico y político, teórico y aplicado en el cual estudiaba lo que había sido la libertad y lo que a su juicio debería ser. Y no solo fue su primer libro, en muchos aspectos fue también el último. Treinta y cuatro años después, en 1989, poco antes de su muerte, publicó una segunda edición ampliada, donde registró los eventos nacionales e internacionales más significativos de los tiempos que acompañaron a la penosa Guerra Fría. Esta edición conserva el ímpetu libertario de la primera, pero frente a la confianza de los años cincuenta, ahora dejaba ver algunas dudas respecto del destino de la libertad, razón por la cual le gustaba subrayar que su optimismo era un «optimismo trágico», una esperanza en medio de múltiples angustias. Tanto del lado de la derecha como de la izquierda encontraba enemigos de la libertad y un temor por las airosas manifestaciones autoritarias

14 A estos nombres se debe agregar, por supuesto, el del francés Jean Jaurés, muy afín a Molina por su concepción liberal y democrática del socialismo. En la figura de Jaurés, halló, además, un ejemplo de humanismo, interés por la cultura y respeto por el ser humano, y una muestra de ecuanimidad y transacción en la lucha política, conductas poco frecuentes en la izquierda Occidental.

de gobiernos y Estados considerados democráticos. Quizá esto es lo que hace de *Proceso y destino de la libertad* uno de los libros de teoría política más sugestivos escrito por un colombiano en el siglo xx.

PERFILES INTELECTUALES

Nicolás Pinzón W.

En un discurso pronunciado en 1935 ante la tumba del fundador de la Universidad Externado de Colombia, Ricardo Hinestrosa Daza, el tercer rector de la institución, anotó que los alumnos de Nicolás Pinzón W. estaban en deuda con su profesor. Con hondo sentido autocrítico afirmó que le debían una biografía dirigida a perpetuar su memoria, pero no una biografía cualquiera limitada al mero registro de fechas, relatos y crónicas trenzadas por la tradicional retórica asociada a la gratitud pedagógica, sino un estudio histórico y sociológico que presentara la época y el medio en los cuales creció y le tocó actuar; esto es, un estudio de su vida a la luz de las zozobras políticas y sociales de la era radical y de los primeros años de la Regeneración. «Yo formulo aquí —apuntó Hinestrosa Daza al final de su discurso— en esta hora de emoción, hondamente solemne, en nombre de sus discípulos orgullosos de serlo, la promesa de que no seguiré ya tardando ese tributo de nuestra gratitud».¹

Pero la augusta promesa de Hinestrosa Daza nunca se llevó a cabo. Las labores cotidianas del antiguo discípulo fueron relegando indefinidamente el proyecto, y el paso de los años fue dilatando su realización. Los alumnos de Pinzón, nacidos en los años sesenta y setenta del siglo XIX, se fueron extinguiendo y la memoria del fundador se fue haciendo cada vez más remota. Nunca se compilaron

1 Ricardo Hinestrosa Daza, «Discurso pronunciado ante la tumba del doctor Pinzón», *Externado*, tomo IV, n.º 1, Bogotá, junio de 1940, p. 8.

sus trabajos periodísticos, sus traducciones, sus poemas ni los documentos que redactó con ocasión de la fundación y promoción del Externado. Toda esa labor permanece dispersa en periódicos de la época en espera de un editor agradecido que organice y de vida a los arrestos de un joven que no logró superar los 35 años de edad, pero que alcanzó a participar en señalados escenarios de su tiempo: en las luchas políticas, en los encuentros poéticos y en las controversias educativas.

A estas dificultades se suma nuestra ignorancia sobre la trayectoria de Pinzón. Nada o muy poco sabemos de su vida. Los escasos datos conocidos, unos fugaces registros de la prensa de la época y unos frágiles y dispersos recuerdos de algunos de sus discípulos no logran dibujar con serenidad su biografía y el perfil de sus anhelos. Además, la mala suerte parece haberlo acompañado. Las anunciadas *Memorias* de su tío Cerbeleón Pinzón, el célebre tratadista del derecho constitucional colombiano, que leyeron algunos de sus contemporáneos, hubieran sido si duda de gran ayuda para reconstruir el ambiente familiar del joven Pinzón; pero jamás vieron la luz y hoy en día se las considera perdidas.² Con esta laguna se nos ha escapado la posibilidad de acercarnos al mundo de sus mayores y de conocer con alguna seguridad el marco en el cual alcanzó sus primeras experiencias formativas.

A pesar de los reveses, el nombre de Pinzón ocupa un lugar en la memoria del país. Si bien se nos ha extraviado el Nicolás que conocieron y trataron sus contemporáneos, el que apoyaron sus amigos y criticaron o intimidaron sus adversarios, nos han quedado sus escritos y el registro de sus luchas en los campos de la educación y de la cultura. Y esto es suficiente para recordarlo una vez más, sobre todo cuando la universidad colombiana enfrenta retos muy similares a los que le tocó desafiar al joven Pinzón durante la Regeneración. Cien años después, los problemas de la educación superior siguen a la orden del día, especialmente

2 Gustavo Otero Muñoz, *Historia de la Cancillería de San Carlos* (Bogotá: Imp. del Estado Mayor General, 1942), vol. I, p. 183.

en lo que respecta a la proteica noción de *calidad* y a las mudables demandas éticas y funcionales de la formación profesional.

Pero si en este momento no podemos llenar con decoro las demandas del estudio sugerido por Hinestrosa Daza, podríamos quizá aprovechar la ocasión para evocar una faceta poco conocida del fundador del Externado: su labor literaria. Cabe recordar que en su época fue considerado parte integrante del grupo de jóvenes poetas que no obstante su mocedad, ya presentaba un trabajo que permitía anunciar «mayores cosas en el futuro».³ Al lado de compañeros de generación como José Asunción Silva, Julio Flórez, Diego Uribe, José Joaquín Casas, Ismael Enrique Arciniegas y Carlos Arturo Torres, su alumno y posterior colaborador en la dirección del Externado, participó en los florilegios más notables de los años ochenta. Su nombre aparece en *La lira nueva*, en el *Parnaso colombiano* y en el *Victor Hugo en América*, la comprensiva antología de traducciones castellanas del poeta galo compiladas por el chileno José Antonio Soffia y el colombiano José Rivas Groot.

2

Pinzón fue un escritor temprano. Publicó muy rápido y muy rápido también le llegaron los reconocimientos. Tenemos poesías de los diecisiete años, pero probablemente ellas no fueron sus primeras creaciones. Quizá le antecidieron otras difundidas en las hojas del colegio de San Bartolomé, institución en la que adelantó sus estudios secundarios, o en *El Eco de Bogotá*, un periódico de 1876 que editó con varios compañeros de universidad entre los cuales se encontraba Diego Mendoza Pérez.⁴ Al año siguiente fue redactor, «en unión de otros jóvenes notables», de *La República* y en 1879 de *El Liberal*, un hebdomadario de crítica literaria, social y

3 José Rivas Groot, «Estudio preliminar» al *Parnaso colombiano* editado por Julio Añez (Bogotá: Librería Colombiana-Camacho Roldán & Tamayo, 1886), tomo I, p. xiii.

4 Diego Mendoza, «Periodismo y literatura», *El Gráfico*, Bogotá, febrero 8 de 1912, pp. 7-8.

política que impulsaba –según sus palabras–, una opinión fundada en la razón y en la discusión científica de los problemas del país siguiendo el ejemplo de la prensa de las sociedades adelantadas.⁵ A excepción de *El Liberal*, ninguna de estas publicaciones se conserva, pero en conjunto sugieren una febril actividad literaria entre 1876 y 1880, sus años de estudio en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional.

Los textos de *El Liberal* muestran con llaneza no exenta de confianza la dirección de sus ideas y la inclinación de sus gustos poéticos. Allí publicó trabajos históricos, reseñas políticas, poemas y traducciones del francés. Su poesía, de tono romántico, conserva un estuche neoclásico a pesar de los juveniles y ardientes impulsos consignados en sus versos. La forma es correcta, retórica y académica, y en ella abundan las rosas marchitas, el abandono, la soledad, la tristeza y los amores no correspondidos:

Acuérdate de mí! ... ¡Oh amada mía!
 No pases por mi tumba solitaria
 Sin dedicarle a mi ceniza fría
 Un recuerdo, un suspiro, una plegaria ...
 Sólo existe un dolor sobre la tierra
 Que mi pecho a retar no se ha atrevido;
 Un supremo infortunio que la aterra:
 Ver que en el tuyo se anidó el olvido ...⁶

También le cantó a la naturaleza al estilo del prerromántico Charles H. Millevoeye, al cual tradujo para *El Liberal*: «Flor moribunda, flor deshojada / Tú que del valle fuiste el honor / ¿Hoy tu corola ves cuán ajada? / ¡Triste juguete del aquilón!». ⁷ Y si bien es claro que la mayoría de sus versos de aquellos años resultan

5 Julio Añez (editor), *Parnaso colombiano* (Bogotá: Librería Colombiana-Camacho Roldán & Tamayo, 1887), tomo II, p. 45; y *El Liberal*, n.º 1. Bogotá, febrero 8 de 1879.

6 «Suspiros», *El Liberal*, n.º 4, Bogotá, marzo 1 de 1879.

7 «La flor deshojada» [traducción de Millevoeye], *El Liberal*, n.º 5, Bogotá, marzo 8 de 1879.

pesados y faltos de brío, hay algunos de lograda ejecución que sugieren dominio del oficio. Un soneto de 1879 asombra por su capacidad descriptiva en medio de una sorprendente economía de lenguaje. Allí un inspirado dramatismo sobrecoge al lector desde el primer cuarteto:

De pie, severa, altiva, majestuosa
Sobre el altar la efigie se levanta;
Inmoble el solitario hierofanta
En éxtasis sublime al pie reposa.

Brama improviso tempestad furiosa:
Sangriento rayo alumbra el ara santa,
Y él entre tanto horror y ruina tanta
Sigue, fijos los ojos en la diosa ...

Ruedan los montes; hundese el santuario;
Profundo estruendo en derredor retumba ...
¡Nada! impasible queda el temerario.

Tiembla la misma diosa y se derrumba,
Y como digno premio, el visionario
Halla en sus ruinas ignorada tumba.⁸

En *El Liberal* Pinzón exaltó, igualmente, una postura estética conocida en la época como «poesía científica», es decir, una lírica sensible a los grandes descubrimientos y a las conquistas materiales de la ciencia, el conocimiento más seguro del que se desprendía el saber más útil. Se esperaba que los escritores subrayaran los esfuerzos de los sabios y utilizaran sus sorprendentes hallazgos para insuflar las letras. La ciencia estaba transformando las antiguas imágenes de la naturaleza y las revoluciones en la física, la astronomía, la química y la biología ofrecían aplicaciones apenas

8 «La recompensa», *El liberal*, n.º 8, Bogotá, marzo 29 de 1879.

sospechadas en el pasado. La noción de *infinito* se había hecho familiar y el universo se veía ahora atravesado por el esplendor de lo inconmensurable, el terreno privilegiado de la poesía. Escritores como Quintana y Campoamor en España o Victor Hugo y Sully-Prudhomme en Francia, habían explotado esta rica veta al registrar en sus poemas inventos, avances técnicos y aplicaciones científicas. La idea tenía, por lo demás, antecedentes en el país. Ya José Eusebio Caro le había cantado –en su largo poema de 1845, *El bautismo*– al pararrayo de Franklin, a los descubrimientos de Galvani y Volta, al arte fotográfico de Daguerre, a los globos aerostáticos de los hermanos Montgolfier y al telescopio de Galileo.

Probando suerte en este campo, el joven Pinzón templó su lira y tornó su mirada sobre la bóveda celeste en pos de la cadena que une y da vida a los átomos del «éter perdido». Su objetivo no era ofrecer una disertación científica; solo explotar un símil atmosférico para describir el tormento del amor no correspondido:

Del espacio en el centro sin nombre
Hay un mundo gigante que el hombre
 No ha visto jamás.
Por su inmenso poder arrastrados
En derredor van mil mundos bañados
 En luz inmortal.
En los senos del éter perdido
Rueda un átomo oscuro, impelido
 De otro átomo en pos:
Ambos siguen a un grano de arena ...
Y así va la infinita cadena
 Subiendo al gran sol.
Y así el átomo oscuro e ignoto
Vive unido al gigante remoto
 por suerte común;
Pero yace tan lejos tan lejos
Que ni aún llegan a él los reflejos
 De un rayo de luz ...

Tal bañada en la luz de tus ojos
 Rica turba orgullosa, de hinojos
 Siguiéndote va ...
 Para mí, pobre amante escondido,
 Ni una sola mirada has tenido ...
 ¡Ni nunca tendrás!⁹

El interés de Pinzón por la ciencia iba, sin embargo, más allá de sus inclinaciones meramente literarias. En la Universidad Nacional había asistido a las clases de los más renombrados profesores de filosofía natural de los años setenta. Había escuchado las conferencias de botánica de Francisco Bayón, las lecciones de biología de Nicolás Sáenz y las disertaciones de física médica de Liborio Zerda,¹⁰ y, como todos los liberales y pensadores radicales de la época, siguió con atención los inventos en la agricultura, la industria y las comunicaciones. Esto se dejaba ver en las frecuentes noticias científicas tomados de revistas francesas e inglesas que difundió con sus compañeros en las páginas de *El Liberal*. Años después fue, inclusive, profesor de ciencias naturales, campo que

9 «Cadena», *El Liberal*, n.º 9, abril 3 de 1879. Los elementos de la poesía científica fueron discutidos por su amigo José Rivas Groot en el prólogo a *La lira nueva* (Bogotá: Imprenta de M. Rivas & Cía., 1886), pp. xx-xxii. Pinzón no estaba solo en estos experimentos poéticos. En *La lira nueva* otros compañeros le cantaron al sabio Caldas, al telégrafo y al legado de Darwin y de Giordano Bruno. Además, Pinzón y sus compañeros de redacción trataron el asunto en dos extensas entregas de *El Liberal* («La poesía en la ciencia», n.ºs 1 y 4 de febrero 8 y marzo 1 de 1879). Aludiendo a un ensayo publicado en la *Revue des deux Mondes*, subrayaron las afinidades de la imaginación en la ciencia con la intuición y el éxtasis en el arte. «¿No hay tanta poesía —se preguntaron— en las concepciones animadas de un Leverrier o un Pasteur como en las más bellas inspiraciones de un Lamartine o de un Victor Hugo?».

Pero quizá fue Miguel Antonio Caro quien más discutió el tema. En su conocido ensayo de 1881 sobre Andrés Bello, autor de una oda, *A la vacuna*, y de dos famosas silvas que exaltan la naturaleza de la zona tórrida, expuso con amplitud el contenido de la poesía científica y sus relaciones con la poesía didascálica. Para Caro la poesía científica era la que especulaba sobre los fenómenos naturales, la que hermooseaba las verdades descubiertas y explicadas por la ciencia; la que enaltecía la realidad y jamás fantaseaba en el vacío. Ver M. A. Caro, *Escritos sobre don Andrés Bello* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1981), p. 53.

10 Diego Mendoza, art. cit., p. 7.

«cultivaba con apasionado deleite». Su alumno Hinestrosa Daza recordó que pasaba días y noches enteras «ante su laboratorio escudriñando el alma de los elementos».¹¹ Era un acreditado representante de su tiempo, siglo para el que la ciencia, la tecnología y el dominio de la naturaleza eran las manifestaciones más conspicuas de la idea de *progreso*.

3

Pero no solo la ciencia embargó su atención. La política también cautivó sus energías. Las traducciones de Pinzón en *El Liberal* no estaban dirigidas solamente a satisfacer el goce interior de los lectores. Algunas de ellas tenían, por el contrario, un objetivo político y una función didáctica claras. En años de candentes querellas políticas y religiosas, cuando sectores enteros de la Iglesia se habían unido al partido conservador en contra de la educación laica impulsada por los liberales, publicó una alegoría de Voltaire que contraponía el espíritu del cristianismo primitivo a la pompa, magnificencia y compromisos mundanos de la Iglesia del momento. Si la enseñanza de Cristo fue inicialmente un mensaje de esperanza y consuelo, de bendición y padecimiento, hoy su legado se había unido al oscurantismo y a los intereses de los déspotas:

Hoy su dulce nombre sirve
De irrisión al mundo vano;
De pretexto a las crueles,
Santas iras del tirano;
y con él al vulgo vendan
los ministros del error.¹²

11 Palabras de Ricardo Hinestrosa Daza citadas por Arturo Quijano en su artículo «Nicolás Pinzón W.», publicado en *El Liberal Ilustrado*, Bogotá, octubre 2 de 1915, p. 148.

12 Pasajes de «La religión verdadera», *El Liberal*, n.º 1, Bogotá, febrero 8 de 1879.

Sobre el mismo asunto, *El Liberal* difundió una noticia relacionada con el emplazamiento de una estatua del sacerdote belga Juan Pedro de Smet por su trabajo civilizador entre los indios de las montañas rocosas de Estados Unidos. Para los jóvenes redactores del semanario, la conducta del encomiable misionero debería ser imitada por el clero colombiano en bien del país y gloria de la comunidad católica. A lo largo del territorio había cerca de cien mil indígenas que una vez civilizados podrían explotar las inmensas riquezas de las comarcas abandonadas por el Estado. «Ojalá —concluía la noticia— el clero colombiano tomara a su cargo la grandiosa empresa de reducir a la civilización los salvajes nacionales; de esa manera se evitarían muchas revoluciones y se vería que es mucho más útil destruir el salvajismo que encender el odio contra los liberales».¹³

En *El Liberal* se encuentra, igualmente, un registro de las primeras manifestaciones del pensamiento político del joven Pinzón. Cuando en abril de 1879 la fracción radical del liberalismo escogió al general Tomás Rengifo para el periodo presidencial de 1880-1882, sus compañeros se apresuraron a publicar un decidido apoyo al general. Pinzón reaccionó con energía contra la decisión. Además de que no había sido consultado, creía que lo más adecuado era permanecer alejado de las disensiones políticas del día. El liberalismo estaba dividido en dos fracciones, Radicales e Independientes, y ningún favor se hacía al partido apoyando a uno u otro grupo. En airada carta a los compañeros de *El Liberal*, señaló que «antes que radical soy liberal, y antes que liberal soy colombiano». Era consciente de los servicios prestados por el general Rengifo a los radicales, pero no encontraba en sus realizaciones las cualidades del estadista. A su juicio, una cosa era el valor y el talento en el campo de batalla y otra las cualidades requeridas para ocupar la dirección del Estado. «Recuerdo —apuntó con ironía— que en varias de nuestras carniceras de hermanos, la victoria ha ceñido la frente [de este] esforzado caudillo». Sin embargo, no hallaba

13 *El Liberal*, n.º 6, Bogotá, marzo 15 de 1879.

razonable la presunción de que todo aquel que ostentara la osadía y el valor suficientes para deshacer ejércitos enemigos, tuviera a su vez la moderación, prudencia y juicio necesarios para orientar la República. Consideraba que el verdadero radicalismo era un asunto esencialmente civil ajeno al estruendo de los cañones. Por esto –concluía– «jamás he sentido el entusiasmo bélico suficiente para caer deslumbrado ante los resplandores de una espada victoriosa».¹⁴ Pinzón no apoyó a Rengifo, y ello le costó la salida de *El Liberal*, pero tampoco pareció inclinarse por Rafael Núñez, el candidato de los Independientes que al final salió elegido para la Presidencia con el apoyo de un importante sector del partido conservador.

4

Pinzón alcanzó el grado de doctor en Jurisprudencia al año siguiente de su aventura periodística en *El Liberal*, y pronto se trasladó al cantón de Vélez, la tierra de los Pinzones, para trabajar en el Colegio de Varones y promover su nombre en la política regional.¹⁵ Meses después se desplazó a la ciudad de El Socorro, la capital del Estado de Santander, donde fundó *La Reivindicación*, un semanario de crítica política en cuyas hojas fustigó la administración del general Solón Wilches, presidente del Estado. Sus denuncias levantaron los ánimos de los seguidores de Wilches, y en la noche del 6 de diciembre de 1881, cuando redactaba el periódico, un fanático del presidente intentó asesinarlo con arma de fuego.¹⁶ La fortuna lo acompañó y solo fue herido en una pierna. Temiendo nuevos atentados, sumados a dificultades financieras con *La Reivindicación*, regresó a la capital en 1882 próximo a cumplir sus veintitrés años. Para esa fecha ya era conocido en los medios

14 *La Reivindicación*, Socorro, diciembre 31 de 1881.

15 Bocetos biográficos de Pinzón se encuentran en Luis de Greiff Obregón, *Semblanzas y comentarios* (Bogotá: ABC, 1942), y en la contribución de Fernando Hinestrosa al folleto colectivo *Semblanzas del Externado* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 1985).

16 *La reivindicación*, Socorro, diciembre 31 de 1881.

bogotanos como una promisorio figura de la nueva generación de escritores liberales. En los *Apuntes sobre bibliografía colombiana* de aquel año, su amigo Isidoro Laverde Amaya lo presentó a los lectores como un autor en plena actividad:

Nicolás Pinzón W. nació en Bogotá el 22 de julio de 1859, y recibió el grado de doctor en jurisprudencia en el mes de junio de 1880. Encuéntrense varias poesías originales suyas y algunas traducidas del francés en *La Patria* de Adriano Páez; y se contó en el número de redactores de *El Liberal*, papel escrito por varios jóvenes del Colegio del Rosario, y publicado con el mismo título del que redactaron en época anterior plumas conocidas. Tiene inédita una traducción de la novela *Arsaes é Ismenia* de Montesquieu y de *Los dramas de la muerte* de Paul Féval. En la ciudad del Socorro publicó en 1881 un periódico redactado por él con el título de *La Reivindicación*.¹⁷

A finales de 1882, cuando avanzaba el gobierno del presidente Francisco J. Zaldúa, la última administración propiamente liberal, Pinzón viajó a Europa en calidad de cónsul en Lyon y agregado de la Legación colombiana en España e Inglaterra. Era un reconocimiento a sus logros intelectuales y a sus luchas por un liberalismo de raigambre civil ajeno al arcabuz y el sable. Allí ahondó en sus conocimientos literarios y en la familiaridad con el francés y el inglés que ya había empezado a estudiar en la Universidad Nacional. Regresó al país a mediados de 1884, año de la segunda administración de Rafael Núñez, en los meses en los que se anunciaba la crisis liberal que terminó en la guerra civil de 1885. No había abandonado su vena poética ni sus traducciones, pero ahora las cultivaba con mayor mesura y control. Y aunque participó en la conflagración del 85, otra de «nuestras carnicerías de hermanos», sus relaciones con la política activa se

17 Isidoro Laverde Amaya, *Apuntes sobre bibliografía colombiana* (Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1882), p. 129. Ignoramos la suerte de la traducción de la novela oriental de Montesquieu y del drama de Féval registrados en estos *Apuntes*.

fueron enfriando y sus vínculos con la docencia se fueron ensanchando. Desde su grado universitario el expresidente Santiago Pérez lo había sugerido como sucesor en su cátedra de Ciencia Constitucional, campo en el que se había destacado en sus años de estudiante y en el que tenía notables antecedentes familiares. Su tío Cerbeleón Pinzón, el mismo de las memorias extraviadas, había publicado en 1839 un *Tratado de ciencia constitucional*, texto de amplia circulación en el cual se formaron varias generaciones de abogados, políticos y funcionarios de la administración pública de mediados del siglo XIX.¹⁸

El alejamiento de la política no lo condujo a una vida contemplativa. Por aquella época la docencia despertó sus mejores fuerzas, y a los conocimientos constitucionales, sumó los estudios particulares sobre Historia y Derecho Internacional que le sirvieron para ampliar el trabajo pedagógico en diferentes instituciones bogotanas. De estas labores derivó su *modus vivendi* durante la segunda mitad de la década del ochenta. El editor del *Parnaso colombiano*, uno de los florilegios más aplaudidos del momento, realzó su trabajo docente en la capital:

[Nicolás Pinzón W.] recibió su educación en la Universidad Nacional [...] Nombrado adjunto a la Legación en España, prestó al país importantes servicios, dándolo a conocer de diversas maneras en la prensa Europea. En unión de otros jóvenes notables fue redactor de *La República* (1877) y *El Liberal* (1879), y de *La Reivindicación* (1881-1882). Actualmente es catedrático de Derecho y Ciencia Constitucional en el Colegio del Rosario, de Derecho Constitucional e Internacional en el Colegio Militar y de Historia Patria en la Universidad Nacional.¹⁹

18 José María Samper, *Galería nacional de hombres ilustres ó notables* (Bogotá: Imprenta de Zalamea, 1879), vol. I, p. 346.

19 Julio Añez (editor), *Parnaso colombiano* (Bogotá: Librería Colombiana-Camacho Roldan Carlos & Tamayo, 1887), tomo II, p. 45.

Aunque para 1887, fecha en el que apareció el segundo tomo del *Parnaso colombiano*, Pinzón ya había fundado el Externado, la noticia no parecía tener mayor importancia para sus compañeros de lizas poéticas. El año anterior había participado en otro florilegio, en la mencionada *Lira nueva*, un volumen colectivo de gran significación en la literatura colombiana que anunciaba la declinación del romanticismo y el nacimiento del modernismo.²⁰ Ambas publicaciones reiteraban el reconocimiento de sus contemporáneos, pero también eran sus últimas manifestaciones colectivas en los campos de la lírica. Ahora parecía tener conciencia de que la poesía no era su elemento y que el éxito en este campo era solo para el talento y la dedicación, dos cualidades que otros compañeros de generación estaban mostrando con especial ingenio y penetración. En *La lira nueva* había composiciones de Candelario Obeso y de Joaquín González Camargo, dos promisorios escritores que vio morir en plena juventud, y poemas juveniles del popular Julio Flórez y del audaz José Asunción Silva, cuyas glorias no conoció pero quizá presintió.

Esta conciencia de sus limitaciones en el terreno de la lírica no lo llevó, sin embargo, a alimentar un sentimiento de renuncia y frustración. Su ánimo no encajaba en los planes de una vida de complacencias acompañada de libros y goces individuales; su temple no era el de aquella «generación de enanos» que tanto censuró en el soneto A Nariño:

¡Oh grande, entre los grandes el primero!
Descanza en paz: tu patria te ha olvidado.
No hay nada para ti; todo está dado ...
¡Oh tribuno, ¡oh filósofo! ¡oh guerrero!

20 Carlos Arturo Caparros, *Dos ciclos de lirismo colombiano* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1961), pp. 92 y 93.

... en esta vil generación de enanos
 Ya no alienta tu espíritu sublime,
 ¡Ni hay mano digna de esculpir tu nombre!²¹

Una energía especial lo impulsaba a la lucha. En «Damaetas», un extenso poema de Victor Hugo que tradujo y difundió en el *Parnaso colombiano*, y que posteriormente recogieron Soffia y Rivas Groot en el *Victor Hugo en América*, se expresa con vigor el sentido de su lucha y la noción de responsabilidad que lo asistía. Allí Hugo describió a un joven presuntuoso, vacío y fatuo, esclavo del deleite, que para alcanzar algún renombre, optó por tronchar su vida cuando «veinte años no contaba». «¡Por ti no lloraremos!», tradujo con fuerza Pinzón:

... Por ti no lloraremos;
 cuando limpia los surcos el arado.
 ¿Por ventura una lágrima tenemos
 para la vil cizaña? A quien ahora
 con inmenso dolor lamentaremos.
 Es aquélla a quien cupo en mala hora,
 como una maldición, tal hijo en suerte ...
 ¡Tu madre! que hoy sin ti, postrada, inerte,
 sólo un sepulcro anhela en su quebranto.
 Sólo vergüenza tu memoria inspira.
 ¡Tu perro que te amaba ... !
 Eso es —no tu fin— lo que lloraremos ...
 Tu caída ...
 ¿Qué importa al mundo?²²

21 *La lira nueva*, pp. 277-278.

22 Fragmentos de «Damaetas» tomados de José Antonio Soffia y José Rivas Groot (eds.), *Victor Hugo en América* (Bogotá: Casa Editorial de M. Rivas & Co., 1889), pp. 167-170.

En suma, el suicidio es fuga y en nada remedia las ausencias de hombres que no llenan su cometido. Al contrario del infeliz Damaetas, la interiorización de la noción de deber, la idea de obligación hacia los demás y la responsabilidad en el desempeño de los papeles demandados por la sociedad fueron los elementos de su canon pedagógico. A él unió dos valores de la cultura occidental que reclamaba la situación política del país: libertad y tolerancia. Este fue el credo del Externado, un instituto de educación secundaria y universitaria que fundó en enero de 1886 con el apoyo de las figuras más notables del radicalismo provenientes de la generación de sus profesores de la Universidad Nacional: Santiago Pérez, Salvador Camacho Roldán, Aníbal Galindo, Gil Colunge, Juan Salgar, Froilán Largacha, Teodoro Valenzuela, Juan David Herrera, Juan Félix de León, José Ignacio Escobar, Felipe Zapata y Juan Manuel Rudas.

Al Externado dedicó los últimos años de su vida y a él entregó el ímpetu que su precoz y extraordinaria juventud ensayó en otros campos con menguado éxito. Eran los días en los que los lectores de los periódicos bogotanos encontraban avisos y advertencias que anunciaban materias, profesores y cursos en un «Externado para jóvenes adultos, regido a semejanza de los mejor reputados establecimientos europeos de esta clase, dirigido por Nicolás Pinzón W., antiguo catedrático del Colegio Público de Varones de Vélez, de la Universidad Nacional, del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y de la Escuela Militar».²³ Al nuevo instituto trasladó sus habilidades administrativas y el talento formativo que tanto subrayaron sus alumnos. Allí divulgó las ciencias, las naturales y

23 *La Nación*, «Órgano de los principios de la Regeneración», Bogotá, enero 12 de 1886. Se llamó «Externado» porque en un principio solo operaba con estudiantes externos. Aquel diseño no se debía solo a facilidades administrativas. Detrás del nombre había una motivación proveniente de las controversias educativas de la segunda mitad del siglo XIX relacionadas con los aspectos negativos de las pensiones. A juicio de muchos pedagogos, los internados separaban artificialmente a los jóvenes de la familia, la sociedad y el entorno ciudadano donde habrían de desplegar su saber. Años después, sin embargo, Pinzón abrió un internado para recibir alumnos que venían de otras regiones del país.

humanísticas, y el pensamiento de Herbert Spencer, cuyos *Primeros principios* tomó como evangelio de las ideas modernas. «Nicolás Pinzón W. – escribió su alumno Carlos Arturo Torres– espíritu luminoso cuya pérdida no ha podido reemplazar la República, fue [junto a otros profesores del Externado] un apóstol convencido y militante de la filosofía espenceriana». ²⁴ En sus cursos de ciencias naturales, de filosofía y de derecho público, enseñó la lógica del método experimental, perspectiva analítica que consideraba de utilidad para el examen de la naturaleza como de la sociedad. «Iniciador y principal propagador en Colombia de los modernos métodos científicos», lo llamó un observador de la época. ²⁵

Nicolás Pinzón W. murió en Bogotá el 15 de marzo de 1895, de «una enfermedad tenaz de los centros nerviosos que fue minando su existencia». ²⁶ «No dejó bienes de fortuna» registra una crónica. Se había casado dos años antes con la joven Estefanía Pinzón, hija de su primo José Rafael, el hijo mayor del tío Cerbeleón. No tuvo descendencia y la tierna viuda de 26 años, contrajo matrimonio por segunda vez a comienzos del siglo xx con Mario Convers Gaitán, descendiente de una familia francesa que circulaba por el país desde finales del período colonial y que fue multiplicándose generación tras generación por diversas partes del territorio nacional. La difícil W. seguida del silencioso punto que siempre acompañó su nombre, anunciaba un enigmático apellido de la Europa central que no volvió a escucharse en el país después su muerte, el Warlosten de su madre María del Carmen, la segunda esposa de su padre Flavio Pinzón nacida en Caracas en fecha desconocida.

24 Carlos Arturo Torres, *Idola Fori* (Tunja: UPTC, 1969), p. 273, y Luis María Mora, *Croniquillas de mi ciudad* (Bogotá: ABC, 1936), p. 36. Torres y Mora se formaron en el Externado.

25 *El Republicano*, Bogotá, mayo 15 de 1896.

26 *Externado*, tomo IV, n.º 1, Bogotá, junio de 1940, p. 24.

Pinzón dejó inéditas unas *Lecciones de derecho constitucional*, calificadas como «de raro mérito», y sin duda de gran utilidad para los historiadores del pensamiento social que se perdieron con el paso del tiempo y la indiferencia de sus albaceas espirituales.²⁷

27 Una huella de su contenido puede rastrearse en el *Ensayo sobre ciencia constitucional* (Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos, 1897) de Antonio José Iregui, libro que se aprovecha, entre otros, del programa de derecho constitucional «dictado por el malogrado Nicolás Pinzón W., rector del Externado».

El filósofo Rafael Carrillo

1

Como todos los que no fueron sus alumnos, conocí al filósofo Rafael Carrillo en los cafés bogotanos. Allí pasó los mejores momentos de su vida. Todos los días, salvo que estuviera enfermo o tuviese que atender sus clases, llegaba al establecimiento, se sentaba en el lugar más discreto, nunca en el centro de la sala, pedía un café y abría las páginas del diario. Arribaba entre las diez y las once de la mañana y se retiraba hacia la una para almorzar en un restaurante barato. Después se dirigía a su morada para no abandonarla hasta el día siguiente. El café era la ocasión de aproximarse a los demás, de hacer amigos, intercambiar ideas y discutir sobre libros, autores y temas del momento; fuera de él apenas tenía con quien hablar.

Mi encuentro con Carrillo tuvo lugar en 1976 a través de su alumno y colega Rubén Sierra Mejía. Se acercaba a los setenta años y todavía ofrecía un curso en la Universidad Nacional. Por aquella época había afinado sus cuarteles en la cafetería del *Hotel Continental* de la avenida Jiménez con la carrera cuarta, un sitio que recordaba la elegancia bogotana de los años cincuenta. Los libros y la murmuración académica nos unieron y a poco establecimos una afinidad que duró por cerca de quince años. Nunca nos tuteamos. El Rafael solo le estaba permitido a sus compañeros de generación y a sus colegas más viejos del Departamento de Filosofía y Letras

de la Universidad Nacional. Siguiendo la tradición de lejanía y respeto de los medios pedagógicos, nuestros intercambios siempre estuvieron precedidos del consabido *profesor*.

Su vida privada era un misterio. Nunca se hizo a una vivienda propia y, como los estudiantes de provincia, siempre vivió en pensiones y en piezas modestas. Sus muebles y enseres eran mínimos. Un escritorio, una silla y un taburete; una mesa de noche y algo de *toilette* y cocina. A ello se sumaba la ropa, una vieja máquina de escribir y un aparato de radio que llenaba sus escasas exigencias musicales. Nada de televisión ni de cuadros en las paredes. Con los años fue acumulando una biblioteca personal que bien pudo llegar a los siete mil volúmenes.

Carrillo compraba libros sobre los más diversos campos de las ciencias humanas. Filosofía en primer lugar, después historia de la cultura, derecho, sociología, literatura y algo de política. La economía y los temas colombianos le eran ajenos. Le apasionaba Grecia, Roma y la Edad Media, y tenía especial predilección por la ciencia como dimensión de la cultura. En su biblioteca se encontraba lo mejor de la filosofía, la historia y la sociología de la ciencia publicado en español en los últimos treinta años. Siguiendo el ejemplo de Ortega y Gasset, su principal mentor a distancia, conservó a lo largo de su vida un marcado interés por el impacto de los descubrimientos científicos en el pensamiento moderno. Sabía que del diálogo ciencia-filosofía se había desprendido un campo fructífero para la especulación y la teoría del conocimiento: la epistemología. A ello consagró varios trabajos durante los años treinta y cuarenta, y su discurso de apertura del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional en 1946, llevaba el significativo título, «La filosofía como espacio de las ciencias». En sus páginas evocó la tarea prioritaria de los filósofos de nuestro tiempo: discutir los fundamentos del conocimiento científico, el saber más seguro y de mayores consecuencias prácticas. Allí recordó a su auditorio que el estudio de la filosofía llenaba un vacío en la universidad, institución dedicada en sus días a la mera transmisión de competencias particulares ligadas con el ejercicio profesional. Contra

estos saberes aislados y de carácter práctico y utilitario, el legado de Platón y Aristóteles ofrecía una perspectiva de integración y síntesis. Pero la reflexión filosófica no se limitaba solamente a los resultados de las ciencias naturales. También incluía las disciplinas dedicadas al estudio del hombre —la historia y la sociología—, las ciencias del espíritu de Wilhem Dilthey, el «Hegel de la edad contemporánea».¹

Carrillo tenía una fama algo sórdida entre sus colegas. «Parece un personaje extraído de una novela de Balzac», apuntó en una ocasión un antiguo profesor de la Universidad Nacional. La soledad, los secretos, la misoginia y la estrechez y frugalidad de su vida alimentaban esta percepción. Era muy severo con sus gastos y tenía una fe inusitada en las bondades del ahorro hasta rozar la avaricia. Excepto la compra liberal de libros, los consumos de la gran ciudad le eran extraños, y su larga vida estuvo colmada de negaciones. No bebía ni fumaba, no iba a fiestas y mucho menos las propiciaba, no frecuentaba el cine, no tomaba vacaciones, no conocía los restaurantes de calidad y no asistía a conciertos a pesar de su declarado interés por la música culta. El pequeño radio de su dormitorio parecía colmar su encogida afición por los compositores alemanes. Nunca se casó y nadie tuvo noticia de que hubiera sido novio alguna vez. Su relación con las mujeres fue pobre y no parece haberles permitido ir más allá de la intimidad del contacto físico. Consideraba el matrimonio y sus frutos un enemigo soterrado del trabajo intelectual. «Muchas vocaciones filosóficas —afirmaba— se han frustrado a causa de los hijos y de las demandas del hogar». Por la comidilla del Departamento de Filosofía y Letras, siempre circuló una historia relacionada con los consejos de Carrillo a un joven colega. Le encarecía llevar un estricto control de sus gastos personales: tanto para transporte, comida, vivienda, ropa, libros y

1 Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos* (Bogotá: Universidad Santo Tomás, 1986), p. 230. Supuestamente, este volumen de 352 páginas contiene las «obras completas» de Carrillo.

burdel. «Y recuerde –agregó–, si usted descuida este último rubro, podría estar en peligro de contraer nupcias».

Pero si los colegas eran muy dados a estereotipar sus conductas, él no se quedaba atrás con sus afilados apuntes. Salvo unos pocos nombres en los cuales encontraba una acerada disciplina intelectual y una inquebrantable vocación académica, en la mayoría de los profesores universitarios solo hallaba al filisteo, al espíritu vulgar y al simple simulador de cultura interesado en medrar y alcanzar prestigio. Un ejemplo que le gustaba mencionar era el de su contemporáneo Abel Naranjo Villegas. Estimaba que sus «inquietudes» culturales eran un barniz que servía para cubrir y dar brillo a una inclinación ajena a la filosofía. Sus verdaderos objetivos eran la política, los puestos y los aplausos fáciles y tornadizos de la prensa local. El mismo Nieto Arteta, a quien no apreciaba como filósofo y menos aún como pensador, no se salvaba de sus dardos. «Nieto —me dijo en una ocasión— era muy dado a los cargos oficiales. Se ahogó en la burocracia y no tuvo ninguna repercusión en la universidad». Con Séneca y Abelardo sostenía, que «no es en ratos perdidos que podemos entregarnos a la filosofía: debe olvidarse todo para dedicarse a ella. Nunca será suficiente el tiempo que se le consagre. Abandonarla un instante, es abandonarla completamente».²

2

Los logros intelectuales de Carrillo están asociados con el azar, la contingencia y los esfuerzos personales. Nació en 1907 en el corregimiento de Atánquez, una aldea mestiza y pobre de la Sierra Nevada de Santa Marta a 44 kilómetros de Valledupar, que años después fue objeto de un prolijo estudio por parte

2 Pedro Abelardo, «Historia calamitatum», en *Cartas de Abelardo y Heloisa* (Barcelona: José J. Olañeta, Editor, 1982), p. 55.

de dos prestigiosos antropólogos sociales.³ Su padre era un pequeño propietario de la tierra venido de Riohacha con alguna vinculación con Valledupar. Pertenecía al grupo acomodado de la aldea dividida en dos secciones: la «bajería» y la «ribería». La primera, la plaza, la parte plana del poblado, donde el señor Carrillo tenía su casa, era considerada a comienzos de siglo la sección «civilizada» de la comunidad. En ella se encontraban la iglesia, la escuela parroquial, las tiendas, las oficinas públicas y las moradas de los criollos. La segunda, la ribería, la fracción inclinada de la aldea, con casas de paja al lado de senderos y caminos de herradura, estaba habitada por la población de más claro fenotipo indígena. El joven Carrillo aprendió a leer en la escuela de la misión capuchina de Atánquez, más dada a difundir en el corazón de los niños las nociones de autoridad y respeto que las habilidades del alfabetismo. Después pasó a Valledupar para culminar su enseñanza primaria. Su madre murió cuando contaba ocho años, y el señor Carrillo, como era costumbre, volvió a tomar mujer y a multiplicar la familia. Se casó tres veces y junto a otras intimidades, alcanzó a sumar 25 hijos. Terminada la escuela elemental, su padre lo envió al liceo Celedón de Santa Marta para cursar los estudios secundarios. Durante aquellos años se sintió atraído por las clases de humanidades, en las cuales aprendió un poco de filosofía y algo de latín. Allí leyó con atención la *Lógica* de Julián Restrepo Hernández y la *Metafísica* del padre Rafael María Carrasquilla, los manuales de filosofía seguidos por los profesores del Celedón.

A principios de 1929 se fue a la capital en busca de un cupo en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Tenía 21 años y el mundo de los estudios y de la cultura habían ganado definitivamente su ánimo. Santa Marta era intelectualmente asfixiante y las «librerías» eran solo papelerías con cuadernos, lápices y textos de enseñanza. «Esta atmósfera apática a la cultura –recordó en una

3 Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, *The People of Aritama* (London: Routledge & Kegan Paul, 1961).

oportunidad— no podía dejar de vivirse sino fugándose de ella, y tan pronto adquirí el diploma de bachillerato, me trasladé a Bogotá».⁴ Eran años de cambio y de grandes esperanzas en la vida política del país. La hegemonía conservadora daba sus últimos pasos y se anunciaba la República Liberal. En la Facultad de Derecho fue compañero de curso de Diego Montaña Cuéllar y allí tuvo ocasión de conocer a otros jóvenes que finalizaban o comenzaban sus estudios universitarios, como el antioqueño Gerardo Molina y el barranquillero Luis E. Nieto Arteta, muy interesados todos ellos en las ideas socialistas y en el movimiento obrero. Pero a Carrillo no le tentaba la política y menos aún la de izquierda. Era un lector callado de filosofía y de literatura española, dos inclinaciones muy lejanas de las inquietudes revolucionarias de sus compañeros de universidad.

En la Universidad Nacional, fue alumno del presbítero José Alejandro Bermúdez, un activo representante de la generación del Centenario, autor de unas amenas crónicas sobre la vieja Bogotá, de un popular compendio de historia de Colombia, de una introducción a la sociología y de unas Conferencias de filosofía del derecho. Este fue su primer contacto con la jusfilosofía, disciplina a la que dedicaría sus mejores esfuerzos. Pero mientras el presbítero Bermúdez desarrollaba su materia a partir de la escolástica, de los textos del jesuita Viktor Cathrein, Carrillo empezó a interesarse por visiones más modernas provenientes de la vanguardia del pensamiento jurídico de su tiempo. En las clases de Derecho Civil se había familiarizado con los críticos franceses de la escuela de la exégesis y las editoriales españolas comenzaban a difundir los textos de los más notables filósofos del derecho del momento: Stammler, Radbruch y Kelsen.

Carrillo terminó sus estudios universitarios en 1934, pero nunca se graduó. Para ese momento la filosofía se había convertido en su demonio, y mediante una operación intelectual no lejos de la «mala fe» sartriana, pretender que algo es necesario cuando

4 Entrevista con R. J. Salazar Ramos publicada como introducción a sus *Escritos filosóficos*, p. 9.

en realidad es solo una elección personal, le gustaba argüir que aquella decisión había sido indispensable para salvaguardarse de los peligros que asechaban su vocación. Una vez en el mercado de trabajo, enseñó latín, español y literatura en varios colegios de la capital, y filosofía en la recién creada Universidad Javeriana. Pasó por el Colegio de Ramírez, donde tuvo de alumno al poeta Fernando Charry Lara, y por el Colegio de Nariño de propiedad de las hijas del presidente José Manuel Marroquín, dirigido en aquella época por el padre Bermúdez, a quien reemplazó en las clases de filosofía a su muerte en 1938. De los ingresos de este magisterio derivó su discreto y poco exigente *modus vivendi*. «Dicta apenas las clases que le permiten vivir cómoda y sencillamente, y que le dejan tiempo necesario para sus lecturas y sus estudios», escribió por los años cuarenta su amigo el poeta de «Piedra y Cielo» Carlos Martín.⁵

El nombre de Carrillo principió a conocerse a finales de la década del treinta en las páginas de *El Siglo*, el belicoso vocero del partido conservador dirigido por Laureano Gómez. En los *Lunes de El Siglo*, una columna que sostuvo con alguna regularidad a lo largo de todo el año de 1939, discutió libros, ideas y querellas culturales. Quería hablar de la actualidad filosófica, del ascenso de la fenomenología y de la caída del positivismo, del colapso de los sistemas y de la postración de los supuestos racionalistas ajenos a la voluntad y a la emoción. Aquellos artículos, que se debaten entre la reflexión y la recensión bibliográfica, entre la digresión y el pretexto à la Simmel, dejaban ver a un joven escritor deseoso de crear un clima de afirmación y crítica entre los lectores. «Carrillo es uno de los jóvenes derechistas más destacados», escribió en marzo de 1939 el redactor de una difundida revista de la capital.⁶

5 Carlos Martín, «Rafael Carrillo» [entrevista], *El Tiempo*, Bogotá, abril de 1946?

6 *Estampa*, Bogotá, marzo 18 de 1939, p. 8. Carrillo evitó el tema político en sus notas, pero en algunas de ellas, en la dedicada a la *Idea de la hispanidad* de Manuel García Morente, dejaba ver su velada hostilidad por las revoluciones y el ascenso de las masas en los destinos de las naciones modernas, como fue el caso de la guerra civil española, la «más cruenta que ha visto en todo tiempo el área peninsular». Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos*, pp. 64–65 y 68.

Sus simpatías estaban con Ortega, Scheler, Husserl y Hartmann y sus aversiones con el legado de Comte, Spengler y Marx, de quien escribió que solo poseía «un mínimo de originalidad». ⁷ También aquellas notas dejaban traslucir el conservadurismo espiritual de su mirada y la rudeza de sus prejuicios. Haciendo eco de antiguas y bien enraizadas creencias, escribió que la mentalidad femenina carecía de capacidad filosófica. No conocía la facultad de la abstracción. La mujer solo es capaz de captar las cosas evidentes, manifiestas y palmarias, la más acabada corporeidad; «llegada a la alta esfera de las ideas abstractas, se envuelve en vértigo y cae». Además, su mente difícilmente alcanza a advertir fragmentos de lo real y, como la filosofía persigue ante todo la totalidad, el gran acto reflexivo le está negado a la mitad de la humanidad. «Por eso precisamente la historia no conoce un caso de mujer que haya filosofado». ⁸

Los *Lunes*, un eco lejano de los *Lundi* parisinos de Sainte-Beuve, mostraban a los lectores de *El Siglo* a un autor enterado en asuntos de filosofía que presentaba alguna familiaridad con los antiguos y los modernos. Carrillo hablaba de los griegos y parecía conocerlos. No es fácil saber cuánto había leído de Platón y Aristóteles, pero al cotejarlo con sus compañeros de generación —Cayetano Betancur, Nieto Arteta, Vélez Sáenz y Naranjo Villegas, Danilo Cruz Vélez no aparecía todavía por aquellos lares—, era claro que tenía conciencia de que no se podía ser filósofo si no se había arreglado cuentas con el asunto griego. De allí provenía todo, y quien lo obviara o pretendiera cubrirlo furtivamente a través de la fácil y animada literatura secundaria, dejaba ver los vacíos en cualquier momento. Nada reemplazaba el estudio de Grecia; sustituirlo por las páginas de las historias generales de la filosofía, era «como si

7 Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos*, p. 39.

8 *Ibid.*, p. 37. Años después, cuando un grupo de mujeres manifestó interés por el Instituto de Filosofía y Letras bajo su dirección, cambió sus juicios al respecto. Ahora pensaba que la filosofía nada tenía que ver con los asuntos de género: era solo un problema de «ambiente y dedicación». Ver el reportaje concedido a *El Liberal* de Bogotá el 4 de marzo de 1946.

uno se hiciera masticar la propia comida por otro».⁹ Por el año de 1939 fue su encuentro con el joven Cruz Vélez, quien terminaba su bachillerato en Manizales y se dirigía a Bogotá para emprender sus estudios universitarios. «Carrillo —recordó Cruz Vélez más tarde— era ya un joven maestro que se movía en la filosofía como en su propia casa. Con él hice las primeras excursiones serias por el mundo de los libros. Además de las obras de Ortega, él conocía ya casi todos los libros importantes de filosofía salidos de las prensas españolas».¹⁰

3

Las notas de *El Siglo*, de no más de cinco cuartillas, estaban escritas en un lenguaje controlado. El afán pedagógico del autor era evidente. Cuando hablaba de los pensadores de habla española la escritura se hacía fluida y a veces juguetona, pero cuando abordaba un libro traducido la frase vacilaba, perdía naturalidad y tendía a hacerse brusca y en ocasiones torpe. Carrillo se cuidaba de los neologismos y evitaba la tradicional retórica de los aficionados a los temas filosóficos. Era evidente que quería dejar atrás la improvisación y el estilo brillante, impreciso y hueco del *dilettante*. Para él la filosofía era un pensar estricto, riguroso, guiado por una reflexión crítica siempre atenta a las flaquezas metodológicas que orientan el conocimiento de las cosas. Y cuando se sintió con más fuerzas y mayor seguridad en la escritura, superó el artículo y se aventuró por los caminos del ensayo que permite un examen más detallado de los elementos en cuestión. Este fue el caso de las 17 entregas de los *Lunes* que publicó durante la segunda mitad de 1939, bajo el sugestivo emblema, «Un nuevo problema filosófico».¹¹

9 Arthur Schopenhauer, *Fragmentos sobre la historia de la filosofía* (Buenos Aires: Aguilar, 1966), p. 39.

10 J. L. Lora Peñalosa, «Diálogo con Danilo Cruz Vélez», *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. XIII, n.º 2, 1972, pp. 9-10.

11 En la edición de los *Escritos filosóficos* de la Universidad de Santo Tomás, este largo ensayo sufrió un molesto empastelamiento. Allí solo se registran 14 entregas, pero

En sus páginas examinó con algún detalle las condiciones de la reflexión filosófica del siglo xx. Si para Kant la tarea de la filosofía se reducía a la fundamentación del conocimiento científico, para los pensadores de nuestros días incluye eso y mucho más. Ahora la filosofía se ha volcado sobre ella misma dando lugar a una filosofía de la filosofía, a una ciencia autofundamentadora que exige de sí respuestas acerca de sí. Las ciencias de la cultura, desconocidas en el siglo xviii, se han afirmado en los últimos años y, como la filosofía es parte de ellas, sus cultivadores han tenido que volver la mirada sobre su propio trabajo. Siguiendo a Nicolai Hartmann, el «verdadero problematizador de la historia de la filosofía» y uno de los espíritus que «mejor representan la modernidad filosófica», este giro ha puesto en cuestión la concepción misma de la historia de la filosofía como mero registro de las ideas que han desfilado en el pasado. Ahora es necesario asumir su desarrollo como el estudio de las preguntas y respuestas dadas a los grandes enigmas, esto es, como una historia de los planteos y soluciones acerca del mundo ofrecidos por los pensadores de todos los tiempos. Aquí es donde el nuevo problema filosófico, la filosofía como autorreflexión, despliega toda su energía y muestra sus enormes posibilidades, pues «solo cuando la filosofía se ilumine ella misma podrá pasar a iluminar problemas que están situados fuera de sus problemas peculiares».¹²

En 1940 Carrillo interrumpió sus colaboraciones en *El Siglo*. Quería emprender trabajos más extensos acordes con la revista especializada. Las limitaciones de espacio en los periódicos impedían el examen detallado de los problemas y el público exigía demasiadas concesiones en la expresión y el lenguaje. Durante los años cuarenta solo regresaría esporádicamente al diario de Laureano Gómez para reseñar un libro o trazar el perfil de un autor. Sin embargo, a principios de 1944 difundió en sus páginas

al cotejar sus páginas con los originales de *El Siglo*, se encuentra que la entrega n.º 15 está unida a la 13 y que a la 16 y la 17 están incorporadas a la 14.

12 Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos*, p. 126.

las primeras secciones de un ensayo, cuyo título «La rebelión contra los sistemas», recordaba el conocido texto de Ortega sobre las masas. Su objetivo era explorar la reacción de los pensadores contemporáneos —Husserl, Scheler y Hartmann— contra las construcciones sistemáticas al estilo de Kant, Hegel y Santo Tomás. A su juicio, lo que distingue a unos y a otros es el empleo de las intuiciones a lo largo de la indagación filosófica. Dos actitudes y dos consecuencias. Mientras que para los constructores de sistemas los actos intuitivos son considerados como recursos absolutos y puntos terminales, para los pensadores asistemáticos las intuiciones son hipótesis abiertas siempre susceptibles de modificación. Estos últimos, que contaban con el apoyo entusiasta de Carrillo, avanzan por el camino de las aporías, de los interrogantes y las dificultades sin término, listos en todo momento a renunciar a sus hipótesis con el fin de que otras ocupen su lugar. «Es preferible —escribió— la tarea reposada, paciente con que se entrega Husserl a la meditación, a la premura con que Hegel traza los planos de su construcción filosófica». De allí el éxito de la fenomenología en las ciencias particulares, que como en el caso de Werner Heisenberg se han acercado a ella en busca de seguridad y apoyo.¹³

Carrillo no terminó el ensayo sobre «La rebelión». Lo interrumpió a la altura de la cuarta entrega, cuando anunciaba el tratamiento de Hegel. En una ocasión fue interrogado acerca de los motivos de aquella decisión, a lo cual respondió con la sentencia de Terenciano Mauro: *Habent sua fata libelli*, los libros tienen su destino!¹⁴ Si en su estado actual y con un final todavía por averiguar se dejaba leer ¿qué razón existía para que el futuro le fuera adverso? Pero el hecho real es que esta apatía inmoló «La rebelión». A pesar de la importancia del tema estudiado, sus páginas apenas han sido examinadas por los filósofos. Su contenido es confuso y a veces indigesto, las secciones no están enlazadas orgánicamente y sus temas avanzan con lentitud en medio de un

13 *Ibid.*, pp. 242 y 253-54.

14 Entrevista con R. J. Salazar Ramos en *Ibid.*, p. 20.

estilo opaco y pesado que socava la paciencia del más esforzado y piadoso lector.

A partir de 1944 Carrillo empezó a trabajar en una nueva temática: la filosofía del derecho. Sabemos que había tenido un temprano acercamiento a la jusfilosofía durante los años de estudiante, pero solo ahora comenzaba a tomarla en serio. La atmósfera era por lo demás muy favorable; las nociones de norma, regla y estatuto jurídico estaban por todas partes. El presidente López Pumarejo había impulsado en 1936 una reforma constitucional, un nuevo Código Penal y una intrépida y discutida ley de tierras. En los años siguientes, el presidente Santos y su ministro de gobierno el jurista Carlos Lozano y Lozano se habían comprometido con una reforma del Código Civil que tuvo amplia acogida entre los civilistas de mayor lustre y las Facultades de Derecho más prestigiosas del país. Además, todos los colombianos interesados en la filosofía habían pasado por una escuela de leyes, las instituciones universitarias más afines a las humanidades. A ello se sumaba el magisterio occidental de Hans Kelsen, el pensador que ostentaba el marco de referencia más comprensivo y acabado para el estudio del derecho.

En medio de este clima irrumpió en el campo jurídico con resultados inmediatos. A finales de 1944 entregó a la revista *Universidad Nacional de Colombia* un ensayo en dos partes cuyo título anunciaba una tensión socio-filosófica: «El ambiente axiológico de la teoría pura del derecho». La primera parte estaba dedicada a exponer la teoría de los valores de Scheler y la segunda a mostrar los fines que nutren el pensamiento de Kelsen. En aquella exploraba los fundamentos de la axiología, el campo delimitado por Eduard von Hartmann para discurrir sobre lo valioso y estimable, y en ésta el entorno que rodeaba la teoría pura del derecho. Para el estudio de las contribuciones de Kelsen partía de un axioma de la sociología del saber: la teoría pura del derecho «es una teoría determinada por la atmósfera general del tiempo en que apareció». Y a veces extremaba su sociologismo hasta llegar a escribir que si él no hubiera aportado a la cultura

jurídica aquella teoría, otro lo habría hecho, pues los hombres son mera casualidad cuando las condiciones están maduras para el surgimiento de un hito cultural.¹⁵

El éxito del pensador austríaco en la esfera científica —señaló Carrillo— reside en haber logrado una delimitación precisa, «pura», del objeto del derecho. Antes de él los estudios jurídicos constituían un campo anegado de enfoques biológicos, psicológicos, teológicos y morales en disputa. Su empresa consistió en integrar estos énfasis en un discurso coherente y sistemático; en una esmerada labor de «depuración» de los tradicionales ingredientes político-subjetivos que impedían el desarrollo de una verdadera ciencia del derecho. Desde un principio Kelsen se propuso determinar qué es y cómo se forma el derecho, sin preguntarse cómo debería ser o cómo debería formarse. Siguiendo esta vía redujo la noción de derecho al sistema de normas que regulan la conducta recíproca de los hombres. ¿Pero de dónde provienen estas normas y qué es lo que al final les confiere validez? Ellas emanan, según Kelsen, de la «norma fundamental», el núcleo último que sostiene la arquitectura jurídica de toda sociedad. Y aquí es donde Carrillo introdujo su discusión de los valores. Si el precepto jurídico se alimenta de un mandato originario que se satisface a sí mismo, que no deriva de ningún otro, este mandato no es ajeno al deber ser. La misma afirmación kelseniana de que el derecho es un orden para promover la paz, indica que el sistema de normas es un universo referido a valores. La teoría del derecho positivo no es, por lo tanto, tan neutral y «pura» como inicialmente lo pretendía su progenitor. En ella se mueven con libertad ideales que la refinada elaboración conceptual del gran jurista no logró expulsar de su marco teórico.

15 Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos*, p. 290. Para un examen del uso que hace Carrillo de Scheler, ver J. Vélez Sáenz, *Del derecho a la filosofía* (Bogotá: Universidad Santo Tomás, 1989), pp. 182–86; y la reseña de Danilo Cruz Vélez de «El ambiente axiológico» publicada en *Universidad Nacional de Colombia*, n.º 9 de 1948, p. 258.

Con la publicación de «El ambiente axiológico», el nombre de Carrillo se afirmó en los medios ilustrados de la capital. Los interesados en la filosofía discutieron sus escritos y las revistas empezaron a trazar los primeros perfiles de su carrera intelectual. «Carrillo ha realizado ya una continuada labor de divulgación de la filosofía contemporánea y ha publicado estudios que lo colocan en uno de los primeros lugares de Colombia», apuntó Nieto Arteta en una entrevista.¹⁶ Y por su lado la revista de la Universidad Nacional hizo por aquellos años una elocuente presentación de sus logros filosóficos:

Después de haber terminado sus estudios en el Liceo Celedón de Santa Marta, [Rafael Carrillo] ingresó en la Facultad Nacional de Derecho y Ciencias Políticas de Bogotá. Hizo los años reglamentarios de esta carrera, pero desde el principio le dominó más bien el estudio de la filosofía y de las letras. Después de varias lecturas literarias, se apasionó también por la filosofía y todo lo que con esta disciplina se relaciona. En los mismos años en que tomara en serio su vocación, llegaban a Bogotá por primera vez, las traducciones de las más importantes obras de la filosofía alemana en *Revista de Occidente*, divulgando en ellas las corrientes del pensamiento moderno. Dada la poderosa influencia de estos autores recientes, no fue casualidad que ingresara inmediatamente dentro del movimiento fenomenológico que impera en la actualidad. Reconoce en José Ortega y Gasset su iniciador en la filosofía alemana y en el filósofo argentino don Francisco Romero una amistad cada día más incitante al estudio y a la meditación filosófica.

Entre sus trabajos de filosofía pura está «Un nuevo problema filosófico», además de un ensayo que viene publicando sobre «La rebelión de los sistemas». También trabaja ahora en un estudio sobre «El descubrimiento de la persona en la filosofía alemana».¹⁷

16 Guillermo Payán Archer, «Habla el profesor Luis Eduardo Nieto Arteta» [entrevista], *El Liberal*, Bogotá, noviembre 12 de 1946.

17 *Universidad Nacional de Colombia*, n.º 1, octubre de 1944, pp. 467-68.

Ahora cumplía 38 años y estaba lleno de proyectos. Su mente no parecía conocer el reposo. Estaba en su mejor momento. Cuando los lectores se iniciaban en la lectura de «El ambiente axiológico», Carrillo entregaba a las prensas de la Universidad Nacional el anunciado estudio sobre la filosofía de la persona. En 1945 publicó cinco capítulos, en 1946 dos más y una esperanzadora nota de pie de página anunciaba que le seguirían otros en las próximas entregas de la revista del *Alma Mater*.¹⁸ Este nuevo trabajo continuaba las discusiones desarrolladas en «El ambiente axiológico», pero ahora el marco de referencia y la materia tomaban un rumbo diferente. El versátil Max Scheler seguía presente, pero ya la figura de Martin Heidegger y los enfoques del jusfilósofo Gerhart Husserl, hijo del fundador del método fenomenológico, dominaban las discusiones y el tratamiento de los temas.

Los capítulos de «La filosofía del derecho como filosofía de la persona» siguen, aparentemente, el orden de un texto general de filosofía del derecho. Las primeras secciones anuncian el objeto de este campo especial de la filosofía y sus relaciones con las demás disciplinas jurídicas. A continuación el lector se encuentra con una reflexión sobre la jurisprudencia, el terreno aplicado de los juristas, para regresar nuevamente a los debates del primer capítulo y subrayar la conocida referencia del derecho a los valores. Aquí termina el ensayo, la continuación anunciada en la última entrega jamás salió y posiblemente nunca se escribió. Este era el ordenamiento formal del trabajo, pero su contenido real era otro bien distinto. Lo que en verdad quería Carrillo era exponer, con

18 *Universidad Nacional de Colombia*, n.º 5, enero-marzo de 1946, p. 21. Nuevamente aquí, la edición de los *Escritos filosóficos* de Carrillo le juega una mala pasada al lector. El volumen solo incluye los primeros cinco capítulos de la «Filosofía del derecho como filosofía de la persona». El sexto y el séptimo fueron dejados de lado. Quien desee conocerlos, tendrá que volver sobre la revista *Universidad Nacional de Colombia* n.º 5 de 1946. Esta extraña obliteración no termina aquí. Los *Escritos* tampoco incluyen las útiles notas aclaratorias que precedían las entregas originales del ensayo. Estas notas registraban los autores seguidos en el texto y anunciaban los temas tratados en cada uno de los capítulos. Constituyen una excelente guía para alcanzar una mejor inteligencia de los objetivos y del contenido que nutrían la redacción del trabajo.

«puntos de vista originales», el objeto de la filosofía jurídica.¹⁹ Para ello tomó un sinuoso rodeo socrático en pos de la «esencia» del derecho, de sus rasgos puros y universales. En el transcurso de este atajo, desecha ideas y tradiciones intelectuales, plantea preguntas y ofrece múltiples negaciones y refutaciones. Nada de lo hecho en el pasado parece satisfacer al joven jusfilósofo. Entre tanto las páginas pasan y los lectores sienten que el autor vacila y no se decide a comenzar la exposición del programa sugerido en la nota introductoria.

Pero al fin llega el capítulo v —«El derecho como resultado del *estar-en-el-mundo*»— y Carrillo se apropia de su tema. Nuestro autor quiere una filosofía que dé cuenta de todos los aspectos del derecho. Desea superar la teoría pura de Kelsen recluida en el ser de la norma, por un marco de referencia que no se olvide de los fines, del sentido de los preceptos. «Creemos indispensable —escribió— una reintegración de todos los temas jurídicos en una filosofía del derecho universal», esto es, en una filosofía que responda por la ontología y la axiología jurídicas.²⁰ Cree hallar la respuesta adecuada en la filosofía de Heidegger. Si existir es estar en el mundo circundante, junto a los demás hombres, la plena realización de la persona exige la presencia de una entidad que rija la conducta de los actores. Hay que hallar un recurso mediante el cual cada uno actúe, no hasta donde llegue su poder, sino hasta donde no impida la afirmación de los otros. Y ese expediente es el derecho, «algo que el hombre hace para hacerse a sí mismo». El derecho resulta en la mente de nuestro jusfilósofo en un intermediario entre la persona y su realización, en la condición última y sin la cual no se logra la humanidad plena. De allí los valores de justicia, orden y libertad que nutren el orden jurídico de nuestro tiempo. Difícilmente se encontraría una glorificación mayor de las bondades de la ley en la cultura moderna.

19 Universidad Nacional de Colombia, n.º 3, Bogotá, junio-agosto de 1945, p. 9.

20 Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos*, p. 317.

4

Después de la aventura heideggeriana, Carrillo y sus amigos comenzaron a aunar esfuerzos para la normalización de los estudios filosóficos en el país. Siguiendo el ejemplo de otras naciones latinoamericanas, Argentina y México especialmente, se dieron a la tarea de fundar una publicación periódica, la *Revista Colombiana de Filosofía*, una asociación, la Academia Colombiana de Filosofía, y un Instituto para la enseñanza del saber reflexivo *par excellence*. Solo este último proyecto arraigó en el medio; los dos primeros murieron al poco tiempo. Con la llegada del dinámico Gerardo Molina a la rectoría de la Universidad Nacional en 1944, se crearon las condiciones para la institucionalización de la enseñanza de la filosofía en Colombia. Desde un principio el rector, un año mayor que Carrillo, se propuso cambiar la vieja estructura tripartita de los estudios superiores —medicina, ingeniería y derecho— por una organización más laxa que diera cabida a las humanidades y a las nuevas disciplinas científicas. «Es extraño —anotó Molina en su informe rectoral de 1946— que hoy no podamos ofrecerle a un joven que quiera estudiar matemáticas puras la posibilidad de hacerlo, pues solo encuentra las que se relacionan con la profesión de ingeniero».²¹ De este esfuerzo transformador surgieron tres Institutos que a los pocos años se convirtieron en Facultades autónomas: el de Psicología Aplicada adjunto a la Facultad de Medicina y los de Economía y Filosofía y Letras adscritos a la Facultad de Derecho. Al frente del primero estuvo la española transterrada Mercedes Rodrigo, el segundo fue dirigido por Antonio García y el tercero por Rafael Carrillo. La dirección de este último le había sido ofrecida inicialmente a Nieto

21 Gerardo Molina, *Testimonio de un demócrata* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1991), p. 306.

Arteta, compañero de lides políticas de Molina en los años treinta, pero la rechazó por temor a perder su puesto en la Cancillería.²²

El Instituto de Filosofía y Letras abrió sus puertas en marzo de 1946 y a finales de 1949 se graduaba la primera generación de estudiantes. La labor de Carrillo y de sus asociados alcanzó el prodigio. Formar filósofos en un medio que carecía de filósofos no era tarea fácil. Los recursos humanos de la capital eran precarios y la Universidad no ofrecía una carrera académica segura. Como se ganaba el puesto se lo perdía. Con las dificultades que cabe imaginar, Carrillo se hizo a un abigarrado grupo docente con las más diversas experiencias. Junto a su amigo Cruz Vélez se encargó de la enseñanza del legado griego y de las introducciones a la filosofía. Nieto Arteta y Cayetano Betancur enseñaron Lógica, Naranjo Villegas Ética y el austríaco Victor Frankl Epistemología. Para los cursos de ciencias se contó con el médico Andrés Soriano Lleras y los ingenieros Belisario Ruiz Wilches y Eduardo Gamba Escallón. El latín y el griego fueron atendidos por el suizo Louis V. Ghisletti, el francés André G. Pinson y los colombianos Julián Motta Salas y Eduardo Amaya Valencia. El jamaiquino Howard Rochester dio clases de Literatura Inglesa y Jaime Jaramillo Uribe atendió las cátedras de Sociología e Historia de la Pedagogía. El español José de Recaséns y el alemán Rudolf. Hommes cubrieron los temas de Historia Antigua y Moderna, y el profesor Rudolf. Wilhelm, antiguo rector de un Gimnasio de Baviera, enseñó alemán por varios años. A ellos se unieron el polaco Casimiro Eiger con cursos de Literatura Francesa, el español Pedro Urbano González de la Calle con clases de Literatura Latina y el colombiano Jaime Vélez Sáenz, ahora portador de un doctorado en filosofía de la Universidad de Notre Dame (USA), con seminarios de Filosofía Moderna. En la selección de los maestros, Carrillo puso particular atención en que los mentores, además de su especialidad, portaran una apreciable cultura general. Era «el modo de hacer que los

22 Gonzalo Cataño, «Luis E. Nieto Arteta: filosofía y docencia universitaria», *Gaceta Colcultura*, n.º 12-13, Bogotá, julio-agosto de 1977, p. 60.

estudiantes sean incitados a la investigación individual y a la voracidad por allegar conocimientos. Es decir, por la formación de una cultura completa». ²³

El Instituto contó con el entusiasmo y el respaldo de las directivas universitarias. Al fin el país tenía un centro para «los estudios no utilitarios» que equilibrara la «malsana inclinación al profesionalismo». ²⁴ El objetivo era formar personas cultas que conocieran las ideas de su tiempo y las del pasado a fin de alcanzar una representación acabada de la experiencia humana. Si la física suministraba la imagen material del mundo, la biología su vida orgánica, la historia el proceso de la especie humana y la sociología la estructura y funcionamiento de la sociedad, la filosofía tenía a su cargo «el plano del universo». ²⁵

Este fue el aliento del grupo que afrontó la formación de los primeros filósofos colombianos. Pero las dificultades no se hicieron esperar. Con la llegada de Ospina Pérez al poder y la agudización de las tensiones políticas que siguieron al 9 de abril de 1948, los sectores más radicales del partido conservador, dirigidos por Laureano Gómez y sus hijos Álvaro y Enrique, emprendieron una campaña contra las reformas de Gerardo Molina en la Universidad Nacional. *El Siglo*, el órgano que «ha venido luchando por la depuración de la Universidad y por la extirpación del comunismo en Colombia», inició una feroz batalla contra el Instituto, atacando sin piedad a los profesores y a su director. ²⁶ Carrillo nunca se había involucrado en política y ahora se veía asediado por ella. Era una apaciguada mente de derecha, un conservador por temperamento, de aquellos que piensan que la función de los gobernantes es establecer y

23 Para mayor información sobre los primeros años del Instituto, ver la sección a cargo de Daniel Ceballos, alumno de la primera promoción, en el libro de Ingrid Müller de Ceballos, *La lucha por la cultura* (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 1992), vol. I, pp. 152-58. Allí se encuentra el *pensum* y los títulos de algunos libros de filosofía que circulaban entre profesores y estudiantes.

24 Gerardo Molina, *op. cit.*, p. 305.

25 Rafael Carrillo, *Escritos filosóficos*, pp. 220-221.

26 *El Siglo*, agosto 2 de 1949, pp. 1 y 8 (los énfasis son nuestros).

mantener el orden en la sociedad para que los demás, la mayoría, puedan consagrarse a sus labores cotidianas sin mayores tropiezos. Sus antiguos amigos de la casa Gómez no le perdonaron su participación en la modernización de la universidad bajo la rectoría «comunista» de Gerardo Molina. Con sorpresa advirtió que el periódico que había divulgado sus primeros trabajos filosóficos, lo tildaba ahora de marxista y corruptor de la conciencia de los jóvenes. Una mañana de julio de 1949, cuando transcurría el cuarto año del Instituto, se halló con una cólera embestida en la primera página de *El Siglo*:

Una violenta campaña anticatólica, orientada y dirigida por decanos y profesores de las facultades se ha venido adelantando en la Universidad Nacional [...] Profesores comunistas orientan y dirigen la enseñanza; atacan en forma inmisericorde a todo aquel que trate de enfrentárseles; la cátedra libre tan traída y llevada por el Partido Liberal es un mito; la educación confesional izquierdista es una realidad; y la persecución al estudiantado conservador y católico es permanente y continua.

Desde el arribo de Gerardo Molina a la rectoría de la Universidad Nacional, se inició una era de corrupción y de desmoralización del estudiantado. Profesores de reconocidas ideas comunistas, tales como Antonio García, Nieto Arteta, [Carlos] Restrepo Piedrahita, Francisco Socarrás, Carlos H. Pareja, Andrés Soriano Lleras, Diego Montaña Cuéllar, Danilo Cruz Vélez, Juan Francisco Mújica, Rafael Carrillo y otros muchos más, orientan la educación de la Universidad dentro de un estricto dogma izquierdo-marxista, haciendo de la libertad de cátedra una mentira y dirigiendo de una manera demagógica y convirtiéndola en tribunas de la más vulgar propaganda política.²⁷

27 *El Siglo*, julio 28 de 1949, pp. 1 y 2. Esta tensión externa encontró eco en un conflicto interno asociado con el «caso Frankl». Victor Frankl, un profesor de origen vienés radicado en el Paraguay, donde enseñaba historia de la filosofía, había manifestado interés en venir a Colombia. Dada la carencia de profesores con formación filosófica, las directivas de la Universidad Nacional hicieron los arreglos necesarios para que Frankl se trasladara a Bogotá. Era la oportunidad de contar con un docente europeo que atendiera los cursos de filosofía alemana, la tradición que Carrillo quería

Este asedio se habría de agudizar aún más en 1950 con la llegada de Laureano Gómez a la Presidencia. Nieto Arteta sería destituido de su puesto en la Cancillería; la Escuela Normal Superior, de la cual el Instituto había tomado algunos profesores, fue clausurada, y las directivas de la Universidad Nacional sufrieron una callada y persistente «depuración». El Instituto perdió el fervor inicial y a comienzos de 1952 uno de sus colaboradores más dotados, Danilo Cruz Vélez, se fue a Europa a completar su formación filosófica.

5

Una vez publicados los primeros capítulos de la «Filosofía del derecho como filosofía de la persona», Carrillo escribió muy poco, casi nada: el discurso de apertura del Instituto y unas cuantas recensiones bibliográficas. ¡Nada más! En 1947 reunió las dos entregas de «El ambiente axiológico» en un pequeño volumen de 92 páginas y allí terminó su labor de escritor. Su pluma se secó para siempre; una maldición de los dioses parecía haber extraído de su mente todo el capital filosófico acumulado en los años anteriores. ¿Las tareas docentes y las demandas administrativas del Instituto lo alejaron definitivamente de la escritura? Tenía 40 años y la esquivada providencia habría de concederle otros 49. ¡Medio siglo de vida ajena a la escritura y a la controversia filosófica! Algunos

afirmar en el Instituto. Pero al cabo de los semestres el nuevo profesor resultó un fiasco. El austriaco no estaba interesado en Kant, Hegel o Husserl, sino en la «hispanidad» y en la tradición tomista de la cultura latinoamericana, temas que desarrolló en su libro de 1953 *Espíritu y camino de Hispanoamérica*. Parece que en 1949 no se quiso renovar su contrato y los estudiantes se dividieron entre carrillistas y franklistas. En medio de este conflicto, el caballero de Viena estrechó relaciones con *El Siglo* y alimentó una campaña contra la dirección del Instituto, encarnada en «los comunistas Rafael Carrillo y Danilo Cruz». Frankl salió airoso de aquel litigio y fue una figura muy atendida durante los gobiernos de Gómez y de Rojas Pinilla. «Fue un personaje realmente nocivo —recordó años después Jaime Vélez Sáenz—. Quiso ser una especie de filósofo de la dictadura, algo así como un Platón respecto a Dionisios». Ver J. Vélez Sáenz, *op. cit.*, p. 21. Sobre el pensamiento de Frankl, ver R. Sierra Mejía, *Ensayos filosóficos* (Bogotá: Colcultura, 1978), pp. 106-107.

podrían pensar que si hubiera muerto por aquellos días su fama hubiera sido mayor. En los largos años por venir su actividad se limitó a la publicación oral en el salón de clase y al andar y ver por las librerías y cafés bogotanos.

¿Qué ocurrió? ¿Presintió que todo lo escrito carecía de sentido? ¿Que el «nuevo problema filosófico» no era tan nuevo ni tan problemático? ¿Que la «rebelión contra los sistemas» era una sedición pasajera en el pensamiento Occidental? ¿Que la crítica a Kelsen era una falacia? ¿Que la filosofía de la persona nada tenía que ver con el derecho? Los especialistas tendrán, sin duda, que volver sobre estos interrogantes para sugerir las respuestas más adecuadas. Se debe apuntar aquí, sin embargo, que sus mejores trabajos exhiben un espíritu filosófico ejemplar. Carrillo no es allí un exégeta ni un historiador de la filosofía. No está interesado en la exposición de ideas ajenas o en la presentación de una u otra tradición de pensamiento. Sus ensayos más logrados formulan un problema y plantean una solución; delimitan un asunto, estudian sus elementos constitutivos y exploran los tratamientos ofrecidos por otros pensadores. Cuando se interroga sobre la esencia de algo, busca lo que una cosa es. En medio de esta labor interroga, arguye y compara. Su labor se ve facilitada porque siempre parte de un marco de referencia que le permite organizar el mundo infinito de lo real. Unas veces es la teoría de los valores de Scheler y otras el *estar-en-el-mundo* de Heidegger. Sabía que definir adecuadamente un problema es anunciar la manera de resolverlo. Este es quizá su mejor legado, y a sus escritos tendrán que volver aquellos que deseen familiarizarse con una experiencia nacional del pensar teóricamente orientado.

Con la salida de Cruz Vélez, Carrillo se sintió solo y a finales de 1952 renunció a la Universidad y con sus ahorros se embarcó para Alemania, su patria filosófica. Por aquel año habían pasado ya por el Instituto en calidad de estudiantes regulares o en condición de oyentes, hombres y mujeres que después ocuparían posiciones de liderazgo en los campos de la cultura y del ejercicio profesional. Por sus aulas transitaron los lingüistas Carlos Patiño y

Luis Simbaqueba, el historiador y crítico literario Rafael Gutiérrez Girardot, el diplomático Álvaro Bonilla Aragón, el periodista Álvaro Bejarano, el matemático Jesús María Castaño, el abogado Pedro Pablo Morcillo, el poeta Francisco Zuluaga, la profesora de secundaria Rosario Gamboa y las historiadoras Isabel Sánchez y Carmen Ortega Ricaurte. A ellas se unieron el político, periodista y ministro del Trabajo Juan B. Fernández, el analista de asuntos educativos y viceministro de Educación Nacional Daniel Ceballos Nieto y la profesora y traductora Angela Mejía, esposa del renombrado demógrafo Álvaro López Toro. Todos ellos y muchos más conocieron la época «heroica» del Instituto y en medio de las precariedades compartieron sus flaquezas y alegrías.

No sabemos mucho de la experiencia tudesca de Carrillo. Él tendía a cubrirla con un legendario manto de reflexión y estudio. Primero fue, por supuesto, la lucha con el idioma, que había empezado a estudiar en Bogotá con inmigrantes alemanes. «Aquí como allá —le escribió a Jaime Jaramillo Uribe— hay que estudiar el alemán noche y día si se le quiere aprender».²⁸ Al comienzo se radicó en Basilea, pero al cabo de un semestre la halló costosa y poco filosófica. «En Basel la vida es muy cara y se habla un alemán malísimo. Hasta profesores de fama internacional como Karl Barth hablan dialecto en la cátedra. Y, sobre todo, la Facultad de Filosofía no es muy buena. El único profesor que vale la pena oír es Jaspers. Pero únicamente porque es una personalidad interesantísima. Sus conferencias son bastante flojas. Parece que está completamente agotado o desanimado por el ambiente mediocre de Suiza». Este era el balance de la Basilea de Carrillo que Cruz Vélez le hacía a Jaramillo Uribe en agosto de 1953.²⁹ Después de un semestre, el antiguo director del Instituto empacó sus cosas, atravesó el Rhin y se asentó en Heidelberg, donde permaneció hasta su regreso al país en enero de 1959.

28 Correspondencia de Rafael Carrillo con J. Jaramillo Uribe.

29 Correspondencia de D. Cruz Vélez con J. Jaramillo Uribe.

En Alemania Carrillo nunca fue un estudiante regular, ni se sometió a la disciplina de Cruz Vélez en la vecina Friburgo, donde Heidegger acababa de reanudar sus actividades docentes.³⁰ Con liberalidad se inscribió en varios cursos, pero en ninguno de ellos participó activamente. Asistía a las exposiciones de los profesores, tomaba algunos apuntes y escuchaba los debates, pero nunca intervino ni entregó informes escritos a los maestros. Ahora cumplía 46 años, una edad poco propicia para los trajines escolares. En el invierno de 1953 se sintió atraído por un seminario de Hans Gadamer sobre Platón, por uno de Karl Löwith sobre la filosofía del derecho de Hegel y por un tercero de Walter Schülz sobre Kierkegaard y Nietzsche.³¹ Pero también le sedujo uno de Josef Brecht sobre la metafísica heideggeriana y uno más de Kurt Rossmann sobre Kant. No sabemos cuál de estos cursos siguió con alguna regularidad, quizá ninguno. A pesar de este marcado desgano, en Colombia hablaba con orgullo de las conferencias de ética e historia de la filosofía de Karl Jaspers en Basilea, a quien a veces llamaba «mi profesor», y de las charlas públicas de Alfred Weber, el octogenario de Heidelberg, sobre el destino del hombre. El hecho real, sin embargo, es que aparte de su preceptora de alemán, Carrillo no fue discípulo de ningún profesor en Europa. Nunca siguió las orientaciones de un maestro ni sometió su aprendizaje a evaluación alguna. Como el *flâneur* de los franceses, el paseante sin prisa que se abandona a las impresiones del momento, observaba, escuchaba y consignaba en su interior las más diversas impresiones que provenían del medio, pero allí, como en el pasado, fue siempre un autodidacta. Visitaba las librerías, leía en los cafés, enriquecía su alemán y observaba el fluir cotidiano de los modos de vida germanos que circundaban su vagabundeo. Alquiló un cuarto en una modesta casa de familia del centro de la ciudad y,

30 Ver J. L. Lora Peñalosa, «Diálogo con Danilo Cruz Vélez», pp. 13-14.

31 Durante los años sesenta la revista *Eco* difundió dos trabajos de Schülz, uno sobre Hegel y otro acerca de la razón y la libertad en Fichte. La traducción de este último era de Carrillo.

como en Bogotá, vivía en la más rigurosa austeridad. *Sehr primitiv, sehr primitiv*, muy primitivo, muy primitivo, exclamó Frau Kisker, su profesora de alemán, al conocer el domicilio.

Pero contra lo esperado y nunca soñado en la lejana Colombia, Alemania le ofreció una sorpresa que marcó el resto su vida. Allí conoció el amor. En la residencia intimó con Edith Clemens, una joven «viuda» de treinta años. Su esposo había ido al frente Oriental y jamás se había tenido noticia de su suerte. De este encuentro nació su hijo Rafael, la fuente de sus alegrías en los años por venir. El niño creció y parecía llenar el corazón del padre. «Estuve varios días en Heidelberg con Carrillo y familia —le escribió Cruz Vélez a Jaramillo Uribe en 1956—. El chico es muy simpático, el vivo retrato del padre».³² Pero las palmas no duraron mucho tiempo. A los pocos años el esposo de Edith resucitó y se asentó en sus antiguos pagos. Carrillo debió salir y, como el intelectual de Alfred Weber y de Karl Mannheim, regresó a su estado inicial, esto es, a una existencia desvinculada, libre, flotante, sin ataduras, aunque jamás olvidaría a la señora Clemens y a su hijo.

Los viajes europeos de Carrillo fueron pocos. Cuando estuvo en Basilea visitó Lucerna y con Cruz Vélez conoció algunos pueblos de la Selva Negra. Con el paso de los años peregrinó por las ciudades del Rin cercanas a Heidelberg y en una ocasión viajó hasta Colonia pasando por Maguncia. En 1955 fue a Italia y aunque no conocemos su ruta, sabemos que estuvo en Roma. Conoció bien la aledaña Mannheim donde hacía amistades y compraba sonrisas femeninas. Su Europa espiritual no era muy grande; apenas superaba las fronteras de la venerada Alemania. Entre tanto la rutina de Heidelberg agotó las novedades y el llamado de la tierra se hizo cada vez más fuerte. Además, los recursos comenzaron a escasear no obstante que eran buenos al comienzo. Llegó 1958 y con él un atractivo ofrecimiento de la Universidad Nacional para retornar al país. La oferta incluía el pasaje de regreso y el nombramiento de profesor de tiempo completo. Su amigo Mario Laserna, que había

32 Correspondencia de D. Cruz Vélez con J. Jaramillo Uribe.

estado en Heidelberg, era ahora rector, y Jaime Jaramillo Uribe, uno de sus corresponsales más diligentes, ocupaba la estratégica Secretaría General del *Alma Mater*. Al momento organizó sus maletas y en enero de 1959 salió de Alemania vía Génova, donde tomó el barco que lo llevaría a Barranquilla. Cruz Vélez haría otro tanto. Había recibido una halagadora invitación de la Universidad de los Andes para asumir las cátedras de Filosofía en el recién creado Departamento de Humanidades.

6

Después de seis años europeos, germanos más bien, Carrillo regresó a Colombia cargado de libros en alemán. Retornó a su antiguo Instituto, transformado ahora en Facultad de Filosofía y Letras. No traía consigo muchas novedades ni un proyecto intelectual claro. En Alemania había sido un observador pasivo de la filosofía y de las controversias intelectuales. Al comienzo ofreció cursos de Filosofía Griega y después abordó algunos hitos del período moderno: algo de Descartes, un poco de Kant y de Hegel, y años más adelante Husserl y la fenomenología. Su método de enseñanza era simple y nada estimulante. Entraba al salón, abría el texto objeto de estudio, leía un pasaje, lo comentaba y a veces sugería preguntas. Era una exégesis quieta, sin brío, una lectura ajena a la investigación personal. No era el comentario de Carrillo, sino la suma de las glosas e interpretaciones ofrecidas por la literatura secundaria. Lo sugerido en clase no estaba respaldado en publicaciones o en debates con la comunidad filosófica. Ahora se comportaba como un docente de la enseñanza secundaria; difundía el conocimiento establecido. Era un profesor de historia de la filosofía, no de planteos filosóficos. Aquel preguntar permanente e inacabado, la filosofía como fuente de problemas de Nicolai Hartmann, había quedado atrás en los lejanos años cuarenta. Ello hizo que no tuviera discípulos de la misma manera que no había sido discípulo de ninguna figura europea. Los jóvenes tomaban año tras año sus cursos para llenar las exigencias

formales del *pensum* y no para seguir sus orientaciones ni ampliar sus investigaciones.

A todo esto contribuyó el nuevo clima de la filosofía en Colombia. A su llegada otras tradiciones de pensamiento, escuelas y doctrinas habían ganado la atención de los estudiantes y de los profesores más jóvenes. La filosofía francesa con Sartre y Merleau-Ponty a la cabeza, se estudiaba con gran curiosidad. A ello se sumó la irrupción del marxismo en el escenario académico durante los años sesenta y setenta. A continuación vino la Escuela de Francfort y la Filosofía Analítica, versiones todas muy ajenas a los intereses de Carrillo. Después llegó la filosofía de la ciencia, ese heterogéneo campo que los filósofos compartieron con los matemáticos, los sociólogos y los historiadores. Esta «moda» cedió su preeminencia ante la irrupción de la ética y la filosofía política, los énfasis filosóficos fin de siglo. Ante estas corrientes Carrillo se sintió perdido. El marxismo le era francamente adverso, y a pesar de su temprano interés por el conocimiento científico, nunca tuvo el coraje necesario para estudiar los epistemólogos de la segunda mitad del siglo xx. Scheler, Cassirer y Ortega estaban demasiado arraigados en su mente como para cambiarlos por Popper, Kuhn y Lakatos. Compró los libros de todos ellos, pero hacerlos suyos a través de lecturas sistemáticas era asunto distinto. Ello hizo que se marginara y se refugiara en sí mismo y optara por la plácida ociosidad de los cafés bogotanos. Nunca tuvo problemas con los estudiantes a quienes siempre trató con la atención y benevolencia sugeridas por los mejores textos de pedagogía. Y los alumnos lo respetaban. En su amable y lejano profesor, que se gastaba cierta majestad, veían al representante de la época heroica de la filosofía que además se había atrevido a hacer el temerario peregrinaje alemán.

A comienzos de la década del sesenta encontró, sin embargo, un nicho intelectual en la revista *Eco* patrocinada por el gran librero bogotano de Berlín, Karl Buchholz. Allí volvió sobre la escritura en forma indirecta. Durante el decenio de los sesenta, los más germanos de *Eco*, publicó no menos de 30 traducciones de ensayistas de lengua alemana sobre filosofía, ciencia, sociología y

literatura. Trasladó al castellano trabajos de su «profesor» Schülz, de Cassirer, Werner Jaeger, Paul Tillich, Arnold Gehelen, Max Born, Werner Heisenberg, Erwin Schrödinger, Max von Laue, Gottfried Benn y, algo extraño, de Lukács. Pero al llegar 1966 abandonó el oficio de traductor. Consideró que era una actividad lesiva para el pensamiento y la escritura autónomas; una labor que perjudicaba el estilo y subyugaba la meditación independiente. Sin embargo, pasaron los años y nunca publicó un ensayo o una reseña bibliográfica en las posteriores salidas de la revista del señor Buchholz. Aquel silencio, que con el tiempo se haría definitivo, no impidió que el editor de *Eco* continuara registrando con singular generosidad el nombre de Rafael Carrillo en el cuerpo de redacción, y esto por casi veinte años, hasta junio de 1984 cuando salió el último número de la «revista de la cultura de Occidente». Al ser interrogado sobre aquella reticencia, respondía que era asunto de tiempo, que su mesa de trabajo estaba llena de papeles, borradores y numerosos apuntes que solo esperaban el momento adecuado para el necesario pulimento. Pero de hecho nada de esto existía, era un autoengaño más en su vida. Sabía que su obra y su contribución a la institucionalización de la filosofía en Colombia eran cosas del pasado y, como él mismo se encargó de subrayarlo en una entrevista, «donde se aleja la pasión se instala la apatía».³³

No obstante la molicie, sintió gran alegría al saber que la Universidad Santo Tomás quería editar sus trabajos en un tomo de la Biblioteca Colombiana de Filosofía. Con empeño se dio a la tarea de revisar las ajadas páginas de *El Siglo* y de las revistas de los años cuarenta para reunir el material que dio lugar a sus *Escritos filosóficos* que tanto hemos citado en este ensayo. El volumen salió en julio de 1986, un mes antes de cumplir los 79 años. A todos sus amigos, parientes y allegados regaló ejemplares con amables dedicatorias. Sabía que el libro era la confirmación última de su participación en la creación de una tradición filosófica en el país, hecho que muchos jóvenes desconocían y que los más viejos tendían a olvidar.

33 Entrevista con R. J. Salazar Ramos, p. 14.

A su regreso al país, Carrillo volvió sobre el antiguo modo de vida. Rentó apartamento baratos y comenzó a llenarlos nuevamente de libros. Europa no había hecho mella en sus usos y costumbres. Continuó con sus amores alquilados, con sus gastos de escasez y con sus votos de pobreza. Multiplicó los ahorros y con ellos viajó a Heidelberg en varias ocasiones para observar los progresos de la descendencia germana. Pasaron los años y su salud era invulnerable. Llegó a los setenta sin limitaciones y se acercó a los ochenta sin dificultades. Entre tanto sus compañeros de generación más jóvenes que le habían ayudado en el Instituto fueron desapareciendo. En 1956 se suicidó Nieto Arteta, en 1982 murió Cayetano Betancur, en 1990 Jaime Vélez Sáenz y dos años después Abel Naranjo Villegas. Nada parecía turbarlo y al momento que se sentía «indispuesto» consultaba al boticario. No obstante el interés por la ciencia, solo tocaba las puertas del cuerpo médico cuando la medicina informal se daba por vencida.

Al sentir los 86 años, consideró pertinente hacer un último viaje a Heidelberg. Quería ver a su hijo, a Edith, al Neckar y repasar las nostalgias de los años cincuenta. Estuvo con los Clemens todo el verano de 1993 y una vez pronunciados los obligados adioses, regresó al país para encontrar que su empuje ya no era el mismo. La edad se le había echado encima; apenas podía caminar y los médicos lo encontraron débil y temieron por su corazón. Su hijo Rafael vino de Europa por unos días y quiso ordenar papeles y tomar noticia de sus cuentas. Pero con sorpresa encontró que los ahorros del padre no existían por parte alguna. Una joven que lo frecuentaba desde hacía varios años se había alzado con las trabajadas reservas del fundador del Instituto de Filosofía y Letras. En 1995 tuvo una nueva recaída y conoció el hospital, y después de una fugaz mejoría, los familiares de su natal Atánquez lo llevaron a Valledupar en busca de un clima más amable. Allí murió plácidamente en la mañana del 17 de julio de 1996. «Parecía inmortal», apuntó una profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional.

INTERCAMBIOS INTELECTUALES

Tocqueville y su amigo Mill

Un libro

El Fondo de Cultura Económica de México acaba de publicar las cartas de Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill en un volumen de elegante y atractivo formato. La edición lleva el año de 1985, fecha que parece insinuar un discreto recuerdo de los 180 años de nacimiento del autor de *La democracia en América*. Contiene 36 cartas, un ensayo de Sainte-Beuve sobre la personalidad de Tocqueville y un apéndice donde se registra el interés del príncipe Albert, el llorado esposo de la reina Victoria, por la figura del pensador francés.¹

No obstante la elegante factura del volumen, el tomo presenta ausencias, descuidos e imprecisiones. La casa editora es consciente de algunas de ellas. En una fe de erratas el encargado de la edición ofrece disculpas por la falta de la c que precede a la q del *Toqueville* estampado en la portada y lomo del libro. Con gracia apunta que ello se debe al «excesivo trabajo» y a los «apremios propios de la estación [el verano]», y que si bien «es una errata suficientemente ligera como para dejarla pasar», es «lo bastante

1 A. de Tocqueville y J S Mill, *Correspondencia* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985), 143 p. Traducción de Hero Rodríguez Toro. Las páginas citadas en el texto remiten a esta edición.

desagradable como para no dejarla sin advertencia ni disculpa». Pero este no es el único descuido de alguna consideración. ¡En las páginas 138-139 aparece, por ejemplo, una carta de Tocqueville de octubre 10 de 1856 contestando a una de Mill de diciembre 15 del mismo año!

Pero hay dificultades aún mayores. No se dice por parte alguna de dónde proceden las cartas. En un engañoso «aviso al lector» de la página 26, se afirma que «Beaumont había publicado solamente nueve cartas de Tocqueville a Mill». Y a continuación se dice que «nuestras referencias remiten a los volúmenes de esa edición». ¿Qué edición? Salvo para el caso del ensayo «Estado social y político de Francia antes y después de 1789», al cual se alude en una de las cartas, en todo el libro no se encuentra una ficha bibliográfica precisa que indique la publicación de las obras de Tocqueville. Además, no se le informa al lector quién fue el señor Beaumont ni qué fue lo que editó y publicó. Ahora bien, si algunas cartas se extrajeron de Beaumont, ¿de dónde se tomaron las demás?, ¿de los archivos de Mill?, ¿de los de Tocqueville?, ¿de las *Oeuvres complètes* de Tocqueville publicadas por el infatigable Jakob P. Mayer y sus colaboradores en nuestros días? Tampoco se encuentra orientación sobre la procedencia de las notas de pie de página que aparecen en el volumen. ¿Pertenece al editor mexicano?, ¿al tan mencionado señor Beaumont?, ¿a los editores del siglo xx de Tocqueville?, ¿a unos y a otros? Ninguna de estas cosas es clara para quienes se han hecho a la *Correspondencia* Tocqueville-Mill publicada por el Fondo de Cultura Económica.

Los editores mexicanos podrían argüir que estas dudas se aclaran con la lectura del texto de Sainte-Beuve que antecede a las cartas. Pero esto no es verdad. El conocido crítico, muerto en 1869, está reseñando una obra en dos volúmenes publicada por un tal Gustave de Beaumont, cuyo título y fecha de publicación no se registra en la *Correspondencia*. Tampoco aparece allí la fecha del ensayo de Sainte-Beuve, excelente en sí mismo como perfil del autor de *La democracia en América*, pero que es totalmente ajeno al contenido del libro que ahora nos ocupa: la relación Tocqueville-Mill.

Sainte-Beuve no menciona, por lo demás, al pensador inglés en todo su escrito y no tenía por qué hacerlo, su asunto era otro bien distinto. En suma, si el lector no tiene información sobre la vida de Tocqueville, o de Mill, se verá irremediadamente perdido. No comprenderá de qué hablaban estos amos del pensamiento liberal del siglo XIX, pues los editores se han guardado toda información al respecto. Nada les dicen a los potenciales usuarios de la *Correspondencia* sobre el encuentro Tocqueville-Mill y menos todavía sobre su amistad o sobre sus afinidades y disensiones en materia intelectual. Nunca se había hecho tan necesario un prólogo a un libro extranjero.

Sin pretensiones de ser un especialista, respondamos algunas de estas dudas. Gustave de Beaumont (1802-1866) fue el compañero de toda la vida de Tocqueville. Con él viajó a Norteamérica en 1831 y 1832 y con él escribió el libro *El sistema penitenciario en los Estados Unidos y su aplicación en Francia*. Después de la muerte de su amigo, Beaumont publicó en 1860, con la ayuda de la viuda de Tocqueville, una serie de cartas y de textos sueltos bajo el título de *Oeuvres et correspondance inédites d'Alexis de Tocqueville*. El libro de Beaumont fue reseñado por Sainte-Beuve en dos entregas de sus populares «Charlas del lunes» en el periódico parisino *Le Moniteur*. La primera apareció el 31 de diciembre de 1860 y la segunda el 7 de enero de 1861. El texto que los editores mexicanos han puesto al frente de la *Correspondencia* es la vieja traducción, refundida y compendiada, de los dos «Lunes» del crítico francés traducidas al castellano a finales del siglo XIX por don Nicolás Stévez.² Las notas aclaratorias que la acompañan pertenecen a los editores modernos de las obras completas de Tocqueville, y más estrictamente al tomo VI dedicado a los correspondientes ingleses.³ Tocqueville conoció a Mill en su segundo viaje a Inglaterra en 1835, y desde un principio los

2 Ver Sainte-Beuve, *Juicios y estudios literarios* (París: Garnier Hermanos, 1899), pp. 255-277. El original francés puede consultarse en C. A. Sainte-Beuve, *Causeries du lundi* (París: Garnier Frères. s. f.), tomo 15, pp. 93-121.

3 Ver Alexis de Tocqueville, *Correspondence anglaise: correspondance de A. de Tocqueville avec H. Reeve et J. S. Mill* (París: Gallimard, 1954), tomo VI de las *Œuvres complètes* compilado por J. P. Mayer.

unió un interés común por la suerte de la libertad y la democracia, los temas dominantes de la filosofía política del siglo XIX.

Si la traducción de la *Correspondencia* parece en general correcta, ella no está exenta de brusquedades. Con frecuencia el lector tropieza con elaboraciones ásperas que se hubieran podido corregir sin mayores esfuerzos, lo que indica que los originales fueron leídos con fugitiva prontitud. Quizá ello también sea fruto de las consecuencias imprevistas de los «apremios de la estación». En la página 50 se lee por ejemplo: «sin embargo os diré que hay en el artículo algo que me ha *placido*»; en la 84: «este estudio condujo al autor a juzgar, según yo»; y en la 138: «soy un gran *apreciador* de vuestro espíritu». Es posible que algunos de estos vocablos los permita el diccionario y la gramática, pero creo que habría un acuerdo en afirmar que son giros de sonido ingrato carentes de toda gracia y distinción. Estas observaciones cobran mayor significado cuando recordamos que tanto Tocqueville como Mill fueron muy cuidadosos en cuestiones de forma, contenido y estilo. En calidad de escritores estéticamente orientados, uno y otro sabían que en asuntos de traducción, «nada causa una pesadumbre mayor a un autor que el verse en un espejo infiel» (p. 67).

La democracia en América

La correspondencia contiene 36 cartas que van desde 1835 hasta la muerte de Tocqueville en 1859. Los temas objeto de discusión son, preferentemente, los intelectuales y políticos, y sus afinidades los lleva a paradójicos cruzamientos. Tocqueville es un estudioso y admirador de la historia y de las instituciones inglesas y su amigo de Londres un fino analista de la cultura gala. El escritor inglés mira con respeto la tradición del pensamiento francés y sigue de cerca las controversias intelectuales de París. «Amo a los franceses» le escribió con entusiasmo a su corresponsal del otro lado de la Mancha (p. 44). Mill estudia con detenimiento a los historiadores Guizot y Michelet, a los escritores Alfred de Vigny y Armand Carrel, lo mismo que a Comte, el fundador de la sociología. Con este

último tuvo, inclusive, estrechas relaciones por algunos años, y en 1865 le dedicó dos extensos ensayos dirigidos a discutir su obra y a delimitar sus identidades y diferencias con el positivismo.⁴

Las cartas comienzan en junio de 1835, en pleno viaje de Tocqueville con Beaumont por Inglaterra, camino de Irlanda.⁵ Al abandonar Londres, Tocqueville le deja a su amigo un ejemplar de la primera parte de *La democracia en América* que acaba de salir de las prensas parisienses. Mill se entrega de inmediato a su lectura y a los pocos días escribe una entusiasta recensión, no exenta de críticas, que aparece en la *London Review*. En estas primeras misivas Tocqueville es el *autor* y Mill un lector fervoroso que no encuentra adjetivo para ensalzar los logros intelectuales de su colega. Entre los dos hay menos de un año de diferencia: Tocqueville nació en julio de 1805 y Mill en mayo de 1806. Alexis domina el inglés y John Stuart habla y escribe un excelente francés. Cuando este último le envía su extensa recensión de *La democracia*, Alexis le responde alborozado: «vuestro artículo [...] contiene más alabanzas [...] de las que yo pudiera desear a un autor». Y con reconocimiento apunta que de todos aquellos que se han ocupado del libro, «sois el único que me ha comprendido *entièrement*. [Además] vuestras críticas [...] instruyen sin nunca herir» (pp. 50-51).⁶

4 Publicados años después con el título de *Auguste Comte y el positivismo* (Madrid: Aguilar, 1972).

5 Algunos pasajes de este viaje han sido traducidos por el profesor Fernando Cubides de la Universidad Nacional de Colombia. Ver Alexis de Tocqueville, *Viajes por Inglaterra e Irlanda* (Bogotá: Departamento de Sociología. Lectura Adicional No. 614. Mimeógrafo). El texto completo se encuentra en A. de Tocqueville, *Voyages en Angleterre et en Irlande* (Paris: Gallimard, 1982).

6 Las recensiones de *La democracia en América* pueden leerse ahora en John Stuart Mill, *Sobre la libertad y comentarios a Tocqueville* (Madrid: Espasa Calpe, 1991). Las palabras de Tocqueville a Mill constituyen una vívida anticipación de las pautas de conducta que deben regir el comportamiento de los científicos sociales respecto del trabajo de los colegas. Durkheim diría algo parecido sesenta años después. Al introducir la sección de reseñas bibliográficas de *L'Année Sociologique*, señaló: «El crítico debe convertirse en el colaborador del autor que estudia, y en un colaborador agradecido; pues por poco que sea lo que quede de un libro es algo ganado para la ciencia». A su juicio, esto era la manera de superar «la concepción corriente que

Aprovechando el calor de los primeros intercambios, Mill explora la posibilidad de que Tocqueville se convierta en colaborador de la *London Review*, ahora bajo su dirección. Después de algunas vacilaciones el francés envía a su amigo «El estado social y político de Francia antes y después de 1789», un notable ensayo que anuncia el contenido del libro que publicará veinte años después: *El antiguo régimen y la revolución*. El trabajo, dirigido a los lectores ingleses para introducirlos en las particularidades de la historia francesa, era un análisis de la organización política y de la estructura de clases anterior a la revolución. Su lógica interna era clara y constituye una muestra del método seguido por Tocqueville como analista social. Intentaba responder a las preguntas, a) ¿cómo era la sociedad francesa antes de la Revolución? b) ¿qué quiso cambiar la Revolución? y c) ¿cómo fue la sociedad después de la Revolución? En pocas palabras, el trabajo seguía de cerca el razonamiento típico del diseño experimental antes-después de las ciencias naturales. La Revolución era una variable independiente que apareció en un momento determinado para promover mutaciones en la estructura de la sociedad. No obstante la lógica implacable del procedimiento, Tocqueville llegaba a conclusiones paradójicas. Si bien era consciente de que la historia no mostraba «una revolución más poderosa, más rauda, más destructiva y creadora» que la francesa, estaba a su vez seguro de que «todo lo que la revolución hizo se hubiese hecho sin ella», pues las cosas que se habían logrado con su concurso estaban implícitas en el pasado, salvo que no se les había dado la oportunidad de alcanzar un desarrollo natural. Pensaba que el embate de 1789 fue solo un procedimiento violento y rápido de un proceso que se venía gestando con inusitado vigor en el antiguo régimen.⁷

hace del crítico una especie de juez que dicta sentencias y clasifica los talentos». Émile Durkheim, *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía las ciencias sociales* (Madrid: Alianza, 1988), pp. 221-22.

7 Ver «El estado social y político de Francia antes y después de 1789», en Alexis de Tocqueville, *Inéditos sobre la revolución* (Madrid: Seminarios y Ediciones S.A., 1973), pp. 261 y 262.

Empero, el esfuerzo no llegó a feliz término. El texto publicado en la revista de Mill era apenas la primera parte: el «antes» de 1789. El «después» nunca fue redactado a pesar de las súplicas de John Stuart. Por aquellos días Tocqueville se había entregado de lleno a la redacción de la segunda parte de *La democracia en América*, y la conclusión del ensayo se fue posponiendo indefinidamente hasta quedar desterrado de su mente. Además, un demonio alojado en lo más profundo de su corazón había comenzado a ganar terreno: la incursión en la política activa. Ninguno de estos sucesos logró, sin embargo, silenciar las páginas de «El estado social y político de Francia». A pesar de su aspecto inacabado, el ensayo portaba un impulso estético que rebasaba el contenido y las explicaciones anunciadas y no suficientemente probadas. Cuando Mill supervisaba la traducción del texto al inglés se vio de momento cautivado por la «claridad y simplicidad» de la escritura de su corresponsal. Era claro que Tocqueville había forjado en él lo mejor de su estilo, ese clima de lucidez y serenidad que ha cautivado a generaciones de estudiosos y que no pocos analistas estarían dispuestos a sugerirlo como modelo de escritura en ciencias sociales.

En abril de 1840 apareció la segunda *Democracia*, y una vez que llegó a manos de Mill su entusiasmo no fue menor que el de cinco años atrás. A los pocos días le escribe: «habéis cambiado el rostro de la filosofía política». Pero el éxito de la primera *Democracia*, cuando se publicaron tres ediciones en un solo año, no se repitió en 1840. El público recibió la obra con frialdad y la tachó de abstracta, teórica y general. Ya no era la descripción llana del caso norteamericano, sino la exposición de una teoría más comprensiva, donde Norte América seguía siendo el marco, pero no el tipo acabado de democracia que a juicio del autor estaba aún por construirse. «Partiendo de las nociones que me proporcionan la sociedad americana y la francesa —le respondió Tocqueville— he querido pintar los rasgos generales de las sociedades democráticas de las que no existe aún ningún modelo concreto» (p. 100). En este momento cobraba mayor fuerza el sociólogo frente al historiador;

ahora su atención se centraba en las relaciones de la democracia con las costumbres, la vida intelectual y la organización política de los pueblos. El analista de lo singular y particular de la primera *Democracia* pasaba a un segundo plano ante la reflexión de un proceso que parecía haberse unido definitivamente a la suerte del mundo Occidental.⁸

En los pueblos de habla española *La democracia* se difundió rápidamente. Siguiendo la modalidad de la edición francesa, en 1837 el español D. A. Sánchez de Bustamante tradujo la primera entrega en dos volúmenes y en 1842 el colombiano Leopoldo Borda vertió la segunda en dos sobrios tomos.⁹ En la Argentina ocurrió otro tanto. Bernardino Rivadavia tradujo parte del libro en el destierro y Sarmiento lo tuvo muy cerca cuando redactaba el *Facundo*, llegando a escribir que «a la América del Sur [...] le ha hecho falta un Tocqueville» que registrara nuestra vida política y revelara a los europeos las particularidades de esta parte del Nuevo Mundo.¹⁰ Las versiones de Sánchez y Borda fueron muy populares entre los colombianos del siglo XIX. Sus traducciones fueron leídas por los hermanos José María y Miguel Samper, por Miguel Antonio Caro, Sergio Arboleda, Salvador Camacho Roldán, Aquileo Parra, Justo Arosemena y Rafael Núñez. Algunos de

8 Suficiente información sobre la recepción e impacto de las dos entregas de *La democracia en América* se encuentra en André Jardín, *Alexis de Tocqueville: 1805-1859* (México: Fondo de Cultura Económica, 1988), parte II. Ante este trabajo, la mejor biografía intelectual y política de Tocqueville en la actualidad, el viejo texto de Jakob P. Mayer, *Alexis de Tocqueville: estudio biográfico de ciencia política* (Madrid: Tecnos, 1965), se ha hecho ingenuo, piadoso y meramente divulgativo (la edición original en inglés era de 1939).

9 Alejo de Tocqueville, *De la Democracia en América del Norte* (París: Rosa, 1837), 2 vols. (edición «adornada con un mapa»); y Alejo de Tocqueville, *De la Democracia en América* (París: Librería de D. Vicente Salvá, 1842), 2 vols. Leopoldo Borda (1816-1885), «abogado de la República de la Nueva Granada», era un próspero comerciante que había participado activamente en la política de la década del cuarenta y del cincuenta. Durante sus últimos años vivió en Europa donde murió. Su traducción estaba dedicada al comerciante, hacendista y político liberal José María Plata, nacido en 1811 y muerto en Bogotá en la guerra civil de 1861.

10 Domingo F. Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie* (Caracas: Biblioteca Aya-cucho, 1977), pp. 9-10.

ellos conocieron inclusive *El antiguo régimen y la revolución*. Lo mismo ocurrió con no pocos miembros de la generación anterior y estrictos contemporáneos de Tocqueville como Mariano Ospina Rodríguez, José Eusebio Caro, Joaquín Acosta y Florentino González. Aún más, Acosta lo trató personalmente en su segunda estadía en París entre 1845 y 1849¹¹ y posiblemente González hizo otro tanto en su viaje europeo de 1841-1845 cuando Alexis era un miembro activo del Parlamento. Y aunque no es fácil determinar una motivación directa, el recorrido de 1887 de Camacho Roldán por Estados Unidos repite algunos tramos del itinerario americano de Tocqueville y Beaumont: Nueva Orleans, el Mississippi, Cincinnati y Pittsburgh.¹² Cabe recordar, además, que Efraín tenía un ejemplar de *La democracia* en su biblioteca (María, cap. xxii) y que en la primera década del siglo xx Carlos Arturo Torres (*Idola Fori*, cap. vi) recordó una vez más al autor de la *Democracia* en relación con los monopolios y la lucha de los partidos.¹³

Los colombianos hallaron en el libro de Tocqueville la imagen de una Norteamérica digna de ser imitada; el ejemplo de una sociedad igualitaria y progresista, unida a una valoración por el trabajo, la riqueza y la libre iniciativa. Encontraron en ella a una nación de pequeños propietarios sin tradiciones aristocráticas, ligados a un Estado comprometido con la descentralización, el progreso, la democracia y la tolerancia religiosa. Otros vieron en sus páginas a un liberal apacible y refrenado, ajeno a las

11 José María Samper, *Selección de estudios* (Bogotá: Biblioteca Autores Colombianos, 1953), p. 135. Ya en su primer viaje a Europa a finales de los años veinte, Acosta había conocido personalmente a Benjamín Constant y a Destufft de Tracy. Ver Soledad Acosta de Samper, *Biografía del general Joaquín Acosta* (Bogotá: Librería Colombiana, 1901), p. 290.

12 Ver S. Camacho Roldán, *Notas de viaje* (Bogotá: Librería Colombiana, 1890).

13 Paradójicamente, los lectores colombianos de Tocqueville en el siglo xx no abundan. Una excepción es, sin embargo, Gerardo Molina, quién conoció algunos de sus textos en el París de 1950 bajo la influencia de su profesor Juan-Jacques Chevalier. Ver Gerardo Molina, *Proceso y destino de la libertad* (Bogotá: Biblioteca de la Universidad Libre, 1955). El interés tocquevilliano de Chevalier se halla en su difundido compendio de ciencia política, *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo a nuestros días* (Madrid: Aguilar, 1954). La edición original en francés data de 1949.

convulsiones revolucionarias, amigo de las leyes y de las costumbres y muy sensible al papel de la religión como agente de cohesión social. Todos estos usos eran legítimos. En Tocqueville hay muchas facetas: el liberal, el conservador y no pocas veces al impetuoso crítico de lo establecido.¹⁴

¿Una disensión?

A medida que la correspondencia avanza, Mill parece cobrar más confianza en sí mismo. Si en mayo de 1840 todavía le manifestaba a su amigo que «no hay hombre vivo en Europa a quien estime más altamente ni de cuya amistad me sienta más orgulloso que vos», al año siguiente sus sentimientos toman un rumbo diferente, y ello por razones políticas. Con ocasión del tratado de 1840 entre Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia sobre la «Cuestión de Oriente», la repartición de la influencia de las naciones europeas en Egipto y Turquía al margen de Francia. Tocqueville dio rienda suelta a su nacionalismo y en una carta que él mismo calificó de ligera y confusa, le participó a Mill: «la nación [francesa] está triste y humillada[...] El orgullo nacional es el sentimiento más grande que nos queda; es necesario, sin duda, buscar el regularlo y modelarlo en sus desviaciones, pero es necesario evitar que mengüe» (pp. 101 y 109). Mill comprendió la inquietud de su amigo y desvió la discusión en una dirección contraria a la de los orgullos nacionales. Defendiendo una actitud afincada en el universalismo de la cultura Occidental, le habla a Alexis sobre los peligros de considerar la pasión nacional como el único sentimiento honrado para motivar

14 Esto indica que está por hacerse un estudio sobre Tocqueville en Colombia. Cosa semejante ocurre con su amigo Mill, muy leído por los pensadores colombianos durante siglo XIX. Núñez le dedicó un obituario y, siendo presidente de la República, recomendó el estudio de la *Lógica* en la Universidad Nacional. También fue traducido en nuestro medio. En 1865 Florentino González publicó una versión de *El gobierno representativo* en la imprenta de «El Mercurio» de Valparaíso (Chile); en 1873 el señor Aureliano González T., tradujo *El principio de utilidad* (Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos), y en 1915-1916 la *Revista de la Academia Colombiana de Jurisprudencia* (n.ºs 49-50 y 51-52), trasladó buena parte de su libro sobre la libertad.

la acción y presencia de los pueblos. «En nombre de Francia y de la civilización —le respondió con energía—, la posteridad tiene el derecho de esperar de hombres como vos, con el más noble y más ilustrado espíritu de la época, que enseñen a sus compatriotas mejores ideas de lo que constituye la gloria nacional y la importancia nacional, que las bajas y envilecedoras que parecen tener actualmente» (p. 114). Para Mill la importancia real de un país no reside en la ostentación colérica de su «honor», sino en la calidad de su industria y de su instrucción, en las fuentes de su moralidad y en las virtudes de su gobierno. Lo demás era puro alarde de fuerza.¹⁵

Tocqueville no parece haber respondido a estas observaciones enfáticas de su amigo. De todas formas, la confianza de Mill cobra mayor fuerza cuando en 1843 aparece su *Lógica*. A partir de este momento él también es un autor que espera manifestaciones de apoyo parecidas a las que había prodigado al progenitor de *La democracia*. Y estas no se hacen esperar. «Es un hermoso y gran trabajo» le escribe Alexis desde París en agosto de 1843. «No quiero terminar sin deciros dos palabras de vuestro estilo, la sobriedad y el vigor de la expresión». Y al evocar la traducción que el mismo Mill había auspiciado en 1836 de su ensayo sobre Francia, le recuerda que ha hallado un arrojo semejante en los volúmenes de la *Lógica*. Allí la afinidad de escrituras parece haber llegado a su más alto grado y el profesor cree encontrar en su «alumno» y confidente su propia superación. En relación con los acuerdos fundamentales, Tocqueville menciona con tino una de las contribuciones centrales del libro: los esfuerzos por llevar la lógica al terreno de las ciencias humanas. Y para ello lo instiga a seguir trabajando en esa dirección, pues la ciencia de la sociedad y sus métodos apenas han comenzado a dar sus primeros pasos.

15 Tiempo después, cuando el fragor del nacionalismo europeo estaba de nuevo en la cúspide, Durkheim sostuvo una idea semejante. En un curso ofrecido en la Universidad de Burdeos entre 1898 y 1900 sobre la «Física de las costumbres y del derecho», indicó: «las sociedades pueden basar su amor propio no en ser las más grandes o las más pudientes, sino en ser las más justas, las más organizadas, las que poseen la mejor constitución moral». Émile Durkheim, *Lecciones de sociología* (Buenos Aires: La Pléyade, 1974), p. 122.

Mill se siente colmado con estos reconocimientos y experimenta un enorme placer al saber que Tocqueville, uno de los pocos hombres que ha «proporcionado servicios verdaderamente importantes a esta ciencia», comparte sus preocupaciones en un terreno todavía movedizo y poco claro. Mill apuntaba en el famoso libro VI, la «Lógica de las ciencias morales», que en lo relacionado con las pautas de la sociedad, aún «se continúa discutiendo si son susceptibles de dar lugar a una ciencia». La gran pregunta era: «las acciones de los seres humanos ¿están, como todos los demás hechos de la naturaleza, sometidas a leyes invariables?». ¹⁶ Después de dilatadas consideraciones sobre la libertad y la necesidad, Mill tendía a considerar que, a diferencia de otros tipos de conocimiento científico, en la esfera social no había leyes propiamente dichas, sino generalizaciones amplias que nos conducen a verdades aproximativas. Ello se debe no solo a la imposibilidad de prever la totalidad de las circunstancias en que los individuos se encuentran atrapados, sino sobre todo y muy especialmente, al carácter único e irrepetible de los asuntos humanos y a la posibilidad misma de que los actores cambien a voluntad el curso de los hechos.

En la misma carta en que Mill agradecía los conceptos elogiosos de Tocqueville, lo interroga a quemarropa: «¿qué hacéis? ¿os consagráis ahora únicamente a la política?». Y agregaba: «lo sentiría mucho, pues aún apreciando altamente el valor de la cátedra política (si es que se me permite esta expresión), creo que hay más hombres capaces de hacer lo poco que se puede hacer actualmente en la vida pública que los que hay que puedan escribir libros como los que pudierais hacer» (pp. 131-32). En realidad Tocqueville se había dedicado de lleno a la lucha política. Desde 1839 era miembro de la Cámara de Diputados por Valogne, el distrito del Departamento de la Mancha donde se encontraba la casa de sus mayores, el castillo de Tocqueville. Este distrito lo sostendrá en su escaño hasta el 2 de diciembre de 1851, «el 18 Brumario de Luis Bonaparte», cuando Napoleón III dio el esperado golpe de Estado y arrasando con

16 Stuart Mill, *Sistema de lógica* (Madrid: Daniel Jorro, 1917), pp. 836 y 838.

el parlamento. Y a la pregunta de Mill que tocaba lo más íntimo de su ser, tampoco respondió Tocqueville. Conocemos, sin embargo, que el asunto hacía parte de sus lacerantes conflictos interiores. Por sus *Recuerdos* se sabe que evaluaba sus compromisos políticos con severidad y que el sentimiento de fracaso y de pérdida de tiempo y abandono del talento lo acompañaba una y otra vez. Allí escribió con disgusto: «los nueve años que [he] consumido lamentablemente en las últimas asambleas de la monarquía!».¹⁷ Al igual que Mill, sabía que era como autor y no como estadista que dejaría alguna huella, pero igualmente era consciente de que la política era el camino de la ambición, de la vanidad y de la afirmación personales. «La idea de ocupar [un ministerio] halagaba mi honestidad y mi orgullo». Quería ofrecerle un servicio al país, pero también reiterar su competencia para «engrandecerse», para realzar su nombre ante la nación.¹⁸ En 1849 alcanzó su objetivo y durante cinco meses acompañó a «Napoleón el pequeño» en calidad de ministro de Asuntos Extranjeros de Francia.

Después de 1843 el intercambio de cartas apenas existe. Algunos analistas atribuyen esta lejanía del corazón a la dureza de la discusión sobre la Cuestión de Oriente.¹⁹ La recriminación de nacionalista estrecho proveniente de su amigo de Londres, pudo lastimarlo hasta optar por un cauteloso silencio. En 1847 hay una solitaria misiva y nueve años después tres relacionadas con el envío de *El antiguo régimen y la revolución*. Nada más. ¿No le envió Mill en 1848 un ejemplar de los *Principios de economía política*? No hay por parte alguna misiva sobre los convulsionados meses de la revolución de 1848 en los que Tocqueville tuvo una actuación destacada, ni

17 Alexis de Tocqueville, *Recuerdos de la revolución de 1848* (Madrid: Editora Nacional, 1984), p. 269.

18 *Ibid.*, pp. 236 y 316. Mill también participó en la política activa de su país, aunque por un periodo más corto. En 1865 fue elegido al parlamento (a la Cámara de los Comunes) por el distrito de Westminster, puesto que ocupó hasta 1868 cuando fue derrotado. Era una «ocupación menos adecuada a mi carácter», escribió tiempo después en su *Autobiografía* (Madrid: Alianza 1986), p. 261.

19 Raymond Aron, *Las etapas del pensamiento sociológico* (Buenos Aires: Siglo Veinte, 1970), vol. II, p. 379.

sobre su desempeño como ministro de Asuntos Extranjeros. Nada se encuentra igualmente acerca de su primer ataque de tuberculosis en marzo de 1850 y de su viaje a Italia y estadía en Sorrento. De su correspondencia también están ausentes las tropelías de Napoleón III y los primeros años del Segundo Imperio, aunque es cierto que en una de las esquelas de 1856 le hace saber que le hablaría de buena gana de la situación de Francia, si no temiera que sus cartas fueran confiscadas. En los *Recuerdos* tampoco se registra el nombre de Mill. Las cartas solo vuelven a aparecer cuando se publica *El antiguo régimen y la revolución*.

En la carta tantas veces aludida del 3 de noviembre de 1843, Mill le había preguntado a Tocqueville en forma premonitoria: «¿No trataréis nunca a Francia como habéis tratado a América?». Y aludiendo al ensayo inacabado de 1836, le recordaba que allí había quedado un asunto por estudiar de gran significado para la comprensión de los procesos más recientes de la sociedad europea: las consecuencias de la revolución de 1789. La senda del segundo gran libro de Tocqueville quedaba anunciado, pero solo comenzaría a trabajar en él a partir de 1850, cuando –definitivamente– se había quitado de encima las obligaciones políticas. La redacción de *El antiguo régimen y la revolución* se tomó varios años. Tocqueville consultó archivos, se desplazó a varias ciudades hasta llegar a visitar tierras alemanas en pos de información. Fue muy estricto con las fuentes, pero no las hizo explícitas. Cuando el libro salió en junio de 1856, apenas se dejaban ver en las notas consignadas al final del volumen. Tocqueville no estaba interesado en sucesos, relatos y eventos. Los resumía y los usaba en silencio para nutrir generalizaciones. Su objetivo era de índole analítica; quería hablar de historia sin contarla. «Más que los hechos mismos, lo que yo quisiera pintar es el espíritu de los hechos».²⁰

20 Alexis de Tocqueville, *El antiguo régimen y la revolución* (Madrid Alianza, 1982), vol. II, pp. 18 y 179.

Tocqueville le envió una copia a su amigo seis días después de haber salido al mercado. En la esquila que acompañaba el volumen deploraba que hubieran perdido la costumbre de escribirse, pero no por ello lo había olvidado, «pues he conservado por vos la misma alta estima». Y agregaba: «quisiera que el libro adjunto me reintegrara a vuestra memoria». Su amigo de Londres tardó en responderle; había salido para Suiza y solo pudo examinarlo meses después. Sin embargo, cuando lo tuvo a mano lo devoró sin dilación, hasta llegar a leerlo dos veces, ya que «contiene demasiadas cosas» y no es fácil formarse una idea de su mensaje. Rápidamente se dejó ganar de la magia de la escritura tocquevilliana: «visto solamente como un capítulo de historia universal, me parece uno de los más bellos que hayan sido hechos jamás». Y remitiéndose al objetivo central del volumen que evidenciaba su consejo de 1843, le escribió: «habéis dado un paso importante en la explicación del estado actual de las cosas al mostrar sus raíces en el pasado». A su juicio, *El antiguo régimen* no dejaba nada que desear en relación con *La democracia* y, como pocos autores han sido capaces de lograrlo, a los 51 años su amigo superaba los éxitos juveniles con una segunda contribución de valor y calidad independientes. Tocqueville respondió con emoción: «no hay nadie cuya opinión me importe más que la vuestra. En tanto que yo no había sido aprobado por vos no me sentía seguro de haberlo hecho bien». Y a continuación le recuerda que la correspondiente amistad ha superado ya los veinte años. Se habían conocido en 1835 y todavía no los abandonaba el asombro. La opinión de uno y de otro era definitiva para el concepto que cada uno tuviese de sí mismo.

Coda

Pero aún faltaba una epístola, la última, la del 9 de febrero de 1859. Fue redactada por Tocqueville en Cannes y apenas tenía dos párrafos que no sumaban más de 16 renglones. En ella le agradecía a Mill el envío de su libro *Sobre la libertad* y con cierta ingenuidad le comunicaba que por problemas de salud, que parecen rutinarios

por el tono de la redacción, ha tenido que trasladarse al sur de Francia huyéndole a los rigores de la estación invernal. Con igual inocencia le pregunta a su amigo si es cierto que ha «tenido la desgracia de perder a la señora Mill». El hecho real, sin embargo, es que el autor de *La democracia* está enfermo, muy enfermo. Apenas puede moverse y siempre está acompañado de una enfermera. Muere en Cannes el 16 de abril de 1859, dos meses después de haber enviado su última carta a John Stuart Mill.

La ironía es que Tocqueville no logró leer el libro de Mill; y este debió sentir una profunda aflicción al encontrar que el estudioso más notable de la democracia no había tenido oportunidad de comentar su contribución más significativa a la filosofía política. A este dolor se sumaba, sin duda, la efectiva pérdida de su amiga, amante, esposa y coautora Harriet Taylor, fallecida igualmente en el sur de Francia, en Aviñón, el 3 de noviembre de 1858, un día después del apresurado paso de Tocqueville por la cercana Aix en dirección a Cannes.²¹

Mill le sobrevivió catorce años. Fue enterrado en la antigua ciudad de los papas junto a su adorada Harriet el 8 de mayo de 1873. Nuestro Rafael Núñez, que residía por aquellos días en Liverpool, le escribió un sentido y comprensivo obituario donde apuntaba «que la influencia de su poderoso intelecto no desaparecerá enteramente con él de la escena del mundo».²²

Post-scriptum

El borrador del presente ensayo, fue –originalmente– una extensa carta del 9 de junio de 1990 al economista José Félix Cataño, residente por aquellos días en México. Su objetivo era reseñar la llegada de la *Correspondencia* Tocqueville-Mill a las librerías bogotanas. Si bien en la misiva se mencionaban algunos títulos que

21 Sus trabajos conjuntos fueron compilados en John Stuart Mill y Harriet Taylor Mill, *Ensayo sobre la igualdad sexual* (Barcelona: Península, 1973).

22 Rafael Núñez, *Ensayos de crítica social* (Rouen: Imprimerie de Cagniard, 1874), p. 400.

ofrecen información valiosa sobre la vida y obra de Tocqueville, se dejaban de lado otros, por desconocimiento o por su salida posterior, que hoy en día constituyen un valioso acervo tocquevilliano.

Primero que todo, hay que citar la edición crítica de *La democracia en América* a cargo de Eduardo Nolla (Madrid: Aguilar, 1990), edición que registra con pasmosa erudición los borradores, las variantes y las correcciones del texto original por parte del mismo Tocqueville. Si bien se aludía a la biografía de André Jardín, no se mencionaba la exhaustiva investigación sobre las redacciones de las dos «democracias» del norteamericano James T. Schleifer, *Cómo nació la «Democracia en América»* (México: Fondo de Cultura Económica, 1984), ni el comprensivo estudio de Luis Diez del Corral *El pensamiento político de Tocqueville* (Madrid: Alianza, 1989). A estas ausencias hay que sumar los influyentes ensayos de François Furet en *Pensar la revolución francesa* (Madrid: Pretel, 1980) y en el *Diccionario de la revolución francesa* (Madrid: Alianza, 1989). No sobran recordar aquí los sugestivos e inacabados apuntes de Ortega y Gasset sobre «Tocqueville y su tiempo», recogidos en el volumen noveno de sus *Obras completas* (Madrid: Revista de Occidente, 1962).

Lo anterior es, por supuesto, un mero aperitivo español a la creciente bibliografía, en inglés y francés especialmente, sobre este crudo analista de la democracia moderna. Debemos señalar, finalmente, el marcado desgano de los editores latinoamericanos y españoles por la traducción de los ensayos, discursos y correspondencia de Tocqueville. En la actualidad la edición francesa de las *Oeuvres complètes* supera con creces los veinte volúmenes, de los cuales apenas hay ligeras y dispersas muestras en español. Es verdad que atravesamos una época propicia para leer a Tocqueville, pero también lo es que sin versiones adecuadas la difusión de su pensamiento se verá seriamente limitada en aquellos países que más dificultades presenta la naturalización de la democracia.

Durkheim historiador de la sociología

La obra de Émile Durkheim como historiador de la sociología es poco conocida en los medios de habla española. Sus libros mayores, *La división del trabajo social*, *El suicidio*, *Las formas elementales de la vida religiosa* y las difundidas *Reglas del método sociológico* han oscurecido sus múltiples y repetidos esfuerzos dirigidos a estudiar el desarrollo del pensamiento social.

En diversos periodos de su vida académica Durkheim se enfrentó con el pasado de la sociología. En 1892 publicó en latín un extenso trabajo sobre Montesquieu, en 1895 y 1896 dio un curso sobre el socialismo donde analizó el pensamiento de Sismondi y la vida y obra de Saint-Simon, y diez años después, durante la primera guerra mundial, dictó uno más sobre la filosofía social de Auguste Comte. Pero fue sobre todo en 1901 y 1902 cuando bajo el título de «Historia de las doctrinas sociológicas», consagró un semestre completo a examinar los «ancestros» de la sociología. Allí abordó la obra de Hobbes, Condorcet y Rousseau, pensadores que se habían acercado al estudio de la sociedad en forma «latente y difusa», y la de Saint-Simon, Comte y Spencer, a cuyos trabajos se debe el establecimiento y consolidación final de la ciencia social. A juicio de su discípulo, sobrino y albacea literario Marcel Mauss, Durkheim deseaba publicar estas lecciones en un volumen titulado *Los orígenes de la sociología*, pero el

proyecto nunca se llevó a cabo.¹ Al poco tiempo Durkheim centró su atención en otras materias y sus herederos jamás volvieron sobre los manuscritos dejados por el fundador de la escuela francesa de sociología, quedando el contenido de sus clases en el frágil y huidizo recuerdo de los escasos alumnos y oyentes de la época. Solo se salvaron las lecciones sobre *El socialismo*, publicadas póstumamente en 1928, y los textos sobre *El contrato social* de Rousseau.

Además de estos cursos, el permanente interés de Durkheim por la tradición sociológica se manifiesta en las múltiples recensiones bibliográficas y en los diversos balances del estado de la disciplina que publicó a lo largo de su vida.² Ensayos como «El estado actual de los estudios sociológicos en Francia» (1895), «La sociología en Francia durante el siglo XIX» (1900), «Sociología y ciencias sociales» (1909) y «La sociología» (1915), ofrecen bocetos históricos dirigidos a mostrar las etapas, los avances y las flaquezas de la ciencia de Comte. Lo mismo ocurre con los frecuentes debates y las continuas referencias a contribuciones del pasado que aparecen en sus libros mayores, en los cuales es claro su interés por saldar cuentas con los pensadores sociales de los siglos XVII, XVIII y XIX. Como la mayoría de los sabios que han enriquecido una especialidad, era consciente de que su obra hacía parte de una tradición que era necesario poner en cuestión una y otra vez. «La historia —solía decir— nos permitirá no solamente plantear nuestros principios, sino también, a veces, descubrir los de nuestros antecesores, de los que es importante que tomemos conciencia puesto que somos sus herederos».³

1 Marcel Mauss, *Oeuvres* (Paris: Minuit, 1969), vol. III, p. 483. Información sobre estos cursos se encuentra en Steven Lukes, *Émile Durkheim: su vida y su obra* (Madrid: Siglo XXI, 1984), caps. 12 y 14 y apéndice A.

2 Compilados ahora en tres volúmenes de escritos sueltos: *Journal sociologique* (Paris: PUF, 1969), *La science sociale et l'action* (Paris: PUF, 1970) y *Textes* (Paris: Minuit, 1975), vol. I.

3 Émile Durkheim, *Historia de la educación y de las doctrinas pedagógicas* (Madrid: La Piqueta, 1982), p. 39.

En esta dirección se hallan sus estudios sobre Montesquieu y Rousseau publicados ahora en Colombia.⁴ El primero, más conocido como «la tesis latina», fue redactado por Durkheim en 1892 y presentado al año siguiente, junto a *La división del trabajo social*, «la tesis francesa», como requisito para obtener el doctorado.⁵ Su objetivo era estudiar las contribuciones del autor de *El espíritu de las leyes* a la fundación de la ciencia social, que poco después llamaría sociología. Siguiendo con propiedad los pasos de la investigación social moderna, que el mismo Durkheim tanto ayudó a fijar, en las páginas iniciales presenta un marco de referencia dirigido a exponer la noción de ciencia y de sus elementos constitutivos, que emplea a continuación para evaluar el pensamiento de Montesquieu. Pensaba que una disciplina merece el nombre de ciencia solo si posee un objeto determinado de estudio, ya que «si no tiene un *dato* que describir o interpretar, flota en el vacío». Debe poseer así mismo un método que le permita describir, clasificar y explicar con rigor los hechos a los cuales dirige la mirada a fin de establecer su legalidad, esto es, las leyes que los gobiernan. Y, por último, debe tener claro que su objetivo es conocer, examinar lo que es, no lo que debería ser. Promover cambios y sugerir la altísima organización social es un arte, una tarea aplicada, no labor de la ciencia. Esta puede contribuir a una eventual transformación de la sociedad, pero a condición de que se respete su esfera propia de trabajo: el estudio de los procesos sociales tal como se muestran a la experiencia. De sus resultados se pueden extraer lecciones para el futuro, pero la agitación y propagación de su legado no es función de la ciencia, sino de la política, del arte vinculado a la organización y dirección de las voluntades colectivas.

4 Émile Durkheim, *Montesquieu y Rousseau: precursores de la sociología* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia y Asociación Colombiana de Sociología, 1990). Traducción de R. Sierra Mejía.

5 En aquella época los candidatos al doctorado en Francia debían presentar dos tesis, la segunda de las cuales, la complementaria, debía ir en latín. La tesis estaba dedicada a su antiguo profesor de la Escuela Normal Superior, el conocido historiador Nuna Denis Foustel de Coulanges (1830-1889).

A juicio de Durkheim, la obra de Montesquieu cumple con buena parte de estas exigencias de la ciencia. Desarrolla, por un lado, una tipología de las formas de gobierno que le permite clasificar la múltiple variedad de experiencias registradas por la historia y, confirma, por el otro, la existencia de un orden «fijo y necesario» en los conglomerados humanos. A pesar de las apariencias, las sociedades no están organizadas según el capricho de los hombres ni su desenvolvimiento es resultado de causas fortuitas. Todas ellas obedecen a leyes, a relaciones que rigen tanto su movimiento como su disposición interna. Los tipos de sociedad, cuya lógica interna se acerca a la actual noción de estructura social, adquieren su perfil en los escritos del barón de La Brède en la moral, el derecho, la religión, la economía, el tamaño de la población y las características del entorno físico de un pueblo. Si bien Durkheim apunta varias limitaciones en sus trabajos, no vacila en afirmar de que a pesar de la dificultad de remontar el origen de una disciplina a determinado autor, pues toda ciencia se constituye con la ayuda de aportes ininterrumpidos hasta el punto de que no es fácil decir en qué momento comenzó a existir, es sin duda a Montesquieu a quien se debe el establecimiento de los principios fundamentales de la ciencia social. Con sus nociones de ley y de tipo, y su tratamiento integral de los lazos que explican la persistencia y el cambio en las organizaciones humanas, a él se deben los instrumentos analíticos básicos para el estudio científico de los hechos sociales.⁶

Su tratamiento de Rousseau es similar al de Montesquieu, pero aquí el interés es más restringido. Su objetivo no es estudiar todas las contribuciones de Rousseau a la ciencia social, sino mostrar sus aportes relacionados con las nociones de sociedad y hecho

6 En este juicio Durkheim coincidía con Comte, quien a la altura de la lección 47 del *Curso de filosofía positiva*, la misma en la cual acuñó la palabra sociología, había escrito que era a Montesquieu a quien se debía «la primera y la más importante serie de trabajos que se presenta como directamente destinada a constituir definitivamente la ciencia social». Ver Auguste Comte, *La física social* (Madrid: Aguilar, 1981), p. 230.

moral.⁷ «El hombre ha nacido libre y por todas partes se encuentra encadenado», escribió con ironía el ginebrino al comienzo del *Contrato social*. Por un lado depende de la naturaleza y por el otro de la sociedad. Partiendo de la delicada y no siempre clara distinción entre «estado de naturaleza» y «estado civil», Durkheim avanza con sigilo a través de los textos políticos de Rousseau para desentrañar su alcance. En el estado de naturaleza el hombre está asido a su medio, a las posibilidades que le ofrece el entorno físico; es el hombre aislado, solitario, tal como ha salido al mundo ante el cual busca un equilibrio para satisfacer sus necesidades. Su mejor ejemplo lo constituyen los animales y los pueblos primitivos, gobernados, según Rousseau, por la sensación y el instinto. El estado civil es, por el contrario, el hombre en sociedad, regido por normas de justicia y de paz dirigidas a sostener el fundamento de la asociación humana. Es una entidad sobrenatural, «artificial», adquirida por el hombre en cuanto miembro de un grupo del cual depende para el desarrollo de múltiples actividades, es entidad que se expresa en leyes, costumbres, hábitos, opiniones y formas de gobierno. No es el entorno limitado y previamente fijado del reino natural coartando la vida de los individuos, sino un conjunto de reglas fundadas —pactadas— por los mismos hombres con la finalidad de salvaguardar el equilibrio con sus semejantes.

Esto lleva a Durkheim a subrayar el carácter especial de la noción rousseauiana de sociedad. Citándolo en forma aprobatoria, escribe que «una sociedad es un ser moral que tiene cualidades propias y distintas de las de los seres que la constituyen, más o menos como los compuestos químicos tienen propiedades que no posee ninguna de las mezclas que los componen». Al enlazar los individuos, las partes que forman el todo, el tejido social crea en ellos un *sensorium* común, un cerebro que dirige sus voluntades. Este pasaje, que Durkheim califica de «extraordinario», es, como

7 Este estudio, centrado en *El contrato social*, debe complementarse con la lectura de su esquema de las cuatro lecciones sobre el *Emilio* publicado póstumamente en 1919. Ver Émile Durkheim, *Educación y pedagogía: ensayos y controversias* (Buenos Aires: Losada, 1998), «La pedagogía de Rousseau», pp. 77-122.

se sabe, la fuente de la noción durkheimiana de sociedad tal como fue expuesta en los primeros capítulos de *Las reglas del método sociológico*: la sociedad es una realidad *sui generis*, radicalmente distinta de la suma aritmética de los rasgos particulares de los miembros que la integran.⁸

En su estudio sobre Rousseau se ve con mayor claridad el método de trabajo de Durkheim como historiador de la sociología. Paradójicamente, sus investigaciones russonianas no constituyen historias sociológicamente orientadas, esto es, investigaciones sobre las condiciones sociales y psicológicas que acompañan el desarrollo de la disciplina. Son historias internas, aproximaciones críticas a los problemas lógicos y conceptuales de la obra de un pensador sin poner especial cuidado en las condiciones externas, en las experiencias personales y en las circunstancias de la época en la que tuvo lugar. Su interés es desentrañar la estructura teórica de un discurso sociológico con el fin de evaluar sus bondades y limitaciones como instrumento de conocimiento. De la misma manera que el biólogo separa un tejido para observarlo en su microscopio, Durkheim toma en sus manos una obra —un libro, una teoría, una tradición de pensamiento—, separa sus elementos constitutivos, define sus conceptos, su vocabulario y su contenido para descifrar a continuación la forma como están relacionados internamente. Descompone la teoría objeto de análisis para volverla a armar paso a paso. En medio de esta delicada labor, torna la mirada

8 La actitud positiva de Durkheim respecto de la obra de Rousseau contrasta con la de Comte, quien se refirió al ginebrino «como un simple sofista» por el carácter sinuoso y asistemático de su exposición, pensador que muchas veces dejaba en manos de la brillantez y elegancia de la prosa el peso de la argumentación. Ver Auguste Comte, *op. cit.*, p. 235. En nuestros días, el antropólogo Claude Lévi-Strauss, un alumno a distancia del autor de *Las formas elementales de la vida religiosa*, se ha ido al extremo opuesto: califica a Rousseau de «fundador de las ciencias del hombre». Aludiendo al *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, lo califica como el «primer tratado de etnología general». C. Lévi-Strauss, *Antropología estructural dos* (México: Siglo XXI, 1979), cap. II. Sobre la relación Durkheim-Rousseau, ver Steven Lukes, *op. cit.*, pp. 282-287 y Sheldon S. Wolin, *Política y perspectiva: continuidad y cambio en el pensamiento político occidental* (Buenos Aires: Amorrortu, 1974), pp. 398-403.

sobre los antecedentes de la teoría, sobre las contribuciones de los contemporáneos y de los predecesores a fin de averiguar los vínculos, las semejanzas y las diferencias, y establecer y evaluar los posibles progresos.⁹ En esta tarea Durkheim persigue también un interés pragmático: enriquecer su propia obra. Estudia el pasado como fuente y punto de partida, como severa revisión de la literatura para llenar lagunas y estimular el saber hacia nuevos campos. Para él es claro que el fin último del científico no es la recensión piadosa de las glorias del pasado, sino la participación en la creación y diseño de maneras más acabadas de ver el mundo. Esto hace que sus trabajos de historia de la sociología —redactados en un lenguaje seco, claro y directo del cual parece haberse expulsado toda pasión—, se hayan convertido en modelos de exégesis y en finos y depurados ejemplos de exposición y crítica del desarrollo del pensamiento social.¹⁰

Esta manera de aproximarse a los pensadores del pasado era, por lo demás, una labor rutinaria en su trabajo pedagógico. Mauss nos relata que en Burdeos su tío, Mauss era hijo de la hermana mayor de Durkheim, participaba activamente en los exámenes de los estudiantes que buscaban la *agrégation*, el título exigido para ejercer la docencia en la enseñanza secundaria. Como miembro del jurado, se encargaba de la preparación del «autor», de los textos claves del filósofo griego, inglés, francés o latino que había

9 Esta lógica la siguió igualmente en sus trabajos de crítica social, especialmente en su severo análisis de *La política* de Heinrich von Freitschke. Pero aquí el estudio interno estaba unido a un examen externo, a una perspectiva sociológica. Quería mostrar el ideario, la «mentalidad», de fuerza, agresión y poder expresado por uno de los pensadores más representativos de la ideología imperialista alemana de la segunda mitad del siglo XIX. O, para decirlo con palabras del mismo Durkheim, de aquellos que sostienen que «cuando un Estado no está en situación de desenvainar la espada ya no merece ese nombre». E. Durkheim. «Alemania por encima de todo»: *la mentalidad alemana y la guerra* (Paris: Librairie Armand Colin. 1915), p. 12.

10 «De una sencillez autoritaria, lineal», calificó el historiador Braudel la escritura de Durkheim. Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid. Alianza, 1974, p. 122). La opacidad estilística de sus ensayos sobre Montesquieu y Rousseau se ve multiplicada cuando se recuerda que el primero fue escrito en latín y el segundo es un manuscrito donde faltan todavía los toques finales del trabajo destinado a la publicación.

sido elegido para la prueba. Sus comentarios —advirtió Mauss— «eran un modelo de exégesis directa, del autor por el autor», de aquel tipo de exégesis «que bajo el impulso de una sana filología y de una sana filosofía reemplazaba las explicaciones brillantes y carentes de objeto preciso a las cuales se entregaban los jóvenes filósofos de otras épocas». Se encuentran intactos —continúa Mauss— «los manuscritos de las explicaciones de dos libros de la *Política* de Aristóteles, de un libro de la *Ética a Nicómaco*, y de dos comentarios a dos libros de Comte y a uno *Del ciudadano* de Hobbes. Estos trabajos, dignos de circular entre los estudiantes, no están sin embargo destinados a la impresión».¹¹

Pero como se sabe, los mencionados trabajos se perdieron después de la muerte de Mauss, y hoy solo nos queda el relato de su devoto sobrino y los sobrios ensayos dedicados a la obra de Montesquieu y Rousseau, dos excelentes ejemplos de la historia y de la crítica internas de la tradición sociológica.¹²

11 Marcel Mauss, *op. cit.*, p. 482.

12 Algo se rescató, sin embargo, de los apuntes sobre Hobbes. Ver «Hobbes en el concurso de oposición universitaria», en Émile Durkheim, *Hobbes entre líneas* (Buenos Aires: Interzona, 2014), pp. 33-70.

Durkheim, pedagogía y educación¹

Educación y pedagogía de Émile Durkheim reúne por primera vez en castellano un conjunto de textos poco conocidos del fundador de la escuela francesa de sociología. Su tema central es la educación y su compañera de viaje, la pedagogía. La mayoría de ellos, que sepamos, no había conocido hasta el momento una versión española y su edición original se halla dispersa en revistas y compilaciones de difícil acceso aún para el lector de habla francesa. Su contenido expresa el permanente interés de Durkheim por elaborar una teoría de la educación a partir de la sociología, tema que desarrolló en sus frecuentes y repetidos cursos de pedagogía en las universidades de Burdeos y de París.

A pesar de los múltiples esfuerzos por crear una ciencia de la educación, Durkheim no logró publicar en sus días un trabajo sistemático sobre la materia. Salvo unos pocos ensayos y reseñas de libros esparcidos en revistas y en un diccionario de la época, sus reflexiones más acabadas sobre el proceso educativo solo fueron divulgadas después de su muerte. Sus lecciones sobre «La educación moral en la escuela primaria», aparecieron en 1925 bajo el título de *La educación moral*, y sus conferencias sobre «La evolución y el papel de la enseñanza secundaria en Francia»,

1 A propósito de *Educación y pedagogía* de Émile Durkheim (Bogotá: Icfes-Universidad Pedagógica Nacional, 1990). Reimpreso por la editorial Losada de Buenos Aires en 1998.

salieron a la luz pública en 1938 como *La evolución pedagógica en Francia*. Otros cursos no corrieron la misma suerte y apenas fueron conocidos por sus alumnos, desaparecidos todos ellos hace ya más de medio siglo. Las exposiciones sobre «Pestalozzi y Herbart», las clases acerca de «La educación intelectual» —que versaban sobre la memoria, la atención, el juicio, la percepción y la inteligencia del niño—, y las disertaciones sobre la «Historia de la educación y de las doctrinas pedagógicas», que cubrían los pensadores más representativos desde los griegos hasta el siglo XIX, nunca fueron publicadas y hoy se las considera perdidas.

El contenido de *Educación y pedagogía* hace parte de este esfuerzo inacabado. Sus materiales estudian la noción de infancia, los elementos de la pedagogía roussoniana, las funciones de la enseñanza primaria, secundaria y universitaria y el lugar de la educación moral en la vida de los pueblos, «una de las mayores preocupaciones de toda mi vida», según apuntó en una fugaz digresión autobiográfica. En todos ellos es clara la perspectiva sociológica del autor, quien define la educación como un hecho social, como una socialización metódica por medio de la cual la sociedad prepara en el corazón de los niños las condiciones de su futura existencia. Con su brillo característico, su lenguaje controlado y su dominio de la ilustración y del ejemplo adecuados, se adentra en temas apenas estudiados en el pasado. Une el ámbito de la infancia con la dinámica del sistema escolar y seculariza la noción de moral para elevarla a la categoría de reglas, de principios, máximas y formas de hacer que modulan la conducta de los individuos y de los grupos, conquista analítica que anuncia el concepto de cultura, pieza fundamental de la teoría sociológica y antropológica del siglo XX.

Los trabajos de este volumen muestran, además, una faceta poco difundida del sociólogo francés en los medios hispanoamericanos: el marcado interés por los problemas de su época. Si bien Durkheim permaneció alejado de los compromisos políticos directos, con excepción quizá del caso Dreyfus y de la primera guerra mundial, su participación en las controversias del momento

fue, por el contrario, una conducta muy corriente. «Estimaríamos que nuestras investigaciones no merecerían la pena si no tuvieran más que un interés especulativo», había escrito con fuerza en las páginas iniciales *De la división del trabajo social*.² Con frecuencia participó en discusiones sobre temas de actualidad como el matrimonio, el divorcio, la familia, el sexo, la escuela, la universidad, el sindicalismo y las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El lector encontrará en este libro una buena muestra de aquellos debates difundidos en la prensa o en los boletines de los círculos académicos. Lejos del lenguaje severo y distante de sus libros mayores, estos encuentros muestran un Durkheim informal, enterado y suelto, amigo de la polémica y pleno de sugerencias y opiniones sobre los asuntos de su país. No obstante que las transcripciones taquigráficas de algunas disputas hayan perdido el calor de la discusión *in vivo*, hecho que se acentúa aún más cuando se las traslada a otro idioma, ellas constituyen una buena muestra de la permanente inclinación de Durkheim por colocar la sociología al servicio de la comprensión de los problemas más apremiantes de su tiempo. Pero también reflejan los valores dentro de los cuales se movía su mente: una mezcla de liberalismo y comunitarismo en la esfera política, un conservadurismo en materia escolar y una moral de claro sabor victoriano en el campo de la vida doméstica.

Muy cerca de estos debates se encuentran los diálogos con los estudiantes que defendían sus tesis de doctorado, las temidas *soutenances* francesas. Allí aparece un Durkheim inquisitivo, listo a plantear problemas, a establecer lagunas en el conocimiento y a sugerir nuevos campos de investigación. Revelan un profesor informado, respetuoso, atento y comprensivo que aplaude los esfuerzos de los candidatos, pero no vacila en registrar las ligerezas teóricas y empíricas de los trabajos elaborados por los futuros miembros de la comunidad científica.³

2 Émile Durkheim, *De la división del trabajo social* (Buenos Aires: Schapire, 1967), p. 34.

3 Este rigor académico fue el que más impresionó a uno de sus alumnos provenientes de América Latina, al pedagogo colombiano Agustín Nieto Caballero (1889-1975),

Si todos estos textos son claros por sí mismos, solo el capítulo dedicado a Rousseau requiere de algunas precisiones. Su contenido constituye el borrador de cuatro lecciones sobre el *Emilio* que buscaban complementar su anterior estudio sobre *El contrato social*.⁴ Durkheim nunca logró darles una redacción definitiva, quedando como meras notas que no superan el esbozo de lo que debió ser un estudio comprensivo de la pedagogía roussoniana. Pero a pesar del estado fragmentario, el rigor y la claridad del ordenamiento de las materias salvan el croquis, haciéndolo útil para los lectores de hoy en día. Como en los trabajos dedicados a las doctrinas de Montesquieu y Saint-Simón,⁵ Durkheim va más allá del comentario pasivo de las tesis del *Emilio*, y a través de una lógica implacable emprende la disección de los conceptos y de las tesis que nutren la obra pedagógica de Rousseau. Contra las interpretaciones corrientes, muestra que detrás de la aparente anarquía del texto y de la defensa del *laissez-faire* educativo, hay también una afirmación de la necesidad de formar al hombre en sociedad. Encuentra que Rousseau es consciente de que el niño debe adquirir una relación armónica con el medio. Y si bien el canon pedagógico del ginebrino estaba centrado en la educación por las cosas, por la experiencia directa, por el contacto con la realidad sin cortapisa alguna, el ayo, el maestro, debe estar siempre atento a dirigir y encauzar la vida del niño. El preceptor es quien dispone de las cosas, quien está detrás de ellas, quien «las ordena

quien cursó sus estudios de Derecho y Ciencias de la Educación en París entre 1909 y 1912. Después de escuchar en el Collège de France la magia expositiva de Henri Bergson, el compañero de estudios de Durkheim en la Escuela Normal Superior, cruzaba la calle y entraba a una de las salas de la Sorbona donde «Emilio Durkheim, el severo maestro a quien no vimos sonreír jamás, nos explicaba con el rigor del pensamiento germano y la claridad cartesiana las ciencias de la educación». Ver el volumen colectivo *Cincuentenario del Gimnasio Moderno: 1914- 1964* (Bogotá: Canal Ramírez, 1964), p. 38.

4 Émile Durkheim, *Montesquieu y Rousseau, precursores de la sociología* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia y Asociación Colombiana de Sociología, 1990), pp. 97-172.

5 Ver el libro anteriormente citado y Emilio Durkheim, *El socialismo* (Madrid: Editora Nacional, 1982), libro segundo.

legítimamente». Al formar al niño por la experiencia directa, crea en su mente el sentido de realidad y de necesidad, dos elementos esenciales para alguien que dentro de poco deberá enfrentarse con la sociedad como algo real e ineludible. La educación por las cosas es entonces el prolegómeno de la educación moral, de la socialización a que se verán abocados todos los miembros de la sociedad en sus primeros años de vida.

La lectura del esquema de las cuatro lecciones sobre el *Emilio*, se hace aún más rica cuando se la emplea como guía para el estudio particular del libro de Rousseau. Simulando un proceso de educación a distancia, podemos tener la oportunidad de recrear una relación profesor-alumno con una de las mentes más analíticas de las ciencias sociales, y al tiempo que nos familiarizamos con uno de los textos fundamentales de la pedagogía moderna, nos acercamos al método de trabajo del fundador de la sociología de la educación.

Pero hay un asunto más en este volumen que no aparece con el mismo énfasis en las demás obras de Durkheim: los compromisos de la universidad, y de los intelectuales, con la sociedad. Para el sociólogo francés era claro que la función central de la educación superior era ofrecer una enseñanza vigorosa y fecunda dirigida a crear en los estudiantes amor y respeto por la ciencia. Sin duda, los maestros faltan a los deberes del oficio cuando emplean su autoridad para arrastrar a los alumnos por el camino de sus inclinaciones, por legítimas que ellas puedan revelarse ante sus ojos. Una cosa bien distinta, empero, es encerrarse obstinadamente en los estrechos marcos de la universidad y negarse a escuchar el «ruido exterior». No se debe olvidar que sus integrantes son también ciudadanos y, como tales, personas ilustradas, tienen el deber de contribuir a solucionar las dificultades de la vida pública. Cada vez que el país atraviesa una crisis política o moral, se espera que los centros de alta cultura orienten la opinión y ofrezcan respuestas a los problemas más apremiantes. Solo de esta forma, concluye Durkheim, las universidades podrán legitimar su utilidad ante la sociedad. Si así fuere, «el pueblo no soñará siquiera con

preguntarse para qué sirven y si en rigor no constituyen una especie de lujo del cual bien podría prescindirse».

La publicación de estos textos en Iberoamérica aparece en un momento de renovado interés por la pedagogía. Profesores, investigadores y estudiantes de las Facultades de Educación y de las Escuelas Normales, se encuentran ahora comprometidos en múltiples y dispares controversias sobre los problemas de la enseñanza. Si bien Durkheim no ofreció una definición operacional de pedagogía, su aproximación a este vasto campo de la educación fue franco y directo. La consideraba una «teoría práctica», esto es, una disciplina intermedia entre el arte de la educación —las habilidades del docente, su *savoir faire*— y la ciencia de la educación, la reflexión sistemática del fenómeno educativo emprendida por disciplinas positivas como la psicología y la sociología. A su juicio, la pedagogía no tenía por fin describir o explicar lo que es o ha sido la educación, sino determinar sus objetivos, sus fines; no se propone expresar con fidelidad determinadas realidades, sino dictar preceptos de conducta en relación con los ideales acordados por la sociedad. Pero es claro que, para llenar este cometido, debía partir de los resultados de la investigación que le indican realidades como qué es el niño y qué es la sociedad. En pocas palabras, es una guía para la acción que toma aliento en los hallazgos de las ciencias positivas, en aquellas que trabajan con datos, con la observación controlada de realidades tangibles, como la psicología, historia y la sociología.

Una mirada a la obra de Robert K. Merton¹

La obra de R. K. Merton y la sociología contemporánea es el resultado de un encuentro promovido por la sección de «Teoría sociológica y transformaciones sociales» de la Asociación Italiana de Sociología que tuvo lugar en Amalfi en 1987. Su objetivo era evaluar el puesto que ocupa la obra de Robert K. Merton en la sociología de nuestros días. Contiene veinte trabajos, once en italiano y nueve en inglés, y una intervención del mismo Merton, donde discute el desarrollo teórico y las diversas aplicaciones de su análisis de las consecuencias no esperadas de la acción social. Los autores provienen de Italia, Austria, Canadá, Alemania, Polonia, Estados Unidos y la lejana Nueva Zelandia. Con este volumen los sociólogos italianos hacen gala de su tradición universalista y de su antigua y bien afirmada actitud ecuménica ante las más diversas manifestaciones del pensamiento social.

El volumen cubre distintos campos del análisis mertoniano: la sociología del tiempo, de la ciencia y del conocimiento, y algunas estrategias teóricas como las funciones manifiestas y latentes y el estudio de las consecuencias no esperadas de las acciones

1 A propósito de Carlo Mongardini y Simonetta Tabboni (comps.), *L'opera di R.K. Merton e la sociología contemporanea* (Génova: ECIG, 1989). Las alusiones a este libro se registran directamente en el texto.

humanas. A ello se agregan discusiones de método vinculadas con las relaciones entre los niveles micro y macro sociológicos y la reciprocidad entre teoría e investigación. Hay también trabajos que abordan problemas específicos como la anomia, la ambivalencia sociológica, la noción de estructura social y el fenómeno de la *serendipity*, el descubrimiento casual e imprevisto que da lugar al desarrollo de una nueva teoría o a la ampliación de una ya existente. No faltan por lo demás balances de la recepción de la obra de Merton en Italia o recuerdos de sus alumnos sobre sus roles de profesor y orientador académico. Todo esto hace de *L'opera di R. K. Merton* e la sociología contemporánea un libro de obligada consulta para los interesados en las contribuciones del sociólogo vivo más notable de nuestro tiempo.²

1

El pensamiento de Merton se afirmó a edad temprana. Su primer ensayo apareció en 1934, cuando apenas cumplía 24 años y era todavía estudiante de Harvard. Dos años después alcanzó su doctorado con una tesis que dio lugar a la aclamada *Ciencia, tecnología y sociedad en la Inglaterra del siglo XVII* (1938). Estos fueron también los años de sus primeros textos sobre la sociología del conocimiento, la anomia, la burocracia, el tiempo social, el marco normativo de la ciencia y la teoría de las consecuencias no previstas de la acción social. Fue, igualmente, la época de la «publicación oral» de los fundamentos del análisis funcional, que solo aparecieron en forma impresa en la edición de 1949 de *Teoría y estructura sociales*, el libro que consagró su nombre en la guilda sociológica, que ampliaría en segunda y en tercera edición en los decenios siguientes.³ En otras palabras, cuando Merton cumplía

2 Este ensayo se publicó en 1989. Merton murió doce años después, en 2003.

3 Rescatando la acepción original del verbo publicar, hacer público, Merton acuñó el concepto de «publicación oral» para referirse a la transmisión del conocimiento por medio de la cátedra, la conferencia, el seminario, los congresos y las reuniones científicas. En su contribución al encuentro de Amalfi, apuntó que «mucho de lo que yo he puesto

veintinueve años ya había planteado el enfoque y las temáticas del programa intelectual que orientarían su futuro trabajo académico. Con ello confirmaba una vez más el patrón de creación científica establecido por Schumpeter: «la tercera década de la vida, ese período de sacrosanta fertilidad en el que todo pensador crea lo que posteriormente ha de desarrollar».⁴

Su caso posee también un claro sabor auto-ejemplificador. En su contribución a *L'opera* basada en la experiencia de los premios Nobel, la ultra élite de la *Intelligentsia*, Harriet Zuckerman –su esposa– señala que el proceso de acumulación de ventajas en la institución de la ciencia está asociado, entre otros rasgos, al hecho de comenzar a producir temprano. Esta ventaja se expresa no solamente en la prontitud con la que llegan los honores, los premios y la visibilidad social que ellos confieren, sino también en las oportunidades de acceder a los recursos para la investigación y a las mayores posibilidades de alcanzar un desempeño ocupacional en las universidades o centros de investigación de más alto rango. El sistema beneficia la precocidad y penaliza la creación y la afirmación tardías, pues «aquellos que han hecho más en el pasado, resultan más aptos que otros para alcanzar oportunidades que le permitirán hacer más en el futuro» (p. 156). Este es el caso de Merton. Un trabajo arduo al comienzo y una actividad sostenida y siempre renovadora en los años siguientes, lo llevaron con rapidez

en imprenta durante las pasadas cuatro décadas comenzó y se desarrolló en forma de publicaciones orales» (p. 328). Para desarrollos y aplicaciones de la noción de publicación oral, ver Gonzalo Cataño, *La artesanía intelectual* (Bogotá: Plaza & Janes, 1994).

El filósofo argentino Francisco Romero parece haberse anticipado a esta estrategia, cuando escribió en el prólogo a su *Historia de la filosofía moderna* (México: Fondo de Cultura Económica, 1959), que muchas obras y doctrinas innovadoras de la filosofía del siglo xvii «fueron conocidas, y aun discutidas, antes de su *publicación impresa* por la *comunicación oral* o [aún más, por la] circulación de manuscritos». Los subrayados son nuestros.

4 Joseph A. Schumpeter, *Diez grandes economistas: de Marx a Keynes* (Madrid: Alianza, 1967), p. 127. Ya Wilhelm Dilthey había meditado sobre el mismo asunto al poner en perspectiva el desenvolvimiento de su propia obra. Su hija Clara Misch Dilthey nos cuenta que «a menudo mi padre me decía que todo lo que él había hecho no era más que el desarrollo de ideas y proyectos concebidos en su juventud». Citado por Carlo Antoni, *From history to sociology* (London: Merlin Press, 1962), p. 1.

a ocupar un puesto de liderazgo en el competitivo mundo de la sociología norteamericana. Primero estuvo en Harvard como profesor adjunto, después pasó a la Universidad de Tulaine en New Orleans, para asentarse finalmente en la neoyorquina y muy reputada Universidad de Columbia en 1941.

¿Cuáles son los rasgos distintivos de la sociología de Merton? Su punto focal lo constituyen las teorías de alcance medio. Ni la gran teoría de su profesor Parsons ni el empirismo romo de los manipuladores de encuestas. Nada de grandes construcciones *à la* Spencer que rivalicen con la filosofía; solo diseños que orienten el diálogo con los datos, las hipótesis y los procedimientos de investigación. Campos intermedios entre los rituales estadísticos y los mamuts conceptuales ajenos a los hechos y a las particularidades de la experiencia social. A su juicio, el estado actual de la sociología demanda estrategias teóricas que contribuyan a la orientación de la investigación en campos específicos como la burocracia, la movilidad social, los grupos de referencia y el tiempo social. La sociología no posee aún las condiciones para una teoría unificada de la sociedad; hace falta todavía mucho trabajo de investigación en campos específicos. Se tienen pocos resultados seguros y confirmados en medio de una abundante cosecha de intuiciones, opiniones y puntos de vista. Esto explica el impacto de su obra en los investigadores con más sensibilidad empírica y su callado fortalecimiento en medio de las airadas querellas teóricas de las últimas décadas.

Este programa intelectual y sus correspondientes consecuencias metodológicas están asociados a la familiaridad de nuestro autor con la historia de la ciencia. Su estrategia intelectual debe mucho a la experiencia de las disciplinas que estudian la naturaleza. Merton aprendió tanto de Marx y de Durkheim como de los grandes hitos de la física, la química y la biología. «Cuando Merton nos instaba —escribió su alumno James Coleman— a leer algunos de los estudios de caso de historia de la ciencia de Conant con el objeto de ver otras disciplinas jóvenes en estadios similares a las de la actual etapa de la sociología, incrementaba en nosotros la sensación de que estábamos en un gran momento de la

disciplina». ⁵ A esto mismo apunta el neozelandés Charles Crothers en *L'opera*, cuando señala que en muchos aspectos Merton es una criatura del siglo xvii. Como las figuras más conspicuas de la ciencia de aquellos años, de hombres como Galileo, Harvey y Newton, dedicadas a destronar los sistemas medievales de pensamiento, en nuestro siglo Merton ha sometido a una severa crítica las imponentes construcciones teóricas de la sociología. «Ha insistido una y otra vez en la necesidad de desagregar los sistemas —los de Comte, Marx, Spencer y Freud— en sus elementos constitutivos a fin de seleccionar solo las partes empíricamente más viables» (p. 303). Quien se acerque a sus escrutinios teóricos, a su «Karl Mannheim y la sociología del conocimiento» por ejemplo, encontrará la maestría mertoniana para el análisis teórico. ⁶ En este ensayo sometió la obra del fundador de la sociología del conocimiento a un detallado examen de sus presupuestos analíticos a fin de evaluar sus contribuciones y limitaciones. Con fina mirada aprendida de las experiencias aportadas por las ciencias de la naturaleza y por las figuras más notables de la ciencia social, aísla las ideas fundamentales, aclara sus dimensiones y las contrasta con la evidencia empírica. Y en medio de esta continua y persistente labor de topo,

5 James S. Coleman, «Robert K. Merton as Teacher», en Jon Clark, Celia Modgil & Sohan Modgil (eds.), *Robert K. Merton: Consensus and Controversy* (London: The Farmer Press, 1990), p. 29. Coleman se refiere aquí a los dos volúmenes de los *Harvard case studies in experimental science* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1957), una colección de estudios promovidos por el químico James B. Conant en la Universidad de Harvard sobre algunos momentos decisivos, críticos, del desarrollo de la ciencia. El mismo Conant escribió varios de estos estudios: uno sobre Robert Boyle y la neumática, otro sobre la superación de la teoría del flogisto a finales del siglo xviii y dos más sobre Pasteur, la fermentación y la generación espontánea. El objetivo de la serie era mostrar a los estudiantes las relaciones complejas entre teoría y experimento y «la complicada cadena de razonamientos que conecta la verificación de una hipótesis con los resultados experimentales obtenidos». Ver el prólogo de Conant a *La revolución copernicana* de Thomas S. Kuhn (Barcelona: Ariel, 1981), p. 19. Kuhn fue alumno y colaborador de Conant en la Harvard de los años cuarenta y cincuenta. En el libro más popular de Conant, *La ciencia y el sentido común* (Buenos Aires: Kraft, 1953), aparece de nuevo este interés por los ejemplos concretos del que hacer científico, que llamaba «historias clínicas» de la ciencia.

6 Ver Robert K. Merton, *Teoría y estructura sociales* (México: Fondo de Cultura Económica, 1980), p. 574–94.

ha enriquecido el contenido y alcance de antiguos conceptos o ha acuñado otros para delinear con mayor certidumbre los contornos de las evasivas dimensiones de la vida social.

2

Este último aspecto de su obra, poco conocido por los lectores hispanoamericanos, ha sido una de las vetas más fértiles de su mente. Merton ha enriquecido el vocabulario sociológico con un número no inferior a medio centenar de términos dirigidos a captar estructuras y procesos, muchos de ellos apenas perceptibles por los analistas sociales corrientes. Siguiendo a Jon Clark, con algunas adiciones nuestras, que en ningún momento agotan el universo de su ingenio, el vocabulario mertoniano ofrece este novísimo y elegante léxico:⁷

A hombros de gigantes	Ideas autoejemplificadoras
Acumulación de ventajas y desventajas	Ignorancia especificada
Altruismo institucionalizado	Influyentes locales y cosmopolitas
Ambivalencia sociológica	Materiales estratégicos de investigación
Conceptos y protoconceptos	Obliteración por incorporación
Conjunto de estatus y conjunto de roles	Potenciales de relevancia
Consecuencias imprevistas de la acción social	Profecía que se cumple así misma
Desplazamiento de objetivos	Pseudo- <i>Gemeinschaft</i>
Disfunciones sociales	Publicación oral, publicación impresa
Duraciones socialmente esperadas	Punto estratégico de investigación
Efecto Mateo	Retraimiento
Escepticismo organizado	Socialización anticipada
Establecimiento del fenómeno	Teorema de [Kenneth] Burke
Estructura de oportunidad	Teorema de Thomas
Funciones manifiestas y latentes	Teorías de alcance medio
Homofilia y heterofilia	

7 Ver Jon Clark, «Robert K. Merton as Sociologist», en Jon Clark, Celia Modgil & Sohan Modgil (eds.), *Robert K. Merton: Consensus and Controversy*, p. 16.

Buena parte del impacto de Merton en la indagación empírica se debe al rigor de su elaboración teórica, al valor operativo de sus conceptos y a su utilidad para orientar la observación de los hechos. Este vocabulario, compuesto de ideas, conceptos y protoconceptos, y este último es ya una muestra de su ondulante y sutil repertorio, ha contribuido a delimitar el infinito mundo de lo real.⁸ Su empleo sensibiliza al analista ante hechos considerados irrelevantes y confiere sentido a tendencias aparentemente contradictorias. Algunos de ellos surgieron en áreas restringidas de la indagación social, la sociología de la ciencia por ejemplo, y a poco se extendieron a otros campos con resultados positivos apenas sospechados por su mismo progenitor. Es el caso del efecto Mateo, la noción acuñada por Merton para describir la acumulación de reconocimientos en la ciencia. Allí los científicos de mayor reputación tienden a opacar a los menos conocidos, no obstante que estos últimos presenten en un momento determinado substanciales logros en la investigación. La idea ha sido trasladada a los estudios educativos para ilustrar dinámicas de diferenciación social basadas en la acumulación de ventajas y desventajas, especialmente en lo que respecta a la educación urbana y rural, dos subsistemas escolares de gran significado en los países del Tercer Mundo.⁹

Algunos de estos vocablos son de su propia cosecha y otros han sido tomados de los clásicos o de los analistas contemporáneos, pero siempre con desarrollos propios que amplían su contenido y alcance. El concepto de «grupo de referencia», por ejemplo, pertenece al sociólogo y psicólogo social Herbert Hyman, pero en manos de Merton adquirió una extensión y riqueza inesperadas. Lo mismo

8 Para Merton los protoconceptos son nociones ligeras y rudimentarias que se usan con múltiples significados. Los conceptos, por el contrario, son ideas definidas y suficientemente delimitadas que vienen acompañadas de sus respectivas explicaciones y ejemplificaciones.

9 Sobre el asunto ver Gonzalo Cataño, *Educación y estructura social* (Bogotá: Plaza & Janés, 1988), p. 75 y *Educación y mundo rural: el caso de Boyacá* (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2015), p. 75.

ocurrió con la «anomia» de Durkheim, con la noción de «función» difundida por la antropología social inglesa o con la «definición de una situación» de William I. Thomas, concepto que ha formalizado hasta alcanzar en sus escritos la categoría de «teorema», de enunciado empíricamente relevante. «Si los individuos —reza la proposición— definen las situaciones como reales, son reales en sus consecuencias». La idea alude a que los individuos responden no solo a los rasgos objetivos de una situación, sino también, y a veces de manera esencial, a la manera como ellos la perciben. En otras palabras, vuelve nuevamente sobre el papel de la subjetividad en la motivación de la acción social.¹⁰

En su contribución a *L'opera*, «Las consecuencias imprevistas y otras ideas sociológicas emparentadas: una glosa personal», Merton presenta la historia de la noción de consecuencias imprevistas de la acción social y la forma como se fue uniendo a otros conceptos en el desarrollo de su obra. La idea es simple y ha surgido una y otra vez en los más diversos contextos: los seres humanos se plantean objetivos y, para lograrlos, emprenden determinadas acciones. Sin embargo, al poco tiempo observan cómo los esfuerzos dirigidos a alcanzar las metas deseadas han tenido resultados diferentes a los esperados. O, como lo expresó bella y concisamente un relato anónimo del siglo de oro español:

10 Ver Robert K. Merton, *Teoría y estructura sociales*, p. 505. Un trabajo interesante, urgente, para un adecuado manejo de las contribuciones teóricas de Merton, es la organización y sistematización, acompañada de las necesarias ejemplificaciones, de su variado repertorio. Esta tarea solo podría realizarla alguien cercano al autor y lo suficientemente familiarizado con su vasta, ensayística y dispersa obra publicada en periódicos, boletines, revistas, simposios y libros colectivos. Su producto sería de gran ayuda tanto para los investigadores activos como para el mismo Merton. Este repertorio disminuiría los peligros de la «obliteración por incorporación», las consecuencias de la irónica operación de olvidarse de la fuente de una contribución a medida que se propaga su uso. Cuando una idea, un vocablo o un concepto pasa al repertorio común, surge la tendencia a olvidar su origen, ¿Quién recuerda, por ejemplo, que la muy querida noción de «altruismo» se debe al vituperado creador del positivismo Auguste Comte, o que la no menos aplaudida «cosmopolita» se debe a Diógenes de Sinope, un vagabundo que castigaba las calles de Atenas a mañana y tarde? Algo parecido está ocurriendo con «la profecía que se cumple a sí misma», el popular concepto engendrado por Merton en los años cuarenta.

«no siempre suceden las cosas como los hombres desean».¹¹ Este foco teórico se fue diseminando por varios campos del análisis mertoniano. Nutrió la idea de la «pseudo-*Gemeinschaft*» (fingir interés en los demás con el objeto de manipularlos en forma más acabada), de «la profecía que se cumple a sí misma» (las definiciones públicas de una situación, falsas o verdaderas, tienen consecuencias en la conducta de los individuos), de «las funciones manifiestas y latentes» (consecuencias objetivas, visibles de un acto, y consecuencias invisibles no buscadas ni reconocidas por los actores), y de los efectos del dato imprevisto en el proceso de investigación (la ya mencionada *serendipity*). Pero Merton y los posteriores analistas, como Raymond Boudon en Francia con su noción de «efectos perversos», aquellos que desembocan en finales no deseados, han estado más interesados en los resultados no buscados. Tras este objetivo han querido destronar la pretensión humana de la dirección racional de la acción y junto a ello aportar nuevas luces para el estudio del cambio social.¹² No obstante los logros teóricos de esta perspectiva, ello no deben llevarnos a olvidar la conquista de los efectos deseables, previstos o imprevistos, de la acción. Como los efectos perversos, son también fuente de sorpresas, de paradojas e ironías, pero a diferencia de aquéllos, sus resultados están asociados con el júbilo y la alegría. ¿No los podríamos llamar consecuencias *sublimes* de la acción?

Estas consecuencias excelsas están implícitas en la obra misma de Merton, un viejo conocedor del enigma goethiano de «aquel poder que siempre quiere el mal y siempre produce el bien» (*Fausto*, primera parte). Un ejemplo tomado de uno de sus libros

11 *El abencerraje ¿1551?* (Madrid: Cátedra, 1983), p. 124.

12 Ver Raymond Boudon, *Efectos perversos y orden social* (México: La red de Jonás, 1980), caps. I y II principalmente. El economista Albert O. Hirschman, siempre tan atento a las contribuciones de las ciencias sociales por fuera de su campo, también terció sobre los efectos perversos y los resultados imprevistos de la acción social. Ver su *Retóricas de la intransigencias* (México: Fondo de Cultura Económica, 1991), *passim*.

ilustra el impacto de lo sublime. Aludiendo a las *Vidas breves* de John Aubrey, Merton narra el caso de una mujer que quiso envenenar a su marido enfermo de hidropesía hirviendo un sapo en su potaje. A diferencia de lo esperado por la porfiada consorte, el producto de la mezcla resultó aliviando el mal del indefenso y poco estimado esposo.¹³ Esto constituye, en palabras de Merton, un «feliz accidente», pero en un lenguaje más general y amplio es un efecto sublime, extraordinario en cuanto es aplaudido por el sistema de valores de la sociedad y fuente de regocijo en una parte significativa de sus miembros.¹⁴

3

L'opera trae una sección bibliográfica donde se registran las publicaciones *de* y *sobre* Merton aparecidas en los últimos quince años. Ambas bibliografías constituyen un complemento al útil inventario elaborado por la señora Mary W. Miles a mediados de la década del setenta que hasta el momento había servido de guía para los estudiosos de la obra del aclamado profesor de la Universidad de Columbia.¹⁵ Desde 1975 Merton ha publicado tres libros, treinta y un ensayos, ocho prólogos y en compañía de otros colegas, ha compilado cinco volúmenes fruto de simposios, de encuentros profesionales o de organización de materiales dispersos de amplia consulta en los medios académicos. A todo ello se debe sumar el apoyo de la traducción y publicación en inglés del olvidado y ahora influyente libro del médico, filósofo y sociólogo del conocimiento de origen polaco Ludwik Fleck, *Génesis y desarrollo de un hecho científico*, que desde entonces ha estado

13 Robert K. Merton, *A hombros de gigantes* (Barcelona: Península, 1990), p. 37.

14 Este patrón requiere sin duda de mayores desarrollos. La investigación particular deberá identificar los sujetos de la acción, la persona o los grupos para los cuales es sublime y aquellos para los cuales es ominosa (negativa).

15 Lewis A. Coser (editor), *The Idea of social structure: papers in honor of Robert K. Merton* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1975), pp. 497-520.

animando el trabajo de historiadores, sociólogos y filósofos de la ciencia.¹⁶ Pero la difusión de esta rica y envidiable producción intelectual aparecida en diversas revistas y libros colectivos, ha comenzado a presentar dificultades. Salvo para los académicos norteamericanos que disponen de bibliotecas actualizadas y de una eficiente red de comunicación científica, los lectores de otros países, especialmente los del Tercer Mundo, se ven en apuros para seguir el desarrollo de su pensamiento. Ante este obstáculo, que hace parte de la dinámica de la ciencia moderna, Merton debería pensar en compilar sus últimos ensayos, y algunos de épocas pasadas todavía dispersos, en volúmenes compactos que faciliten el acceso de sus textos a lejanas audiencias.

La bibliografía sobre Merton es igualmente impresionante. En 1975 la señora Miles había registrado 163 trabajos (entre artículos independientes y secciones de libros y ensayos). Pero ahora [1990] la estadística se ha multiplicado. Sobre el sociólogo norteamericano se han publicado en los últimos años siete libros de autor individual, cuatro volúmenes colectivos y 240 trabajos diseminados en compilaciones, enciclopedias, boletines, periódicos y revistas de los más diversos países, hecho que le confiere a su obra la condición de clásico contemporáneo. De los siete libros, cortos y extensos, que se han escrito sobre el autor de *Teoría y estructura sociales*, seis pertenecen a estudiosos de fuera de Estados Unidos: un polaco, un indio, un neozelandés, un francés y dos latinoamericanos (un mexicano, Jesús L. García, y un colombiano, Gabriel Restrepo). Y de los cinco libros colectivos fruto de simposios o de *Festschriften*, cuatro llevan un sello claramente

16 Texto que los lectores de habla castellana tenemos a disposición desde 1986 en versión directa del alemán de Luis Meana. Ver L. Fleck, *La génesis y el desarrollo de un hecho científico* (Madrid: Alianza). El volumen fue publicado en Basilea en 1935 y apenas fue conocido por unos pocos eruditos. Sin embargo, después de la aparición de la controvertida *Estructura de las revoluciones científicas* (1962) de Thomas S. Kuhn, que desarrollaba no pocas de las ideas anticipadas por Fleck, la obra del polaco ganó al momento la atención de historiadores y sociólogos de la ciencia. Fleck, un sobreviviente de los campos de concentración nazi de Auschwitz y Buchenwald, murió en Israel en 1961 a los 65 años.

multinacional. Sus contribuciones provienen de analistas sociales de Europa, el Medio Oriente, Oceanía y Estados Unidos. En pocas palabras, la obra de Merton pertenece a todos y es y será objeto de múltiples controversias donde quiera que la ciencia de Comte haya tomado algún aliento.

Estructura de oportunidad: un atisbo mertoniano¹

La ya legendaria serie de la Universidad de Chicago, «The Heritage of Sociology», dedicada a difundir los clásicos de la ciencia social norteamericana y europea, ha consagrado su última entrega a Robert K. Merton. El volumen contiene el Merton esencial, el Merton imprescindible, el que todos debemos conocer para tener una idea de sus contribuciones a la sociología del siglo xx. Con destreza y amplio conocimiento de la obra del renombrado sociólogo estadounidense, el editor, el polaco Piotr Sztompka, ofrece a los lectores una muestra de los textos más representativos del autor de *Teoría y estructura sociales*. El interesado encontrará aquí el ensayo clásico sobre la anomia y la conducta desviada; el examen de las funciones latentes y manifiestas; la discusión de las teorías de alcance medio y la codificación en sociología (los paradigmas), ilustrados con los casos del análisis funcional, el análisis estructural y el estudio social de las ideas (el paradigma de la sociología del conocimiento). A ello se suma una presentación de la ciencia como institución social y una selección del elegante, persuasivo y útil vocabulario mertoniano dirigido a desentrañar los aspectos menos evidentes de la dinámica social: la estructura

1 A propósito de Robert K Merton, *On social structure and science*, edición a cargo de Piotr Sztompka (Chicago: The University of Chicago Press, 1996).

de oportunidad, la ambivalencia sociológica, el conjunto de roles, el efecto Mateo, la ignorancia especificada, las duraciones socialmente esperadas y la profecía que se cumple a sí misma.

Merton ha enriquecido el léxico de las ciencias sociales con una arquitectura conceptual que ha llevado a precisar tanto la teoría general como el trabajo de investigación en campos especiales de la indagación sociológica. Para aludir a los menos conocidos por la audiencia española, mencionaremos la noción de «ignorancia especificada», el útil predicado metodológico que exige la manifestación del vacío en un campo determinado del conocimiento y la exigencia de hacerlo explícito mediante su exacta delimitación. En el estado actual de la ciencia social no es suficiente confesar la ignorancia; ello es apenas el primer paso para superar los obstáculos más apremiantes. El siguiente y de mayor valor estratégico, es reconocer expresamente lo que no se sabe pero que debe ser conocido para remover las dificultades que impiden el avance del conocimiento. Algo parecido ocurre con la evasiva noción de «duración socialmente esperada», dirigida a capturar los efectos de las definiciones del tiempo desarrolladas por los actores. Como se sabe, o se sospecha, el tiempo social y el tiempo real, el de los relojes y calendarios, no siempre son los mismos. La duración esperada de residencia en un barrio tiene consecuencias para el grado de integración de sus moradores con el entorno. Si se elige el lugar como una etapa transitoria (a pesar de que se viva allí más años de lo pensado), las relaciones con el vecindario tienden a ser pobres y ligeras, ante a aquellos que consideran el barrio como el emplazamiento de su vida o de una parte significativa de ella.

Pero el concepto central que enlaza y confiere sentido a los ensayos de *On social structure and science*, y por extensión a toda la obra de Merton, es la noción de estructura y más exactamente de «estructura de oportunidad». Este permanente interés proviene de su enfoque de la sociología, disciplina que tiende a definir como la ciencia que trata de descubrir la manera en que las actitudes y destino de los hombres y mujeres se ven influidos, aunque no determinados en todos sus detalles, por su posición en ciertos tipos

cambiantes de estructuras sociales y culturales.² Si esto es así, no es extraño encontrar que todo el proyecto intelectual de Merton, como el de su mentor a distancia el francés Émile Durkheim, haya girado alrededor del contenido de la idea de estructura. Esta eterna jornada analítica, donde la descripción es solo el terreno de la ejemplificación, lo ha llevado a moverse por los más diversos campos del análisis social con resultados positivos para el desarrollo de la sociología del conocimiento, de las comunicaciones, de la medicina, de las profesiones, del tiempo y de la ciencia, especialidad esta última de la que es fundador y su primer sistematizador.

Si bien para Merton las estructuras son sendas que prescriben la conducta de los actores, que la organizan en una u otra dirección hasta hacerla repetitiva y estable, ellas no son ajenas a las contradicciones. La norma que fija un camino y señala su destino, puede estar negada o neutralizada por otra que sugiere un rumbo diferente. A esto denomina «ambivalencia sociológica», es decir, las tendencias normativas opuestas, las normas y contranormas que orientan el desempeño de un rol. De un médico se espera que tenga una relación neutral y objetiva con sus enfermos, pero también se le exige que muestre interés y afecto por el padecimiento de sus dolientes. Este enfoque evita la rigidez de la mayoría de las nociones de estructura en uso, y al final confiere movimiento a la libertad humana y al juego de los actores en el escenario social.

La fluidez de esta perspectiva se afina en la teoría del *rol*, un marco de referencia muy extendido en la sociología norteamericana y nada popular en los medios latinoamericanos. El bordado analítico de Merton no se desprende de las clases sociales o de las relaciones que establecen los individuos en el proceso de producción, dos abstracciones macro que tienden a oscurecer los desarrollos micro hasta convertirlos en esquematizaciones vacías. Su fundamento son las conductas pautadas que se espera de las personas que ocupan determinadas posiciones. Aquellas pautas no son en

2 Robert K. Merton, «Introducción» a Imogen Seger, *El libro de la sociología moderna* (Barcelona: Omega, 1972), p. 9.

ningún momento únicas y estables, están, por el contrario, sujetas a tensiones según las demandas de la variedad de posiciones ocupadas por un individuo. Un estudiante tiene relaciones de camaradería con sus compañeros de salón, pero cuando trabaja algunas horas como funcionario de la biblioteca debe orientarse mediante normas que tienden a cancelar los lazos de intimidad y afecto. Ahora sus amigos son meros usuarios de un servicio que él debe atender sin consideraciones personales. Esta tensión da lugar a conflicto de roles y en algunos casos a verdaderos sufrimientos, a los conocidos embrollos, confusiones y angustias que acompañan lo que regularmente se conoce como la vida cotidiana.

La mirada de Merton está por lo tanto dirigida a estudiar al individuo anclado en una tupida red de relaciones sociales no exentas de conflictos y de severas contradicciones. Algo similar ocurre con la esfera cultural, con ese conjunto de valores que nutren la conducta habitual de los individuos de una sociedad o de un grupo determinado. Aquí el acento está puesto en las consecuencias de las ideas y de las creencias compartidas. Hay objetivos comunes, pero los caminos para lograrlos son diversos y a veces encontrados. Los grupos implicados en el tráfico de drogas no son enemigos del *statu quo*, no desean subvertir el orden social; mediante vías negativamente sancionadas quieren alcanzar un valor muy estimado en la sociedad: el éxito económico, y tras él el honor y el reconocimiento. Aquí surge con toda su fuerza la estructura de oportunidad, «la escala y distribución de condiciones que proveen varias probabilidades para los individuos y los grupos de alcanzar sus objetivos».³ Los actores de Merton nunca están quietos; se mueven en varias direcciones y ante las presiones estructurales buscan los más distintos caminos para alcanzar sus fines.

3 Robert K Merton, *On social structure and science* (Chicago: The University of Chicago Press, 1996), p. 155.

Como lo anuncia el título, *On social structure and science* incluye también varios trabajos de sociología de la ciencia, una de las especialidades más activas de la sociología contemporánea que ha crecido al lado de la filosofía y la historia de la ciencia. Para Merton la ciencia es una institución social integrada por un grupo de individuos comprometidos con el avance del conocimiento. Como los miembros de otros grupos, los científicos siguen un conjunto de imperativos normativos que salvaguardan su oficio y confieren sentido a su trabajo. En 1942 Merton aisló estos imperativos, que se resumen en un *ethos* —el carácter de un grupo⁴— que bosquejó como el complejo de valores y normas íntimamente relacionados que se consideran obligatorios para los hombres y mujeres comprometidos con las labores científicas. Estos mandatos típico-ideales incluyen: a) «universalismo», la verdad está sometida a criterios impersonales, b) «comunismo», los productos de la ciencia son de propiedad común y toda investigación debe hacer públicos sus resultados,⁵ c) «desinterés», al científico lo orienta una pasión única, el saber, y d) «escepticismo organizado», el precepto metodológico e institucional que reclama la atención cauta y la crítica y duda permanentes ante el legado de la ciencia. Científico que viole estas normas, transita peligrosamente por los senderos de la conducta desviada, y a poco será objeto de severas sanciones por parte de los colegas y del organismo más amplio que los representa: la comunidad científica.

Finalmente, el libro cierra sus páginas con una sugestiva *coda* de carácter autobiográfico: «Una vida de aprendizaje».⁶ Con sobriedad e ingenio Merton registra allí las tribulaciones de su infancia y adolescencia en la Philadelphia de los años diez y veinte; sus

4 William G. Sumner, *Los pueblos y sus costumbres* (Buenos Aires: Kraft, 1948), p. 100 (§76).

5 Bernard Barber sugirió llamarlo «comunitarismo» para evitar confusiones con la connotación política e ideológica del vocablo «comunismo». Ver Bernard Barber, *La ciencia y el orden social* (Barcelona: Ariel, s.f.), p. 125.

6 Texto que los lectores de habla española tienen ahora la oportunidad de leer en la *Revista Colombiana de Educación*, n.º 33 de 1996, pp. 103–25.

estudios universitarios en la Harvard de Pitirim Sorokin, George Sarton y Talcott Parsons; sus labores docentes en la Universidad de Columbia; su amistad con Paul Lazarsfeld; su aprendizaje con estudiantes talentosos; y los variados temas que han ocupado su atención a lo largo de los años. La conocida noción de estructura de oportunidad guía el relato y los lectores pueden observar sin dificultad cómo Merton se aprovechó de las opciones que tuvo a mano en cada etapa de su vida. Unas decisiones alcanzaron resultados positivos y otras negativos o apenas perceptibles, pero todas ellas estuvieron asistidas por una férrea vocación intelectual que día tras día ha custodiado su octogenaria experiencia vital.

Noticia bibliográfica

Los trabajos que conforman el presente libro han sufrido ligeras revisiones de contenido y forma, pero la argumentación central conserva los lineamientos de su publicación original. El estudio sobre Diego Mendoza apareció como introducción a la edición de sus escritos, *Evolución de la sociedad colombiana* (1994). Algo similar ocurrió con el texto sobre Jaime Jaramillo Uribe, un prólogo a su colección de ensayos *De la sociología a la historia* (1994). El trabajo sobre Camilo Torres fue redactado para acompañar la primera edición castellana de *La proletarización de Bogotá* (1987).

Las páginas sobre López de Mesa fueron divulgadas por la revista *Credencial Historia* en julio de 1997. Las secciones sobre Gerardo Molina provienen de dos conferencias pronunciadas en 1996. La primera constituye el discurso de apertura de la Cátedra Gerardo Molina de la Universidad Libre y la segunda la participación en el simposio «Tensiones políticas de los años cincuenta», auspiciado por la Corporación Gerardo Molina. El ensayo «Nicolás Pinzón W.» apareció en el volumen colectivo *Centenario del fallecimiento de Nicolás Pinzón Warlostén* (1996), y el trabajo «El filósofo Rafael Carrillo» proviene de la revista *Ideas y Valores* del mismo año, publicado como contribución a los festejos de los «Cincuenta años del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional».

«Tocqueville y su amigo Mill» fue originalmente impreso en *Ideas y Valores* (1990). Los capítulos sobre Durkheim aparecieron como prefacios a sendos libros del fundador de la escuela francesa de sociología publicados en Bogotá en 1990. El primer ensayo sobre Robert K. Merton salió en *Ideas y Valores* de 1989 y el segundo en la *Revista Colombiana de Educación* n.º 35 de 1997, reproducido poco después en la edición n.º 100 de la *Revista Paraguaya de Sociología* del mismo año.

Sobre el autor

Gonzalo Cataño es licenciado en sociología de la Universidad Nacional de Colombia. *Master of Arts* en Educación y Sociedad de Stanford University. Doctor en Sociología Jurídica e Instituciones Políticas de la Universidad Externado de Colombia. Fue docente en la Universidad Pedagógica Nacional (1971-2001), fundador de la *Revista Colombiana de Educación* y director-fundador del posgrado en Sociología de la Educación de esta misma institución. Mención de Honor en Ciencias Sociales y Humanas de la Fundación Alejandro Ángel Escobar en 2014 por su trabajo *La introducción del pensamiento moderno en Colombia*. Investigador Emérito de Colciencias desde 2017. Ha publicado: *La sociología en Colombia: balance crítico* (1986); *Educación y estructura social: ensayos de sociología de la educación* (1989); *La artesanía intelectual* (1995); *Historia, sociología y política: ensayos de sociología e historia de las ideas* (1999); *Crítica sociológica y otros ensayos* (2000); *Luis E. Nieto Arteta: esbozo intelectual* (2002); *Afirmaciones y negaciones: maestros del siglo xx* (2005), *La introducción del pensamiento moderno en Colombia: el caso de Luis E. Nieto Arteta* (2013), *Educación y mundo rural: el caso de Boyacá* (2015); *El historiador Joaquín Tamayo* (2020), entre otros textos.

RESCATES

Como quien rescata un tesoro sumergido en aguas o quien rastrea arqueológicamente antiguos códices, ofrendas, pinturas rupestres o sonidos del pasado, esta colección de libros pretende recuperar diversos textos que desde hace años seducen a lectores y renuevan perspectivas de estudio y conocimiento. Retomar autores y sus discursos, algunos de ellos convertidos en tradiciones del saber u otros inusitados, pero todos valiosos de fondos editoriales como el de la Universidad Pedagógica Nacional, que se ha mantenido activo desde 1985. Esta es la apuesta de relectura que se ofrece a quien contempla esta serie de obras en sus anaqueles o en pantallas como una segunda oportunidad. Como educadora de educadores y productora de conocimiento pedagógico, didáctico y disciplinar, la UPN presenta estas novedades del ayer para favorecer la apropiación social del conocimiento y la divulgación de la ciencia y la cultura del porvenir.

El presente volumen reúne un conjunto de ensayos de historia intelectual, un área especial del estudio de las ideas. En sus páginas se examinan sociólogos, historiadores, filósofos, analistas políticos y poetas-educadores. No obstante la aparente diversidad, el centro de interés gira alrededor de un tema dominante, las ciencias sociales, especialmente en lo que respecta a la historia y la sociología, dos disciplinas estrechamente asociadas desde los comienzos mismos de la reflexión social nacional. [...] A pesar del carácter discursivo de estos ensayos, de su naturaleza fluida y abierta, la organización interna de la mayoría de ellos está orientada por un marco de referencia sociológico. En todos ellos se ha puesto especial énfasis en los «ambientes», en los contextos sociales e intelectuales que rodean la actividad de un pensador. El investigador de la historia intelectual debe atender tanto a las fuerzas políticas, sociales y culturales, como a las tradiciones de pensamiento que nutren la obra de un escritor. En medio de este delicado examen, se deben registrar la filiación de las ideas —¿de dónde provienen?, ¿de dónde han sido tomadas?— y los cambios que sufren cuando se las traslada y aplica a nuevos escenarios. Toda recepción tiende a ser selectiva y su arribo a un contexto diferente modifica su contenido y alcance.

Rescatado del «Prefacio» a la primera edición de la obra.

ISBN: 978-628-7651-12-8



9 786287 651128